



Paul Bowles  
*Déjala que caiga*







PAUL BOWLES

# Déjala que caiga

Traducción de  
Guillermo Lorenzo

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Let it Come Down*  
Traducción del inglés: Guillermo Lorenzo

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: abril de 2018

© Rodrigo Rey Rosa, 2018  
Reservados todos los derechos  
© de la traducción: Guillermo Lorenzo, 2018  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018  
Imagen de portada: © Miquel Barceló, VEGAP, Barcelona, 2018  
Sin título, 2011  
Técnica mixta sobre papel, 50 × 69,5 cm  
Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN: 978-84-17355-37-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## Treinta años despues

*Desde niño, a los ocho o nueve años, me sentí fascinado por el breve pasaje de Macbeth en que Banquo, al salir del castillo con su hijo, hace una observación de pasada a los hombres que hay fuera referente a la lluvia que se aproxima, y ellos le responden con el brillo del acero y esta admirable frase de cuatro palabras, sucinta y brutal: «Let it come down».\**

*La novela que titulé así se publicó por vez primera a comienzos de 1952, en el preciso momento en que se desarrollaban los disturbios que presagiaron el final de la Zona Internacional de Marruecos. Así pues, incluso en la época de su publicación, el libro trataba de una época pasada, ya que Tánger nunca volvería a ser lo mismo a partir del 30 de marzo de 1952. La ciudad a la que se celebra en estas páginas hace mucho tiempo que dejó de existir, y los acontecimientos que se relatan resultarían ahora inconcebibles. El cuento, como la fotografía, es un documento relacionado con un lugar y un punto en el tiempo concretos, vistos a la luz de ese momento particular.*

*Este libro empezó a escribirse de una manera tal vez insólita. En diciembre de 1949 me había embarcado en Amberes en un carguero polaco con destino a Colombo. Cuando cruzamos el estrecho de Gibraltar era de noche y yo me hallaba en cubierta contemplando los destellos del faro de Cabo Espartel, el punto más noroccidental de África. A medida que navegábamos hacia levante, empecé a distinguir las luces de algunas de las casas de la Montaña Vieja. Más tarde, cuando nos acercamos más a Tánger, se espesó sobre el mar una ligera bruma que dejó a la vista sólo el resplandor de las luces de la ciudad reflejado en el cielo. Fue entonces*

*cuando sentí un deseo irracional e imperioso de quedarme en Tánger.*

*Hasta aquel momento ni siquiera se me había ocurrido hacer un libro sobre la Ciudad Internacional. Pero bajé a mi camarote, me metí en la dura litera y empecé a escribir una escena que tenía lugar en los acantilados que acabábamos de pasar. No iba a ser éste el comienzo del libro, pero sirvió como punto de contacto geográfico a partir del cual pude trabajar hacia adelante y hacia atrás en el tiempo.*

*De nada me sirven las anotaciones a menos que contengan una parte del texto terminado al que pueden adaptarse; yo sabía que era necesario antes de desembarcar en un lugar desconocido que escribiera bastante de ese texto para que pudiera servir como cordón umbilical entre la novela y yo; de otro modo, lo perdería por completo. Cuando el barco se aproximaba a Ceilán me encontré recordando el famoso aforismo de Kafka: A partir de cierto punto, ya no existe posibilidad alguna de retorno. Ese es el punto que es preciso alcanzar. Dudo que el autor se refiriera al hecho de escribir una novela, pero de todos modos parecía apropiado a esa situación. Yo me esforzaba por cruzar el punto crítico; sólo entonces podría estar seguro de que no tendría que retornar y abandonar el libro cuando tratara de seguir trabajando en él más adelante.*

*Sri Lanka (nombre del que Ceilán es una corrupción posterior) resultó tan contraproducente como había previsto para seguir trabajando en la novela: había mucho que ver y aprender; y el paisaje era demasiado tentador como para dejar mucho tiempo libre a la contemplación. Llevé una vida nómada y rara vez permanecía más de algunos días en el mismo lugar. Hasta que no crucé la frontera de la India no me sentí capaz de volver a mi labor.*

*En la India, dedicaba el día a la exploración y escribía por la noche. Mi cuarto de trabajo, sin ventanas, no resultaba ni con mucho satisfactorio. El aire estaba siempre a varios grados por encima de la temperatura del cuerpo y la lámpara de aceite me parecía un horno en la cara. (El lugar ideal para trabajar, habría sido, desde luego, la cama de la habitación contigua, pero en ella no podía encenderse ninguna luz porque inmediatamente se habría llenado de millares de insectos alados. Me metía en la cama a oscuras).*

*Pero, como los escritores saben, las grandes incomodidades contribuyen a menudo a producir grandes obras.*

*A finales de 1950 me hallaba de nuevo en Tánger; fue un invierno memorable por sus tormentas y me alojaba en una pensión recién inaugurada. Estaba también recién –es decir: mal– construida, así que la lluvia se filtraba por las paredes de mi cuarto, pasaba por debajo de la puerta y salía al pasillo bajando desde allí, por la escalera, hasta la sala de recepción. Como dar vueltas por la habitación significaba chapotear en agua fría, me quedaba en la cama la mayor parte del tiempo escribiendo Carne fresca y rosas. Luego estuve viajando durante ocho meses por Marruecos, Argelia y España, y trabajando esporádicamente en la tercera parte: La era de los monstruos.*

*En otoño de 1951 regresé a Tánger y subí a Xauen para escribir la última parte. Aquí, en el silencio total de las noches de la montaña, he conseguido lo que esperaba hacer al llegar a este punto del libro. He desconectado los controles dejando que Otra clase de silencio se guiara por sí mismo, sin darle una dirección consciente. Llegó hasta donde podía llegar; entonces me detuve y terminó ahí el libro.*

*El protagonista es un ser inexistente –una «víctima» tal como él se describe–, cuya personalidad, definida únicamente en orden a las situaciones, suscita compasión sólo en tanto en cuanto se convierte en víctima. Es el único personaje enteramente inventado; para todos los demás, utilicé como modelos a personas residentes de Tánger. Algunas de ellas viven ahora en otros lugares, las demás han muerto. El único personaje cuyo modelo sigue aquí es Richard Holland; ello se debe a que yo sigo aquí y se trata de una caricatura de mí mismo.*

*El robo de dinero, tal como ocurrió en realidad, resultaba tan inverosímil que tuve que modificarlo para hacerlo más plausible. Unos tres años después de terminar la Segunda Guerra Mundial, el hijo de un famoso escritor inglés vino a Tánger con su mujer y decidió comprar un terreno y construir una casa. Estaba prohibido sacar libras esterlinas del Reino Unido; así que, como muchos otros ciudadanos, fue a ver a un comerciante indio de Gibraltar a quien le entregó un cheque de su banco londinense. El indio iba*



*a dar instrucciones a su hijo, residente en Tánger, para que entregara el dinero en pesetas al señor X. Pero este señor era un importante caballero cuyo secretario para estos asuntos era inglés y, cuando fue a recoger el dinero del hijo del indio, se encontró con el dinero en efectivo, pero no en pesetas, sino en libras esterlinas, que no podían utilizarse en la Zona Internacional debido a las restricciones monetarias. El indio le puso en contacto con un cambista que había a la vuelta de la esquina, el cual se avino a comprar las libras. El cambista llenó una caja de pesetas y se la llevó al indio diciendo que, como se iba a comer, no quería cargar con ella y que se acercaría por la tarde, cuando volviera a la oficina, para recoger las libras.*

*Por la tarde, el secretario se presentó en la tienda del indio para decir que acababa de dejar al cambista en el Zoco Chico y que éste le había pedido el favor de que le llevara las libras a la oficina inmediatamente. Se llevó la caja y volvió al cabo de cinco minutos. «Bueno, ya está», le dijo al indio. Entonces, cogió las pesetas, le dio las gracias y se escabulló entre la multitud que paseaba por los Siaghines. Una hora más tarde se encontraba en un avión rumbo a Madrid con las pesetas, y con las libras también. Lo último que se supo de él –más o menos un año después– es que vivía en Buenos Aires y apostaba a los caballos.*

P. B.

---

\* Literalmente: «¡Déjala que caiga!» o «¡Que llueva!» (N. del T.).

BANQUO: It will Rayne to Night.

1<sup>st</sup> MURDERER: Let it come downe.

*(They set upon Banquo.)*

*Macbeth. Act. III, scene 3.*

BANQUO: Habrá lluvia esta noche.

ASESINO PRIMERO: Déjala que caiga.

*(Atacan a Banquo.)*

*Macbeth. Acto III, escena 3.*

1

## ZONA INTERNACIONAL

Era ya de noche cuando el pequeño transbordador se acercó de costado al muelle. Cuando Dyar bajaba por la pasarela una ráfaga de viento le azotó la cara con cálidas gotas de lluvia. Los demás pasajeros eran escasos e iban mal vestidos; llevaban su equipaje en pobres maletas de cartón y en bolsas de papel. Observó cómo aguardaban con resignación a que se abriera la puerta de la aduana. Media docena de marroquíes andrajosos le habían avisado ya desde el otro lado de la verja y le gritaban: «¡Hotel Metropole, *mister!*», «¡Eh, Johnny! ¡*Come on!*», «*You want hotel?*», «Grand Hotel, eh». Era como si llevara en alto su pasaporte americano para que lo vieran todos. No les prestó atención. Estuvo lloviendo copiosamente durante un minuto o así. Cuando el funcionario abrió la puerta, Dyar se hallaba mojado e incómodo.

Dentro la sala estaba iluminada por tres quinqués dispuestos a lo largo del mostrador, uno para cada inspector. Dejaron a Dyar para el final y entonces, sin un destello de simpatía o de humor, se dedicaron los tres a registrar meticulosamente sus pertenencias. Cuando hubo empaquetado de nuevo sus maletas para que cerraran, las marcaron con una tiza violácea y le dejaron pasar de mala gana. Tuvo que hacer cola ante una ventanilla en la que se leía *Policía*.<sup>\*</sup> Mientras esperaba le llamó la atención un hombre de elevada estatura que, tocado con una gorra de visera, le gritaba: «Taxi». Como parecía bien vestido, le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Inmediatamente después, el hombre de la gorra, enzarzado en una violenta discusión con los demás, se acercaba para recoger su equipaje. Dyar era la única presa de aquella noche. Al volver la cabeza observó con irritación que las figuras vociferantes perseguían al taxista al salir por la puerta. De todos

modos, se sentía un poco mareado.

Y, en el taxi, con la lluvia golpeando en el parabrisas y las chirriantes escobillas subiendo y bajando penosamente sobre el cristal, seguía sintiéndose mal. Ahora sí que estaba allí; no había retorno. Aunque, desde luego, nunca se había planteado la cuestión de regresar. Cuando escribió diciendo que aceptaría el trabajo y compró el pasaje desde Nueva York, sabía que la decisión era irrevocable. Un hombre no cambia de parecer en un asunto así cuando le quedan menos de quinientos dólares. Pero ahora que estaba allí, esforzándose por ver en la oscuridad tras las ventanillas mojadas, sintió por vez primera la desesperación y la soledad que creía haber dejado atrás. Encendió un cigarrillo y ofreció el paquete al conductor. Decidió que fuera el propio taxista quien eligiera dónde se alojaría. Era marroquí y entendía muy poco el inglés, pero sí comprendía las palabras *cheap* y *clean*. Salieron del malecón y entraron en tierra firme, se detuvieron ante la verja y dos inspectores asomaron la cabeza por las ventanillas delanteras. Luego avanzaron despacio durante un rato por una calle alumbrada con unas pocas luces mortecinas. Al llegar al hotel, el chófer no se ofreció a ayudarlo y tampoco había portero a la vista. Dyar volvió a mirar la entrada: era la fachada de un hotel grande y moderno pero, tras la puerta principal, la recepción estaba iluminada por una única vela. Se apeó del coche y empezó a bajar el equipaje. Miró inquisitivamente al taxista: observaba cómo sacaba las maletas del coche; estaba impaciente por marcharse.

Cuando hubo depositado en la acera todas sus pertenencias y pagado al chófer, empujó la puerta del hotel y vio a un joven de cabello negro y liso y atildado bigotito sentado en el pequeño mostrador de la recepción. La vela proporcionaba la única iluminación. Le preguntó si era aquel el Hotel de la Playa; no supo si le alegró o le entristeció el oír que sí. Tardó un rato en meter él solo las maletas en la recepción. Después, guiado por un chico que portaba otra vela, subió la escalera que le llevaba a su habitación; el ascensor no funcionaba porque no había corriente.

Subieron tres tramos de escalera. El hotel era una enorme caja de resonancia de cemento; el sonido de cada paso, amplificado, retumbaba en todas direcciones. El edificio tenía esa profunda y acendrada sordidez que

sólo consiguen las nuevas construcciones de mala calidad. En las paredes se veían ya grandes grietas; en torno a las puertas las molduras de escayola estaban desportilladas y, de vez en cuando, faltaba un baldosín en el suelo.

Al llegar a la habitación, el chico entró primero y acercó una cerilla a una vela encajada en una botella de Cointreau. Las sombras de sus cabezas se proyectaron sobre las paredes. Dyar olfateó con disgusto el aire cargado. La habitación olía a una mezcla de yeso húmedo y pies sucios.

—¡Buf! Esta habitación apesta —dijo—. Miró aprensivamente la cama y levantó la manchada colcha azul para ver las sábanas.

Enfrente de la puerta había una gran ventana que el chico se apresuró a abrir. Desde la oscuridad exterior entró una ráfaga de viento. Se oía el sonido leve de las olas. El chico dijo algo en español; Dyar supuso que le explicaba que la habitación era muy buena porque daba a la playa. No le importaba demasiado la vista: no había ido allí de vacaciones. Lo que deseaba en aquel momento era darse un baño. El chico cerró la ventana y bajó rápidamente por la escalera para subir el equipaje. En un rincón, separada del resto del cuarto por un sucio tabique, había una ducha con paredes y suelo de cemento gris. Abrió el grifo donde se leía *caliente* y le sorprendió que el agua estuviera a una temperatura bastante elevada.

Cuando el chico subió las maletas y acabó de amontonarlas en donde no debía, cogió la propina, trató en vano de cerrar la puerta y la dejó por fin entreabierta. Dyar se apartó de la ventana junto a la que había estado nerviosamente jugando con la cortina y mirando la oscuridad del exterior, y cerró la puerta de un portazo. La llave cayó tintineando al suelo del pasillo. Dyar se echó en la cama y permaneció un momento mirando al techo. Tenía que llamar a Wilcox inmediatamente, hacerle saber que había llegado. Movi6 la cabeza para ver si había un teléfono junto a la cama, en la pequeña mesita de noche, pero ésta quedaba bajo la sombra que proyectaba el pie de la cama y hacía demasiado oscuro para ver.

Aquél era el punto del peligro, lo sentía. En aquel momento era casi como si no existiera. Había renunciado a toda seguridad en favor de algo que, según lo que todo el mundo le había asegurado y lo que él mismo sospechaba, era una verdadera quimera. Lo anterior había desaparecido y era imposible

recordarlo, lo nuevo no había comenzado todavía. Para ponerlo en marcha tenía que telefonar a Wilcox, pero siguió echado. Sus amigos le habían dicho que estaba loco, su familia le había recriminado, unas veces con indignación y otras con tristeza, pero por alguna razón que él no acertaba a comprender, hizo oídos sordos a todos ellos. «¡Estoy harto!», les gritaba con cierto histerismo. «Llevo diez años ante esa maldita ventanilla del banco. Antes de la guerra, durante la guerra y después de la guerra. ¡No lo soporto más, eso es todo!» Y, cuando se le sugería la posible conveniencia de una visita al médico, riendo despreciativamente, respondía: «No me pasa nada que no se cure con un cambio de ambiente. No se puede esperar de nadie que permanezca confinado de esa forma en una jaula año tras año. Lo único que me sucede es que estoy harto; eso es todo». «Muy bien, muy bien», decía su padre. «¿Pero cómo crees que lo vas a remediar?» Y, a esto, no podía responderle. Durante la Depresión, a los veinte años, le había encantado conseguir un empleo en el Departamento de Exterior del banco. Todos sus amigos le consideraron una persona con gran suerte; fue la amistad de su padre con uno de los vicepresidentes lo que posibilitó que le emplearan en una época así. Justo antes de la guerra le hicieron cajero. En aquellos días en los que se vivía en una atmósfera de cambio, nada parecía permanente, y, aunque Dyar padecía un soplo cardíaco, imaginaba vagamente que, de un modo u otro, lo pasarían por alto para darle algún trabajo útil en la guerra. Cualquier cosa supondría un cambio y sería, por consiguiente, bienvenida. Pero le rechazaron categóricamente; continuó metido en su jaula. Entonces cayó víctima de una desmoralizadora sensación de inmovilidad. Su propia vida era un peso muerto, tan pesado que nunca sería capaz de levantarlo de donde estaba. Se había ido acostumbrando a la sensación de intensa inutilidad y depresión que se había adueñado de él, al tiempo que se resentía de ello amargamente. No era propio de su carácter, y su familia lo percibió. «Haz las cosas tal como vienen», le decía su padre. «Tómalo con calma. Ya verás que hay cantidad de cosas con que llenar cada día. ¿A qué te conduce el preocuparte por el futuro? Deja que él se ocupe de sí mismo». A continuación le recordaba una vez más sus problemas de corazón. Dyar contestaba con una sonrisa forzada. Estaba del todo dispuesto a dejar que cada día se ocupara de

sí mismo; el futuro era lo más alejado de sus pensamientos. Era el presente el que se interponía en su camino; sus enemigos eran los minutos. Cada minuto, vacío y abrumador, le apartaba al llegar un poco más de la vida. «No sales bastante», objetaba su padre. «Tienta a la suerte. ¡Vamos! Cuando yo tenía tu edad no podía esperar a que llegara la hora en que me quedaría libre y podría ir a la pista de tenis o bajar al río a pescar; o a casa, a plancharme los pantalones para ir a bailar. Pero tú estás enfermo. No quiero decir físicamente, claro. Ese asunto tuyo del corazón no es nada. Si vives como Dios manda, no te creará ninguna complicación. Me refiero a tu actitud. No es sana. Me parece que toda vuestra generación está enferma. O un extremo o el otro. O bien os emborracháis hasta desmayaros en la acera, o vais por la vida pensando en las musarañas y diciendo que no merece la pena vivirla. ¿Qué diablos os pasa a todos vosotros?» Dyar sonreía y contestaba que los tiempos habían cambiado. Los tiempos cambian siempre, replicaba su padre, pero no la naturaleza humana.

Dyar no era un gran lector; ni siquiera le gustaba el cine. En cierto modo, las diversiones agudizaban la inmovilidad de la existencia; no sólo cuando terminaba el pasatiempo, sino incluso durante el mismo. Después de la guerra hizo un cierto esfuerzo para reconciliarse con la vida. De vez en cuando salía con dos o tres amigos, cada uno con una chica. Tomaban un cóctel en el apartamento de una de ellas, iban después a ver una película a Broadway, y cenaban luego en algún restaurante chino de barrio, donde se pudiera bailar. A continuación, tenía lugar el largo proceso de llevar a las chicas a casa, una a una, tras lo cual solían ir a un bar y beber en grandes cantidades. A veces, pero no muy a menudo, se iban con alguna prostituta de la calle, se la llevaban a la habitación de Bill Haly y se acostaban con ella sucesivamente. Era un plan aceptado. Al parecer, no había otro que sugerir para sustituirlo. Dyar seguía pensando lo mismo: «cualquier vida sería mejor que ésta», pero no encontraba una posibilidad distinta que considerar. «En cuanto aceptes el hecho de que la vida no es divertida, serás mucho más feliz», le decía su madre. Aunque vivía con sus padres nunca les hablaba de lo que sentía. Eran ellos quienes, intuyendo su infelicidad, se le acercaban y, en un tono de vago reproche, trataban de ayudarle. Reaccionaba con educación, pero



interiormente les despreciaba. Resultaba evidente que nunca podrían comprender la vaciedad que sentía, ni advertir hasta qué punto la sentía. Era una parálisis progresiva, que ganaba terreno constantemente y llevaba consigo el miedo de que, cuando llegara a un cierto punto, sucedería algo terrible.

Escuchó el sonido distante de las olas que rompían fuera en la playa: el monótono batir, un largo silencio, y otra vez el batir de las olas. Alguien entró en la habitación de arriba, cerró la puerta de golpe y empezó a moverse inquieto de un lado a otro. Parecía una mujer, pero corpulenta. Abrió un grifo y, como por simpatía, el lavabo de su propia habitación empezó a gorgotear. Encendió un cigarrillo y, con golpecitos suaves, fue dejando caer a intervalos la ceniza en el suelo, junto a la cama. Al cabo de unos minutos, la mujer – estaba seguro de que lo era– abrió la puerta, salió, la cerró de golpe y se oyeron sus pisadas que recorrían el pasillo y entraban en otro cuarto, cerrándolo a continuación. Luego se escuchó el ruido del agua de una cisterna. Después las pisadas volvieron a la habitación de encima.

«Tengo que llamar a Wilcox», pensó. Pero apuró el cigarrillo despacio, haciéndolo durar. ¿Por qué sentía tanta pereza para hacer la llamada? Había dado el gran paso y estaba convencido de que había hecho bien. Durante toda la travesía a Gibraltar se había repetido a sí mismo que aquello era lo que debía hacer; que, cuando llegara, sería otra persona, lleno de vida, liberado del sentimiento de desesperación que le había tarado durante tanto tiempo. Y, ahora, se daba cuenta de que sentía exactamente lo mismo. Trató de imaginarse cómo se sentiría de disponer, por ejemplo, de toda la vida ante sí para dedicarla a lo que quisiera, sin la necesidad de ganarse el sustento. En tal caso, no tendría que telefonar a Wilcox, no se vería obligado a cambiar una jaula por otra. Habiendo consumado la primera ruptura, haría entonces la segunda y sería completamente libre. Levantó la cabeza y contempló despacio la habitación en penumbra. La lluvia azotaba la ventana. Tendría que salir dentro de poco. En el hotel no había restaurante y seguramente había un buen trecho hasta la ciudad. Tanteó la mesilla de noche; no había teléfono. Se levantó, cogió la vela, y buscó por la habitación. Salió al pasillo, recogió la llave del suelo, cerró la puerta y bajó la escalera pensando: «Si

hubiera habido teléfono en la habitación, ahora mismo estaría ya hablando».

El recepcionista no estaba en el mostrador.

–Tengo que hacer una llamada –dijo al chico, que sonreía afectadamente de pie junto a un macetero en el que crecía una palmera–. Es muy importante... ¡Teléfono! ¡Teléfono! –gritó gesticulando, ya que el otro no daba señales de comprender. El chico se fue al mostrador, sacó un anticuado teléfono de detrás y lo puso encima. Dyar sacó del bolsillo la carta para mirar el número del hotel de Wilcox. El chico trató de cogerla, pero él copió el número en el sobre por detrás y se lo dio. Entró un hombre gordo con una gabardina negra y pidió su llave. Se quedó echando una ojeada al periódico que había extendido sobre la mesa. Mientras el chico hacía la llamada, Dyar pensaba: «Si ha salido para cenar tendré que repetir otra vez toda esta operación». El chico dijo algo por el receptor y se lo entregó a Dyar.

–¿Oiga?

–Hotel Atlantide, dígame.

–Con Mr. Wilcox, por favor. –Pronunció el nombre muy despacio. Se produjo un silencio. «¡Dios mío!» Le irritaba pensar que le daba igual que Wilcox estuviera o no. Se oyó un *clic*.

–¿Sí?

Era Wilcox. Durante un segundo no supo qué decir.

–¿Oiga? –preguntó.

–Dígame. ¿Sí?

–¿Jack?

–Sí. ¿Quién es?

–Soy Nelson. Nelson Dyar.

–¡Dyar! ¡Hombre, caramba! Así que has venido después de todo. ¿Dónde estás? Vente para acá. ¿Sabes cómo venir? Más vale que cojas un taxi. Si no, te vas a perder. ¿Dónde paras?

Dyar se lo explicó.

–¡Cielo santo! Eso es... –Dyar tuvo la impresión de que iba a decir: «Eso es un tugurio». Pero dijo–: Eso está prácticamente al otro lado de la frontera. Bueno, ven en cuanto puedas. ¿Lo quieres con soda o con agua?

Dyar se echó a reír. No pensaba que le fuera a gustar tanto oír la voz de

Wilcox.

–Con soda –repuso.

–Un segundo. Escucha. Tengo una idea. Te llamo en cinco minutos. No te muevas de ahí. Espera a que te llame. Estate ahí. Voy a llamar a alguien, es un segundo. Es fantástico tenerte aquí. Te llamo ahora mismo ¿Okey?

–De acuerdo.

Colgó y se dirigió a la ventana. La lluvia que salpicaba contra el cristal se filtraba y corría por la pared. Para absorberla habían puesto en el suelo una bayeta, pero ahora flotaba en el charco que se había formado. En la calle, a unos noventa o cien metros del hotel, se veía una farola. Debajo, empujadas por el viento, las hojas brillantes de una rama de palmera cargaban y retrocedían como lanzas. Dyar se puso a dar vueltas de un extremo a otro del pequeño recibidor; el chico, de pie junto al mostrador y con los brazos a la espalda, le miraba atentamente. Estaba un poco molesto con Wilcox por hacerle esperar. Seguro que había llamado desde su habitación. ¿Le sacaría Wilcox un buen dinero a la agencia de viajes? En las cartas decía que sí, pero Dyar recordaba que tenía un carácter bastante exagerado. Su entusiasmo no tenía por qué significar nada más que la necesidad de un ayudante y prefería que fuese alguien conocido –el sueldo era bastante bajo, y Dyar se había pagado el pasaje desde Nueva York–, o bien que quería aprovechar la oportunidad de hacerse el importante y mostrarse magnánimo; a Wilcox podía atraerle el permitirse lo que consideraba un gesto generoso. Eso era lo más probable. Nunca habían sido íntimos amigos. Aunque se conocían desde la infancia, puesto que el padre de Wilcox había sido el médico de la familia de Dyar, nunca habían manifestado nada más que un interés educado por la vida del otro. Tenían muy poco en común; ni siquiera la edad, de hecho, puesto que Wilcox era casi diez años mayor que él. Durante la guerra, Wilcox fue destinado a Argel y después Dyar nunca se había parado a pensar qué había sido de él. Un día su padre llegó a casa diciendo: «Parece que Jack Wilcox se ha quedado en el norte de África. Ha montado un negocio y, por lo visto, la cosa marcha». Dyar preguntó qué clase de negocio era y escuchó con un vago interés que se trataba de una agencia de viajes.

Un luminoso atardecer de otoño en que paseaba por la Quinta Avenida, se

detuvo ante una gran agencia de viajes. El viento que soplaba desde Central Park tenía la frialdad de una noche de octubre y traía consigo la promesa del invierno, la estación paralizadora. A Dyar le evocaba de antemano una infelicidad aún mayor. En un extremo del escaparate había una gran maqueta de un barco, blanco y negro y con relucientes accesorios de latón. Al otro lado, una playa tropical en miniatura, con un mar de gelatina turquesa y minúsculas palmeras inclinadas sobre una playa de arena auténtica. Reserve ahora su crucero de invierno, decía el cartel anunciador. Se le ocurrió pensar que sería una verdadera tortura trabajar en un sitio así, planear itinerarios, hacer reservas de hotel y de pasajes para todos aquellos lugares que uno nunca vería. ¿Cuántos de los que estaban dentro consultando sus catálogos, horarios, listas y mapas se sentían tan atrapados como él se hubiera sentido? Aquello sería incluso peor que el banco. Entonces se acordó de Wilcox. Y echó a andar de nuevo, apresuradamente. En cuanto llegó a su casa escribió la carta y salió a echarla. Era una idea disparatada. No podía dar ningún resultado, salvo que tal vez Wilcox le considerase tonto de remate, perspectiva que no le preocupaba.

La respuesta le produjo la impresión más fuerte de su vida. Wilcox hablaba de coincidencia. «Debe de ser cierto lo de la telepatía», afirmaba. Sólo entonces Dyar habló del plan a su familia; y empezaron los reproches.

El hombre gordo se apartó con pesar del mostrador de la recepción y se dirigió al ascensor. Cuando cerraba la puerta sonó el teléfono. El chico intentó cogerlo, pero Dyar lo alcanzó primero. El chico le miró enfurecido. Era Wilcox: decía que llegaría al hotel de la Playa al cabo de veinte minutos.

–Quiero que conozcas a una amiga mía –dijo–. La marquesa de Valverde. Es fantástica. Te invita a cenar a ti también. Como Dyar protestaba, él le interrumpió. –No hay que ir bien vestido. ¡No, por Dios! Aquí no hay nada de eso. Voy a recogerte.

–Pero Jack, escucha...

–¡Hasta ahora!

Dyar subió a su cuarto, irritado de que no se le hubiera concedido la oportunidad de aceptar o rechazar la invitación. Se preguntó si, de mostrarse independiente y declinarla, ganaría algo en la estima de Wilcox. Pero era

evidente que no tenía intención de hacer tal cosa, pues, nada más entrar en su cuarto, se desnudó, se dio una ducha rápida –silbando–, abrió las maletas, se afeitó lo mejor que pudo a la luz de la solitaria vela y se puso su mejor traje. Cuando hubo terminado, apagó la vela y bajó corriendo las escaleras para esperar en la puerta principal.

---

\* Aparte de las palabras y frases árabes, francesas y de otras lenguas, que estaban en cursiva en el original, hemos subrayado también las españolas –para no aburrir al lector con notas a pie de página– así como algunas frases inglesas que nos han parecido apropiadas o inevitables.

En cuanto a las transcripciones del árabe, se ha adoptado la fonética española, tarea en la que hemos recibido la inestimable colaboración del arabista Alberto Gómez Font. Contrariamente a su criterio, hemos preservado los nombres propios en su grafía original al no poder encontrar una fórmula que armonizara totalmente las razones estéticas con las de coherencia. (*N. del T.*)

Daisy de Valverde se hallaba sentada ante su tocador; su cara brillaba a la luz de seis pequeños focos que lanzaban sus rayos desde seis ángulos diferentes. Si quedaba satisfecha de su maquillaje a la implacable luz de aquella cruda iluminación, podía sentirse después a gusto con cualquier luz. Pero se precisaban tiempo y habilidad. En Villa Hespérides nunca faltaba electricidad; ni siquiera ahora que la ciudad sólo disponía de ella durante dos horas en una noche normal. Luis se había ocupado de ello cuando construyeron la casa; había previsto la escasez de energía eléctrica. Uno de los encantos de la Zona Internacional era que se podía conseguir cualquier cosa siempre que se pudiera pagar. Y hacer también cualquier cosa: no había nada incorruptible. Era sólo una cuestión de precio.

Afuera, el viento soplaba con violencia y sonaba como una catarata entre los cipreses. El estampido de las olas contra los acantilados llegaba desde mucho más abajo. Entremezcladas con los reflejos de la habitación, se veían otras luces, en las negras láminas de cristal de las ventanas: España al otro lado del estrecho, Tarifa y el cabo Camariñal.

Siempre le agradaba invitar a su casa a norteamericanos porque con ellos nunca se sentía incómoda. Podía beber todo lo que quisiera y la acompañaban; mientras que los ingleses hacían que cada whisky les durara una hora; y no digamos de los franceses, que pedían un Martini con una pizca de ginebra; o los españoles, con su copita de jerez. «Los americanos son la nación del futuro», anunciaba con su voz cordial. «A su salud. ¡Que Dios bendiga sus inventos, grandes y pequeños! Que Dios bendiga el Frigidaire, el Tampax y la Coca-Cola. Sí, también la Coca-Cola, querido». (Casi todo el

mundo reconocía que los anuncios de esta bebida estaban echando a perder el pintoresquismo de Marruecos). El marqués no compartía este entusiasmo por los norteamericanos, lo cual no impedía que ella los invitara cuando se le antojaba; llevaba la casa a su entera conveniencia.

Tenía un mayordomo suizo y un criado italiano –pero, cuando eran americanos los invitados a cenar, dejaba que el viejo Alí con su magnífico atavío marroquí sirviera la mesa; y aunque no era muy diestro, su aspecto les impresionaba más que el servicio, más esmerado, de los criados europeos.

La dificultad residía en que al mayordomo y al criado les desagradaba tanto este arreglo que, a menos que Daisy fuera a la cocina en el último momento y repitiese las órdenes, encontraban siempre algún pretexto para no dejar servir al pobre y anciano Alí; así que, cuando la señora levantaba la cabeza para admirar los brillantes brocados y la faja dorada del servicio palaciego del sultán Mulay Hafid, sus ojos topaban con el monótono uniforme negro de Hugo o de Mario. Sus rostros eran impenetrables y nunca llegaba a saber lo que había sucedido. A no ser que bajara ahora para dejar en claro quién tenía que servir, existía la posibilidad de que ocurriera lo mismo esta noche. Se levantó, deslizó un pesado brazalete por su mano izquierda y salió al diminuto pasillo que comunicaba su habitación con el resto de la casa. Alguien había dejado abierta una ventana al final del corredor de arriba y varias de las velas que ardían ante el gran tapiz se habían apagado a causa del viento. No soportaba el anacronismo de usar luz eléctrica en las habitaciones que tenían tapices. Llamó al timbre y esperó a que apareciera una doncella jadeante a la que señaló, estirando mucho el dedo, la ventana y las velas. «Mire», dijo en tono de desaprobación, y se marchó por las escaleras. En aquel momento se oyó fuera el ruido de un motor. Se apresuró a bajar los últimos escalones y atravesó casi corriendo el recibidor metiéndose en la cocina; cuando regresó, Hugo ayudaba a los dos invitados a quitarse la gabardina. Daisy se dirigió a ellos majestuosamente.

–¡Querido Jack! Qué encantador de vuestra parte el haber venido. ¡Y con este tiempo tan horrible!

–¡Qué amable de tu parte el invitarnos! Daisy, éste es Mr. Dyar. La marquesa de Valverde.

Dyar se fijó en ella. Era una mujer de unos cuarenta años, bien conservada, con una mata de rizos negros, ojos azul porcelana y un vestido de satén negro y escotado que se debía haber embutido con cierto esfuerzo.

–Me alegro mucho de conocerle, Mr. Dyar. Creo que está encendida la chimenea del salón. ¡Quién sabe! Vayamos a ver. ¿Os habéis mojado? – preguntó, tocando la manga de Dyar–. ¿No? Estupendo. Venid. Jack, tú serás el barman. Quiero que prepares la bebida más cargada que se te ocurra.

Se sentaron ante un abrasador fuego de leña. Daisy quería que Wilcox preparase unos *sidecars*. Al tomar el primer trago, Dyar se dio cuenta de lo verdaderamente hambriento que estaba; miró disimuladamente la hora. Las diez menos veinte. Mientras observaba a Daisy pensó que era la mujer más fatua que había conocido. Pero la casa le impresionaba. Entró Hugo. «Y ahora, a cenar», pensó Dyar. Era una llamada telefónica para *Madame la Marquise*.

–Sírvenme otro, encanto, y así me lo llevo para consolarme –dijo a Wilcox. Cuando hubo salido, Wilcox se volvió a Dyar.

–Es una mujer extraordinaria –exclamó sacudiendo la cabeza.

–Sí –respondió Dyar, poco convencido, y añadió–: ¿No está un poquito ajada para ti?

Wilcox pareció indignarse.

–¿De qué estás hablando, muchacho? –le preguntó Wilcox bajando la voz–. Tiene un marido que vive en esta casa. He dicho que es extraordinaria de divertida. ¿Qué demonios pensaste que quería decir?

La llegada de Mario para echar otro tronco a la chimenea interrumpió lo que pudiera haber dicho a continuación.

–Escucha el viento –añadió Wilcox recostándose con la bebida en la mano.

Dyar sabía que estaba irritado con él y se preguntaba por qué. «Se está volviendo bastante susceptible con los años» se dijo recorriendo con la mirada la inmensa habitación. Mario salió de la sala. Wilcox se echó hacia adelante otra vez para hablar con Dyar y, sin dejar de hablar en voz baja, le dijo:

–Daisy y Luis son prácticamente mis mejores amigos de aquí. –En el



recibidor se oyeron voces. Daisy entró en la sala con un hombre moreno y elegante que parecía sufrir de una úlcera de estómago.

–¡Luis! –exclamó Wilcox levantándose de un salto. Dyar fue presentado y, a continuación, se sentaron los cuatro; Daisy junto a él. «Esto no puede durar mucho», pensó. «Son casi las diez». Sentía el estómago completamente hueco.

Se sirvieron bebidas otra vez. Wilcox y el marqués entablaron una conversación sobre las transacciones de un banquero local que se había metido en problemas y se había marchado de repente a Lisboa para no volver. Dyar les escuchó un momento.

–Perdone, no la he oído –le dijo a Daisy; estaba hablando con él.

–Le preguntaba si le gusta nuestra querida Zona Internacional.

–Bueno, no he visto nada todavía. De todos modos... –miró en torno a la sala con gesto de reconocimiento– desde aquí, tiene buen aspecto. –Dyar sonrió tímidamente.

La voz de ella asumió un tono ligeramente maternal.

–Claro. Acaba usted de llegar hoy ¿no es cierto? Querido, le queda tanto por ver. ¡Tanto por ver! No se lo puede imaginar. Pero le va a encantar, eso se lo prometo. Es una casa de locos, por supuesto. Una completa y absoluta casa de locos. Y yo espero que lo siga siendo.

–Le gusta mucho ¿no? –Dyar estaba empezando a sentir los efectos de la bebida.

–Me encanta –repuso ella acercándose–. De verdad que adoro este sitio.

Dyar depositó con cuidado la copa en la mesa, junto a la coctelera.

Desde la puerta, Hugo anunció la cena.

–Jack, otra pizca más para todos. –Daisy ofreció la copa recibiendo lo que quedaba–. Me lo has servido todo a mí, monstruo. No lo quería todo. –Se puso en pie y, con la copa en la mano, les condujo al comedor donde estaba Mario descorchando una botella de champán.

«Me voy a acabar emborrachando», pensó Dyar, temiendo de pronto atraer la atención cometiendo alguna falta de etiqueta en la mesa.

Lentamente se aproximaban hacia una cena que prometía ser interminable.

Empotrado en la pared que tenía delante, en el revestimiento de madera oscura, había un rectángulo verde: era un acuario; sus luces indirectas iluminaban rocas, conchas y complicadas plantas marinas. Dyar se sorprendió a sí mismo contemplándolo mientras comía. Daisy hablaba sin parar. En el momento en que se calló, Dyar dijo:

–No veo ningún pez allí.

–Hay jibias –explicó el marqués–. Sólo tenemos jibias. –Y, como Dyar no parecía comprender, añadió–: Ya sabe... pulpos pequeños. ¿Los ve? Hay uno a la izquierda, pegado a la roca. –Señaló con el brazo; Dyar vio ahora las carnosas y pálidas serpentinatas de los tentáculos.

–Son bastante más lindas que los peces de colores –dijo Daisy, pero con un tono que hizo sospechar a Dyar que las odiaba. Nunca había conocido a nadie como ella; daba la impresión de permanecer distanciada de cualquier cosa que dijese o hiciese. Era como si estuviera distrayéndose con un enrevesado juego cuyas reglas había inventado ella misma.

Mientras comían la ensalada se produjo un alboroto en la casa: voces femeninas amortiguadas y pasos apresurados. Daisy dejó el tenedor sobre la mesa y miró alrededor a los tres hombres.

–¡Dios mío! Ya sé lo que es. Estoy segura. La tormenta ha traído las hormigas. –Se volvió hacia Dyar–. Todos los años entran a millones, las más pequeñas. La primera vez que aparecen en la pared, se podría jurar que lo que se ve es una enorme grieta. Cuando te acercas parece más bien una cuerda. Pero en completo movimiento. Se aprietan unas contra otras. Millones. Es terrorífico. –Se puso en pie–. Perdonadme; tengo que ir a ver lo que sucede.

–¿Puedo ayudar en algo? –dijo Dyar, y recibió una fugaz mirada de desaprobación de Wilcox.

Ella sonrió.

–No, querido. Siga tomando su ensalada.

Daisy se ausentó durante casi diez minutos. Al regresar venía riéndose.

–¡Ah, los placeres de vivir en Marruecos! –dijo alegremente.

–¿Las hormigas otra vez? –preguntó el marqués.

–¡Oh, sí! Esta vez ha sido la sala de costura. El año pasado fue la despensa. Aquello fue mucho peor. ¡Tuvieron que sacar las muertas con pala!

–Siguió comiendo la ensalada; su expresión se volvió seria–. Luis, me temo que al pobrecito Tambang le queda poco en este mundo. He ido a su habitación. Me ha parecido que estaba peor.

El marqués movió la cabeza afirmativamente.

–Ponle más penicilina.

Daisy se volvió a Dyar.

–Es un viejo siamés que estoy tratando de salvar. Está terriblemente enfermo. Iremos a verle después de la cena. Luis se niega a acercarse a él. Odia los gatos. Estoy segura de que usted no los odia, ¿no es cierto, Mr. Dyar?

–Oh, a mí me gustan toda clase de animales. –Volvió la cabeza y vio el pulpo. No se había movido, pero había aparecido otro que avanzaba con amplias ondulaciones por el suelo del acuario. Parecía una víscera flotando en formol: un estómago, tal vez, o un páncreas. Aquella imagen le hacía sentirse vagamente enfermo; o podía ser la mezcla de los *sidecars* y el champán.

–Entonces, no le molestará ayudarme, ¿verdad? –prosiguió Daisy.

–Lo haré encantado.

–No sabes en lo que te estás metiendo –dijo Wilcox riendo desagradablemente.

–¡Tonterías! –exclamó Daisy–. Le daré unos guantes enormes de gruesos. Ni siquiera Tambang puede arañar a través de ellos.

–¡Demonio que sí puede! Y, además, tiene colmillos, ¿no?

–Por decir eso –terció el marqués–, Jack tendrá que ser el asistente.

–No –dijo Daisy con firmeza–. Mr. Dyar viene conmigo. ¿Quiere alguien fruta? Sugiero que pasemos a tomar el café de inmediato. Tomaremos la copa después, cuando bajemos. –Se levantó de la mesa.

–La vas a necesitar –dijo Wilcox.

Desde el salón se escuchaba la tormenta, tronando con más fuerza que antes. Daisy se bebió su café de pie, encendió un cigarrillo y se dirigió a la puerta.

–Di a Mario que se ocupe del fuego, Luis; si no, empezará a llenarse todo de humo. De hecho, ya ha empezado. ¿Subimos, Mr. Dyar?

Daisy le guiaba por la escalera. Cada vez que pasaba ante un candelabro,

los salientes de su vestido de satén lanzaban destellos.

De un pequeño guardarropa situado en lo alto de la escalera sacó un par de gruesos guantes de jardinero y le dio uno a Dyar.

–Realmente no los necesitamos –dijo–, pero es mejor estar protegido.

Las paredes del cuartito estaban adornadas con una serie de grabados antiguos franceses de pájaros tropicales. Sobre una vieja cama con un dosel raído yacía un enorme gato siamés. Tenía junto a la cabeza una bandeja de esmalte con pedazos de hígado crudo, pero el felino miraba cansinamente hacia el otro lado. La habitación olía a zoológico.

–¡Dios mío, qué aire más viciado! –exclamó Daisy–. Pero no podemos abrir la ventana. –Afuera, la tormenta bramaba. De vez en cuando la casa se estremecía. Una rama golpeaba repetidamente contra la ventana como una persona queriendo entrar. El gato no prestaba atención mientras Daisy limaba las puntas de las ampollas, llenaba la jeringuilla y le buscaba entre las ijadas el lugar indicado.

–Hay que ponerle cuatro inyecciones distintas –dijo–, pero las dos primeras se las puedo poner juntas. Ahora, acérquese por detrás y prepárese para apretarle en el cuello, pero no presione, a menos que sea necesario. Acarícielo bajo la barbilla.

El pelo del viejo gato estaba enmarañado, sus ojos eran enormes y parecían vacíos. Un momento, cuando la aguja lanzaba un destello sobre su cabeza, a Dyar le pareció percibir que una expresión de alarma, de miedo incluso, cruzaba su cara, y lo acarició con más fuerza, con las dos manos, bajo las orejas y por las mandíbulas. Pero ni siquiera se movió cuando la aguja se introdujo tanteando el punto y, luego, continuó aún más.

–Ahora quedan sólo dos –dijo Daisy. Dyar observaba la seguridad de sus gestos. Un veterinario no hubiera sido más hábil. Dyar lo comentó y ella respondió con un gruñido–. Los únicos buenos veterinarios son los aficionados. Yo no dejaría que un profesional tocara un animal mío. –El olor a éter era muy penetrante.

–¿Es éter? –preguntó Dyar; se sentía alarmantemente mareado.

–Sí, para esterilizar. –Había vuelto a llenar la jeringa.

–Ahora, sujétalo. –El viento soplaba con fuerza; parecía que la rama fuera

a romper el cristal—. Esto puede escocerle. Tal vez lo sienta. —Dyar levantó la cabeza para mirar la ventana; veía su propia cabeza reflejada vanamente contra la noche al fondo. Pensó que, si tenía que contemplar otra vez cómo la aguja entraba en la piel, vomitaría. No se atrevió a bajar la mirada hasta que Daisy se apartó de la cama. El gato tenía los ojos semicerrados. Dyar se agachó; el felino ronroneaba.

—Pobre animalito —dijo Daisy—. Ahora, vamos con la última. Esta será fácil. Tambang, cielo, ¿qué tienes?

—Está ronroneando —dijo Dyar con la esperanza de que no le viera la cara. Sentía los labios helados; seguro que estaba muy pálido.

—¿Ves como tenía razón al traerte? Le gustas. Jack le habría contrariado de alguna manera.

Daisy le miró y Dyar pensó que sus ojos le observaban un instante más de lo debido. Pero no dijo nada.

«No me puedo creer que se vaya a desmayar», pensó ella. «Este pobre infeliz no tiene el menor contacto con la vida». Dyar estaba haciendo un gran esfuerzo.

—Parece que el gato no siente nada —dijo.

—No. Me temo que no va a vivir.

—Pero ronronea.

—¿Quieres sujetarle, por favor? Esta es la última.

Quería decir algo, apartar su mente de la sensación de vértigo, de lo que estaba sucediendo sobre la cama, justo delante de él. Como no se le ocurría nada, guardó silencio. El gato se movió ligeramente. Daisy se enderezó y, en aquel mismo momento, se oyó un sonido terrible y un gran estrépito afuera en la oscuridad. Se miraron el uno al otro. Daisy dejó la jeringuilla sobre la mesa.

—Ya sé lo que es. Uno de los eucaliptos. ¡Dios mío, qué noche! —dijo admirada.

Cerraron la puerta y bajaron al salón. No había nadie.

—Me da la impresión de que han salido a mirar. Vamos a la biblioteca. La chimenea tira mejor allí. Esta hecha mucho humo.

La biblioteca era recogida y agradable: el fuego crepitaba. Daisy presionó

un botón de la pared y se sentaron en un diván. Le miró pensativamente.

–Jack me había dicho que ibas a venir pero, no sé por qué, nunca pensé que llegarías.

–¿Por qué no? –Se sentía un poco mejor ahora.

–Oh, ya sabes. Son esas cosas que no resultan. Ideas maravillosamente buenas que luego fallan. Además, lo cierto es que, realmente no entiendo para qué necesita Jack a nadie en esa oficina tan pequeña.

–¿Quiere decir que no le van bien las cosas? –preguntó tratando de mantener un tono tranquilo en la voz.

Daisy le puso la mano en el brazo y se echó a reír. Como si estuviera desvelando un secreto vergonzoso, le dijo en voz baja:

–Querido, si crees que allí gana siquiera el dinero de sus almuerzos, estás gravemente equivocado.

Se le quedó mirando con un interés excesivo, tratando de ver el efecto que producían sus palabras. Dyar se negó a manifestar reacción alguna. Sintió calor por todo el cuerpo, pero no dijo nada. Hugo entró en la habitación con una bandeja de botellas y vasos. Tomaron coñac los dos; el criado depositó la bandeja en una mesa junto a Dyar y se marchó.

Ella seguía mirándole.

–Así que no le va bien el negocio... –dijo Dyar. No pensaba decir lo que ella seguramente esperaba: ¿cómo sobrevive?

–Nada en absoluto. Nunca le fue bien.

–Lamento oírlo.

–No hay por qué lamentarlo. Si hubiera marchado bien, a lo mejor no habría mandado a por ti. Habría tenido más o menos justo lo que podría llevar. Tal como están las cosas, imagino que te necesita mucho más.

Dyar puso cara de perplejidad.

–No sigo su razonamiento.

Daisy parecía satisfecha.

–Tánger, Tánger –dijo–. Lo entenderás bien pronto, criatura.

Escucharon voces en el recibidor.

–Me parece que vas a necesitar un buen montón de libros –continuó ella–. Considérate libre para llevarte prestada cualquier cosa que necesites. Hay,

desde luego, una biblioteca circulante de la legación americana; es mucho mejor que la biblioteca inglesa. Pero tardan siglos en conseguir las novedades.

–Yo no leo demasiado.

–Pero, criatura, ¿qué vas a hacer durante todo el día? Enloquecerás de aburrimiento.

–Oh, bueno. Jack...

–Lo dudo –dijo ella–. Me parece que vas a estar solo de la mañana hasta la noche; todos los días.

Las voces no se percibían ya.

–Se han ido a la cocina –dijo ella. Dyar sacó un paquete de cigarrillos y se lo ofreció.

–No, gracias. Yo tengo. Pero, en serio, no se me ocurre qué puedes hacer durante todo el día, ¿entiendes? –Rebuscó en su bolso y extrajo una pequeña pitillera de oro.

–Probablemente tendré trabajo que hacer –respondió aplicando una cerilla al cigarrillo antes de que ella pudiera acercar el encendedor.

Ella se rió un momento, sopló la llama y le cogió de la mano, que todavía sostenía la cerilla.

–Déjame ver tu mano –dijo dándole una chupada al cigarrillo. Dyar sonrió y le mostró la palma rígida para que la examinara.

–Relájala –añadió ella acercándose para mirarla.

–¡Trabajo! –exclamó en tono de burla–. No veo ni rastro en esta mano, mi querido Mr. Dyar.

–Bueno, pues entonces la mano miente –dijo él enfurecido–. Trabajar es lo único que he hecho en mi vida.

–Ah, tal vez de pie en un banco, pero eso es tan leve que no se manifiesta. –Miraba con cuidado, presionando la carne de la mano con los dedos–. No. No veo señales de trabajar. Para ser sincera de veras, no veo señales de nada. Nunca me había encontrado con una mano tan vacía. Es aterrador. –Levantó la cabeza para mirarle.

Dyar volvió a reírse.

–Se ha quedado de una pieza, ¿eh?

–En absoluto. He vivido en América lo suficiente para haber visto una buena cantidad de manos americanas. Lo único que puedo decir es que ésta es la peor.

Dyar fingió una gran indignación, y apartó la mano con brusquedad.

–¿Qué quiere decir con eso de que es la peor? –exclamó.

Daisy le miraba con una infinita preocupación en los ojos.

–Quiero decir –explicó–, que tu vida está vacía. No sigue una pauta. Y no hay nada en ti que te dé un objetivo. La mayoría de la gente no puede evitar el seguir algún tipo de proyecto. Lo hacen automáticamente, porque forma parte de su naturaleza. Eso es lo que les salva, lo que les para. No pueden evitarlo. Pero tú estás a salvo de que te salven.

–Un espécimen único, ¿no?

–En cierta manera –Daisy miró en su rostro inquisitivamente durante un momento–. Qué extraño –murmuró finalmente. Le gustaba aquel carácter vacío que había en él. Era como si estuviera desnudo, no exactamente indefenso, sino simplemente desvestido, listo para reaccionar, y esto le parecía atractivo; los hombres debían ser así. Pero se extrañaba de su propio modo de pensar.

–¿Qué extraño, qué? –preguntó él– ¿Que yo sea único?

Dyar observó que ella creía lo que decía y, puesto que era halagador ser el centro de la atención, estaba dispuesto a discutir con ella, si era necesario, simplemente para prolongarlo.

–Sí.

–Nunca he podido creer en todo ese asunto de la astrología y la quiromancia –dijo–. No tiene fundamento.

Como ella no contestaba, continuó.

–Dejemos la mano durante un momento y pasemos a las personalidades. –El coñac le estaba animando; no se sentía en absoluto mareado–. ¿Quiere decir que usted cree que la vida de cada individuo es diferente y posee su propia pauta, como usted la llama?

–Sí, por supuesto.

–¡Pero eso es imposible! –exclamó–. No es lógico. Simplemente, mire a su alrededor. Jamás ha existido una producción en serie comparable a la que



produce seres humanos... todos del mismo modelo, año tras año, siglo tras siglo, todos iguales, siempre la misma persona. –Se sentía un poco exaltado por el sonido de su propia voz–. Podría decirse que hay sólo una persona en el mundo y todos estamos en ella.

–Tonterías –dijo ella tras un momento de silencio. Lo que Dyar estaba diciendo la irritaba ligeramente. Se preguntó si tal vez lo que le molestaba era la audacia de que se atreviera a expresar sus ideas, pero no creía que fuera eso.

–Veamos, criatura –continuó en tono conciliador–. ¿Tú exactamente, qué deseas en la vida?

–Es una pregunta difícil –contestó él despacio. Daisy le había quitado viento a sus velas–. Pues... quiero sentir que recibo algo de ella.

–Eso no significa nada –dijo Daisy impaciente.

–Quiero sentir que estoy vivo, ¿no? Eso es todo, más o menos.

–¡Dios santo y misericordioso! Dame un poco más de coñac.

Dejaron a un lado el tema, y continuaron hablando de la tormenta y el clima en general. Dyar interiormente pensaba que debía haber contestado cualquier cosa que se le hubiera venido a la cabeza: dinero, felicidad, salud; pero no tratar de decir lo que realmente pensaba. Junto a estos pensamientos, retornaba a su mente la imagen de su habitación en el hotel de la Playa con la colcha manchada y el lavabo gorgoteando.

«No posee, no quiere, no es nada» pensaba Daisy. Sintió que debía compadecerse de él, pero no le producía lástima... le despertaba más bien un ligero rencor que neutralizaba las demás emociones. Finalmente se puso en pie.

–Tenemos que ir a ver qué ha pasado con Luis y Jack.

Les encontraron en el salón, hablando.

–¿Qué eucalipto ha sido? –dijo Daisy–. Estoy segura de que ha sido uno de ellos.

El marqués frunció el entrecejo.

–El grande que había junto a la verja. No ha sido todo el árbol. Sólo una rama, pero grande; la que sobresalía a la carretera. El camino está cortado.

–¿Por qué siempre caen precisamente en la carretera? –preguntó Daisy.

–No sé –dijo Wilcox–. Pero no me puede fastidiar más. ¿Cómo voy a salir de aquí?

Ella se echó a reír alegremente.

–Tú y Mr. Dyar –dijo con una pronunciación muy clara–, pasaréis aquí la noche y, por la mañana, llamaréis un taxi. Es así de sencillo.

–Ni hablar –dijo Wilcox irritado.

–Te aseguro que ahora no va a venir ningún taxi, con este tiempo. Eso por descontado. Y hay ocho kilómetros andando.

Wilcox no podía responder a esto.

–Hay habitaciones de sobra para emergencias así. Así que, deja de preocuparte y prepárame un whisky con soda. –Se volvió a Dyar y sonrió. Cuando hubo servido la copa, Wilcox dijo secamente–: ¿Y tú, Dyar? ¿Quieres lo mismo?

Éste le echó una mirada rápida y advirtió que parecía irritado.

–Sí, por favor. –Wilcox le dio su bebida sin volverse para mirarle. «Está claro», pensó Dyar. «Tiene miedo de que me vayan las cosas demasiado bien con ella».

Hablaron de la casa.

–A ver si volvéis alguna vez, de día, y veis la rosaleta –dijo Daisy–. Tenemos una rosaleta divina.

–Pero lo que no debes perderte de ninguna manera es el dormitorio de cristal –dijo Wilcox recostándose en la butaca y bostezando un poco hacia el techo–. ¿Lo has visto?

El marqués se echó a reír, incómodo.

–No, no lo ha visto –dijo Daisy. Se levantó y cogió a Dyar del brazo–. Ven conmigo a verlo. Es una excelente oportunidad. Jack y Luis tienen que hablar de las quiebras de la semana.

El dormitorio recordó a Dyar un enorme invernadero circular. Se iba tropezando con las pieles de cebra que había esparcidas por el reluciente suelo de mármol negro. La cama era muy ancha y baja, el pesado cubrecama de satén había sido echado hacia abajo parcialmente y las sábanas estaban abiertas. El lugar era un desafío contra los elementos que rugían al otro lado de las cristaleras; se sentía incómodo sin ninguna duda.

–Desde fuera puede mirar cualquiera, ¿no? –se atrevió a decir.

–Si alcanzan a ver desde España... –repuso mirando fijamente hacia las invisibles olas que rompían abajo contra las rocas–. Esta es mi habitación favorita en todo el mundo –declaró–. Nunca he sido capaz de vivir lejos del mar. En realidad, soy como un marinero. Doy por sentado que el agua salada es la superficie natural de la tierra. Tengo que disponer de la posibilidad de verla. Siempre. –Respiró profundamente.

«¿A cuento de qué viene este teatro?», pensó Dyar.

–Es una habitación maravillosa –dijo.

–Hay naranjos abajo en el jardín. Le pusimos el nombre de Hespérides porque se dice que a esta montaña fue adonde vino Hércules a robar las manzanas de oro.

–¿De veras? –Dyar trató de aparentar interés para mostrarse impresionado. Desde que empezó el whisky se sentía adormecido. Tenía la corazonada de que Wilcox y el marqués subirían en cualquier momento; y cuando llegaran, Daisy y él no deberían ser sorprendidos allí de pie en el dormitorio de ella, en aquella actitud vacilante y absurda. Vio que Daisy reprimía un bostezo; tampoco ella sentía deseos de enseñarle la habitación. Era simplemente para molestar a Wilcox, se trataba de un juego entre ellos. Se le ocurrió que podría ser divertido jugar un poco con ella, ver de dónde venían los tiros. Pero no sabía con certeza cómo comenzar; era un poco avasalladora. Decir algo así como: «¿no es una cama muy grande para una mujer sola?» Y probablemente respondería: «pero dormimos aquí Luis y yo, querido». Dijera lo que dijera o hiciera lo que hiciera probablemente se reiría.

–Sé lo que estás pensando –dijo ella. Dyar se sorprendió un poco–. Tienes sueño, pobrecito. Te gustaría irte a la cama.

–¡Oh! –exclamó Dyar–. Pues...

Una mujer de aspecto joven entró en la habitación corriendo y gritando: «*On peut entrer?*». Tenía la ropa muy mojada y la cara brillante de lluvia. Ella y Daisy comenzaron en francés una animada conversación de la que fueron traduciéndole retazos a Dyar de vez en cuando. Era la secretaria de Daisy, acababa de regresar de una fiesta, su taxi se había visto obligado a

detenerse ante el árbol caído, pero el taxista había tenido la amabilidad de acompañarla hasta la casa y se hallaba abajo tomando un coñac, estaba calada hasta los huesos, ¿quería alguien el taxi?

–¡Nosotros! –exclamó Dyar con bastante más entusiasmo de lo que hubiera resultado correcto. Acto seguido se arrepintió y empezó a balbucear excusas y a dar las gracias.

–Corre abajo, querido. No te detengas a despedirte. ¡Corre! Te llamaré mañana a la oficina. Tengo que hablar contigo de cierto asunto.

Dyar dio las buenas noches y bajó corriendo la escalera; se encontró al marqués en el camino.

–Jack te está esperando fuera. Buenas noches, muchacho –dijo el marqués sin detenerse. Cuando llegó a lo alto de las escaleras, Daisy apagaba las velas por toda la pared.

–*Estamos salvados* –dijo ella sin levantar la cabeza.

–*¡Qué gentuza más aburrida!* –suspiró el marqués.

Ella prosiguió su labor metódicamente, poniendo con cuidado la mano detrás de cada llama cuando soplabla. Tenía la sensación de que aquella noche todo había salido mal, pero no sabía en qué punto había empezado a estropearse.

El hostil viento les azotaba mientras se habrían paso hacia el taxi. Tuvieron que pasar bajo un extremo de la gran rama que cruzaba diagonalmente la carretera. Al taxista le costó un poco dar la vuelta al coche; hubo un momento en que dio contra la pared marcha atrás y lanzó una maldición. Cuando estaban en camino bajando lentamente por la oscura carretera de la montaña, dijo Wilcox:

–Bueno, ¿viste el dormitorio?

–Sí.

–Pues ya has visto todo. Puedes volver a Nueva York. Tánger no guarda secretos para ti.

Dyar se rió, incómodo. Tras un momento de silencio, dijo:

–¿Qué pasa mañana? ¿Me acerco por la agencia?

Wilcox estaba encendiendo un cigarrillo.

–Puedes pasarte por allí a última hora de la tarde, sí.

El corazón le dio un vuelco. Luego se sintió furioso. «Sabe perfectamente que quiero empezar a trabajar. Está jugando al gato y al ratón». Guardó silencio.

–Atlantide –dijo en voz alta Wilcox, cuando llegaron a la ciudad.

El taxi dobló a la derecha, se metió por una calle tortuosa y se detuvo ante un gran portal.

–Aquí tienes cincuenta pesetas –añadió Wilcox poniéndole unos billetes en la mano–. Mi parte.

–Muy bien –dijo Dyar–. Gracias.

–Buenas noches.

–Buenas noches.

El taxista miraba expectante hacia atrás.

–Espere un momentito –dijo Dyar gesticulando. Aún se veía a Wilcox en la recepción. Cuando hubo desaparecido de la vista, Dyar pagó al chófer, se apeó del taxi y empezó a caminar calle abajo con la lluvia en la espalda. La calle estaba desierta. Se sentía agradablemente borracho y no tenía el menor sueño. Mientras paseaba, iba murmurando: «A última hora de la tarde. Pásate, de verdad. Encantado, seguro. Un tiempo espléndido». Llegó a una plaza donde había esperando una fila de taxis. Incluso con la tormenta, a aquella hora, la gente le espiaba. «*Hey, come! Taxi, Johnny?*» No les hizo caso y atajó por un estrecho callejón. Era como bajar por el lecho de un impetuoso torrente; el agua le llegaba casi al borde de los zapatos, a veces por encima. Se agachó para arremangarse los pantalones y siguió caminando. Sus pensamientos tomaron otro rumbo. Al poco rato iba riéndose él solo entre dientes y dijo en voz alta:

–¡Manzanas de oro! La madre que...

Thami estaba furioso con su mujer: sangraba por la nariz e iba dejándola gotear por todo el patio. Le había dicho que tratara de parar la hemorragia con un trapo mojado, pero se asustaba y parecía no oírle; se limitaba a andar de un lado a otro por el patio, con la cabeza agachada. Había una lámpara de aceite que parpadeaba al otro lado de la puerta y, desde el colchón donde estaba tumbado, podía ver los pies de ella, pintados de «jena» y cargados de ajorcas, arrastrarse por delante de vez en cuando. La lluvia caía de manera intermitente, pero ella no parecía darse cuenta.

Aquello era lo peor de estar casado, a menos que uno tuviera dinero: nunca se podía estar solo en la propia casa; siempre había un cuerpo de mujer delante; y, cuando uno ya se había saciado, no quería que se lo recordasen continuamente.

–*¡Ya latif!* –vociferó–. ¡Por lo menos cierra la puerta!

En el cuarto de al lado, el niño empezó a lloriquear. Thami esperó un momento para ver qué hacía Kinza. No cerró la puerta ni fue a consolar a su hijo.

–¡Ve a ver qué quiere! –rugió Thami–. *¡Ah-lah!* –gimió a continuación; se puso un cojín en el vientre y cruzó las manos encima con la esperanza de dormir una siesta. Si no fuera por su hijo, pensó, la devolvería a su tierra, con su familia, en el Rif. Aquello prepararía el camino, por lo menos, para que sus hermanos le aceptaran de nuevo y le permitieran vivir con ellos.

Nunca había creído justo que Abdelmalek y Hassan se tomaran la libertad de echarle de casa. Al ser el más joven tenía que aceptar su decisión, pero ciertamente no la acataba de buen grado. Era típico de su carácter el

considerar que habían actuado movidos por puro rencor, y él se comportaba en consecuencia. Thami cometía el imperdonable delito de hablar mal de ellos ante otras personas, regodeándose en criticar su mezquindad y su lascivia, hecho que le había ido alejando poco a poco de casi todos los amigos de su infancia. Todos sabían que bebía y que lo había hecho desde los quince años y, aunque en la clase alta musulmana de Tánger aquello se consideraba, generalmente, razón de sobra para no ser admitido en la residencia familiar, no hubiera bastado para enemistarle con todos sus amigos. El problema residía en que Thami tenía un genio especial para hacer lo que no debía; era como si experimentara un placer perverso y amargo en extrañarse de todo el que hubiera conocido, convirtiéndose en una persona profundamente desgraciada. Su absurdo matrimonio con una mujer analfabeta de las montañas, por ejemplo; eso lo había llevado adelante, sin duda, por espíritu de venganza contra sus hermanos. Seguramente se estaba burlando de ellos cuando alquiló aquella casucha de Emsalah, barrio donde no vivían más que braceros y criados. No sólo consumía alcohol, sino que últimamente había empezado a hacerlo en público, en las terrazas de los cafés del Zoco Chico. Sus hermanos habían oído incluso decir –aunque no sabían qué había de cierto en ello– qué se le había visto viajar con frecuencia por tren a Casablanca, actividad que, en general, no significaba más que una cosa: contrabando de una u otra especie.

Los amigos actuales de Thami eran recientes, y las relaciones que establecía con ellos, no demasiado profundas. Dos de ellos, profesores del Lycée Français y ardientes nacionalistas, no perdían ocasión de denostar a los franceses y lanzaban términos como «dominación imperialista», «cultura panislámica» y «autonomía». Su virulencia y resentimiento contra los abusos de una autoridad injusta suscitaban en él simpatía; se sentía uno de ellos sin llegar a comprender de veras de qué estaban hablando. Fueron ellos quienes le dieron la idea de hacer frecuentes viajes a la Zona Francesa –porque, efectivamente, se dedicaba al contrabando en pequeña escala– para introducir plumas estilográficas y relojes de pulsera a fin de venderlos con pingües beneficios. Cada franco que se estafaba a las aduanas francesas, argumentaban ellos, era un clavo más que ponían al ataúd económico de los

franceses; al final, los seguidores de Lyautey se verían obligados a abandonar Marruecos. Además, no venían nada mal algunos millares de francos después de cada viaje.

Otro amigo suyo era funcionario de la Municipalité. También él estaba a favor del contrabando, pero por razones morales. Era importante insistir en la unidad de Marruecos, negarse a aceptar las tres zonas en que los europeos, de modo arbitrario, lo habían desmembrado. La clave con los europeos, sostenía él, se hallaba en sembrar el caos dentro de sus instituciones y confundirlos con un comportamiento aparentemente irracional. En cuanto a los musulmanes, había que hacerles tomar conciencia de su vergüenza y sufrimiento. El funcionario visitaba con frecuencia a su familia en Rabat, y en sus viajes llevaba siempre un gran racimo de plátanos porque en Tánger eran bastante más baratos. Cuando el tren llegaba a Suk al Arba, los vistas de aduanas se abalanzaban sobre la fruta, ante lo cual empezaba a gritar, con todas sus fuerzas, que llevaba los plátanos a su hijo enfermo. Al advertir el creciente interés que la escena provocaba en los demás viajeros nativos, los inspectores bajaban la voz y trataban de que el altercado se mantuviera dentro de los límites de la máxima discreción y afabilidad. El otro, expresándose en perfecto francés, pretendía ser educado en su lenguaje, pero ruidoso en sus protestas y, si por un momento parecía que los inspectores se avenían a dejar pasar los plátanos para aplacar su ira, lanzaba alguna expresión sutil de insulto y desafío, que los demás pasajeros no oían, pero que enfurecía inevitablemente a los franceses. Estos exigían que les entregara la fruta de inmediato. El otro, entonces, parecía tomar una decisión rápida: cogía el racimo por el tallo, y arrancando plátanos de uno en uno, iba llamando a los viajeros de cuarta clase –en su mayoría simples bereberes– para repartirlos entre ellos y explicarles con tristeza que, si su hijo enfermo no podía disfrutar de los plátanos, prefería dárselos a sus compatriotas. Así, resultaba que en el andén terminaba habiendo cuarenta o cincuenta túnicas blancas que mordisqueaban su plátano y, sentados en cuclillas, sacudían la cabeza al pensar en el padre de la criatura enferma y lanzaban miradas claramente acusadoras a los franceses. El único problema era que el número de vistas de aduana era bastante limitado. Todos habían caído en la trampa una y otra vez,



pero ahora se acordaban de sobra del funcionario y, la última vez que se había tropezado con ellos, se habían negado firmemente a advertir siquiera la existencia de los plátanos. Cuando Thami oyó esto le preguntó: «¿Así que los pasaste a Rabat?» «Sí», contestó el otro, un poco desalentado. «¡Estupendo!», dijo Thami con entusiasmo. El funcionario le miraba. «¡Claro!», exclamó Thami. «Has quebrantado la ley. Ellos lo sabían. No se atrevieron a hacer nada. Has ganado». «Puede que tengas razón», dijo el otro después de un momento, pero no estaba seguro de que Thami se hubiera enterado de qué trataba el asunto.

\*\*\*

Thami abrió los ojos. Habían pasado cinco minutos, aunque parecía haber transcurrido una hora o más. Ella se había llevado la lámpara, la habitación se hallaba a oscuras. La puerta del patio estaba abierta y, a través de ella escuchaba cómo la lluvia salpicaba sobre las baldosas. De repente, se dio cuenta de que el niño seguía llorando, en un tono cansino y lastimero.

–*Inaal din* –masculló salvajemente.

Se levantó de un salto en la oscuridad, se puso las babuchas y salió tambaleándose a la humedad exterior.

La lámpara estaba en la habitación contigua. Kinza había cogido al niño entre sus brazos y lo sujetaba torpemente mientras se preparaba para amamantarlo. Por la cara seguía cayéndole sangre que goteaba despacio, regularmente, desde el borde de la barbilla. Había manchado en varios lugares la ropa del niño. Thami se acercó y al hacerlo, vio que una gota de sangre caía de lleno en la cara del bebé, justo encima de los labios. Cautelosamente salió una lengua que la chupó. Thami estaba fuera de sí.

–*Hachuma!* –vociferó cogiendo al crío, que, apartado de su madre, empezó a berrear en serio. Lo depositó con cuidado en el suelo, fue a por un pañuelo viejo y, desde el umbral, sacó la mano hacia la lluvia; cuando el trapo estuvo mojado, se lo lanzó a ella. Había sangre salpicada por todas partes: por las esteras, los cojines, el suelo, la bandeja de latón de la mesa de té; incluso, advirtió estremecido de asco, en uno de los diminutos vasos de té.

Lo cogió, lo arrojó fuera y escuchó cómo se estrellaba haciéndose añicos. Ahora le apetecía irse de la casa. Cada vez parecía llover con más fuerza. Tanto peor, pensó. Saldría de todas maneras. Cogió el impermeable del clavo donde colgaba, se puso los zapatos y, sin decir palabra, abrió la puerta y salió a la calle. Sólo cuando la hubo cerrado se dio cuenta de que, aparte del aguacero, soplaba un fuerte viento.

Era tarde. De vez en cuando, se encontraba con un hombre que pasaba corriendo, con la cara escondida bajo la capucha de la chilaba, la cabeza agachada y los ojos fijos en el suelo. Las calles de Emsalah estaban sin pavimentar; fue caminando contra una corriente de agua turbia hasta llegar al bulevar. Allí, un automóvil solitario avanzaba cautelosamente bajo los embates de la lluvia, tocando el claxon con insistencia.

Cruzó la Place de France bajo las ramas colgantes de los robles plantados frente al Consulado Francés. Ni el Café de París ni la Brasserie de France estaban abiertos. La ciudad se hallaba desierta; el Boulevard Pasteur reducido a dos filas de tenues luces que convergían en la noche. Era típico de los europeos, pensó, el desanimarse y suspender todos los planes en cuanto existía una posibilidad de mojarse. Eran más prudentes que apasionados; sus miedos más fuertes que sus deseos. La mayor parte de ellos no tenían ningún deseo auténtico, aparte de ganar dinero, lo que al fin y al cabo no es más que una costumbre. Pero tan pronto como lo conseguían, no parecían usarlo nunca en un objeto o propósito concretos. Aquello era lo que le costaba comprender. Él sabía perfectamente lo que quería, siempre, igual que sus compatriotas. La mayoría de ellos sólo quería tres cabras para sacrificar en Aid al Kabir y ropa nueva para la familia en Mulud y Aid es Saguir. No era gran cosa, pero era algo preciso y concentraban todos sus esfuerzos para conseguirlo. Con todo, no podía pensar en la masa de los marroquíes sin desprecio. Le sacaban de quicio su ignorancia y su atraso; si maldecía a los europeos en un comentario, en el siguiente no dejaba de criticar a los marroquíes. Aparte de él ninguno se salvaba y ello se debía a que se odiaba a sí mismo más que a nadie. Afortunadamente no era consciente de esto. Su sueño se cifraba en tener una pequeña lancha de motor; era imprescindible para quien esperara triunfar en el contrabando.

Le apetecía ir al Café Tingis, en el Zoco Chico, y tomarse un café con coñac. Se metió por los Siaghines y bajó a grandes zancadas por entre los puestos de los cambistas, la iglesia española y las Galerías Lafayette. Ante él se abría la pequeña plaza, con las luces brillantes de las lámparas de petróleo en los cafés iluminándola desde las cuatro fachadas. Podría ser cualquier hora del día o de la noche: los cafés estarían abiertos y atiborrados de hombres, cuyo murmullo monótono y sordo llenaría el Zoco entero. Pero aquella noche, la plaza estaba barrida por el viento rugiente. Subió los escalones hasta la terraza desierta, abrió la puerta empujando con fuerza y cogió un asiento junto a la ventana. El Tingis dominaba la plaza; desde allí se podían contemplar desde arriba todos los demás cafés. Alguien había dejado sobre la mesa un paquete de Chesterfield casi lleno. Dio unas palmadas para llamar al camarero y se quitó la gabardina. No es que estuviera demasiado seco debajo: le había resbalado mucha agua por el cuello, y de las rodillas hasta los pies estaba completamente mojado.

Llegó el camarero. Thami pidió su consumición y señalando los cigarrillos, preguntó:

—¿Son suyos? —El camarero, confuso, lanzó una mirada vaga al local, arrugando la frente, y contestó que, según creía, la mesa estaba ocupada. En aquel momento salió un hombre de los lavabos y se dirigió hacia Thami que, automáticamente, hizo ademán de levantarse para sentarse en otro sitio. Cuando el hombre llegó a la mesa le hizo gestos para indicarle que se quedara.

—No se mueva, no pasa nada —decía—. Quédese donde está.

Thami había aprendido inglés de niño, cuando su padre, que a menudo invitaba a ingleses de categoría, insistió en que lo estudiara. Ahora lo hablaba bastante bien, aunque con un acento algo marcado. Dio las gracias al extranjero y aceptó un cigarrillo.

—¿Es usted inglés? —le preguntó acto seguido. Era curioso que estuviera en aquella parte de la ciudad a aquellas horas, sobre todo con el tiempo que hacía.

—No. Soy americano.

Thami le miró calibrándole y le preguntó si de algún barco: tenía el ligero

temor de que el americano fuera a pedirle que le llevara a un burdel y miraba a su alrededor nerviosamente para ver si en el café había alguien conocido. No podía consentir que se propagara el rumor de que trabajaba de guía; en Tánger no había nada más bajo.

El hombre se echó a reír, como disculpándose.

–Sí, se puede decir que soy de un barco. Acabo de salir de uno; pero no trabajo en un barco, si es eso a lo que se refiere.

Thami se sintió aliviado.

–¿Está en un hotel? –preguntó. El otro repuso que sí, poniéndose un poco en guardia, así que Thami no le preguntó en qué hotel era, como había sido su intención.

–¿Es muy grande Tánger? –preguntó el hombre a Thami. No lo sabía—. ¿Hay muchos turistas ahora? –Eso sí lo sabía.

–Está muy mal. Nadie viene ya desde la guerra.

–Tomemos una copa –dijo el americano de repente—. ¡Eh, oiga! –dijo echándose hacia atrás y volviéndose por encima del hombro para buscar al camarero—. Usted toma una, ¿no? –Thami asintió.

Por primera vez miró a Thami con cierta cordialidad.

–No vamos a estar aquí sentados como dos momias. ¿Qué va a tomar? – El camarero se aproximó. Thami no había averiguado todavía qué clase de hombre era, qué se podía permitir.

–¿Y usted? –preguntó.

–Un White Horse.

–Bueno –dijo Thami sin tener la menor idea de lo que aquello podía ser—. Para mí también.

Se miraron los dos. Era el momento en que estaban dispuestos a sentir simpatía el uno por el otro, pero la tradicional fórmula de desconfianza hacía necesario encontrar primero una razón.

–¿Cuándo ha llegado a Tánger? –preguntó Thami.

–Esta noche.

–¿Esta noche, por primera vez?

–Exacto.

Thami sacudió la cabeza.

–¡Qué maravilla ser americano! –dijo con vehemencia.

–Sí –dijo Dyar automáticamente, sin haberse parado a pensar nunca cómo se sentiría si no fuera americano. Parecía lo natural.

Llegaron los whiskys y se los bebieron, Thami haciendo aspavientos. Dyar pidió otra ronda y Thami sin mucho entusiasmo se ofreció a pagarla, pero se apresuró a guardar el dinero en cuanto Dyar se opuso.

–Pero ¡qué sitio, qué sitio! –dijo Dyar moviendo la cabeza. Acababan de entrar dos hombres con barba negra y la cabeza envuelta en grandes toallas de felpa; como los demás, estaban ya completamente absortos en una conversación incesante y ruidosa—. ¿Y se pasan aquí sentados hablando así toda la noche? ¿De qué hablan? ¿Sobre qué se puede hablar durante tanto tiempo?

–¿De qué habla la gente en América? –preguntó Thami sonriéndole.

–En un bar, normalmente, de política. Si hablan. La mayoría simplemente bebe.

–Aquí, de todo: negocios, mujeres, política, vecinos. O de lo que nosotros hablamos ahora.

Dyar apuró su bebida.

–¿Y de qué estamos hablando? –preguntó—. ¡Porque no tengo la menor idea!

–De ellos –Thami lanzó una carcajada haciendo un gesto amplio, con los brazos.

–¿Quiere decir que ellos hablan de nosotros?

–Algunos, tal vez.

–Que os aproveche, chavales –dijo Dyar levantando la voz y volviendo la cabeza hacia los demás. Miró hacia abajo, a su vaso, y le costó fijar la mirada. Durante un segundo se olvidó de dónde estaba; veía sólo el vaso vacío, el mismo vasito que esperaba siempre que lo volvieran a llenar. Dyar flexionaba los músculos de los dedos de los pies, lo que quería decir que estaba borracho. «¿Cuál es el metro más próximo?» pensó. Estiró las piernas con voluptuosidad y se echó a reír—. ¡Santo cielo! –exclamó—. ¡Me alegro de estar aquí! –Lanzó una mirada al sórdido bar, escuchó aquel parloteo sin sentido y sintió una oleada de dudas abatirse sobre él, pero se mantuvo

firme—. ¡Sabe Dios dónde estoy, pero prefiero estar aquí que allí!

El sonido de las palabras articuladas en voz alta le hizo sentirse más seguro; se recostó en la silla y miró las sombras que se movían en el elevado techo amarillo. No vio llegar al joven desaliñado y de gesto malicioso que entraba por la puerta y se encaminaba directamente hacia la mesa.

—Y lo digo muy en serio —añadió irguiéndose en el asiento y mirando fijamente a Thami que parecía sobresaltado.

La primera indicación que Dyar tuvo de su presencia fue la contestación que Thami le dio de mala gana, a su saludo en árabe. Levantó la vista, vio que el joven le miraba de una manera vagamente rapaz y sintió un inmediato desagrado hacia él.

—*Helio, mister* —dijo el joven sonriendo lo suficiente para mostrar los dientes que tenía de oro y los que no.

—Hola —repuso Dyar con indiferencia.

Thami dijo una frase en árabe de sonido truculento. El joven no le prestó atención, cogió una silla y la acercó a la mesa manteniendo los ojos clavados en Dyar.

—*¿Hablando inglés usted gusta uno jonudo bien sulima sí mister?*

Thami lanzó alrededor una mirada incómoda y se sintió algo más tranquilo al comprobar que, en aquel momento, nadie les miraba.

—Okey —dijo Dyar—, ahora repítemelo otra vez y tómatelo con calma. ¿Qué significa todo eso?

El joven le miró fijamente y escupió.

—*¿Habla no inglés?*

—De ése, no, muchacho.

—Quiere llevarle a ver una película —explicó Thami—. Pero no vaya.

—¿Qué? ¿A estas horas? —exclamó Dyar—. Está chiflado.

—Las proyectan tarde porque están prohibidas por la policía —dijo Thami con gesto de resultarle sumamente desagradable todo el asunto.

—¿Por qué? ¿Qué clase de películas son? —Dyar empezó a sentirse interesado.

—Muy malas. Ya sabe. —Como Thami sufría la completa incompreensión del marroquí frente al significado de la pornografía, imaginaba que la policía

había prohibido las películas obscenas porque infringían la doctrina cristiana en ciertos puntos concretos, en cuyo caso cabía esperar que cualquier cristiano manifestara interés, aunque sólo fuese para desaprobarlo. El que Dyar quisiera informarse sobre ellas, no le parecía en absoluto sorprendente, pero él por su parte sentía una indiferencia total, como la que esperaría de Dyar si discutiera con él la dirección en que un peregrino de la Meca debe dar vueltas a la Caaba. Al mismo tiempo, si estaban prohibidas eran vergonzosas y no quería tener nada que ver con ellas.

–Son muy caras y no se ve nada –dijo.

El joven no comprendía las palabras de Thami, pero adivinaba el carácter de su argumentación y le molestaba. Escupió con mayor violencia y evitó cuidadosamente volver la cabeza hacia él.

–Bueno, pero por lo menos se verá algo –objetó Dyar con cierta lógica–. Dejemos las cosas claras –dijo dirigiéndose al joven–. ¿Cuánto cuestan? –No obtuvo respuesta. El joven parecía confuso; estaba tratando de calcular cuánto podría cobrarle cómodamente por encima de la tarifa normal.

–*Ch-hal?* –insistió Thami–. ¿Cuánto? El hombre dice que cuánto cuesta. Díselo.

–*Miatain.*

–*Achrin duro* –dijo Thami gravemente, como corrigiéndole. Discutieron un momento y por fin Thami anunció triunfalmente–: Puede ir allí por cien pesetas. –Luego dejó vagar la mirada por el café y la cara se le ensombreció–. Pero no está bien. Se lo aconsejo, no vaya. Es muy tarde. ¿Por qué no se va a la cama? Le acompañaré andando hasta el hotel.

Dyar le miró y se echó a reír alegremente.

–Escucha, amigo, no tienes que venir a ninguna parte. Nadie ha dicho que tengas que hacerlo. No te preocupes por mí.

Thami estudió su rostro un segundo para ver si estaba enfadado, concluyó que no y exclamó:

–¡Oh, no! –No se podía dejar al americano meterse en Benider con aquel rufián. Pese a que lo que más le hubiera apetecido en aquel momento era irse a la cama a dormir y lo último que deseaba era ser visto en la calle a aquellas horas con un extranjero y con aquel joven precisamente, se sentía responsable

de Dyar y decidió no perderle de vista hasta dejarle en la puerta de su hotel.

–¡Oh, no! –insistió–. Iré con usted.

–Como prefiera.

Se levantaron, y el joven les siguió a la terraza. Dyar tenía la ropa todavía mojada y se estremeció al sentir una ráfaga de viento. Preguntó si estaba lejos; Thami conferenció con el otro y dijo que estaba a dos minutos de camino. La lluvia caía con menos fuerza. Cruzaron el zoco, dieron varias vueltas por calles que más parecían pasillos de un hotel antiguo y se detuvieron en la penumbra ante una gran puerta enrejada. Thami miraba inquieto hacia arriba y abajo de la calle desierta mientras el joven martilleaba con la aldaba, pero nadie salía a abrirles.

–*I'm going to quit singin', I'm worried in my shoes...* –canturreaba Dyar. Pero Thami aterrizado, le agarró del brazo.

–No, no –susurró–. ¡La policía!

La canción producía eco en el tranquilo interior de la calle.

–¡Dios santo! Vamos a ver una película prohibida. ¿Y qué? –exclamó, pero dejó de cantar.

Esperaron. Finalmente se oyeron unos leves ruidos en el interior. Al otro lado de la puerta se escuchó una voz amortiguada a la que respondió el joven. Cuando se abrió la verja no se veía nada en absoluto, sólo la oscuridad interior. Luego, de detrás de la puerta surgió una figura y al mismo tiempo se percibió una mezcla de olor a colonia, pasta dentífrica y sudor. La figura les iluminó las caras con una linterna y ordenó al joven que les acompañaba, en español entrecortado, que cogiera una lámpara y cerrara la verja tras ellos. Durante un momento permanecieron inmóviles en completa oscuridad. Thami tosió nerviosamente; el agudo sonido resonó de una pared a otra. Cuando el joven apareció con la lámpara, la figura vestida de blanco se retiró en silencio a una habitación lateral y ellos tres empezaron a subir un tramo de escaleras. Arriba, ante la puerta, había un individuo gordo de tez macilenta; estaba en pijama y disimulaba los bostezos con una mano cargada de sortijas. El aire parecía cargado de un rancio olor a incienso; el humo revenido se había concentrado en el recibidor.

El gordo se dirigió a ellos en español. Entre las palabras, resollaba.



Cuando supo que Dyar sólo hablaba inglés se detuvo, inclinó la cabeza y le dijo: «*Good night, Sir.* Venga por aquí, por favor». En una habitación pequeña había unas cuantas sillas de respaldo vertical dispuestas hacia la pared desnuda donde colgaba mal estirada una pantalla de lona. A cada lado de ella había un tiesto con una palmera.

–Sentarse, por favor –dijo, permaneciendo de pie y respirando ruidosamente. Y añadió dirigiéndose a Dyar–: Hemos una de hombres y damas, una de sacerdotes-monjas y otra de niños *todosjuntos*, señor. Muy bonito. Todos no llevan ropa. Encantará, señor. Usted puedes ver las tres con un precio combinado, señor. ¿El señor desea las tres?

–No. Vamos a ver la de monjas.

–Sí, señor. Caballeros españoles gusta las monjas. Siempre eligen monjas. Muy bonita. Me disculpa.

Salió y al cabo de un rato se escuchó su voz en una habitación lateral. Dyar encendió un cigarrillo; Thami bostezaba abiertamente.

–Deberías haberte ido a la cama dijo Dyar.

–¡Oh, no! Iré con usted al hotel.

Dyar no pudo contenerse más.

–¡Maldita sea, yo no voy a ir al hotel! ¿No te entra en la cabeza? No es tan difícil de entender. Cuando termine esto me iré a otro sitio, tomaré otra copa, tal vez me vaya de juerga un rato; no sé. No sé lo que voy a hacer. Pero no voy al hotel. ¿Entiendes?

–No importa –dijo Thami con calma.

Guardaron silencio un momento hasta que Dyar prosiguió en tono conciliador:

–Verás, llevo una semana metido en un barco. No tengo sueño. Pero tú sí. ¿Por qué no te vas a la cama y das por acabada la noche?

Thami fue concluyente.

–¡Oh, no! No puedo hacer eso. Estaría muy mal. Le llevaré a su hotel. Se vaya cuando se vaya. –Se acomodó en la silla todo lo que pudo y cerró los ojos, dejando caer lentamente la cabeza hacia adelante. El proyector y la película fueron instalados por otro hombre en pijama, igualmente gordo, pero con un mostacho grande y anticuado. Cuando comenzó el zumbido de la

máquina y se iluminó la pantalla, la inmovilidad y el silencio de Thami se habían convertido en la respiración impetuosamente regular del que duerme.

Se había producido una pequeña erupción volcánica en las Canarias. Los españoles llevaban varios días hablando de ello; el acontecimiento había sido muy destacado en el periódico *España* y muchos, que tenían parientes allí, habían recibido telegramas tranquilizadores. A esta perturbación achacaba todo el mundo lo bochornoso del tiempo, el aire irrespirable y la luz grisácea y amarilla que había flotado sobre la ciudad en los últimos dos días.

Eunice Goode tenía su propia criada, a la que pagaba por horas: una desaseada muchacha española que llegaba a mediodía y hacía las tareas que no se podían esperar del servicio del hotel: planchar y poner en orden la ropa, hacer recados y limpiar el cuarto de baño cada día. La joven se presentó aquella mañana cargada de noticias del volcán y sin dejar de parlotear sobre el asunto le estaba produciendo un gran fastidio, porque tenía ganas de trabajar.

–*¡Silencio!* –gritó finalmente; tenía una voz débil y aguda que resultaba del todo discordante con su apariencia robusta. La chica se la quedó mirando y se echó a reír–. Estoy trabajando –explicó Eunice, poniendo la máxima cara de preocupación que pudo. La muchacha volvió a lanzar una risita ahogada.

–Además –continuó Eunice–, este mal tiempo no es más que el inviernillo que se acerca.

–Pues dicen que es el volcán –insistió la chica.

Primero venía el inviernillo, llamado así sólo porque era más corto y, luego, venía el gran invierno, la larga estación de lluvias que llegaba unos dos meses más tarde. Los dos contribuían a que los días fueran sombríos, a que los pies estuvieran húmedos y reinara el aburrimiento; lo cual podía evitarse

escapando hacia el sur, pero a Eunice le desagradaba toda clase de movimiento. Ahora que se encontraba en contacto con lo que llamaban la realidad interior, apenas le importaba si el sol brillaba o no.

La muchacha estaba en el baño fregando el suelo; cantaba algo estridente mientras pasaba la bayeta mojada de un lado a otro por las baldosas.

–¡Dios mío! –gimió Eunice al cabo de un momento–. ¡Conchita! –gritó.

–*Mande* –contestó la chica.

–Quiero que vayas a comprar un gran ramo de flores al mercado. Ahora mismo.

Le entregó cien pesetas y la mandó salir, quería estar sola durante media hora; últimamente Eunice no salía demasiado; se pasaba la mayor parte del tiempo acostada. La cama era grande y la habitación espaciosa. Desde su fortaleza de almohadas podía ver las evoluciones de los barcos en el puerto interior, lo que era suficiente para distraerla cuando levantaba la cabeza de lo que escribía. Empezaba el día con ginebra y seguía con ella hasta que llegaba la noche y se dormía. Cuando llegó a Tánger por primera vez bebía menos y salía más a menudo. De día tomaba baños de sol en el balcón; por la noche iba de bar en bar, mezclando lo que bebía y dejándose acompañar finalmente hasta la puerta del hotel por algún sujeto de mala reputación que, por lo general, trataba de quitarle, por poco que fuese, el dinero que le quedara en el bolso. Pero nunca salía del hotel con más de lo que no le importara perder. Las sesiones de baños de sol se habían visto interrumpidas por la dirección del hotel: un día, una dama española que miraba –con cierta dificultad– por encima del tabique de cemento que separaba su balcón del vecino, había descubierto sobre la tumbona aquel imponente cuerpo rosáceo desplegado sin nada que lo cubriese. Se produjo una desagradable escena con el director, quien la habría puesto en la calle de no haber sido la más importante fuente de ingresos del hotel: le servían todas las comidas en la cama y dejaba la puerta siempre abierta para que los camareros pudieran entrar a llevarle bebidas y cubitos de hielo. «Da lo mismo», se dijo a sí misma. «El sol es el anti-pensamiento. Lawrence tenía razón». Ahora había descubierto que permaneciendo en la cama bebía de modo más regular; al caer la noche ya no sentía necesidad de lanzarse a la calle y llegar a todas partes enseguida por

temor a perderse lo que fuera a ocurrir. Ello se debía a que por la noche estaba ya demasiado bebida como para moverse; pero era una borrachera agradable que no le impedía llenar las páginas de sus cuadernos con palabras y, a veces, incluso con ideas.

Los volcanes le irritaban. Cuando hablaban de éste se le venía a la memoria una escena de su niñez. Fue un viaje en barco que hizo con sus padres de Alejandría a Génova. Una mañana temprano su padre había llamado a la puerta del camarote donde dormían ella y su madre gritándoles, emocionado, que subieran inmediatamente a cubierta. Le obedecieron, más dormidas que despiertas, y lo encontraron señalando frenéticamente al Strómboli. La montaña vomitaba llamas y la lava discurría por sus laderas enrojecidas ya por el sol del amanecer. Su madre lo observó un instante; luego, con una voz enronquecida por la rabia, articuló una sola palabra: «¡Asque-ro-so!» Se dio la vuelta y condujo a Eunice al camarote. Visto ahora, retrospectivamente y aunque recordaba el semblante alicaído de su padre, compartía la indignación de su madre.

Se recostó en la cama, cerró los ojos y meditó un momento. Finalmente los abrió y escribió: «Existe algo en la estúpida mente humana que responde hermosamente a la idea de lo insólito, especialmente a lo insólito de condiciones capaces de producir un fenómeno dado. Cuanto menos probabilidades existen de que suceda una cosa, más maravillosa resulta cuando se produce, por inútil o incluso dañina que pueda ser. El hecho de que haya sucedido contra todo pronóstico la convierte en un acontecimiento precioso. No era justo que sucediera y, sin embargo, sucedió; uno no puede menos de admirar ciegamente la cadena de circunstancias que permitieron que se produjera lo imposible».

Al releer el párrafo advirtió con cierta satisfacción que, aunque lo había escrito con referencia al volcán, guardaba también una clara relación con su vida en aquel momento. Seguía todavía un poco admirada por lo que consideraba una increíble serie de coincidencias que habían permitido que, de repente, fuera feliz. Un par de semanas antes le había ocurrido un suceso extraño. Una hermosa mañana tomó la decisión al despertarse de hacer cada día algún tipo de ejercicio. (Tomaba constantemente decisiones de una u otra

clase, y estaba convencida de que cada una de ellas iba a revolucionar su vida.) El ejercicio sería un estimulante mental y le ayudaría a adelgazar. Así, pues, tras embutirse en unos pantalones –que le quedaban tan estrechos de cintura que no le cerraban– se dispuso a iniciar la marcha hacia lo alto de la alcazaba. Atravesó la gran puerta y, bastón en mano, descendió por la empinada pendiente que conducía a la sucia y extensa playa en la que sólo se bañaban los marroquíes.

Desde allí siguió por la costa hacia el oeste, bordeó los edificios más bajos de la alcazaba, cruzó el tramo donde desembocaban las alcantarillas y el hedor parecía solidificarse como un objeto en el aire, y llegó hasta una playa rocosa que se hallaba más o menos desierta. Allí se le acercó un viejo pescador marroquí, con un papelito en la mano, y le pidió muy serio en su vacilante español que le leyera lo que había escrito en él.

Decía así: «Ruego al que esto encuentre que tenga la amabilidad de comunicarse con C. J. Burnett, Esq., 52 Ashurst Road, North Finchley, Londres, Inglaterra. 12 de abril de 1949». Ella le tradujo la petición, indicando las señas, y no pudo resistirse a preguntarle dónde lo había encontrado.

–Botella en el agua –contestó el otro señalando a las olitas que rompían junto a sus pies. A continuación preguntó qué debería hacer.

–Escriba a esa persona, si quiere –dijo, a punto de marcharse.

Sí, repuso el anciano, acariciándose la barba pensativo, tenía que escribirle, desde luego. Pero, ¿cómo hacerlo? No sabía escribir.

–Un amigo –sugirió Eunice. El viejo la observó con mirada penetrante y, con voz insegura le preguntó si podía escribir ella–. Estoy dando un paseo –repuso señalando al extremo de la playa más alejado de la ciudad–. Tal vez cuando regrese –añadió reemprendiendo la marcha. Dejó al anciano allí de pie, con el papelito en la mano y mirando cómo se alejaba.

Cuando llegó de nuevo al mismo lugar, había olvidado ya el incidente, pero el pescador estaba sentado en sus harapos sobre una roca y la observaba ansioso a medida que se aproximaba.

–¿Ahora sí la escribe? –preguntó.

–Pero si no tengo papel –objetó ella. Y aquello fue el comienzo de un

largo episodio en el que, a pocos pasos, él la fue siguiendo durante todo el camino de regreso. Pasaron a lo largo de la costa, subieron la ladera del monte y atravesaron la alcazaba de un *bacal* a otro buscando un sobre y una hoja de papel.

Cuando, por fin, dieron con un tendero capaz de proporcionarles los dos objetos, ella intentó pagar, pero el anciano puso orgullosamente sus monedas sobre el mostrador y le devolvió las suyas a ella. Para entonces, todo aquel incidente le resultaba bastante divertido; tenía una historia graciosa que contar a sus amigos. Pero al mismo tiempo sentía la necesidad de beber algo enseguida, así que rechazó la invitación del viejo de ir a un café marroquí próximo y tomar té, aduciendo que, para escribirle la carta como Dios manda, tenía que sentarse en un café europeo.

—¿Sabe usted de alguno por aquí cerca? —preguntó ella; esperaba que no tuvieran que recurrir a uno de los cafés del Zoco Chico adonde tendrían que descender por empinadas calles e innumerables escalones. El viejo la condujo, por una serie de callejuelas extremadamente estrechas cuya sombra resultaba una bendición después del sol de mediodía, hasta llegar a un local oscuro llamado *Bar Lucifer*. Una mujer de extraordinarias dimensiones se hallaba sentada tras el mostrador leyendo una revista francesa de cine. Eunice pidió ginebra y el anciano, una gaseosa. Escribió la carta rápidamente, en primera persona, diciendo que había encontrado la botella en Ras al Yihud, cerca de Tánger y que escribía atendiendo a la solicitud. Firmó Abdelkader ben Said ben Mojtar y dio sus señas. El pescador se deshizo en gestos de agradecimiento y se fue a echar la carta, insistiendo antes en pagar su gaseosa; ella se quedó y se bebió varias copas de ginebra más.

La mujerona empezó a interesarse por ella. Al parecer, no estaba acostumbrada a tener clientes femeninos en el bar, y aquella corpulenta extranjera que llevaba pantalones y bebía como un hombre despertó su curiosidad. Le hizo algunas preguntas personales en francés y Eunice, que no era de natural confiado, contestó improvisando una serie de falsedades como solía hacer en circunstancias semejantes. Luego contraatacó con sus propias preguntas. La mujer estaba más que deseando contestar: era griega, se llamaba Madame Papaconstante, llevaba once años en Tánger, el bar era una

adquisición reciente y tenía unas habitaciones detrás que estaban a disposición de los clientes que las solicitaran. Finalmente, Eunice le dio las gracias y pagó, prometiendo regresar por la noche. Consideraba aquel lugar un descubrimiento, porque estaba segura de que no lo conocía ninguno de sus amigos.

Por la noche, el Bar Lucifer era un lugar completamente distinto. Había dos brillantes quinqués de gasolina encendidos, iluminando los carteles de toros de San Roque y Melilla; la pequeña radio estaba puesta y tres españoles en mono bebían cerveza sentados en la barra. Madame Papaconstante, visiblemente maquillada y luciendo un vestido naranja de gasa, se acercó para darle la bienvenida enseñando al sonreír sus relucientes dientes de oro. Tras la barra había dos chicas españolas con una permanente mal hecha. Fingían seguir la conversación de los hombres y, cuando ellos se echaban a reír, sonreían afectuosamente.

—¿Son hijas tuyas? —preguntó Eunice. Madame Papaconstante respondió, con cierta contundencia, que no. Acto seguido, explicó que servían en el bar y hacían de azafatas en las habitaciones privadas. Una tercera muchacha asomó la cabeza por la cortina de cuentas que daba paso al interior; era muy joven y extraordinariamente guapa. Miró un momento a Eunice con cierta sorpresa y luego desapareció por la puerta principal.

—¿Y ésa quién es? —exclamó Eunice.

Una *filie indigène*, dijo Madame Papaconstante: una muchacha marroquí que trabajaba para ella.

—Muy inteligente. Habla inglés —añadió.

Al volver dentro la joven les sonrió con una sonrisa inesperada; cálida como un repentino e intenso rayo de luz solar en un día nublado.

—Es una criatura deliciosa —dijo Eunice. Se acercó a la barra y pidió una ginebra. Madame Papaconstante la siguió con dificultad y se quedó en el extremo, radiante, extendiendo sobre la barra sus carnosas manos que hacían relucir sus numerosos anillos.

—¿Quiere tomar usted algo? —sugirió Eunice.

Madame Papaconstante parecía atónita. El que alguien la invitara era algo fuera de lo normal en el Bar Lucifer.



–*Je prendrais bien un machaquito* –dijo cerrando los ojos lentamente y volviéndolos a abrir.

Llevaron las bebidas a una mesita coja, pegada a la pared y se sentaron. La muchacha marroquí estaba en la puerta mirando a la oscuridad del exterior y cambiando de vez en cuando unas palabras con algún transeúnte.

–*¡Hadija, ven acá!* –gritó Madame Papaconstante. La chica dio la vuelta y se acercó hacia la mesa caminando con paso ligero y sonriendo. Madame Papaconstante la tomó de la mano y le pidió que hablara algo en inglés con la señora.

–¿Usted habla inglés? –preguntó la joven.

–Sí, desde luego. ¿Quieres tomar algo?

–Yo lo hablo. ¿Qué bebe usted?

–Gin –dijo Eunice levantando su copa, casi vacía ya. La muchacha hizo una mueca de asco.

–Ah; no bueno. Yo quiero una Coca-Cola.

–Desde luego que sí. –Llamó la atención de una de las chicas del bar y gritó–: *¡Una Coca-Cola, un machaquito y un gin!* –Hadija se acercó a la barra a recoger las bebidas.

–Es exquisita –se apresuró a decir Eunice a Madame Papaconstante–. ¿Dónde la ha encontrado?

–Lleva muchos años jugando por aquí en la calle con otros muchachos. Es de una familia pobre.

Cuando regresó a la mesa con los vasos, Eunice sugirió que se sentara con ellas, pero ella fingió no oírlo, se apoyó en la pared y permaneció allí mirándolas con calma. Mantuvieron una conversación deslavazada de veinte minutos o media hora durante la cual Eunice pidió varias copas de ginebra. Empezaba a sentirse muy bien; de pronto, se volvió a Madame Papaconstante.

–¿Me consideraría maleducada si le pidiera sentarme a solas con ella un momento? Me gustaría hablarle.

–*Ça va* –dijo Madame Papaconstante. Era algo desacostumbrado, pero no veía razón para oponerse.

–Es lo que se dice fascinante –añadió Eunice lanzando a través del bar el

cigarrillo, que cayó en el callejón. Se levantó, le puso a la muchacha un brazo por los hombros y le dijo en inglés—Pide otra Coca-Cola y tráela dentro, a una de las habitaciones. —Hizo un gesto—. Nos sentamos allí, donde está reservado.

Aquella sugerencia, sin embargo, violentó a Madame Papaconstante.

—*¡Ah, non!* —exclamó con vehemencia—. Esas habitaciones son para caballeros.

Eunice permanecía imperturbable. Puesto que, ante su conciencia, sus objetivos siempre eran irreprochables, rara vez vacilaba en su intento por conseguirlos.

—Entonces, ven conmigo —dijo a la joven—. Iremos a mi hotel. —Se separó de Hadija y se aproximó a la barra rebuscando dinero en el bolso. Mientras estaba pagando, Madame Papaconstante se levantó despacio y resollando penosamente.

—¡Trabaja aquí, *vous savez!* —vociferó—. No es libre de entrar y salir cuando quiere. —Pero, pensándolo mejor, añadió—: Me debe dinero.

Eunice se volvió hacia ella, le puso varios billetes en la mano y se la cerró con suavidad. Las muchachas de detrás de la barra miraban con ojos brillantes.

—*Au revoir, madame* —dijo cordialmente. Y con una expresión de suma gravedad añadió—: Nunca se lo podré agradecer bastante. Ha sido una noche maravillosa. Me pasaré por aquí mañana para verla. Tengo un pequeño regalo que quisiera traerle.

La boca de Madame Papaconstante se había quedado abierta, las palabras que habían intentado salir permanecían dentro. Dejó que su vista se dirigiera durante un segundo hacia su mano, vio los bordes de dos de los billetes y cerró despacio la boca.

—¡Ah! —exclamó.

—Tiene que perdonarme por haberle robado tanto tiempo —prosiguió Eunice—. Sé que está muy ocupada. Pero ha sido usted muy amable. Gracias.

A estas alturas Madame Papaconstante había recuperado el control de sí misma.

Durante este diálogo, Hadija permanecía inmóvil junto a la puerta,

moviendo los ojos como flechas de la cara de Eunice a la de su *patronne*, en un intento de captar el significado de sus palabras. Entonces, deduciendo que Eunice había ganado la partida, le sonrió, indecisa.

–Buenas noches –repitió Eunice dirigiéndose a Madame Papaconstante y agitó el brazo alegremente hacia las muchachas de detrás del bar. Los hombres se volvieron a mirar por vez primera y continuaron luego su conversación. Eunice cogió a Hadija del brazo y salió con ella a la oscuridad de la calle. Madame Papaconstante se acercó a la puerta, se asomó y dijo con voz queda:

–Si no se porta bien, me lo dice usted mañana.

–Se portará bien, estoy segura –repuso Eunice presionando el brazo de la joven–. *Merci mille fois, madame. Bonne nuit.*

–¿Qué te decías ella? –preguntó Hadija.

–Que eres una chica estupenda.

–Claro. Muy buena. –Avanzó un poco porque no había espacio para caminar las dos juntas.

–No vayas demasiado deprisa –dijo Eunice, resollando en su intento de no quedarse atrás. Cuando salieron a la cima de la colina, en Amrah, insistió–: Espera, Hadija –y se apoyó contra la pared. Era aquel un momento que quería saborear. De repente, tuvo conciencia del mundo que existía fuera de ella; no simplemente como algo que estaba allí y pertenecía a otra gente, sino como algo de lo que ella casi se sentía capaz de participar. Por primera vez percibió el cálido olor de la realización de sus deseos en el aire de la noche, escuchó el nervioso redoble de tambores en las terrazas con algo más que indiferencia. Dejó que sus ojos descendieran oscilando por la ciudad y distinguió con claridad, a la luz de la luna, el alminar de la cima de Charf con sus pequeños cipreses negros alrededor. Satisfecha, golpeó el bastón en la acera varias veces. «Insisto demasiado en vivir mi propia vida», pensó. El resto del mundo existía para que ella lo utilizara cuando lo deseara, pero siempre lo rechazaba en favor de su propio y conocido microcosmos. Sólo algunas veces, cuando despertaba de su sueño, se sentía de verdad viva, pero ello se debía simplemente a que no había tenido tiempo de poner en orden sus pensamientos, de convertirse de nuevo en ella misma.

–Qué noche más maravillosa –dijo soñadoramente–. Ven aquí un momento. –Hadija obedeció de mala gana. Eunice la agarró de nuevo del brazo–. Escucha los tambores.

–*Darbuka*. Lo hacen las mujeres.

–¡Ajá! –Sonrió misteriosamente y fue siguiendo con sus ojos, sierra tras sierra, la tenue silueta de las montañas, azules en la claridad de la noche. No tenía esperanza de que Hadija fuera capaz de compartir sus sensaciones; sólo pedía que actuara en ella como un catalizador, que le permitiera experimentarlas en su estado puro. Uno de los móviles constantes de su conducta era el recuerdo doloroso de una inocencia perdida, una nostalgia de los primeros años de la vida. Siempre que se presentaba una posibilidad de ser feliz, aspiraba a alcanzar de nuevo con ella aquel lugar infinitamente plácido y distante: su infancia perdida. Y, en la simple risa de Hadija, adivinaba la perspectiva de que volviera.

La sensación persistió durante toda la noche. Estaba exultante al descubrir que había acertado. Al amanecer, mientras Hadija se hallaba todavía dormida a su lado, se sentó y escribió en su cuaderno: «Un momento de sosiego a primera mañana. Las palomas acaban de empezar a zurear al otro lado de la ventana. No hace viento. La sexualidad es ante todo una cuestión de imaginación, estoy segura. La gente que vive en los climas más cálidos tiene muy poca, así que la sociedad puede permitir una gran libertad moral en las costumbres. Aquí se encuentran las personalidades más saludables. En las regiones templadas ocurre algo bien distinto. La fértil actividad de la imaginación debe ser limitada por un estricto código de comportamiento sexual que trae como consecuencia el crimen y la depravación. Ahí están las grandes ciudades del mundo. Casi todas ellas en la zona templada». Dejó descansar un momento la mirada en el puerto. El agua quieta parecía un cristal azul. Moviéndose con cuidado para no despertar a Hadija, se sirvió una pequeña cantidad de ginebra de la botella casi vacía que había en la mesita de noche y encendió un cigarrillo. «Pero, por supuesto, todas las ciudades son centros de infección, como dientes picados. La hipersensibilidad de la cultura urbana (su única virtud) es, en gran medida, una reacción al dolor. Tánger no posee cultura urbana, no posee dolor. Y estoy convencida de

que nunca lo tendrá. El nervio nunca quedará al descubierto».

Todavía sentía un cierto resquemor de que no le hubieran permitido entrar con Hadija en uno de los reservados del Bar Lucifer. Aquello le habría proporcionado una cierta satisfacción; a sus ojos hubiera sido un acto puro. Tal vez fuera posible en otra ocasión, cuando conociera mejor a Madame Papaconstante.

Hasta que Hadija no se despertó no telefoneó abajo para pedir el desayuno. Luego contempló satisfecha cómo la chica, vestida con uno de sus pijamas, y sentada en la cama con las piernas cruzadas comía elegantemente las tostadas con mantequilla, utilizando cuchillo y tenedor para demostrar que conocía el manejo de estos instrumentos occidentales. La mandó a su casa poco antes de mediodía, a fin de que no estuviera allí cuando llegara la criada española. Por la tarde se acercó al Bar Lucifer con un frasquito de perfume para Madame Papaconstante. Desde entonces, casi todas las noches había regresado al hotel con Hadija. No había vuelto a encontrarse al anciano pescador; difícilmente podía esperar verle si no iba a la playa, y no era probable que lo hiciera. Se le había olvidado su decisión de hacer ejercicio; su vida estaba demasiado ocupada en aquellos días con Hadija como para tomar resoluciones y decisiones que la mejoraran. Se dedicaba a poner a prueba su poder imaginativo ideando maneras de divertirla, buscando sitios donde llevarla, eligiendo regalos que le gustaran. A través de todo esto fue percibiendo levemente que era ella la que disfrutaba con estas cosas, que Hadija se limitaba a acompañarla y a aceptar los regalos con una reacción próxima a la apatía. Pero le daba igual.

Cuando era feliz inventaba invariablemente alguna razón para dejar de serlo. Ahora, siguiendo su costumbre, dejó surgir en su mente una idea que frustraba toda su felicidad. En virtud de un acuerdo al que había llegado con Madame Papaconstante, las noches en que Hadija no iba al hotel Metropole permanecería en su casa con sus padres. Madame Papaconstante le había asegurado que esas noches la muchacha ni siquiera se asomaba por el bar y, hasta entonces, a Eunice no se le había ocurrido poner en duda sus afirmaciones. Pero aquel día, cuando Conchita vino del mercado con los brazos cargados de flores, Eunice decidió de repente que, aunque Hadija

había abandonado la habitación sólo tres horas antes y no esperaba regresar hasta la noche del día siguiente, quería volver a verla aquella misma noche. Le regalaría algo muy especial de la Rue du Statut y celebrarían una fiestecita extraordinaria rodeada de azucenas y poinsetias. Iría al Bar Lucifer y diría a Madame Papaconstante que enviara a por ella.

Fue entonces cuando cruzó su mente la terrible posibilidad: ¿y si encontraba a Hadija en el bar? De ocurrir esto, sólo podía significar que siempre había estado yendo allí, que la historia de los padres era una mentira, que tal vez vivía en una de las habitaciones de detrás del bar. (Se estaba preparando para el clímax.) Por tanto, el local era un verdadero burdel; en cuyo caso –había que arrostrarlo–, existía la posibilidad de que Hadija se encargara de divertir en la cama a los clientes masculinos en sus noches libres.

Esta idea le puso en actividad: arrojó el cuaderno al suelo y saltó de la cama con una violencia que hizo temblar la habitación y sobresaltó a Conchita. Una vez vestida, quiso irse de inmediato al Bar Lucifer, pero pensó en la inutilidad de tal modo de proceder. Tenía que esperar a que fuera de noche para coger a Hadija *in flagrante delicto*. En aquel momento ya no le cabía la menor duda. Tenía el convencimiento de que Madame Papaconstante la había estado engañando. Asaltada por el recuerdo de ocasiones anteriores, en las que, confiada y complaciente, había descubierto luego que su felicidad descansaba sobre completas mentiras, esta vez estaba del todo dispuesta a descubrir el engaño y enfrentarse a él.

A medida que avanzaba la tarde y caía la noche, Eunice se iba inquietando cada vez más. Iba de un lado a otro de la habitación, salía una y otra vez al balcón y miraba el puerto sin verlo. Se olvidó incluso de subir a la Rue du Statut para comprar el regalo de Hadija. Una negra nube se formaba sobre el puerto y el crepúsculo daba paso rápidamente a la noche. En la terraza soplaban ráfagas de viento cargado de lluvia que entraban en la habitación. Cerró la puerta y decidió que, como estaba vestida, bajaría a cenar al comedor en lugar de hacerlo en la cama. La orquesta y los demás comensales la ayudarían a mantener la mente ocupada. No podía esperar encontrar a Hadija en el bar antes de las nueve y media.

Al llegar abajo se dio cuenta de que era demasiado pronto para cenar. Aquella noche no había electricidad; en los pasillos ardían las velas y en las habitaciones de uso general había quinqués. Se dirigió al bar y un viejo capitán, retirado del ejército británico se le acercó a conversar; insistió en invitarle a beber. Esto le molestó bastante porque no se sentía libre para pedir todas las copas que quería. El anciano caballero bebía despacio y desgranaba con detalle recuerdos de Extremo Oriente. «Dios mío, Dios mío, Dios mío», se decía a sí misma. «¿Acabará de callarse la boca y darán de una vez las ocho y media?»

Como de costumbre, la comida fue execrable. Sin embargo, cenando en el comedor, los platos estaban calientes por lo menos, mientras que cuando llegaban a su habitación, generalmente, habían dejado de estar siquiera templados. Por encima de los números orquestales se oía el viento que soplaba con fuerza en el exterior; la lluvia corría por las largas puertas acristaladas del comedor. «Me voy a empapar», pensó, pero esta perspectiva no la echaba atrás de ninguna manera. Antes al contrario, la tormenta añadía patetismo al drama en que, estaba convencida, iba a participar. Avanzaría por las calles mojadas, encontraría a Hadija, se produciría una escena terrible, tal vez una persecución en medio de la tempestad que las llevaría hasta algún rincón abandonado de la alcazaba, o a algún farallón solitario y alejado, dominando el estrecho. Entonces, en la oscuridad azotada por el viento, vendría la reconciliación, las confesiones y las promesas y, finalmente, las sonrisas. Pero aquella vez se la llevaría al Metropole para siempre.

Cuando terminó de cenar subió a su habitación, se puso unos pantalones y se echó encima una gabardina. Las manos le temblaban de emoción. El aire de la habitación se espesaba con el dulzor de las azucenas. Las llamas de las velas se agitaban de un lado a otro con sus movimientos apresurados; las sombras de las flores se encogían, saltaban al techo, volvían a caer. Del cajón de uno de sus baúles extrajo una linterna. Salió de la habitación y cerró la puerta. Las velas quedaron encendidas.

Parecía un hermoso día de primavera. El sol brillaba sobre los laureles que bordeaban el camino del jardín por donde la hermana Inez paseaba asiendo su breviario con fuerza. Hasta que no llegó a la fuente, sus largos hábitos negros impedían ver que estaba descalza. Era esa clase de jardín que uno espera sentir saturado por la fragancia de los jazmines y, aunque no se veían pájaros, se podía imaginar cómo gorjeaban y frotaban sus alas con inquieta satisfacción. La hermana Inez extendía un lustroso pie para tocar el agua de la fuente; el cielo poseía un suave resplandor blanquecino. Desde los arbustos, el padre José observaba; los ojos le brillaban siguiendo los movimientos de los dos piececitos que se introducían uno detrás del otro en las claras aguas. De pronto, la hermana Inez se quitó la toca –que estaba prendida con un automático bajo el mentón– y su negra melena se desparramó sobre sus hombros. Con un segundo gesto más brusco, se fue desabrochando las demás prendas de arriba a abajo (era notablemente fácil), las abrió del todo y se volvió para mostrar su cuerpo, regordete y blanco. Un momento después había lanzado sus ropajes sobre un banco de mármol y estaba completamente desnuda, con el librito negro y el rosario todavía en la mano. El padre José abrió los ojos aún más y su mirada se elevó a los cielos: rezaba para que la fortaleza venciera a la tentación. En efecto, las palabras *PIDIENDO EL AMPARO DIVINO* aparecían impresas, surcando el cielo y permanecieron allí, temblando ligeramente durante varios segundos. Lo que seguía no sorprendió a Dyar, pues no esperaba que la ayuda divina cooperara; ni se sobresaltó tampoco cuando, un momento después, hicieron su aparición tres sanas y jóvenes monjas desde otras tantas direcciones para sumarse a la ajetreada



pareja de la fuente, convirtiendo el *pas de deux* en un número conjunto.

Más tarde, el escenario de actividades se trasladaba al altar de una iglesia próxima. Dyar, presintiendo que lo arrebatado del episodio anunciaba el inminente desenlace de la película, dio un codazo y le ofreció un pitillo a Thami, quien tras despertarse sobresaltado, lo aceptó automáticamente dejando que se lo encendiera. Cuando hubo adquirido plena conciencia, las imágenes habían llegado bruscamente a su fin y la pantalla era un rectángulo de luz cegadora. Dyar pagó al tipo gordo que se habían encontrado primero, y que se hallaba en el vestíbulo todavía bostezando, y bajaron las escaleras.

—Si los dos señores deseáis una habitación, una hora... —empezó a decir el tipo corpulento, pero Thami le gritó algo en español desde abajo. El joven les acompañó hasta la calle vacía donde soplaba el viento.

Cuando Eunice Goode entró en el pequeño bar le defraudó el no encontrar a Hadija a la vista. Se acercó a la barra mirando fijamente a la muchacha que estaba detrás y notó con satisfacción la inquietud que le provocaba su repentina aparición. La joven hizo un intento absurdo de sonreír y, sin apartar la mirada del rostro de Eunice Goode, reuló lentamente hacia la pared. Realmente, el semblante de la acaudalada extranjera resultaba bastante terrible: tenía las gruesas mejillas hinchadas y enrojecidas, resoplaba y, bajo las espesas cejas, sus fríos ojos se movían con un brillo feroz.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó bruscamente.

La muchacha empezó a tartamudear en español, que ella no sabía, que se habían ido por ahí. Luego, se encaminó al otro lado de la barra y trató de salir para alcanzar la puerta que daba paso a las demás habitaciones. Eunice Goode la empujó con el bastón.

—Dame una ginebra —dijo. De mala gana, la joven regresó a donde estaban las bebidas y le sirvió su copa. No había ningún cliente.

Vació el vaso de un trago y, mientras la chica se quedaba mirándola consternada, cruzó la cortina de cuentas agitando por delante la punta del bastón, pues el pasillo estaba a oscuras.

—¡Madame! —gritó la muchacha detrás de ella—. ¡Madame!

Se abrió una puerta a la derecha y Madame Papaconstante salió al pasillo envuelta en un quimono chino bordado. Al ver a Eunice Goode dio un

respingo. Recobrada de la primera impresión, sonrió débilmente y se le acercó saludándole con una serie de frases elocuentes que no impidieron que su visitante advirtiera que no sólo le cerraba el paso del pasillo, sino que de hecho la empujaba con firmeza hacia el bar. Al llegar junto a la barra siguió hablando.

–¡Qué tiempo! ¡Qué lluvia! Me cogió a la hora de cenar. ¡Toda la ropa empapada! Fíjese. –Miró hacia su indumentaria–. He tenido que mudarme. Tengo el vestido puesto a secar en la estufa. María me lo va a planchar. Venga a tomar una copa conmigo. No la esperaba esta noche. *C'est un plaisir inattendu*. Sí, sí, *madame*. –Lanzó una mirada furiosa a la camarera–. Siéntese aquí –prosiguió Madame Papaconstante–, yo misma le serviré. Vamos a ver, ¿qué tomamos esta noche?

Cuando tuvo a Eunice por fin sentada en la mesita, exhaló un suspiro de alivio y se frotó los enormes y flácidos brazos nerviosamente haciendo entrechocar sus pulseras. Eunice contemplaba su desconcierto con ceñuda satisfacción.

–Escuche la lluvia –dijo Madame Papaconstante, moviendo la cabeza hacia la calle. Eunice seguía sin contestar. «La muy estúpida», estaba pensando. «La pobre, vieja y maldita estúpida».

–¿Y usted qué toma? –dijo de repente, con tal violencia que Madame Papaconstante la miró a los ojos aterrorizada, sin saber a ciencia cierta si lo que había dicho no era otra cosa.

–¿Ah, yo? –exclamó entre risas–. Yo tomaré un *machaquito* como siempre.

–Siéntese –dijo Eunice. La chica trajo las bebidas y Madame Papaconstante, tras dirigir una fugaz mirada de preocupación hacia la calle, se hundió en una silla frente a Eunice Goode.

Se tomaron cada una dos copas conversando vagamente del tiempo. Entró un mendigo gateando por la puerta; se desplazaba levantándose sobre las manos. Se apoyó contra la pared y, con gestos expresivos, señaló sus miembros inferiores, amputados y retorcidos como los extremos de una raíz de mangle. Estaba empapado.

–¡Dígale que se marche! –gritó Eunice–. No puedo soportar ver gente

deforme. Déle algo y líbrese de él. Detesto ver sufrir a la gente. –Como Papaconstante no se movía rebuscó en su bolso y lanzó un billete al hombre, que echó su cuerpo hacia adelante cogiéndolo con un movimiento de reptil. Eunice sabía de sobra que no se dan cantidades tan elevadas a un mendigo, pero el Bar Lucifer era un lugar donde la sensación de poder que le proporcionaba el dinero se veía aumentada hasta tal extremo que el librarse de él se convertía en un acto de irresistible voluptuosidad. Madame Papaconstante se estremeció interiormente al ver cómo el precio de diez consumiciones era arrebatado por aquella mano con aspecto de zarpa. En el gesto de Eunice creyó ver una afirmación de hostilidad hacia ella; lanzó una mirada de resentimiento a la extraña mujer que tenía repantigada delante y pensó que Dios había cometido un error al permitir que una persona así dispusiera de tanto dinero.

Antes de llegar, Eunice había tenido la intención absoluta de preguntar de una manera directa si Hadija estaba o no allí, pero este proceder le parecía ahora desaconsejable. Si se encontraba en el establecimiento tendría que acabar saliendo por la puerta principal, puesto que la parte trasera del edificio se asentaba contra la base de las murallas de la alcazaba y no había otra salida.

Sin volver la cabeza, Madame Papaconstante llamó, como quien no quiere la cosa, a la muchacha que estaba tras la barra.

–¡Lolita! ¿Te importaría traerme el jersey? Está en el cuarto rosa, sobre la butaca grande. –Y añadió a Eunice en francés–: Con esta lluvia y este viento, siento frío.

«Es una señal», pensó Eunice mientras la muchacha se metía por la cortina de cuerdas recogida a un lado. «Quiere prevenir a Hadija para que no venga o hable en alta voz».

–¿Tiene muchas habitaciones? –preguntó.

–Cuatro –repuso Madame Papaconstante sintiendo un ligero escalofrío–. La rosa, la azul, la verde y la amarilla.

–Me encanta el amarillo –dijo Eunice de improviso–. Dicen que es el color de la locura, pero no importa nada. Es tan luminoso y tan lleno de sol.

*¿Vous ne trouvez pas?*

–A mí me gustan todos –dijo Madame Papaconstante sin comprometerse y mirando, aprensiva, hacia la calle.

La muchacha volvió sin el jersey.

–No está allí –anunció.

Madame Papaconstante la miró con intención, pero la cara de la chica era inexpresiva. Regresó a su puesto tras la barra. Dos españoles en mono se asomaron desde la calle y pidieron cerveza; era evidente que venían de algún lugar próximo, pues sus ropas sólo estaban ligeramente salpicadas de lluvia. Madame Papaconstante se levantó.

–Yo misma iré a buscarlo –dijo–. Un momento. *Je reviens à l’instant.* – Mientras avanzaba contoneándose por el pasillo, dejando resbalar la mano por la pared, murmuró casi en voz alta–: *¡Qué mujer! ¡Qué mujer!*

Entraron más clientes. Cuando salió, llevaba sobre el quimono un enorme jersey morado que había sido estirado hasta perder completamente su forma original y parecía un poco más contenta. Sin hablar con Eunice, se dirigió a la barra y bromeó con los hombres. Después de todo, prometía ser una noche bastante buena para el negocio. Tal vez si no hacía caso a la extranjera, se marcharía. Los hombres, ninguno de los cuales había visto antes a Eunice, le preguntaron en voz baja quién era aquella mujer tan rara, qué era lo que hacía allí sola en el bar. La pregunta puso en un aprieto a Madame Papaconstante.

–Es una turista –contestó con indiferencia.

–¿Aquí? –preguntaron, atónitos.

–Está un poco loca –repuso ella a modo de explicación. Pero le disgustaba la presencia de Eunice; deseaba que se marchara. Ingenuamente decidió tratar de emborracharla y, no queriendo volver a meterse en una conversación con ella, le envió a la mesa la bebida –un doble de ginebra– por mediación de Lolita.

–*Ahí tiene* –dijo Lolita, poniendo el vaso en la mesa. Eunice la miró de soslayo, cogió la copa y se la bebió en dos tragos. La ingenuidad de Madame Papaconstante le divertía sobremanera.

Pocos minutos después Lolita apareció en la mesa con otra copa.

–Yo no he pedido esto –dijo Eunice; simplemente para ver lo que ocurría.

–Es un regalo de Madame.

–*¡Ah, de veras! Espera* –gritó Eunice con aspereza a la muchacha, que ya se retiraba–. Dile a Madame Papaconstante que quiero hablar con ella.

Al poco rato, la dueña estaba agachada junto a la mesa.

–*¿Quería usted verme, madame?*

–Sí –contestó Eunice haciendo un ostensible esfuerzo por enfocar su mirada en su carnoso semblante–. No me siento bien. Me parece que he bebido demasiado. –Madame Papaconstante se mostró solícita, pero no muy convencida–. Creo –prosiguió Eunice– que va a tener que llevarme a una habitación y dejar que me tumbe.

Madame Papaconstante se sobresaltó.

–*¡Ah, imposible, madame! ¡No está permitido que las damas entren en las habitaciones!*

–*¿Y las muchachas?*

–*Ah, oui, mais ça c'est nature!* Son mis empleadas, madame.

–Como quiera –dijo Eunice con despreocupación, y empezó a cantar, suavemente al principio, pero con una estridencia que iba aumentando por momentos. Madame Papaconstante volvió a la barra con cierta inquietud.

Eunice Goode seguía cantando, cada vez más alto. Cantaba: «*I Have to Pass Your House to Get to My House*» y «*Get Out or Town*». Cuando llegó a «*I Have Always Been a kind of Woman Hater*» y «*The Last Round-Up*» el sonido que surgía de sus grandes pulmones no era más que un continuo chillido.

Al advertir el gesto de creciente temor en Madame Papaconstante, se dijo a sí misma satisfecha: «Ahora se va a enterar esta vieja zorra; de una vez por todas». Y, poniéndose en pie se las arregló para volcar no sólo la silla, sino también la mesa. Los trozos de cristal llegaron hasta los pies de los hombres que había al extremo de la barra.

–*¡Aaah, madame, quand-même!* –exclamó la Papaconstante consternada–. ¡Por favor! Está organizando un escándalo. Y en mi bar no se pueden montar estos escándalos. Este es un establecimiento respetable. No me puedo permitir que venga la policía a protestar.

Eunice avanzó tortuosamente hacia la barra y, disculpándose con una sonrisa, apoyó el brazo en el mullido hombro de Madame Papaconstante.

–*Je suis navrée* –empezó a decir de manera vacilante–. *Je ne me sens pas bien. Ça ne va pas du tout.* Debe perdonarme. No sé. Tal vez con una buena copa de ginebra...

Madame Papaconstante miró a su alrededor desolada. Los demás no comprendían. Pensando que tal vez así se fuera, dio la vuelta a la barra para servirla ella misma. Eunice se volvió al hombre que tenía al lado y, con gran dignidad, le explicó que no estaba en absoluto bebida, que simplemente se sentía mareada. El hombre no respondió.

Al primer trago de ginebra levantó la cabeza, miró a Madame Papaconstante con ojos de sorpresa y se llevó la mano a la frente.

–¡Rápido! Estoy mareada. ¿Dónde está el servicio?

Los hombres se apartaron un poquito a un lado. Madame Papaconstante la cogió del brazo y la metió por la puerta arrastrándola por el pasillo. Al final de éste, abrió la puerta y empujó a Eunice en un retrete maloliente y totalmente oscuro. Eunice lanzaba gruñidos.

–Le traeré una vela –dijo Madame Papaconstante, alejándose deprisa.

Eunice encendió una cerilla, tiró de la cadena, emitió algún gruñido más y se asomó al pasillo. No había nadie. Salió rápidamente y se introdujo en la habitación contigua, que estaba también a oscuras. Encendió otra cerilla y vio un camastro pegado a la pared. Se tendió allí y esperó. Un par de minutos más tarde se oyeron voces en el corredor. Por fin alguien abrió la puerta. Eunice yacía inmóvil, respirando pausada y profundamente. Le enfocaron una linterna a la cara. Sintió que la tocaban y tiraban de ella. No se movió.

–*No hay remedio* –dijo una de las muchachas.

Se produjeron algunos intentos, poco entusiastas, de despertarla y, finalmente, el grupo se retiró y cerró la puerta.

\*\*\*

Mientras seguía a Thami en su ascenso por aquellas calles que más bien semejabán escaleras, Dyar sintió que su entusiasmo por el proyecto disminuía rápidamente. Corría un viento húmedo que les envolvía en olor a mar. De vez en cuando les mojaba de lluvia, pero sobre todo soplaba con fuerza. Cuando

se metieron por la callecita que corría horizontalmente, Dyar estaba pensando en su habitación del Hotel de la Playa casi con nostalgia.

–Aquí es –dijo Thami.

Entraron en el bar. Lo primero que vio Dyar fue a Hadija, de pie en la puerta de atrás. Llevaba un sencillo vestido de franela que Eunice le había comprado en el Boulevard Pasteur y que le quedaba bien. Había aprendido también a no maquillarse demasiado e, incluso, a peinarse con un moño en la nuca en lugar de dejárselo suelto salvajemente en intento inútil de imitar a las estrellas de cine americanas. Miraba fijamente a Dyar, y éste sintió que un ligero escalofrío le recorría la espalda.

–¡Cielo santo, mira! –le murmuró a Thami.

–¿Le gusta?

–No me molestaría ni siquiera un poquito.

Un español había colocado una radio portátil en la barra; dos de las chicas estaban inclinadas escuchando la lejana música de guitarras que se oía tras una densa nube de interferencias. En una mesa del rincón, había tres hombres enfrascados en una seria discusión de borrachos. Madame Papaconstante se hallaba sentada en el extremo de la barra, fumando apática.

–*Muy buenas* –dijo dirigiéndose a ellos y sonriendo abiertamente; como estaba amodorrada, les tomaba por españoles.

Thami respondió discretamente sin mirarla. Dyar se acercó a la barra y pidió las bebidas sin quitar la vista de Hadija que, al advertir su interés fingió mirar detrás de él, a la calle. Al oír que hablaban inglés, Madame Papaconstante se levantó y, contoneándose un poco más que de costumbre, se aproximó a ellos.

–*Helio, boys* –dijo arreglándose con una mano el pelo mientras con la otra se estiraba el jersey sobre el abdomen. Aparte de los números y algún que otro epíteto insultante, aquellas palabras constituían todo su vocabulario en inglés.

–Hola –dijo Dyar sin entusiasmo. Se acercó a la puerta y levantando el vaso, preguntó a Hadija–: ¿Te apetece una copa? –Pero ella había aprendido varias cosas durante su breve relación con Eunice Goode; la más importante tal vez era que cuanto más se complican las cosas, más dinero se obtiene a la

hora de cobrar. La hija del cónsul inglés acosada por un pescador español en la Place de France no hubiera mirado a Dyar con más frialdad. Atravesó la habitación y se quedó mirando a la calle junto a la puerta.

Dyar hizo un gesto forzado.

–Culpa mía –dijo pesarosamente a la chica que se marchaba; su desilusión, sin embargo, no era nada comparada con la indignación que sentía Madame Papaconstante hacia Hadija. Con las manos en las caderas, se encaminó hacia ella y le soltó en voz baja una regañina furiosa.

–Pero trabaja aquí, ¿no? –preguntó a Thami. Este asintió.

–Mira –prosiguió Dyar–, la anciana le está echando un rapapolvo por ser tan presumida con los clientes. –Thami no comprendía del todo, pero sonrió. Vieron que la expresión de Hadija se tornaba más hosca. Finalmente se acercó sin prisa a la barra y se quedó enfurruñada junto a Dyar. Éste decidió intentarlo otra vez.

–¿No me guardas rencor?

Ella levantó la cabeza y le miró con insolencia.

–Hola, Jack –le dijo, y apartó la cara.

–¿Qué pasa? ¿No te gustan los extraños?

–Una Coca-Cola –dijo sin volver a mirarle.

–No tienes que beber conmigo si no quieres, ¿comprendes? –dijo Dyar tratando de hacer que su voz sonara comprensiva–. Si estás cansada o lo que sea...

–¿Cómo te sientes? –preguntó ella. Madame Papaconstante le estaba mirando desde el extremo de la barra.

Ella levantó su vaso de Coca-Cola.

–¡Por la escotilla! –añadió tomando un sorbo. Le sonrió levemente. Dyar se acercó un poco hasta sentir el cuerpo de Hadija. Entonces, giró un poco hacia ella acercándose aún más. Hadija no se movió.

–¿Siempre estás así de loca? –le preguntó él.

–Yo no loca –repuso con calma.

Hablaron un rato. Ella iba empujando despacio hacia la barra y, al entrelazarla con el brazo, pensó que a lo mejor le rechazaba de un empujón, pero no hizo nada. Desde su atalaya, Madame Papaconstante juzgó que había



llegado el momento de intervenir; descendió aparatosamente de su taburete y se aproximó. Thami estaba hablando con el español dueño de la radio; cuando vio que Madame Papaconstante trataba de hablar con Dyar se volvió para hacer de intérprete.

–¿Quiere entrar ahí detrás con ella?

Dyar respondió que sí.

–Dígale que cincuenta pesetas por la habitación –añadió Madame Papaconstante apresuradamente. Los españoles escuchaban. Lo normal era pagar veinticinco–. Y luego le da a la chica lo que quiera.

Hadija miraba hacia el suelo.

\*\*\*

La habitación olía a humedad. Eunice se había dormido, pero ahora estaba despierta y percibió el olor. El mismo que había en algunas habitaciones del sótano de la casa de su abuela. Recordaba el fresco y el misterio de la enorme bodega en una tranquila tarde de verano, los baúles, las repisas de frascos vacíos y los montones de revistas viejas. Su abuela era una persona ordenada. Cada publicación estaba apilada por separado: *Judge*, *The Smart Jet*, *The Red Book*, *Everybody's*, *Hearst's International*... Se sentó erguida en la oscuridad, tensa, sin saber por qué. Entonces supo por qué. Había oído la voz de Hadija al otro lado de la puerta. Ahora decía:

–Esta habitación es buena. –Un hombre respondió con un gruñido. La puerta de la habitación contigua se abrió y volvió a cerrarse.

Eunice se puso en pie y empezó a pasear ante el camastro de un lado a otro: tres pasos hacia un lado y tres pasos hacia el otro. «No lo soporto», pensó. «La voy a matar. La voy a matar». Pero no tenía en su cabeza más que el sonido de las palabras, no había imágenes violentas que acompañaran aquel estribillo. Se agachó hasta el suelo retorciendo el cuello en una dolorosa postura y consiguió pegar la oreja a la pared. Escuchó. Al principio no oía nada y pensó que el tabique era demasiado grueso para dejar pasar el sonido. Pero de pronto escuchó un ruidoso suspiro. De momento no decían nada, pero ahora sabía que, cuando hablaran, oiría cada palabra.

Pasó un buen rato hasta que dijeron algo. Entonces Hadija exclamó:

–¡No! –y, acto seguido, el hombre protestó:

–¿Pero qué pasa? –Por su voz, Eunice reconoció a un compatriota americano; aquello se ponía aún peor de lo que había esperado. Se escuchó ruido de movimientos en el otro catre y Hadija repitió con firmeza:

–¡No!

–Pero, nena... –suplicó el hombre.

Después de nuevos movimientos, el americano dijo sin entusiasmo «No», como protestando débilmente. A Eunice le dolía el cuello; aguzó más el oído apretando la cabeza contra la pared con todas sus fuerzas. Durante un momento no escuchó nada. Luego se produjo un largo y estremecedor gemido de placer que provenía del hombre. «Como si se estuviera muriendo», a Eunice le rechinaban los dientes al pensar esto. «Le mataré», pensó, y esta vez tuvo una visión bastante sangrienta, aunque su ataque imaginario sobre el hombre era poco menos que un asesinato.

De pronto, separó la cabeza y empezó a dar golpes en la pared con el puño. Gritaba a Hadija en español:

–*¡Sigue! ¡Haz lo que quieras! ¡Sigue! ¡Disfruta!* –El golpeteo mismo la sobresaltó y el sonido de su voz la asombraba aún más; nunca hubiera pensado que era suya. Pero ahora había hablado; contuvo la respiración y permaneció atenta. La habitación quedó en silencio durante un momento. El hombre preguntó despacio:

–¿Qué ha sido todo eso? –Hadija le contestó susurrando.

–¡Rápido! ¡Das dinero! –Parecía agitada–. Una otra vez lo haremos bueno. No como esta noche. No aquí. Aquí, no bien. Escucha, chico... –En este punto debió murmurarle algo al oído, como si supiera por experiencia lo delgadas que eran las paredes y lo fácil que era oír al otro lado. Pero el hombre, que parecía hallarse en un estado de profunda lasitud, comenzó a decir entre gruñidos:

–¿Eh? ¿Cuándo...? ¿Dónde está eso? –interrumpiendo las largas e interminables explicaciones.

–¿Okey? –preguntó por fin Hadija–. ¿Tú vienes?

–Pero el domingo, ¿eh? No el viernes... –La última palabra había quedado

ahogada en parte por la mano de Hadija, pensó ella.

Eunice se puso en pie penosamente. Exhaló un profundo suspiro y se sentó al borde del camastro en la oscuridad. Todo lo que había sospechado era completamente cierto: Hadija había estado trabajando con regularidad en el Bar Lucifer; era probable que llegara a ella caliente todavía del abrazo de un jornalero o tendero español. El arreglo con Madame Papaconstante era a todas luces una farsa. Todo el mundo le había estado mintiendo. Sin embargo, en vez de resentimiento, sentía sólo un dolor vagamente placentero; acaso porque ella misma lo había descubierto todo de primera mano y mediante sus propios esfuerzos. Era una historia conocida y no le importaba. Lo único que deseaba en aquel momento era estar a solas con Hadija. Pero ni siquiera hablaría de aquella noche. «Pobrecita», pensó. «No le doy bastante para vivir. Se ve forzada a venir aquí». Se puso a pensar en sitios donde llevarla para apartarla de aquel entorno dañino; lugares donde pudieran estar a solas, sin ser molestadas por la curiosidad de los criados y la desaprobación o burla de los conocidos. Sospel, tal vez, o Caparica; algún lugar alejado de marroquíes y españoles, donde disfrutaría del placer de sentir que Hadija dependía de ella por completo.

—Pero, hija, no tengo más —protestaba el hombre. Ahora hablaban en tono normal; podía oírlos desde donde estaba sentada.

—No, no —decía Hadija con firmeza—. Más. Dame.

—¿Te importa poco lo que le sacas a un tío, eh? Te lo estoy diciendo, no tengo más. Mira.

—Vamos. Tú hablas con tu amigo del bar. Él tiene.

—No. Ya te he dado bastante. Ese dinero está muy bien para lo que has hecho.

—La próxima vez haremos buen...

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé!

Discutieron. A Eunice le sorprendía muchísimo que un americano se negara a gastarse cincuenta pesetas de más en estas circunstancias así. Siguiendo un razonamiento clásico suyo, decidió que debía ser un tipo extremadamente vicioso, que con lo que disfrutaba de veras era precisamente con escenas como aquella; alguien que sentía un perverso placer negándose a

pagar lo convenido a una chica indefensa. Pero le divertía la fuerza con que Hadija defendía su postura. Se apostó a sí misma una ronda para la casa si la muchacha conseguía su dinero extra. Y, después de un buen rato de inútil charla, el hombre se avino a pedir prestado el dinero al amigo que estaba en el bar. Cuando abrían la puerta para salir, Hadija dijo:

–Tú, hombre bueno. Mi gusta. –Eunice se mordió los labios y se puso en pie. Más que otra cosa, aquella observación le hacía sentirse en lo cierto al sospechar el peligro que aquel hombre en concreto representaba. Se dio cuenta de que no era la posibilidad de relaciones profesionales por parte de Hadija lo que más le angustiaba. Era precisamente el miedo de que las cosas no siguieran en aquellos términos. «Pero yo soy idiota», se dijo a sí misma. «¿Por qué este hombre? ¿El primero con quien da la casualidad que la descubro?» Lo importante era que fuera el último; era preciso llevársela. Y Madame Papaconstante no debía enterarse de ello hasta que hubieran salido de la Zona Internacional.

Un cuarto de hora después salió al pasillo; tenía un tono grisáceo a la tenue luz del amanecer que, por la cortina de cuerdas, entraba desde el bar. Allí se oían las voces de Madame Papaconstante y de Hadija discutiendo violentamente.

–¡Usted me dejó entrar justo en la habitación de al lado! –gritaba Hadija–. ¡Usted sabía que estaba allí! ¡Quería que ella escuchara!

–¡No fue culpa mía que se despertase! –exclamó Madame Papaconstante, furiosa–. ¡Quién te crees que eres! ¡Gritándome a mí en mi propio bar!

Eunice esperaba confiando en que Madame Papaconstante fuese más lejos, que dijese algo más drástico, pero ésta se mostró cauta; era evidente que no quería provocar demasiado a la muchacha: hacía prosperar el negocio.

Eunice avanzó silenciosamente por el pasillo y entró en el bar, pestañeando un poco. Su bastón estaba sobre una de las mesas. Las dos mujeres dejaron de hablar y la miraron. Cogió el bastón y se volvió a mirarlás. «Una ronda para la casa», recordó.

–Tres dobles de ginebra –le dijo a Madame Papaconstante. Esta, sin decir palabra, se fue detrás de la barra y sirvió las bebidas.

–Cógelo –le dijo a Hadija dándole uno de los vasos. Ella obedeció con los

ojos fijos en Eunice.

–Bébetelo.

Hadija lo hizo atragantándose.

Madame Papaconstante vaciló un momento y se bebió el suyo sin decir nada aún.

Eunice puso quinientas pesetas en la barra y dijo:

–*Bonne nuit, madame.* –Y añadió dirigiéndose a Hadija–: *Ven.*

Madame Papaconstante se quedó de pie viendo cómo se alejaban despacio subiendo por la calle. Una gran rata parda se deslizó desde una puerta del otro lado de la calle y se fue correteando por la cuneta en dirección contraria, deteniéndose para mordisquear a su paso restos de basura. La lluvia caía silenciosa pero persistentemente.

Wilcox, en su albornoz, estaba sentado al borde de la cama. Mr. Ashcombe-Danvers concentraba su atención en abrir una lata nueva de Gold Flakers; al perforar la tapa se produjo un suave siseo. Con rapidez fue cortando por el borde y retiró el ligero disco de metal que dejó caer en el suelo junto a su mesa.

—¿Quiere uno? —preguntó a Wilcox ofreciéndole la lata. El aroma del tabaco fresco era irresistible. Wilcox cogió un cigarrillo. Mr. Ashcombe-Danvers hizo lo mismo. Cuando los dos lo hubieron encendido, éste prosiguió con lo que estaba diciendo.

—Mi querido amigo, no quiero dar la impresión de pedir lo imposible y creo que, si hemos de verlo desde mi punto de vista, comprenderá enseguida que realmente sólo pido lo inevitable. Supongo que usted sabía que, tarde o temprano, yo iba a necesitar traer aquí esterlinas.

Wilcox parecía incómodo. Deslizaba un dedo por el borde del cenicero.

—Sí, es cierto. No me sorprende —dijo. Y, antes de que el otro pudiera volver a hablar, prosiguió—. Pero, si me perdona que se lo diga, no puedo dejar de pensar que ha elegido usted un sistema bastante burdo de traerlas.

Mr. Ashcombe-Danvers sonrió.

—Sí. Admitamos que es burdo. Pero no creo que ello obre en contra de su éxito de ninguna manera.

—Lo dudo.

—¿Qué razón hay?

—Pues que es una suma demasiado elevada para traerla de ese modo.

—¡Tonterías! —exclamó Mr. Ashcombe-Danvers—. No se deje atar por la

tradicción, amigo mío. Es mera superstición por su parte. Si puede hacerse de ese modo con una cantidad pequeña, se puede hacer exactamente de la misma manera con una mayor. ¿No ve lo seguro que es el sistema? No queda constancia escrita de nada, ¿no? El número de agentes se reduce al mínimo... sólo tengo que fiarme de Ramlal, de su hijo y de usted.

—Y yo sólo tengo que confiar en que, cuando vaya a Ramlal a recoger las nueve mil libras en efectivo, nadie lo sepa. Incluidos los inspectores fiscales ingleses y la gente de Larbi. Y me atrevería a decir que es imposible. Acabarán sabiéndolo. Alguien acabará descubriéndolo.

—Tonterías. Si tiene miedo de perder el pellejo —añadió Mr. Ashcombe-Danvers sonriendo conciliadoramente y temiendo meterse en un terreno delicado—, está en su perfecto derecho, desde luego; pues bien, envíe a alguien que lo recoja. Contará con alguien en quien pueda confiar durante un cuarto de hora.

—Nadie en absoluto —dijo Wilcox. Acababa de pensar en Dyar—. ¿Qué le parece si almorzamos? Podemos hacerlo aquí mismo, en la habitación. Tienen un rosbif bastante bueno, al menos ayer lo había. —Alcanzó el teléfono.

—Me temo que no puedo —Mr. Ashcombe-Danvers estaba medio esperando que Wilcox elevara el porcentaje y no quería contribuir de ninguna manera a facilitarle el terreno para que abordase el asunto.

—¿Seguro? —preguntó Wilcox.

—No, no puedo —repitió Mr. Ashcombe-Danvers.

Wilcox cogió el teléfono.

—¿Un whisky? —propuso levantando el auricular.

—Oh, no. Creo que no. Gracias.

—Claro que sí —dijo Wilcox—. Póngame con el bar.

Mr. Ashcombe-Danvers se levantó y permaneció mirando por la ventana. La húmeda ciudad que se extendía hacia abajo parecía construida hacia poco; el puerto y el cielo que se veían más allá tenían un color gris uniforme. Llovía constantemente.

—¿Manolo? Un Haig y Haig Pinch, dos Perrier y hielo para la 246 —dijo Wilcox. Colgó y, sin detenerse, prosiguió—: Puedo hacerlo, pero necesito otro

dos por ciento.

–Oh, vamos –dijo Mr. Ashcombe-Danvers pacientemente–. Estaba esperando a que lo subiera. Pero debo admitir que no me esperaba un aumento del dos por ciento. Me parece el colmo. Ramlal el diez y, ahora, usted quiere el siete.

–¿El colmo? No lo creo –dijo Wilcox–. No creo que siga pensando lo mismo cuando tenga las nueve mil libras a salvo en el Crédit Foncier. Me parece estupendo que usted me diga lo fácil que es hacerlo. Usted estará a salvo en París...

–Mi querido amigo, ¿pensará usted que exagero si le digo que conozco a seis personas en este momento que estarían encantadas de hacerlo cobrando el tres por ciento?

Wilcox se echó a reír.

–Perfectamente cierto. También yo conozco muchísima gente que lo haría por el uno por ciento, si a eso vamos. Pero usted no va a recurrir a ellos. –Dyar era la persona ideal para este contacto: era absolutamente desconocido en la ciudad, su ignorancia sobre la naturaleza de la transacción constituía una gran ventaja y podía dársele el encargo como una parte más de su trabajo diario, con lo que no habría que pagarle comisión alguna; el siete por ciento se conservaría intacto–. Tiene que conocer a la persona que he elegido, desde luego, y llevarle con el hijo de Ramlal usted mismo. Es un norteamericano.

–¡Ahá! –exclamó Mr. Ashcombe-Danvers, impresionado.

Wilcox supo que iba a salirse con la suya en cuanto al porcentaje.

–La comisión queda entre nosotros, ya me entiende.

–Evidentemente –dijo Mr. Ashcombe-Danvers con voz opaca y mirándole fríamente. Suponía que la intención de Wilcox era quedarse con el cinco y darle el dos al hombre, que era exactamente lo que Wilcox quería que pensase.

–Puede pasarse esta tarde por mi oficina y llevárselo, si quiere.

–Mi querido amigo, no sea absurdo. Tengo una confianza total en cualquier persona que sugiera. Pero sigo pensando que el siete por ciento es un poco excesivo.

–Bueno, usted viene y habla con él –dijo Wilcox suavemente, con la



seguridad de que su cliente no sentía deseos de hablar del asunto con nadie— y, si no le gusta su aspecto, trataremos de buscar a otra persona. Pero me temo que el siete por ciento no puede reducirse.

Llamaron a la puerta y entró un camarero con las bebidas.

\*\*\*

Dyar se despertó con la sensación de no haber dormido en absoluto. Tenía un recuerdo confuso de que la mañana se hallaba dividida en numerosos episodios con diferentes clases de ruidos. Había escuchado el borboteo de las cañerías cuando se bañaban los madrugadores y él trataba de conciliar el sueño; el tren que cambiaba de vía avanzando y retrocediendo en el apartadero situado entre su ventana y la playa; el parloteo de las mujeres de la limpieza en el pasillo; el francés de la habitación contigua que había cantado «*La Vie en Rose*» una y otra vez mientras se afeitaba, duchaba y vestía. Y durante todo el tiempo, como un acompañamiento arrítmico de percusión, se había oído el constante ruido metálico de los portazos por todo el hotel, cada uno de los cuales estremecía el endeble edificio y resonaba como una pequeña explosión.

Miró la hora: eran las doce y veinticinco. Exhaló un gemido; era como si tuviera el corazón en el cuello palpitándole con fuerza. Se sentía sin aliento, tenso y extenuado. Retrospectivamente, la noche anterior parecía tan larga como una semana. Cuando se acostaba de día siempre dormía mal. Y le molestaban dos cosas, dos ideas que sentía alojadas en la boca del estómago, como un alimento indeseado. Se había gastado veinte dólares durante la noche, es decir, que ahora le quedaban 460; y le había pedido prestadas cien pesetas a un marroquí, lo que significaba que tenía que volver a verle.

—¡Maldito idiota! —dijo saliendo de la cama para buscar en su equipaje las aspirinas. Se tomó tres, se dio una ducha rápida y se volvió a tumbar para relajarse. Una camarera, que había oído correr la ducha, llamó a la puerta para ver cuándo podía hacer la habitación.

—¿Quién es? —vociferó él y, como no comprendía la respuesta, no se levantó para dejarla entrar. Finalmente abrió los ojos de nuevo y descubrió

que eran las dos y veinte. Aunque todavía no se sentía demasiado bien, se vistió y bajó a la recepción. El botones le dio un papelito en el que se leía: *Llamar a la Sra. Debalberde 28-01*. Lo miró sin interés pensando que debía ser para otra persona. Salió a la calle y empezó a caminar sin preocuparse adónde se dirigía. Era agradable estar al aire libre. La lluvia caía desordenadamente del cielo bajo, como desde invisibles aleros.

De repente se dio cuenta de que tenía un hambre terrible. Levantó la cabeza y miró alrededor, pero le pareció que no había ningún restaurante en los alrededores. A unos ochocientos metros de donde estaba, extendida sobre un monte que se internaba en el puerto, se hallaba la ciudad antigua. A su derecha unas olas pequeñas rompían silenciosamente en la desierta playa. Torció a la izquierda por una de las numerosas calles empinadas que conducían a la colina. Como las demás, estaba bordeada de nuevos edificios de pisos, algunos de ellos todavía en construcción, pero a pesar de todo, habitados. Cerca de lo alto de la colina, llegó a un hotel de aspecto modesto que tenía la palabra *Restaurant* rotulada sobre la puerta. En el comedor, donde la radio sonaba a todo volumen, había varias personas comiendo. Las mesas eran pequeñas. Se sentó y echó una ojeada a la tarjeta mecanografiada que tenía ante él. Estaba encabezada con la frase *Menú a 30 p*. Contó el dinero y sonrió al ver que le quedaban todavía treinta y cinco pesetas. Mientras comía sus entremeses notó que el apetito le aumentaba por momentos y empezó a sentirse mucho mejor. Cuando le sirvieron el plato de *merlans frits*, sacó el papel que le había dado el botones y lo estudió distraídamente. El nombre no le decía nada; de repente se dio cuenta de que era un mensaje de Daisy de Valverde. «Radio Internacional», gritaba la locutora con voz de imbécil. A continuación se oyó un glissando de arpa. No le entusiasmaba demasiado volver a ver a su anfitriona de la noche anterior, ni ver a nadie, realmente. En aquel momento, le apetecía estar solo, disfrutar de una oportunidad para acostumbrarse al extraño carácter de la ciudad. Pero, temiendo que ella estuviera esperando su llamada, salió al vestíbulo del hotel y pidió al empleado de recepción que telefonara.

—*¡Veintiochocerouno!* —le oyó gritar varias veces, preguntándose si le dejarían alguna vez telefonar a él solo. Esperó mucho tiempo desde que le

dieron el auricular hasta que ella se puso al aparato.

–¡Querido Mr. Dyar! ¡Qué amable por su parte el llamarme! ¿Consiguió regresar sano y salvo anoche? ¡Qué tiempo más infame! Le ha tocado ver la ciudad en su peor momento. Pero a mal tiempo buena cara. Cualquiera día de éstos saldrá el sol y secará esta humedad tan horrible. No puedo esperar. Jack es un malvado. No me ha telefoneado. ¿Está usted allí? Si le ve, dígame que estoy bastante enfadada con él. Ah, quería decírselo: Tambang está mejor. Ha bebido un poco de leche. ¿No es una noticia maravillosa? Así que, ya ve, nuestra pequeña visita a su cuarto sirvió para algo. –(Dyar trató de borrar el recuerdo de la habitación sin aire, las jeringuillas y el olor a éter)–. Mr. Dyar, tengo muchas ganas de verle. –Por primera vez se detuvo para dejarle hablar.

–¿Hoy? –preguntó Dyar y oyó su carcajada.

–Sí, desde luego, hoy. Naturalmente. Soy insaciable, ¿no? –Mientras él balbuceaba una serie de protestas, ella continuó–. Pero no quiero ir a la oficina de Jack por una razón muy concreta que le explicaré cuando le vea. Estaba pensando que podíamos vernos en el Faro Bar de la Place de France. Está a la vuelta de la esquina de la agencia de viajes. A nuestro querido Jack, que es un snob, no le llevarían allí ni a rastras, así que no habrá peligro de verle. No tiene pérdida. Pregunte a cualquiera. –Le deletreó el nombre–. Un millón de gracias por venir. ¿Qué le parece a las siete? Jack cierra ese negocio a las seis y media. Tengo muchísimo que hablar con usted. Y un favor enorme que pedirle; que no tiene que hacerme si no lo desea. –Se echó a reír–. En el Faro a las siete. –Y cuando Dyar iba a tratar de meter su frase de agradecimiento por la hospitalidad de la noche anterior, se dio cuenta de que había colgado. Sintió que la sangre le afluía a la cara; debía haber dejado caer la frase de algún modo al principio de la conversación. El empleado de la recepción le dijo que era una cincuenta. Volvió a su mesa irritado consigo mismo y preguntándose qué pensaría de él.

La cuenta era treinta y tres pesetas, incluido el servicio. Le quedaban cincuenta céntimos que, desde luego, no iba a dejar de propina. No dejó nada y se marchó silbando inocentemente ante la mirada acusadora del camarero. Pero después de haber caminado unos pasos por la calle se detuvo bajo el toldo de una tienda de tabaco y sacó sus dos chequeras pequeñas de

American Express. Había un talonario de billetes de cincuenta y otro de billetes de veinte. En el barco había contado los cheques cada cierto tiempo; se sentía un poco menos pobre al verlos y mirarlos todos juntos. Ahora tendría que parar en un banco y sacar algo de dinero, pero el recuento de su fortuna debía hacerse en la intimidad de la calle. Hagas lo que hagas en un banco, hay siempre demasiada gente mirando. Tenían que quedar seis en el primer talonario (los contó y cerró el automático de la tapa), así que en el otro había ocho. Los fue pasando casi sin cuidado y luego, inmediatamente, los volvió a repasar para asegurarse. Su expresión se tornó tensa; los contó de nuevo con cuidado, presionando con el pulgar en la esquina de cada cheque para separarlos si había dos. Pero seguía encontrando sólo siete. Miró a los números de serie: era innegable que únicamente tenía siete cheques de veinte dólares, no ocho. Cuatrocientos cuarenta dólares. En su semblante apareció un gesto de consternación mientras continuaba contando los cheques en vano, automáticamente, como si hubiera retrocedido a un instante antes de haber hecho el descubrimiento, como si aún fuera posible que sucediera algo distinto. Mentalmente trataba de recordar el momento y el lugar en que había cobrado cada cheque. Ahora se acordó: había necesitado veinte dólares de más a bordo del barco, para propinas. El hecho de recordarlo, sin embargo, no hacía la nueva cifra emocionalmente aceptable: guardó los cheques profundamente preocupado y empezó a caminar mirando a la acera.

Había muchos bancos, pero todos los que pretendió utilizar estaban cerrados.

—Demasiado tarde —pensó lúgubrementemente—. Claro.

Siguió andando y encontró sin dificultad la oficina de Wilcox. Estaba encima de un gran salón de té y todo el edificio olía apetitosamente a pasteles y a café. Wilcox estaba allí y le hizo sentirse un poco mejor al decir con un gesto amplio:

—Bueno, ésta es tu jaula. —Estaba esperando casi que le anunciara alguna decisión drástica como «Escucha, amigo, creo que ha llegado el momento de confesarte una cosa. No voy a poder emplearte aquí. Tú mismo puedes ver por qué es imposible». Y, entonces, se habría ofrecido a pagarle el billete de vuelta a Nueva York o tal vez ni siquiera eso. Ciertamente Dyar no se habría

sorprendido demasiado: una conducta así habría estado acorde con la impresión que le producía toda la empresa. Se hallaba preparado para encajar un golpe así de duro. Pero Wilcox le dijo—: Siéntate. Descansa los pies. Hoy todavía no ha venido nadie, así que no hay razón para pensar que vayan a venir ahora.

Dyar se sentó en una butaca frente a Wilcox, y miró a su alrededor. Las dos habitaciones eran incómodamente pequeñas. En la antesala, que no tenía ventanas, había un sofá y una mesa baja donde se apilaban folletos de viajes. El despacho tenía una ventana que daba a un patio estrecho; aparte del escritorio y de los dos sillones, había un archivador verde. La inhóspita desnudez de la habitación estaba atenuada por los mapas de colores que cubrían las paredes, atrayendo inevitablemente la vista a sus irregulares contornos.

Hablaron durante una hora más o menos.

—No parece que lleves un negocio muy ajetreado, ¿no? —señaló Dyar, y Wilcox gruñó indignado; pero Dyar fue incapaz de interpretar su reacción como una muestra de sincero descontento. La marquesa estaba evidentemente en lo cierto: existía cierto misterio en aquel asunto.

—Tengo que cambiar algo de dinero —dijo finalmente. Podía ser que Wilcox sugiriese un adelanto.

—¿Qué tienes? —preguntó éste.

—Cheques de American Express.

—Te puedo cambiar todo lo que quieras. Puedo darte mejor cambio que la mayoría de los bancos, y mucho mejor que los cambistas de los puestos.

Dyar le dio un cheque de cincuenta dólares. Cuando hubo llenado la cartera con billetes de cien pesetas y se sentía un poco menos preocupado por sus finanzas, le preguntó:

—¿Cuándo empiezo a trabajar?

—Ya has empezado —repuso Wilcox—. Estás trabajando ahora. Esta tarde viene un tipo, un cliente mío. Viaja mucho y siempre le hago yo las reservas. Te llevará a que conozcas al joven Ramlal. Tendrás que conocerle de todas maneras, tarde o temprano. Los Ramlal son grandes amigos míos. Tengo una enormidad de negocios con ellos.

Este monólogo resultaba incomprensible para Dyar; además, le daba la impresión de que Wilcox hablaba a la defensiva, como si esperase que le desafiaran. Enseguida sabría, pensó, de qué se trataba todo aquello.

–Entiendo –dijo.

Wilcox le lanzó una mirada que no le gustó en absoluto: era dura, hostil y recelosa. Luego continuó.

–Tengo que estar en casa de cierta persona que me ha invitado a una copa, a eso de las cinco, así que espero que venga pronto. Tú puedes bajar con él y volver rápidamente. Esperaré a que regreses. A las seis y media te marchas y cierras la puerta. Mañana te daré un juego de llaves. –Sonó el teléfono. A continuación, siguió un largo diálogo en el que el papel de Wilcox se limitó principalmente a contestar que sí a intervalos regulares. Entonces se abrió la puerta y entró a la antesala un caballero ligeramente encorvado vestido con pesadas prendas de *tweed* y una gabardina. Wilcox interrumpió enseguida su conversación telefónica, se levantó y dijo:

–Éste es Mr. Dyar. Te presento a Mr. Ashcombe-Danvers. Le vendí un billete para El Cairo al día siguiente de abrir la agencia y, desde entonces, ha venido siempre aquí. Un cliente satisfecho. O, por lo menos, eso es lo que me gusta creer.

Mr. Ashcombe-Danvers parecía impaciente.

–Ah, sí. Muy cierto. –Se puso las manos en la espalda y dio la vuelta para examinar un gran mapamundi que había colgado sobre el archivo–. Creo que deberíamos ponernos en camino –dijo.

Wilcox miró a Dyar intencionadamente. Hubiera querido decirle algo más sobre Mr. Ashcombe-Danvers, sobre todo, recomendarle que no hiciera ninguna pregunta. Pero tal vez daba igual no haberle dicho nada.

Dyar se puso la gabardina mientras bajaban por la escalera.

–Podemos ir andando –dijo Mr. Ashcombe-Danvers–. Ha escampado de momento y la tienda no está demasiado lejos.

Bajaron por la cuesta y salieron a la amplia plaza que Dyar había visto vacía la noche anterior, sólo con los taxis; ahora era una pequeña ciudad de nativos ocupados en ruidosas operaciones comerciales.

–¡Caos! –dijo Mr. Ashcombe-Danvers, con una nota de satisfacción en su

voz. Al pasar bajo los árboles desnudos del centro de la plaza, sintieron gotas de agua sobre sus cabezas. Apretadas en hileras a lo largo de la acera, envueltas en mantas de rayas como caramelos había mujeres que ofrecían grandes ramos de azucenas empapadas y gritaban con voz ronca ofreciéndoselas. El día se aproximaba a su final; el cielo se iba oscureciendo.

–Gente astuta, estos bereberes de las montañas –señaló Mr. Ashcombe-Danvers–. Pero no tienen punto de comparación con los indios.

–¿Los indios? –Dyar parecía confuso.

–¡Oh! No me refiero a los pieles rojas de ustedes. Nuestros indios. Los hindúes, la mayoría de ellos de la India. Tánger está lleno de ellos. ¿No se había dado cuenta? El joven Ramlal, a quien vamos a visitar, es uno de ellos. Sumamente astuto. Su padre, el anciano Ramlal, vive en Gibraltar. Tiene una asombrosa vista para los negocios. Verdaderamente asombrosa. Es un bandido, desde luego; pero un bandido honrado. Nunca se lleva un chelín más de lo convenido. No lo necesita, por supuesto. Su comisión es enorme. Sabe que estás en sus manos y la aumenta porque sabe que lo vale. –Dyar escuchaba cortésmente; pasaban entre dos filas de cambistas. Los hombres estaban sentados tras sus pequeños escritorios directamente sobre la calle. Algunos de ellos, al ver a los dos extranjeros hablando inglés, se ponían a llamarles.

–*Yes! Come On! Yes! Change money!*

–Lo terrible del asunto –decía Mr. Ashcombe-Danvers– es que las autoridades andan detrás de ello. Saben demasiado bien que Gibraltar es uno de los puntos de filtración más importantes.

–¿Filtración? –preguntó Dyar vacilante.

–Filtración de esterlinas. Saben que cada día pasan probablemente unas veinte mil libras. Y están cogiendo a alguno que otro. Es sólo cuestión de tiempo hasta que consigan detenerlo del todo. La rapidez es algo capital. Pero, naturalmente, pone a la gente un poco nerviosa. –Se rió como disculpándose–. Es un riesgo que hay que correr. Me gusta Marruecos; y a mi mujer también. Nos estamos construyendo aquí un hotelito y necesitamos algo de capital, con riesgos o sin riesgos.

–Claro, claro –dijo Dyar. Empezaba a comprender.

El escaparate de Ramlal estaba atiborrado de relojes de pulsera, estilográficas y juguetes baratos. La tienda era minúscula y oscura; olía a pachulí. En cuanto los ojos de Dyar se hubieron acostumbrado a la falta de luz del interior, se dio cuenta de que toda la mercancía se hallaba en el escaparate. La tienda estaba completamente vacía. Ante el desnudo escritorio se sentaba fumando un joven moreno. Al entrar ellos, se levantó e hizo una inclinación obsequiosa.

–Buenas noches, Ramlal –dijo Mr. Ashcombe-Danvers con el tono de un médico que hace su ronda por un pabellón de deshauciados.

–¿A punto de ponerse en marcha? –Ramlal hablaba un inglés sorprendentemente correcto.

–Sí. Mañana. Éste es Mr. Dyar, mi secretario. –Dyar tendió la mano a Ramlal, mirando a Mr. Ashcombe-Danvers. «¿Qué diablos pasa aquí?», se dijo a sí mismo, sin desmentir la presentación.

–Él se encargará de todo –prosiguió Mr. Ashcombe-Danvers–. Usted le entregará el paquete. –Ramlal, entretanto, observaba con atención a Dyar. Mostrando sus blanquísimos dientes, sonrió y dijo:

–Sí, señor.

–¿Se acordará de él?

–Desde luego que sí, señor.

–Bien, tenemos que marcharnos. Su padre se encuentra bien, supongo.

–Oh, sí, señor. Muy bien, gracias.

–Sin demasiadas preocupaciones, imagino.

Ramlal sonrió aún más.

–Oh, no, señor.

–Estupendo –gruñó Mr. Ashcombe-Danvers–. Bueno, cuídese, Ramlal. Le veré cuando vuelva. –Ramlal y Dyar se volvieron a estrechar la mano y salieron.

–Y ahora, si viene conmigo al Café España, le presentaré a Benzekri.

Dyar miró la hora.

–Me temo que tengo que volver a la oficina. –Había anochecido y llovía suavemente. La estrecha calle estaba abarrotada de gentes con chilabas, gabardinas, toallas, monos, mantas y harapos.



–Tonterías –dijo Mr. Ashcombe-Danvers con aspereza–. Usted tiene que conocer a Benzekri. Vamos. Es esencial.

–Bueno, puesto que soy su secretario... –dijo Dyar sonriendo.

–En este asunto, lo es. –Mr. Ashcombe-Danvers caminaba lo más cerca de Dyar que podía, hablándole directamente al oído–. Benzekri trabaja aquí en el Crédit Foncier. Le enseñaré la entrada cuando pasemos por delante dentro de un momento. –Habían desembocado en el Zoco Chico, resonante con el zumbido de un millar de voces masculinas. Aquella noche había electricidad y los cafés estaban resplandecientes.

Abriéndose paso entre los grupos de hombres que se reunían a conversar, cruzaron lentamente hasta el extremo inferior de la plaza.

–Allí está la entrada –dijo Mr. Ashcombe-Danvers señalando un elevado portal con una reja de hierro que se levantaba en lo alto de unos escalones encajados en una hornacina–. Eso es el Crédit Foncier y ahí es adonde usted llevará el paquete. Pregunte simplemente por el señor Benzekri y suba a su despacho. Y ahí está el Café España.

El señor Benzekri estaba solo, sentado en un extremo de la terraza. Tenía la cabeza como un huevo –era completamente calvo– y cara de halcón preocupado. No sonrió al tender la mano a Dyar; lo único que se movió fueron las arrugas de su frente.

–¿Quiere una cerveza? –preguntó. Tenía un acento muy cerrado.

–Nos sentaremos sólo un momento. Yo no tomo nada –dijo Mr. Ashcombe-Danvers. Se sentaron.

–Yo tampoco tomo nada –dijo Dyar. No se sentía demasiado bien; quería un whisky.

–Mr. Dyar le entregará un pequeño regalo un día de éstos –dijo Mr. Ashcombe-Danvers–. Sabe que es a usted y a nadie más a quien se lo va a entregar.

El señor Benzekri asintió gravemente con la cabeza, mirando al fondo de su vaso de cerveza. A continuación levantó la vista y miró tristemente a Dyar durante un momento.

–Muy bien –dijo, como si ahí terminara el asunto.

–Sé que anda usted con prisa –dijo Mr. Ashcombe-Danvers a Dyar–. Así

que, si prefiere proseguir con sus asuntos, adelante. Y muchas gracias. Volveré dentro de unas semanas.

Dyar se despidió. Tuvo que abrirse paso con dificultad por el Zoco Chico y la estrecha calle; todo el mundo iba en dirección contraria. «Mi nuevo status social: chico de los recados», pensó con una irónica sonrisa interior. Ashcombe-Danvers no le gustaba especialmente: se había comportado exactamente como si le tuviera a sueldo por sus servicios. Y no es que hubiera esperado que le pagaran, pero, la principal razón por la que una persona se niega a que le paguen por cosas así es para evitar encontrarse en una situación de subalterno. Y él, a fin de cuentas, lo era.

Wilcox estaba impaciente cuando volvió a la oficina.

–Has tardado bastante –dijo.

–Ya lo sé. Me obligó a que le acompañara para presentarme a no sé quién del banco.

–Benzekri.

–Sí.

–No tenías por qué conocerle. Ashcombe-Danvers es un viejo zorro quisquilloso. Asegúrate de que la ventana queda cerrada, la puerta con llave y las luces apagadas. Quédate hasta las seis y media. –Wilcox se puso su abrigo–. Pásate por el Atlantide a las nueve de la mañana y te daré la dirección de donde hacen las llaves. Si llama alguien le dices que he salido, que vuelvan a llamar mañana. Hasta luego.

La puerta se cerró. Dyar permaneció mirando en torno a la habitación. Se levantó y estudió los mapas un momento, buscó alguna revista en la sala de espera y, como no encontró ninguna, se fue a sentar de nuevo al escritorio. Una extraña impaciencia le impedía sentirse de verdad solo en la habitación, la impaciencia de marcharse sin más. «No es esto tampoco», se dijo a sí mismo mecánicamente; no estaba de verdad solo en la habitación porque estaba convencido de que nunca trabajaría allí. Era incapaz de verse a sí mismo sentado día tras día en aquel cuchitril sin ventilación, fingiendo ocuparse de un negocio inexistente. En Nueva York se había imaginado algo tan distinto que ya se le había olvidado del todo cómo había pensado que era. Se preguntó si, de haberlo sabido de antemano, hubiera venido; pero concluyó que sí, que de todos modos, a pesar del profundo desinterés que despertaba en él la idea de aquel trabajo. Además, era demasiado quimérico y absurdo para que durase. Cuando terminara, estaría libre. Gruñó suavemente. Libre, probablemente con unos cien dólares para separarle de la muerte por inanición. No era un pensamiento agradable: le hacía sentirse tenso de pies a cabeza. Aguzó el oído. Sobre el ruido que producían las bocinas de los automóviles se oía el suave rumor de la lluvia que caía.

Buscó una hoja de papel en el cajón superior, la encontró, y empezó a escribir a máquina una carta. En el papel se leía el membrete EUROPE-  
AFRICA TOURIST SERVICE. «Querida madre: sólo unas líneas. He llegado anoche, estoy bien». Le apeteció añadir: parece que llevo un mes, pero lo interpretaría mal, pensaría que no estaba contento. «El viaje hasta aquí fue estupendo. Tuvimos un tiempo bastante agradable durante toda la travesía y

no me mareé en absoluto, a pesar de lo que decías. Los italianos no se portaron mal». Sus padres le habían acompañado para despedirse de él y se quedaron un poco preocupados al descubrir que iba a compartir el camarote con dos italianos. «Como ves, te escribo desde la oficina. Jack Wilcox ha salido hoy y estoy encargado de ella». Se quedó un momento pensativo, preguntándose si la expresión «encargado» parecería tonta, pero decidió dejarla. «Espero que no os preocupéis por mí, porque no hay razón para ello. El clima no es tropical en absoluto. De hecho, hace bastante frío. La ciudad parece limpia, aunque no muy moderna». Dejó de escribir y miró el mapa de África que tenía delante pensando en la absurda escalada que, camino del bar, había hecho por entre las oscuras calles con el marroquí. Entonces se acordó de la cara de Hadija y frunció el ceño. No debía pensar en ella mientras escribía a su madre; aquello implicaba una deslealtad terrible. Pero el recuerdo, así como otros más vividos, persistía. Se recostó en la butaca y fumó un cigarrillo preguntándose si sería capaz o no de encontrar aquel bar él solo, en caso de que quisiera regresar. Incluso aunque fuera capaz le parecía una mala idea. Tenía una cita con Hadija en el Parque Espinel el domingo por la mañana y sería mejor dejarlo en aquel punto; podría ser que a ella le molestara que intentase verla antes de entonces. Abandonó su intención de escribir la carta, quitó el papel de la máquina, lo dobló y se lo metió en el bolsillo para continuar al día siguiente. Sonó el teléfono. Era una inglesa, no le interesaba saber si Mr. Wilcox estaba o no, quería que se le hiciese una reserva, una habitación sencilla con baño, en el Hotel Balima de Rabat del día 14 al 17. Quería también un billete de avión de ida y vuelta, pero consideraba que podía reservarse más tarde. Pero la habitación había que reservarla inmediatamente y contaba con ella. Cuando hubo colgado, Dyar lo apuntó todo y empezó a estudiar un montón de papeles agrupados bajo el epígrafe de *Hoteles: Zona Francesa*. A las seis y diez volvió a sonar el teléfono. «Para comprobar que estoy aquí», pensó Dyar con resentimiento al oír su voz. Quería saber si había ido alguien.

–No –repuso Dyar.

–Bueno, eso era todo. –Parecía aliviado. Dyar le habló de la inglesa–. Me ocuparé de ello mañana. Puedes cerrar si quieres. Son las seis y diez. –Vaciló

un momento—. Mejor dicho, prefiero que lo hagas lo antes posible. Pero asegúrate de que queda echada la cerradura.

—De acuerdo.

—Buenas noches.

¿Pero qué pasa? ¿qué pasa?, murmuró casi en voz alta mientras se ponía la gabardina. Apagó las luces y salió al descansillo, cerró la puerta y empujó con fuerza para ver si quedaba cerrada.

En la pastelería que había abajo se detuvo para preguntar cómo se iba al Bar Faro. Cuando la propietaria le vio acercarse al mostrador le saludó afablemente.

—*Guten Abend* —dijo, y se quedó un poco perpleja cuando él respondió en inglés. Sin embargo, le comprendió, le dio las explicaciones con detalle y añadió que estaba sólo a un minuto de camino.

Lo encontró fácilmente. Era un bar muy pequeño, atestado de gente que en su mayoría parecían conocerse; había algunas conversaciones de una mesa a otra. Como no quedaba sitio en la barra —ni aun para los que estaban allí— y todas las mesas estaban ocupadas, se sentó en un banco en la ventana esperando a que quedara libre alguna mesa. Entraron dos muchachas españolas, incómodas en sus modelos de París y luciendo unos pendientes largos que privaban a sus vestidos de todo asomo de elegancia, y se sentaron a su lado en el banco. En la mesa de enfrente había una pareja bebiendo Bacardis. A la izquierda, dos señoras inglesas de mediana edad, de aspecto un poco severo, y a la derecha, un poco más lejos, una mesa llena de norteamericanos que se levantaban y se acercaban continuamente a la barra para hablar con los que allí había. En un rincón apartado una mujer pequeña y con gafas estaba sentada ante un piano minúsculo, cantando en alemán. Nadie la escuchaba. Le gustaba bastante el sitio; le parecía claramente elegante sin ser agobiante y se preguntó por qué la marquesa había dicho que a Wilcox no le llevarían allí ni a rastras.

—*Y pensábamos irnos a Sevilla.*

—*¡Ay, qué hermoso!*

—*¡Jesús, Harry, you sure put that one down quick!*

—*Alors, tu ne décides pas? Mais tu es marrante, toi!*

*–I expect she’s most frightfully unhappy to be returning to London at this time of year.*

La mujer del piano cantaba: «*Wunderschon muss deine Liebe sein*».

*–Y por fin nos quedamos aquí.*

*–¡Ay, qué lástima!*

*–Ne t’en fais pas pour moi.*

–¡Eh, oiga, camarero! Otra ronda de lo mismo para todos.

Esperó, pidió un whisky, lo bebió y siguió esperando. La mujer cantó varias canciones antiguas de la Dietrich. Nadie las escuchaba. Eran las siete y cuarto; deseaba que llegara Daisy. Los americanos se estaban emborrachando. Alguien vociferó: «¡Cuidado, pedazo de imbécil!», y un vaso se estrelló contra el suelo de baldosas. Las señoras inglesas se levantaron, pagaron y se fueron. Dyar pensó que habían calculado el momento de marcharse para mostrar su desaprobación. Las dos muchachas españolas vieron la mesa vacía y, recogiendo sus cosas, fueron hacia ella, pero cuando llegaron Dyar estaba ya sentado en una de las sillas.

–Estoy esperando a una dama –explicó sin añadir que de todos modos había llegado al bar antes que ellas. No se molestaron en mirarle guardando todas sus energías para sentirse profundamente indignadas. Al poco rato se rompió otro vaso. La mujer del piano tocaba «Dios bendiga a América», sin duda con intención satírica. Uno de los americanos lo oyó y se puso a corear la canción en voz muy alta. Dyar levantó la cabeza: la marquesa de Valverde estaba de pie junto a la mesa, llevaba unos pantalones azules descoloridos y una chaqueta de ante.

–No se levante –ordenó mientras él se levantaba apresuradamente–. *Ça va?* –preguntó a alguien de otra mesa. Dyar la miró: parecía menos imponente que la noche anterior. Pensó que se debía a que no iba maquillada, pero se equivocaba. Su maquillaje de calle era aún más esmerado que el de por la noche. Simplemente no se notaba. Ahora era todo cordialidad y encanto.

–No puedo decirle lo amable que me parece usted –dijo cuando tuvo su whisky con soda en la mano–. Son tan pocos los hombres verdaderamente amables hoy en día. Me acuerdo de mi padre: ¡qué hombre tan magnífico era!

Me gustaría que usted le hubiera conocido; solía decir que el concepto de nobleza estaba desapareciendo rápidamente de la faz de la tierra. Entonces, yo no sabía lo que quería decir, desde luego, pero ahora sí lo sé y, ¡vaya si estoy de acuerdo con él! Con toda mi alma. Nobleza y amabilidad van juntas. Puede que usted no sea noble —¿quién lo sabe?—, pero desde luego no puede negar que ha sido un detalle increíblemente amable dejar sus obligaciones para verme, cuando yo le había dicho de antemano que le iba a pedir un favor.

Dyar no dejaba de mirarla. Era demasiado mayor, eso era todo. De vez en cuando, en los continuos cambios de expresión que asumían sus volubles facciones se producía un punto muerto, y tras ellos se vislumbraba la desilusión silenciosa y quieta de los años. Sintió un escalofrío. Pensó en la firmeza de la carne y la piel de Hadija, diciéndose a sí mismo que no era justo hacerlo; la muchacha no tenía más de dieciséis años. Con todo, los hechos estaban así. Consideró las compensaciones del carácter y el refinamiento mundano, pero ¿contaban realmente tanto? Se sentía inclinado a pensar que en tales casos no. «No hay nada que hacer aquí», se dijo. O tal vez sí, si llevaba encima una buena cantidad de alcohol. Pero ¿por qué preocuparse? ¿Por qué se le había ocurrido siquiera la idea? No había ninguna razón para pensar que también a ella se le hubiera ocurrido, pero Dyar estaba seguro.

El favor le pareció absurdamente simple. Sólo tenía que rellenar cierto formulario a nombre de Daisy; encontraría todos los que quisiera en la oficina. Luego lo tenía que enviar, junto con una carta escrita en papel de la agencia, al recepcionista del Hotel Mamounia, en Marraquech, diciendo que quedaba cancelada la reserva de Mme. Werth para el 20 de enero y que la habitación se reservaba a nombre de la marquesa de Valverde. Por último, tenía que mandarle el duplicado del formulario cumplimentado.

—¿Se acordará de todo? —preguntó ella apoyándose en la mesa para acercarse a él—. Creo que es usted el hombre más angelical que conozco. —Dyar estaba tomando notas en un minúsculo cuadernillo—. Entrar en el Mamounia en plena temporada es casi tan imposible como entrar en el cielo.

Cuando hubo anotado todo, apuró su copa y se inclinó hacia ella de modo que sus frentes quedaron a unos centímetros.

–Me encantará hacer esto por usted... –vaciló un momento sintiendo que se ponía rojo–. No sé cómo dirigirme a usted. Ya sabe... por el título. Señora de Valverde, no. Pero no sé...

–Si es usted inteligente, me llamará Daisy.

Dyar tuvo la impresión de que se estaba riendo a su costa.

–Bueno, estupendo –prosiguió–. Lo que iba a decir es que me agrada muchísimo hacer esto por usted. Pero ¿no sería Jack la persona indicada para esto? De momento yo en la oficina no soy más que un novato.

Ella le puso la mano en el brazo.

–¡No, por Dios! ¡No le digas una palabra a Jack, hijo! ¡Qué tontería! ¿Por qué crees que vine a verte a ti primero? ¡No, no, por Dios! No tiene que enterarse, naturalmente. Pensé que lo habías imaginado.

Dyar estaba molesto.

–Maldita sea –dijo muy despacio subrayando la primera palabra–. No lo sabía.

–Jack es como una solterona para estas cosas. Es fantástica la manera en que lleva esa agencia. No, no. Te daré un cheque a cuenta y tú simplemente lo mandas con la carta y el formulario. –Rebuscó en su bolso y extrajo un cheque doblado en dos–. Está extendido a nombre del hotel. Ellos comprenderán que es así porque la agencia ya se llevó su comisión en el momento en que se hizo la primera reserva para Mme. Werth. ¿No comprendes?

Lo que decía parecía lógico, pero nada de ello tenía sentido para él. Si era preciso que no se enterara Wilcox, había más de lo que ella admitía. Daisy vio que le seguía dando vueltas al asunto.

–Como ya te he dicho –continuó ella–, no has de sentirte mínimamente obligado. No tiene la menor importancia, de verdad. He sido una completa estúpida al decírtelo. Si es otro el que consigue la habitación puedo ir tranquilamente a Agadir a pasar mis quince días de descanso. Por favor, no pienses que confío en tu galantería para que lo hagas.

El la interrumpió con brusquedad.

–Será lo primero que haga mañana por la mañana y me lo quitaré de la cabeza. –De repente se sentía extremadamente cansado. A un millón de



kilómetros de distancia. Ella seguía hablando; era inevitable. Finalmente, Dyar consiguió que le hiciera caso el camarero y pagó la cuenta.

–Tengo el coche en esta calle, más abajo –dijo ella–. ¿Adónde quieres ir? –Dyar le dio las gracias y dijo que se iba a cenar al restaurante más próximo. Cuando ella se hubo marchado por fin, caminó un momento a ciegas por la calle mascullando una maldición de vez en cuando. Después de la cena consiguió encontrar el camino de su hotel. Incluso con electricidad el lugar era oscuro y tenebroso. Se metió en la cama y se durmió escuchando las olas que rompían en la playa.

A la mañana siguiente había un cielo acuoso; sobre el puerto se extendía un resplandor de color estaño. Dyar se había levantado a las ocho y media y se arreglaba a toda prisa esperando no llegar demasiado tarde al Atlantide. La petición de Daisy de Valverde le desconcertaba todavía; era ilógica. Se le ocurrió que tal vez no fuera más que parte de un complicado plan de ella: una intriga destinada a suscitar un imaginario interés personal por ella. O a lo mejor pensaba que estaba satisfaciendo su vanidad al recurrir a él en vez de a Wilcox. Pero aun así le preocupaba la mecánica del procedimiento. Decidió no pensar en ello y limitarse a hacerlo lo antes posible.

Wilcox parecía inquieto, y no prestó atención a su retraso.

–¿Quieres un café? –preguntó señalando la bandeja del desayuno. No había taza para él.

–No, gracias, lo tomaré enfrente, dentro de un rato.

Wilcox no insistió, se volvió a meter en la cama y encendió un cigarrillo.

–Me parece que lo mejor sería que aprendieras algunas cosillas ahora mismo –dijo meditabundo–. Con lo que sabes no me sirves para mucho en la oficina.

Dyar se puso en tensión y esperó conteniendo la respiración.

–Tengo aquí cantidad de documentos que te convendría aprender de carrerilla –prosiguió Wilcox–. Llévatelos a casa y estúdialos durante unos días... digamos, una semana o así... luego, vuelves y haremos un pequeño examen. –Se fijó en la cara de Dyar y leyó su pregunta–. Te pagaré. No te preocupes: estás trabajando. Te lo dije ayer. Cobras desde ayer. –Dyar se tranquilizó un poco, pero no del todo. «Todo este asunto me da mala espina»,

pensó; y deseó decir: «¿Es que en esta ciudad nadie puede decir la verdad?» En lugar de esto, para variar, decidió ser un poco más astuto, pensando que de otro modo no sería capaz de conseguir la reserva del hotel para Daisy de Valverde.

–Quisiera acercarme a la oficina un momento y terminar de escribir una carta que empecé anoche a máquina. ¿Puedo ir a recoger esas llaves que has encargado para mí?

Wilcox parecía incómodo.

–A decir verdad, no creo que haya tiempo –respondió–. Yo voy para allá ahora, y estaré bastante ocupado todo el día. Durante varios días, mejor dicho. Ha surgido una cantidad enorme de trabajo imprevisto. Esa es otra buena razón para que te tomes este tiempo libre y estudies los documentos. Encaja perfectamente con mi programación. De todos modos esas llaves parece que no van a estar todavía. Aquí nunca tienen las cosas cuando las prometen.

Dyar cogió el montón de papeles y folletos que Wilcox le daba, se dirigió a la puerta y, tras abrirla, se detuvo.

–¿Qué día me pongo en contacto contigo? –Confiaba en que aquellas palabras tuvieran un cierto matiz irónico y, también, que Wilcox respondiera: «Me llamas todos los días y yo te digo cómo van las cosas».

–¿Vas a seguir instalado en el Hotel de la Playa?

–De momento...

–Yo te llamo, entonces. Eso será lo mejor.

No había nada que añadir.

–Ya. Pues hasta la vista –dijo y cerró la puerta.

No se fiaba de Wilcox, tenía la impresión de que le había engañado. Al pensarlo, sentía un deseo natural e imperioso de confiarle a alguien su preocupación. Por ello, en cuanto hubo desayunado y leído un ejemplar del *Herald* de París, de tres días antes, decidió telefonar a Daisy de Valverde, creyendo que la verdadera razón que le impulsaba era el decirle que, después de todo, le iba a resultar imposible hacerle su pequeño favor. La irritación que Wilcox le provocaba le llevaba a lamentar sinceramente el no poder ayudar a Daisy de aquel modo tan particular. Llamó a Villa Hespérides:

estaba desayunando. Le explicó la situación poniendo de relieve la extraña conducta de Wilcox. Ella guardó silencio un momento.

–¡Cielos, ese hombre está loco de remate! –exclamó finalmente–. Es imprescindible que hablemos de este asunto. ¿Cuándo estarás libre?

–Por lo que se ve, en todo momento.

–¿El domingo por la tarde?

–¿A qué hora? –preguntó pensando en el *pic-nic* de Hadija.

–A eso de las seis.

–Estupendo. –La excursión habría terminado mucho antes de esa hora.

–Perfecto. Te llevaré a una pequeña fiesta que estoy segura que vas a disfrutar. Es en casa de los Beidaoui. Son marroquíes; les quiero muchísimo.

–¿Una fiesta?

–Bueno, no; no es exactamente una fiesta. Una reunión de viejos amigos en el Palacio Beidaoui.

–¿No estaré estorbando un poco?

–Tonterías. Les encanta la gente nueva. Deje de ser antisocial, Mr. Dyar. No le va a servir de nada en Tánger. Mi pobre huevo escalfado se está enfriando.

Quedaron en que ella le llamaría al hotel el domingo, a las seis. Dyar se volvió a disculpar de no poder ayudarla.

–No tiene la menor importancia –dijo ella–. Adiós, querido. Hasta el domingo.

Y, a medida que se aproximaba el domingo y el tiempo seguía indeciso, la inquietud de Dyar aumentaba por momentos. Probablemente llovería. Si esto ocurría, no podrían ir de excursión y sería inútil que acudiera al Parque Espinel a reunirse con Hadija. Pero lo sabía: iría de todos modos por si ella iba a esperarle. Incluso si hacía buen tiempo debía prepararse para no encontrarla allí. Empezó a prepararse interiormente para aquella eventualidad y a repetirse que no tenía importancia el que ella apareciera o no. No era una persona real, los actos de un juguete carecían de importancia. Pero en su fuero interno no encontraba argumentos que le librasen de la tensa expectación que sentía al pensar en el domingo por la mañana. Pasó los días estudiando los documentos que Wilcox le había dado. Cuando se levantó el

domingo por la mañana no llovía.

Al terminar la callejuela lateral desembocaron en lo alto de un gran acantilado. Hacía viento y el cielo estaba lleno de nubes que se movían rápidamente. De vez en cuando asomaba el sol, proyectando una zona de luz sobre las oscuras aguas abajo en el estrecho, A media altura, donde la pendiente era menos pronunciada y una hierba verde brillante cubría la ladera, deambulaba un rebaño de cabras negras. El olor a yodo y a algas que había en el aire le despertaba a Dyar el apetito.

–Esto es vida –dijo.

–¿Qué tú dices?

–Que me gusta esto.

–¡Ah, sí! –sonrió ella.

A lo largo de la roca superior habían excavado en diagonal una larga serie de cortes formando una escalera. Bajaron lentamente por los escalones; él iba delante, sujetando con cuidado la cesta de comida, sintiéndose ligeramente mareado y preguntándose si a ella le asustarían la altura y lo empinado del camino. «Probablemente no», concluyó. «Esta gente está hecha a todo». La idea le irritó. A medida que descendían aumentaba el fragor de las olas.

A la derecha había una inesperada cueva parcialmente oculta por un pequeño grupo de cañas. Se veía un niño agazapado allí; entre sus harapos mostraba su piel oscura. Hadija le señaló con la mano.

–El tienes cabras. Es el *guardia*.

–Es bastante pequeño. –El chiquillo parecía tener unos seis años.

Hadija no pensaba lo mismo.

–Todos así –dijo sin interés.

Dispersos por el estrecho, unos más lejos que otros de la costa, se veían barcos, aparentemente inmóviles, en dirección al este o al oeste. Dyar se detuvo un momento para contarlos: alcanzaba a ver siete.

–Todo cargueros –dijo haciendo gestos, pero hablaba casi consigo mismo.

–¿Qué? –Hadija se había detenido tras él; exploraba la playa desde arriba, buscando sin duda nativos que pudiesen reconocerla. No quería que la vieran.

–¡Barcos! –gritó; parecía imposible de explicar. Movi6 la mano para adelante y para atr6s.

–Am6rica –dijo Hadija.

Había unos cuantos marroqu6es pescando desde las rocas. No prestaron atenci6n a los excursionistas. La marea estaba alta. Con frecuencia no era f6cil pasar por algunos sitios porque quedaba muy poco espacio entre el acantilado y las olas. En cierto lugar se mojaron los dos. Dyar se enfad6 un poco pues, como no hac6a sol, no pod6an secarse, pero a Hadija le parec6a muy divertido.

Tras dar una vuelta muy cerrada a una roca, salieron a un peque6o tramo de arena donde hab6a una docena o m6s de chiquillos correteando completamente desnudos. Eran de una edad en la que se hubiera esperado que desearan ocultar su desnudez al ver a una muchacha, pero parec6an no pensar en ello ni por asomo. A medida que Hadija y Dyar se acercaban empezaron a lanzar gritos de j6bilo, adoptando unas posturas indecentes y gritando, en tanto que los dem6s se entregaban a actividades colectivas de inconfundible naturaleza er6tica. Dyar estaba horrorizado y fuera de quicio. «Como monos», pens6 y busc6 autom6ticamente en el suelo una piedra para arroj6rsela. Sent6a que la cara le ard6a. Hadija no parec6a hacer caso de aquellas payasadas. Dyar se preguntaba qu6 clase de insultos le estar6an gritando a ella, pero no se atrevi6 a indagar. Pod6a ser que ella considerase aquel fren6tico exhibicionismo t6pico del comportamiento masculino, pero le dol6a ver a una criatura delicada forzada a presenciar cosas semejantes; no cre6a que Hadija las pudiese aceptar sin irritarse. Por un instante pens6 que a lo mejor estaba tan absorta en sus pensamientos que no se hab6a fijado en el grupo de muchachos. La mir6 de reojo y se alegr6 al comprobar que observaba el estrecho, pero en ese momento advirti6 la fijeza de su mirada.

–Hijos puta –murmuró ella.

–Que se vayan al infierno –dijo volviéndose hacia ella sonriendo–. No los mires.

Llegaron a una larga playa, completamente vacía. Ante ellos se elevaba un monte cubierto de cipreses y eucaliptos; grandes mansiones se asentaban cómodamente entre los árboles hacia lo alto de la colina. El viento soplaba allí con más fuerza. Dyar la cogió de la mano y se la llevó varias veces a los labios para besarle suavemente los dedos.

Dieron la vuelta a otro saliente rocoso. La brisa húmeda soplaba con más fuerza. Ante ellos se extendía una costa formada de enormes peñascos. Dyar se volvió a mirarla.

–¡Eh! ¿Dónde está la cueva?

–¿Estás ya cansado?

–¿Sabes de verdad dónde está, o crees que lo sabes?

Hadija se echó a reír alegremente y señaló hacia el farallón más lejano.

–Detrás de allí –dijo indicando un giro a la izquierda con la mano.

–¡Santo cielo! Tardaremos una hora. ¿Te das cuenta?

–Una hora. Tal vez. ¿Demasiado? –le miró burlescamente.

–No me importa –dijo él fingiéndose animado. Pero estaba molesto.

Caminaron durante varios minutos sin hablar, concentrando toda su atención en buscar el camino más fácil para sortear cada roca. Bajaron a una cala minúscula donde brotaba un manantial entre unas peñas; Dyar decidió besarla. Tardó un buen rato en conseguirlo; la reacción de ella fue cálida pero tranquila. Finalmente Dyar se separó y la miró. Estaba sonriente. Era imposible decir lo que sentía.

–¡Caramba! ¡Ya me has levantado la moral! –dijo atrayéndola hacia sí violentamente. Ella intentó contestar, pero el sonido de su voz desapareció al llegar a su boca. Al dejar de abrazarla encontró la misma sonrisa. Era un poco desconcertante. Se metió la mano en los bolsillos y sacó un paquete de cigarrillos. Ella se lo quitó y le dio unos golpecitos debajo hasta que salió uno. Se puso el paquete en la boca y se lo ofreció para que él cogiera el extremo del cigarrillo con los dientes.

–Buen servicio –dijo–. Pero ahora lo enciendo yo solo. Sentémonos un

minuto.

–Okey. –Hadija eligió la roca más próxima y él se sentó a su lado, rodeándole con el brazo izquierdo la cintura. Se quedaron mirando el estrecho.

Estaba contento de haber elegido para la excursión aquella parte de la costa en lugar de la playa que bordeaba la bahía; aunque allí habrían tenido la garantía de una mayor intimidad. En aquel lugar nunca se sabía lo que iba a aparecer tras la siguiente punta, o quien podía esconderse entre las rocas. Pero le gustaba la idea de poder ver Europa al otro lado sabiendo que estaba en África.

Señaló la gran cresta de color arenoso que había justo enfrente.

–España.

Ella asintió y se pasó un dedo por el cuello en un gesto significativo.

–Mal. Te matan.

–¿Qué sabes tú de eso? –preguntó Dyar en tono de burla.

–Yo lo sé –dijo moviendo la cabeza arriba y abajo varias veces–. Tengo amigos que cuando vinieron aquí nunca quisieron volver. Un sitio de mierda.

–¡Hadija! No me gusta oír hablar así a una chica.

–¿Eh?

–No vuelvas a decir eso delante de mí, ¿me oyes?

Ella mostraba un aire inocente y cabizbajo.

–¿Qué te pasa?

Dyar lanzó su cigarrillo al suelo y se levantó.

–Déjalo. Vámonos; si no, nunca llegaremos allí –dijo cogiendo la cesta. La conversación no era nada fácil con Hadija. Había muchas cosas que le hubiera gustado decirle. Por ejemplo, que un grupo de niños norteamericanos nunca se hubieran comportado como los jóvenes marroquíes que se habían encontrado antes. Pero, dado que su experiencia con americanos se limitaba a los marineros que a veces entraban tambaleándose en el Bar Lucifer, con la cara manchada de carmín y el pantalón subido apresuradamente y sujeto con un solo botón, no le habría creído. Le hubiera gustado también decirle a su modo lo hermosa que le parecía, y por qué, y hacerle comprender cuánto más esperaba comparado con lo que ella estaba acostumbrada a que le pidieran los



hombres.

Salieron a una amplia plataforma donde, en la parte del acantilado, había habido en otro tiempo una cantera. La superficie estaba cubierta de cardos secos y había un estrecho sendero que la atravesaba en línea recta. Dyar seguía caminando delante, contra el viento, sintiendo que le empujaba hacia atrás desde la cabeza hasta los pies, como un gran cuerpo invisible y amoroso. El sendero, tras cruzar el campo de cardos, ascendía serpeando por entre las rocas. De repente, tras un recodo en el camino, se encontraron ante la montañosa costa que se abría hacia el oeste. Bajo ellos, directamente desde el agua, se elevaban grandes bloques de piedra.

–Ten cuidado –dijo Dyar–. Pasa tú delante aquí, para que yo pueda verte.

Más adelante, a la izquierda, Dyar distinguía la cueva, elevada en la pared rocosa cortada a pico. Los pájaros entraban y salían por las pequeñas grietas de encima; el estruendo de las olas ahogaba los demás sonidos.

Le sorprendió comprobar que la cueva no estaba sucia. Alguien había hecho una hoguera en el centro y se veía cerca una lata vacía. Hacia el fondo de la cueva, en un rincón, había un lecho de ramas de eucaliptos, probablemente utilizado por algún pescador bereber meses antes. Junto a la entrada había una hoja arrugada de un periódico francés atrasado. Y nada más. Puso la cesta en el suelo. Ahora, después de tanto preparativo se sentía azorado.

–Bueno, pues ya estamos aquí –dijo con fingido entusiasmo volviéndose a Hadija.

Ella sonrió como de costumbre y se acercó cautelosamente hacia el rincón donde el suelo de piedra estaba recubierto de hojas.

–Aquí es bien –dijo aproximándose a Dyar. Se sentó con las piernas abiertas, apoyada contra la pared de la cueva. Él había estado a punto de encender un cigarrillo para ocultar su confusión. Sin embargo, se plantó junto a ella en tres zancadas, se tendió cuan largo era sobre las hojas y ramitas crujientes y levantó los brazos para acercar su cara a la suya. Hadija lanzó un grito de sorpresa y perdió el equilibrio. Empezó a reírse estrepitosamente y fue a caer pesadamente sobre él. Sin dejar de reírse se puso a desabrocharle con mano segura la camisa y la hebilla del cinturón. Dyar se volcó sobre ella

y la estrechó en un largo abrazo; esperaba que el cuerpo de ella estuviera tenso durante unos momentos para luego distenderse despacio cediendo al placer de entregarse. Pero no hubo nada de esto. No se produjo entrega porque no había existido resistencia. Ella aceptó su abrazo y le devolvía la presión con un brazo mientras con el otro le intentaba desembarazar de sus prendas. Dyar se apartó y se sentó.

–Ya lo hago yo –dijo con cierta acritud y se quitó a toda prisa lo que le quedaba de ropa–. Ya está. ¿Qué te parece? –Su voz no parecía natural. Estaba pensando: «si se va a comportar como una prostituta, la trataré como tal, maldita sea».

–Ahora, tú también –añadió. Y empezó a sacarle el vestido por la cabeza, con las dos manos. Ella lanzó un grito y forcejeó para sentarse.

–¡No! ¡No!

Dyar la miró. Era desconcertante estar allí sentado y desnudo ante aquella marroquí de aspecto salvaje que pretendía defender su honra.

–¿Qué pasa? –preguntó Dyar.

El rostro de ella se suavizó; se agachó y le besó en los labios.

–Tú, tumbado –dijo sonriendo–. Dejas vestido en paz.

Mientras él, perplejo, obedecía ella añadió:

–Tú estás chico malo, pero yo te dejaré contento. –Y, ciertamente, enseguida demostró a las claras que de ningún modo estaba tratando de proteger su honra sino que, simplemente, no tenía la intención de quitarse el vestido. Al mismo tiempo le parecía perfectamente natural que Dyar estuviese desvestido y hallaba un placer evidente recorriendo su cuerpo con caricias, golpecitos y pellizcos. Sin embargo, él tenía el convencimiento de que, a pesar de los ocasionales murmullos de cariño, para ella, todo aquello era un juego. Era inaccesible, incluso en la intimidad más profunda. «Pero aquí está, la tengo», pensó. «¿Qué más esperaba?» Fuera de la cueva, bajo los acantilados, el mar se estrellaba contra las rocas; incluso arriba donde estaban ellos, el aire estaba cargado de ligeros vapores salinos.

«El jardín de las Hespérides. La manzana de oro», pensó mientras deslizaba la lengua por los suaves y delicados dientes de Hadija. Al poco rato, se sentía fuera, en el estrecho, flotando ligero sobre las aguas, con el

viento acariciando su rostro. El sonido de las olas se iba alejando más y más. Se durmieron.

Lo primero que notó Dyar al despertar es que había anochecido. Se incorporó un poco y contempló a Hadija: dormía tranquilamente, con una mano bajo la mejilla y la otra descansando sobre el brazo de él. De este modo parecía increíblemente joven; parecía tener menos de doce años. Dominado por una gran ternura, extendió el brazo, le acarició la frente y dejó que su mano vagara suavemente por sus cabellos. Ella abrió los ojos. Apareció la sonrisa amable y dulce; ¿era una expresión de amistad o una mueca sin sentido? Reunió su ropa, que se hallaba a su alrededor entre hojas y ramas, se puso en pie de un brinco y salió de la cueva para vestirse. El cielo estaba más nublado que antes, el sol había desaparecido por completo, la luz quedaba tamizada por las nubes. Una gaviota hacía equilibrios en el aire ante él, volviendo la cabeza de vez en cuando para mirar a las rocas de abajo. Hadija le llamó. Cuando entró, ella se encontraba en el centro de la cueva, sentada y sacando los paquetes de comida de la cesta.

–¿Radio no? –preguntó ella–. ¿Radio chica?

–No.

–Americana que yo conozco tiene una radio chica. La lleva en la playa. La lleva en la habitación. Y la lleva en el café, en el Zoco Chico. Se oye música en cualquier momento.

–Las odio. Aquí estaría de sobra. Prefiero las olas. ¿Las oyes? –Señaló afuera y escuchó un momento. Ella escuchó también, parecía meditar sobre el sonido que oía. Por fin, asintió con la cabeza y dijo–: Buena música.

–No la hay mejor –respondió, contento de que entendiera tan bien.

–Es muy preciosa. Viene de Dios –dijo señalando hacia arriba sin darle importancia. Dyar se sentía un poco incómodo, como le ocurría siempre que alguien hacía una referencia seria a Dios. Ahora ya no estaba seguro de que le hubiera comprendido bien.

–Bueno, vamos a comer –dijo mordiendo un bocadillo.

–*Bismil-lah* –dijo Hadija imitándole.

–¿Qué significa? ¿Qué aproveche?

–Significa que comemos por Dios.

–¡Ah!

–Lo dices.

Ella lo repitió varias veces y se lo hizo repetir hasta que quedó satisfecha de cómo lo pronunciaba. Entonces comieron.

Después del almuerzo Dyar salió y estuvo trepando por las peñas durante unos minutos. Le gustó comprobar que no se veía ni un alma en ninguna de las dos direcciones de la costa; pensaba que tal vez la pandilla de niños les hubiera seguido para continuar haciendo el tonto allí abajo en las rocas. Pero no había ninguno. Regresó a la cueva, se sentó fuera y llamó a Hadija.

–Vamos, sal y siéntate aquí. Dentro está demasiado oscuro.

Ella obedeció. Al poco rato se hallaban tumbados y abrazados. Cuando ella se quejó de que la piedra estaba fría, Dyar sacó la chaqueta de la cueva, se la puso debajo y volvió a echarse.

–¿Sabes lo que quiero? –preguntó él mirando el minúsculo punto negro de su propia cabeza recortada contra el cielo y reflejada en los ojos de ella.

–¿Quieres?

–Sí. ¿Sabes lo que quiero? Vivir contigo. Todos los días. Para que podamos estar así todas las noches, todas las mañanas. ¿Entiendes? ¿Comprendes?

–Oh, sí.

–Te buscaré una pequeña habitación, pero que esté bien. Tú vives en ella y yo voy a verte todos los días. ¿Te gustaría?

–¿Yo voy todos los días?

–¡No! –Dyar sacó un brazo de debajo de ella y empezó a hacer gestos señalando–. Yo pago la habitación. Y tú vives en ella. Yo voy y te veo a ti todas las noches. ¿No?

Ella sonrió.

–De acuerdo.

Era como si hubiera dicho: «¿Qué te parece si nos volvemos dentro de una hora o así?» Al pensar en esto, Dyar dijo:

–¿Quieres que nos volvamos pronto?

–Okey.

Se sintió un poco desilusionado. Estaba en lo cierto: era la misma voz, la

misma sonrisa. Suspiró. Con todo, ella había aceptado.

–¿Pero lo prometes?

–¿Qué?

–¿Vivirás en la habitación?

–Oh, sí. –Hadija le cogió la cabeza entre las manos y le dio un beso en cada mejilla–. ¿Vienes hoy?

–¿Ir adónde? ¿A la habitación? –Estaba a punto de empezar desde el principio, de explicarle que todavía no había alquilado la habitación para ella.

–No. No a mi habitación. A la de Miss Goode. Tú vienes, yo te llevo. Ella muy buena amiga. Tiene habitación en Hotel Metropole.

–No. No quiero ir allí. ¿Por qué iba a querer? Vete tú si quieres.

–Ella me dijo tú vienes y bebes whisky.

Dyar se echó a reír.

–No creo que haya dicho eso, Hadija.

–Claro, sí lo ha dicho.

–No sabe nada de mí y yo no sé nada de ella. A todo esto, ¿quién es?

–Tiene una radio chiquita. Ya te dije antes. Ya sabes. Miss Goode. Tiene habitación en el Hotel Metropole. Tú vienes. Yo te llevo.

–¡Estás loca!

Hadija trató de incorporarse. Parecía muy enfadada.

–¿Loca yo? Tú loco. ¿Tú piensas que yo he mentira? –Le empujó en el pecho con todas sus fuerzas, pugnando por levantarse.

Dyar estaba un poco alarmado.

–¡Iré! ¡Iré! ¡No te excites, por Dios! –dijo para aplacarla–. ¿Qué te pasa? Si quieres que me acerque a verla, me acercaré a verla, me da igual.

–A mí da igual. Ella me dijo tú vienes y bebes whisky. ¿Te gusta el whisky?

–Sí, sí. Ya lo creo. Ahora, túmbate ahí. Tengo que decirte algo.

–¿Qué? –preguntó ella recostándose ingenua con los ojos muy abiertos.

–Esto –dijo besándola–: Amor mío. –Sus labios abiertos tocaban los de ella envolviéndolos mientras decía esto.

Hadija no parecía sorprendida de oírlo.

–¿Otro? –preguntó sonriendo.

-¿Eh?

-¿Haces el amor otra vez? Esta vez uno rápido, ¿sí? Esta vez menos minutos. No te quitas pantalones. Luego, vamos a Hotel Metropole.

El sábado, Hadija le había dicho a Eunice Goode que al día siguiente estaría todo el día con un amigo. Después de una serie de preguntas, Eunice consiguió que admitiera que se trataba del caballero norteamericano y que se iban de excursión. No le pareció prudente hacer objeción alguna. En primer lugar, porque Hadija había dejado claro que no consideraba su estancia en el Hotel Metropole un arreglo permanente y que se marcharía cuando le apeteciera. En realidad, lo que esperaba acabar consiguiendo era un apartamento para ella sola en el Boulevard. Eunice entonces se había dado cuenta de que ante una situación así era incapaz de presentar una argumentación sosegada; se lanzaría directamente a una escena violenta. Con su sentido realista, a veces dolorosamente agudo, sabía que en tal discusión llevaría las de perder: ante todo era consciente de ser un personaje cómico. Conocía los atributos que operaban contra ella, y no eran pocos. Su voz, aunque agradable y fácil de modular en tonos graves, se convertía en un débil chillido en cuanto se le exigía algo más que una suave expresividad. Su tono era abultado y recordaba bastante al de un caballero corpulento y entrado en años; sus brazos y piernas, gigantescas; y su tez, hipersensible y siempre irritada, poseía un tinte violáceo, como el de un alpinista que acaba de trepar a la cumbre de una montaña. Se repetía a sí misma que no le importaba ser un personaje cómico; aceptaba el hecho y se servía de ello para aislarse de un mundo demasiado próximo y siempre amenazador. Vestida de un modo que acentuaba las deformidades de su cuerpo, dondequiera que iba parecía más una cosa que una persona; y estaba decidida a disfrutar plenamente de las ventajas de esta situación.

Desde el principio había sido centro de miradas en las calles de Tánger; y ahora que aparecía pública y regularmente en el Zoco Chico con Hadija, a quien conocían un gran número de nativos de la clase baja y que no tardaron en conocer los demás, se convirtió en una figura legendaria con todas las de la ley. Hacía las delicias de los marroquíes de la plaza: representaba una nueva variedad de comportamiento humano.

En aquellos cuatro días, Hadija la había obligado a llevar una vida mucho más activa de lo que era su costumbre; la arrastraba a todos los bares y salas de baile que la joven siempre había deseado conocer. Eunice se encontraba en aquellos lugares con muchos conocidos, a quienes presentaba a Hadija como la señorita Kumari, de Nicosia. Le parecía improbable que tropezaran con alguien que hablara griego moderno pero, por si esto ocurría, había pensado explicar que el dialecto de Chipre era un habla que no se parecía en nada al griego.

Pese a su frialdad exterior, Eunice se sintió profundamente agitada cuando Hadija anunció su proyectada gira. Se recostó entre las almohadas mirando al puerto, como de costumbre, y se dijo a sí misma que había que actuar. Contra Hadija no podía ser, así que tendría que ser contra el americano. Dado que detestaba viajar y Mme. Papaconstante no había dado señales de intentar que Hadija volviera, renunció a la idea de animar a la muchacha a irse a Europa. Sentado este punto, era evidente la necesidad de saber contra qué estaba luchando. Se le ocurrió que podía insistir en la idea de que aquel hombre carecía de dinero, pero enseguida decidió que no había argumentación que tuviese peso alguno con Hadija y que más le valía mantenerse callada. Y, a pesar de lo que sabía, tal vez tuviera dinero; aunque, tras darle vueltas a la conversación que espió en el Bar Lucifer, concluyó que la renuencia del americano a pagar su parte no era signo de su depravación. Además, había tenido que pedirle prestado lo que le faltaba a su amigo. Parecía razonable pensar que no andaba muy boyante. Confiaba en que fuera ese el caso; sería una importante baza a su favor. En general la pobreza de los demás siempre solía serlo.

–Conozco a tu amigo –dijo sin darle importancia.

–¿Usted le conoces? –Hadija estaba sorprendida.



–Sí, claro. Me lo presentaron.

–¿Dónde? –preguntó Hadija con escepticismo.

–Oh, en varios lugares, en casa de los Taylor en el Marsham, luego en el Sphinx Club y creo que otra vez en la casa de los Estrada, en la montaña. Es muy simpático.

Hadija se mostró evasiva.

–Okey.

–Si quieres, puedes decirle que venga aquí cuando hayáis terminado vuestra excursión.

–A él no le gusta venir aquí.

–Oh, no sé –dijo Eunice, pensativa–. Puede que sí. Supongo que no le molestará tomarse una copa. A los americanos les gusta, ¿sabes? Pensé que te apetecería invitarle, por eso lo decía.

Hadija lo meditó un momento. La idea le atraía porque consideraba el Hotel Metropole magnífico y lujoso y sentía la tentación de mostrarle de qué manera vivía. Cuando se dirigía al Parque Espinel tenía esa intención, pero al volver con él se le ocurrió (por vez primera) que, como el americano parecía en todos los aspectos tan posesivo con ella como Eunice Goode, tal vez no le gustara demasiado descubrir que la compartía con alguien más. Así que se apresuró a explicar que Miss Goode estaba casi siempre enferma y que ella la visitaba a menudo. El afán posesivo que Dyar manifestaba había incitado ya a Hadija a intentar que le comprara cierto reloj de pulsera que admiraba. Eunice se había negado de plano a comprárselo porque era un reloj de hombre: un cronógrafo descomunal de oro, con calendario, y además, las fases de la luna. Eunice tenía un cuidado escrupuloso de que la muchacha pareciese respetable y muy femenina. Hadija habló dos veces del reloj mientras caminaban hacia el Metropole; el americano se limitó a sonreír y dijo:

–Ya veremos. Pero no te sulfures, ¿eh? –Ella no entendió del todo pero, por lo menos, no le había dicho que no.

Cuando Dyar entró en la habitación, Eunice Goode se dijo al verle que ni siquiera de niña, le habría encontrado atractivo. Le gustaban los hombres imponentes como lo había sido su padre. Aquel no tenía una apariencia

distinguida. No parecía actor, ni político, ni artista; tampoco un obrero, un hombre de negocios o un atleta. Por alguna razón pensó que se asemejaba a un «terrier» de pelo de alambre: despierto, ansioso, sugestionable. El tipo de hombre, pensó con una punzada de irritación, que se lleva a las jovencitas de calle, sin ser siquiera dominante, un hombre cuya virilidad es imperceptible y, sin embargo, tan profunda que se vuelve empalagosa como la miel; de esos que no hacen ningún esfuerzo por serlo y son, por tanto, doblemente peligrosos. Con la salvedad de que el haber estado acostumbrados a la adulación femenina, les ha vuelto tan vulnerables y fáciles de aplastar como niños mimados. Les haces creer que también tú estás fascinada por su encanto y les llevas cada vez más lejos por esa rama podrida. Luego apartas de un tirón tu apoyo, y los dejas caer.

Sin embargo, en su disparatada lucha interior por resultar excepcionalmente graciosa, Eunice abrió el fuego con bastante poca fortuna. Llevaba tanto tiempo apartada de la gente que había olvidado que muchas personas efectivamente escuchan las palabras que se dicen y para los que, incluso una conversación de cortesía, representa un medio de transmitir ideas concretas. Había pensado que las frases iniciales tuvieran por objeto el impedir que Hadija descubriera que era la primera vez que hablaba con el caballero norteamericano. Envuelta en un viejo salto de cama de satén amarillo y festoneado de visón –que Hadija no había visto nunca antes y decidió apropiarse inmediatamente–, bien tapada por las sábanas y la colcha, resultaba como cualquier otra mujer gruesa sentada en su cama.

–¡Un encuentro tardío, pero grato! –exclamó.

–Encantado de conocerla, Miss Goode –dijo Dyar desde la puerta. Hadija le empujó suavemente y la cerró. Él se acercó a la cama y estrechó la mano que Eunice le tendía.

–Conocí a tu madre en Taormina –anunció Eunice–. ¡Una mujer encantadora! Hadija, ¿quieres llamar abajo y pedir un gran cubo de hielo y media docena de botellas de Perrier? El whisky está en la repisa del baño. Hay cigarrillos allí en la caja grande. Acerca un poco esa silla.

Dyar parecía confuso.

–¿Dónde?

–¿Cómo? –preguntó ella suavemente.

–¿Dónde dice que conoció a mi madre? –Todavía no había caído en la cuenta de que Eunice Goode no sabía su apellido.

–En Taormina –dijo mirándole afablemente–. ¿O fue en Juan-les-Pins?

–No lo creo posible –replicó Dyar, sentándose–. Mi madre no ha estado jamás en Europa.

–¿De veras? –Quiso que el tono fuera indiferente, pero resultó agrio. Para Eunice, aquella insistencia cerril en la exactitud era pura tosquedad. Pero no había tiempo para mostrarle que desaprobaba su conducta, ni aún si hubiera deseado hacerlo. Hadija estaba telefoneando. Rápidamente Eunice añadió:

–¿No es usted hijo de Mrs. Hambleton Mills? Me parece que eso fue lo que me dijo Hadija.

–¿Qué? –exclamó Dyar indicando con su gesto que se hallaba sumido en un mar de confusiones–. Alguien ha debido confundirlo todo. Me llamo Dyar. De, y griega, a, erre. A mí no se me parece nada a Mills... –concluyó riéndose afablemente. Eunice rió también; lo justo, pensó ella, para demostrar que no le guardaba rencor por su grosería.

–Bueno, eso ya lo tenemos en claro –dijo. Sabía su nombre; Hadija creía que se conocían de antes. Siguió interrogándole para obtener la mayor cantidad posible de datos básicos mientras que Hadija seguía charlando en español con el camarero.

–¿Ha venido a pasar unas vacaciones de invierno o se va a quedar algún tiempo?

–¿Vacaciones? No. Nada que se le parezca. Me voy a quedar cierto tiempo. Trabajo aquí.

Eunice se esperaba algo así.

–¿Ah, sí? ¿Dónde? –Dyar se lo explicó–. No lo situó exactamente –dijo cerrando los ojos como si lo estuviera intentando.

Hadija dejó el auricular en su sitio y trajo del baño una botella de whisky. De pronto, Dyar se dio cuenta de que se estaban haciendo preparativos para servir unas bebidas. Se levantó un poco de la silla y volvió a sentarse más al borde.

–Mire, no puedo quedarme. No pensaba... lo siento...

–¿Que no puede quedarse? –repitió Eunice ligeramente desalentada.

–Tengo una cita en mi hotel. He de volver. Como Hadija me habló de que estaba usted enferma se me ocurrió acercarme. Me dijo que usted quería que yo viniese.

–Así es. Pero a esto no se le puede llamar una visita.

El camarero había entrado; dejó la bandeja en la mesa y desapareció.

–Ya imagino. –No sabía qué era más incorrecto: aceptar una copa, e irse, o marcharse sin tomar nada.

–Tómese una copa rápida –le instó Eunice. Dyar aceptó.

Hadija pidió una Coca-Cola. Estaba bastante satisfecha de tener ante sí a sus dos protectores hablando juntos en la misma habitación. ¿Sería peligroso? Al fin y al cabo, Eunice sabía lo de aquel hombre, y no parecía importarle. Era posible que a él no le importara demasiado si supiera lo de Eunice. Pero prefería sin duda que no se enterara. Empezó a escuchar lo que decían.

–¿Dónde tú vas? –preguntó interrumpiéndoles.

–A casa –repuso él sin mirarla.

–¿Dónde tú vives?

Eunice sonrió interiormente; Hadija le estaba haciendo el trabajo. Pero enseguida, chasqueó la lengua irritada. La chica lo había fastidiado todo: Dyar estaba molesto.

–Muy lejos –respondió secamente.

–¿Por qué tú vas allí? –insistió Hadija.

Dyar se volvió a mirarla.

–La curiosidad mató al gato –dijo con falsa seriedad–. Voy a una fiesta, cotilla. –Se echó a reír y le dijo a Eunice–: ¡Qué chica! ¡Qué chica! Pero es simpática a pesar de todo.

–No lo sé –contestó Eunice como meditando el asunto–. Pero creo que no, en absoluto, ya le hablaré de ello en otra ocasión. ¿Ha dicho una fiesta? –Recordó que los Beidaoui recibían gente los domingos por la noche–. ¿No será en el palacio Beidaoui? –se aventuró a decir.

Dyar parecía sorprendido.

–¡Exacto! –exclamó–. ¿Los conoce?

Nunca había hablado con ninguno de los hermanos Beidaoui, pero los

conocía de vista, de varias ocasiones.

—Son íntimos amigos míos —dijo—. Son la gente que hay que conocer en Tánger. —Había oído decir que su padre ocupó cierto cargo de importancia—. El viejo Beidaoui, que murió hace unos años, era el Gran Visir del Sultán Muley Hafid. Fue él quien albergó al Káiser cuando vino aquí, en 1906.

—¿De veras? —preguntó Dyar en tono educado.

Por fin, se levantó despidiéndose. Le deseó que se mejorase.

—Oh, es una cosa crónica —dijo alegremente—. Va y viene. No me paro a pensar en ello. Como mi abuela de Pittsburgh solía decir: «Estará mucho peor antes de que mejore».

Le sorprendió un poco saber que era norteamericana: no se le había ocurrido que tuviera nacionalidad alguna. Ahora le preocupaba cómo concertar otra cita con Hadija en la presencia un poco amenazadora de Miss Goode. Sin embargo, había que hacerlo si quería volver a verla; nunca sería capaz de llegar al Bar Lucifer, donde suponía que se la podía encontrar aún.

—¿Qué tal si hacemos otra excursión el domingo que viene? —propuso a Hadija. Puede que estuviera libre toda la semana, pero tal vez Wilcox le llamara al día siguiente. El domingo era el único día seguro.

—Muy bien —dijo Hadija.

—¿En el mismo sitio a la misma hora?

—Okey.

En cuanto se hubo marchado, Eunice se incorporó en la cama.

—Dame la guía de teléfonos.

—¿Qué dices usted?

—¡La guía de teléfonos!

Pasó las páginas rápidamente, encontró el nombre. *Jouvenon, Pierre, ing. Ingénieur, engineer*. Sonaba mucho más impresionante en francés, se relacionaba con palabras como *genio, ingeniosidad*. *Engineer* le hacía pensar siempre en un hombre en mono junto a una locomotora. Dio el número y dijo perentoriamente a Hadija:

—Vístete, rápido. Ponte el vestido negro que te compré ayer. Luego te peino, cuando me haya vestido. —Se volvió al teléfono—. *Allô, allô? Qui est a l'appareil?* —Era una criada española. Eunice se encogió de hombros,

impaciente—. *Quisiera hablar con la señora Jouvenon. ¡Sí! ¡La señora!* — Mientras esperaba, tapó el auricular con la mano y se volvió otra vez a Hadija—. Recuerda. Ni una palabra de nada más que inglés.

Hadija estaba en el baño y chapoteaba en el lavabo.

—Ya lo sé —gritó—. No hablo árabe. No hablo español. Ya lo sé. —Las dos daban por sentado que si Eunice salía, ella la acompañaba. En el fondo de su mente, Eunice imaginaba que estaba preparando a la muchacha para París, donde la acabaría llevando a vivir y, con su afortunado *ménage*, suscitaría la envidia de todos sus amigos.

—*Ah, chère Madame Jouvenon!* —exclamó, y pasó a decirle que esperaba que no estuviese ocupada en las próximas horas, pues tenía que hablar con ella de cierto asunto. Madame Jouvenon no pareció en absoluto sorprendida por aquella declaración ni tampoco al oír que la propuesta conversación duraría varias horas.

—*Vous êtes tr-rés aimable* —repuso haciendo sonar la erre de un modo impensable en una francesa. Quedaron en encontrarse al cabo de media hora en La Sevillana, el pequeño salón de té que había en lo alto de los Siaghines.

Eunice colgó, salió de la cama y se puso rápidamente un viejo y holgado traje de coctel. A continuación centró todo su interés en el vestuario de Hadija, la maquilló con sus propios cosméticos y la peinó. Parecía una madre arreglando a su hija única para su primera fiesta. De hecho, paseando las dos juntitas por los estrechos callejones que conducían por un atajo a La Sevillana —cogidas a veces de la mano, cuando había sitio para las dos— daban la impresión de una madre amantísima y su cariñosa hija; y por tal eran tomadas por las mujeres judías que contemplaban el atardecer desde sus portales y balcones.

Madame Jouvenon las esperaba sentada en La Sevillana comiendo un merengue. Era una mujercita de ojos azules que, encanecida prematuramente, había cometido la imprudencia de teñirse el pelo de un brillante color azul plateado. Para completar su monocromático esquema de colores había permitido a Mme. Sylvie que tiñera las cejas y pestañas de un tono azulado mucho más oscuro e intenso. El resultado final no dejaba de causar impacto.

Era evidente que Madame Jouvenon acababa de llegar al salón de té,

puesto que las miradas seguían volviéndose discretamente para verla mejor. Hadija concluyó, como era costumbre en ella, que aquella dama padecía alguna extraña enfermedad y le estrechó la mano con cierta aprensión.

–Tenemos muy poco tiempo –empezó a decir Eunice en francés, esperando que Madame Jouvenon no pidiese más pasteles–. Esta chiquita no sabe hablar francés. Sólo griego, y un poco de inglés. No quiero pasteles. Dos cafés. ¿Conoce a los Beidaoui?

Madame Jouvenon no los conocía. Esto contrarió a Eunice; pero sólo un momento.

–No importa –prosiguió–. Yo soy amiga íntima de ellos, y usted mi invitada. Quiero llevarla allí ahora porque hay alguien a quien deseo que conozca. Es posible que le resulte muy útil.

Madame Jouvenon dejó el tenedor en la mesa. Mientras Eunice seguía hablando –ahora en tono más bajo– la brillante mirada de la mujercita se tornó fija e intensa. Se alteró toda su expresión; su rostro se volvió inteligente y alerta. Por fin, al terminar el merengue, alcanzó su bolsillo con aire profesional y dejó unas monedas sobre la mesa.

–*Tr-res bien* –dijo lacónicamente–. *On va par-rtir.*

2

## CARNE FRESCA Y ROSAS



Los domingos por la tarde de los Beidaoui eran únicos, porque cualquier miembro de las diferentes colonias europeas podía acudir allí sin perder prestigio; tal vez el hecho de que los anfitriones fuesen musulmanes creaba automáticamente entre los invitados un sentimiento de solidaridad que aceptaban de buen grado sin saber de dónde procedía. La mujer del ministro francés podía charlar con la más humilde turista americana sin que nadie viera en ello nada extraordinario. Desde luego, esto no significaba que si la turista se encontraba a Mme. D'Arcourt al día siguiente y tenía la desfachatez de saludarla, fuese reconocida. Pero era agradable y democrático mientras duraba; que solía ser hasta las nueve. Muy pocos árabes eran invitados, pero había siempre tres o cuatro personajes del mundo musulmán: acaso el líder del Partido Nacionalista en la Zona Española, o el redactor jefe del diario árabe de Casablanca, o un adinerado industrial de Túnez, o el asesor del jalifa de Tetuán. Y, en realidad, las reuniones se celebraban con el fin de agasajar a esos pocos invitados musulmanes, para quienes nunca dejaban de constituir un espectáculo fascinante el inexplicable comportamiento de los europeos. Estos en su mayoría pensaban, por supuesto, que a los musulmanes se les invitaba para dar color local a la fiesta, y alababan a los hermanos Beidaoui por su capacidad para discernir exactamente qué clase de marroquíes sabía relacionarse con extranjeros. Estas mismas personas, que se jactaban del grado de intimidad que habían logrado alcanzar en sus relaciones con los Beidaoui, no tenían la menor idea de que los dos hermanos eran casados y llevaban una intensa vida familiar con sus mujeres e hijos en una parte de la casa a la que ningún europeo había entrado jamás. Los Beidaoui no lo

hubieran ocultado seguramente si se les hubiera preguntado, pero a nadie se le había ocurrido nunca hacerles preguntas de este tipo. Se daba por sentado que eran dos galantes solteros que disfrutaban rodeándose de europeos.

\*\*\*

Aquella mañana, en uno de sus frecuentes paseos por el muelle, adonde acostumbraba acudir cuando tenía resaca o su vida familiar se volvía demasiado opresiva para su gusto, Thami había tenido una buena suerte fuera de lo común. Al alejarse hasta el malecón del puerto interior, donde descargaban los pescadores, y mientras observaba cómo éstos desplegaban sus negras redes endurecidas por el salitre, vio acercarse bordeando el muelle una pequeña y anticuada lancha de motor. El hombre que la tripulaba, a quien Thami creía conocer de vista, lanzó el cabo a un muchacho que andaba por allí. El marinero, cuyo turbante le caracterizaba como miembro de la secta *yilala*, saludó de pasada a Thami mientras subía por la escalera del espigón. Thami le devolvió el saludo y le preguntó si había estado pescando. El hombre le miró con un poco más de atención, como para ver exactamente a quien se había dirigido con tanta despreocupación. Sonrió con tristeza y dijo que nunca había usado su lancha para pescar, y que prefería que la pobrecita se cayera a pedazos antes de verla dedicada a tales menesteres. Thami se echó a reír; comprendía perfectamente lo que aquel hombre quería decir: la lancha era lo bastante rápida como para dedicarla al contrabando. Avanzó por el muelle y miró hacia abajo, al interior de la embarcación. Debía de tener unos cuarenta años; los asientos estaban empotrados a lo largo y cubiertos de colchonetas de lona muy estropeadas. En el centro había un antiguo motor de dos cilindros Fay and Bowen. El hombre advirtió que lo estaba examinando y le preguntó si le interesaba comprarla. «No», repuso Thami desdeñosamente, pero siguió mirándola. El otro afirmó que no quería venderla por nada del mundo, pero estaba obligado a ello porque su padre, que vivía en Azommur, se hallaba enfermo y él se tenía que ir allí a vivir. Thami esperó, con aire paciente, a que dijera una cifra. No tenía intención de delatar su interés proponiendo una. Por fin, cuando acababa de tirar su cigarrillo al agua y

hacía el gesto de marcharse, oyó la cifra: diez mil pesetas.

–No creo que te den más de cinco –respondió volviendo a hacer amago de irse.

–¡Cinco mil! –exclamó el hombre indignado.

–Míralo bien –dijo Thami señalándolo con el dedo–. ¿Quién va a dar más?

Se puso a caminar lentamente alejándose y chutando trozos de cemento al agua a su paso. El hombre le gritó:

–«¡Ocho mil!» –Thami se volvió, sonriente, y explicó que él no estaba interesado, pero que si el *yilalí* quería vender el bote de verdad, debería ponerle un precio razonable, uno que Thami pudiera darle a sus amigos en caso de que uno de ellos conociera a un posible comprador. Discutieron un momento y, finalmente, Thami consiguió que la bajara a siete mil pesetas. Se sentía bastante satisfecho de sí mismo porque, aunque no era en absoluto la maravillosa lancha que codiciaba, al menos era una posibilidad tangible e inmediata y el realizarla no implicaría licencia de importación ni necesidad de recurrir a su herencia. Había pensado en pedirle al americano –persona que le agradaba y en quien adivinaba una cierta simpatía hacia él– que comprara la lancha a su nombre. Hubiera sido una manera de librarse de sacar la licencia. Pero no le conocía lo suficientemente bien; desde luego que hubiera sido una jugada estúpida: habría tenido que confiar únicamente en la honradez del norteamericano para demostrar que era suya. En cuanto al precio, era lo de menos; incluso por seis mil, y era posible que consiguiese dejarla en cinco. Existía además la lejana posibilidad –aunque lo dudaba realmente– de que Abdelmalek le prestara la cantidad. En cualquier caso, entre sus pequeñas propiedades poseía una casa de dos habitaciones, con agua y luz, en el fondo de un barranco que había detrás de Masham; debía alcanzar exactamente las cinco mil pesetas necesarias en una venta rápida.

El último momento de la tarde era espléndido: las nubes habían desaparecido, alejadas por un repentino viento del Atlántico. El aire olía a limpio, el cielo se había vuelto intenso y luminoso. Mientras Dyar esperaba a la puerta de su hotel, una larga procesión de bereberes montados en burro procedentes de la montaña desfiló por la avenida camino del mercado. Los

rostros de los hombres eran cetrinos y curtidos, los de las mujeres tenían una piel sorprendentemente clara, con los pómulos abultados y arrebolados. Dyar observaba con indiferencia cómo pasaban correteando, sin darse cuenta de lo despacio que se movían, hasta que advirtió, al final de la comitiva, un gran descapotable americano cuyo impaciente propietario hacía sonar frenéticamente la bocina. «¿Qué prisa tiene?», pensó. Las pequeñas olas de la playa avanzaban en silencio, el color de las colinas cambiaba despacio con la desaparición de la luz tras la ciudad, algún que otro marroquí caminaba tranquilamente por el paseo bajo las ramas de las palmeras agitadas por el viento. Era un momento agradable cuyo ritmo natural era el del ocio; el trompeteo insistente de la bocina del coche no tenía sentido en aquel conjunto. Pero los bereberes, en sus asnos, tampoco daban señales de oírlo. Pasaban pacíficamente por delante; los animalillos daban sus pasos bien medidos y asentían con la cabeza. Cuando ante Dyar desfiló el último, el coche se acercó al bordillo y se detuvo. Era la marquesa de Valverde.

—¡Mr. Dyar! —exclamó. Y, mientras se dejaba estrechar la mano, añadió—: He estado aquí antes, querido, pero llevo empujando este desfile los últimos diez minutos. No se te ocurra comprar un coche aquí. Es el lugar más exasperante del mundo para conducir. ¡Dios mío!

—Ya me imagino —dijo; dio la vuelta hasta la otra portezuela y se sentó a su lado.

Ascendieron a toda marcha hacia la parte moderna de la ciudad; pasaron edificios nuevos de cemento blanco y deslumbrante; solares atiborrados hasta el límite de chabolas construidas con carteles carcomidos, cajas, cañizos y mantas viejas; nuevas salas de cine y de fiestas cuyos empalagosos anuncios fluorescentes brillaban ya con una luz que era al mismo tiempo demasiado agria y demasiado tenue. Rodearon el nuevo mercado; aquella noche olía a carne fresca y a rosas. Al sur se extendían los arenosos eriales y la verde maleza de las estribaciones de las montañas. Los cipreses que bordeaban la carretera estaban vencidos por años de viento.

—Este domingo el tráfico está horrible. Atroz —dijo Daisy mirando hacia delante. Dyar se rió un poco; pensaba en los atascos kilométricos de las avenidas de acceso a Nueva York.

–Usted no sabe lo que es el tráfico –dijo. Pero su mente no estaba en lo que decía, ni tampoco en los jardines y tapias de las villas por las que pasaban. Aunque no era muy propenso a analizar sus estados mentales – nunca había tenido conciencia de poseer un mecanismo con el que poder hacerlo–, últimamente había sentido como un ligero cosquilleo en una región inaccesible de su ser, una necesidad indefinida de volverse sobre sí mismo. No eran pensamientos formulados, ni soñaba despierto, ni siquiera llegaba al extremo de hacerse preguntas como: «¿Qué hago aquí?» o «¿Qué deseo?» Al mismo tiempo, tenía una idea vaga de haber llegado a los límites de un nuevo período de su vida, un inexplorado territorio de sí mismo que iba a tener que cruzar. Pero su percepción del hecho se limitaba a darse cuenta de que, de un tiempo a esta parte, le daba por sentarse a solas tranquilamente en su habitación diciéndose a sí mismo que allí estaba. El hecho seguía repitiéndose en él: «Aquí estoy». No había nada que deducir de él; afirmarlo parecía relacionarse con una sensación de anestesia en algún punto de su interior. El fenómeno no le conmovía; incluso ante sí mismo se sentía supremamente anónimo; y es difícil preocuparse demasiado por lo que ocurre dentro de una persona que uno no conoce. Al mismo tiempo, lo que acontecía en el exterior le resultaba remoto y no guardaba relación con él; podía muy bien no estar sucediendo en absoluto. Pero lo suyo no era indiferencia; ésta pertenece al ámbito de las emociones y su entumecimiento afectaba a una parte más profunda de sí mismo.

Se introdujeron por una calle algo más angosta, que formaba una curva. A la izquierda había un muro blanco sin ventanas de unos seis metros de altura que continuaba hacia delante, paralelo a la calle hasta donde alcanzaba la vista.

–Aquí es –dijo Daisy señalando la pared.

–¿El palacio? –preguntó Dyar un poco desilusionado.

–El palacio Beidaoui... –explicó ella advirtiendo el tono desencantado de la voz de él– es un lugar extraño y antiguo –añadió optando por dejarle sorprenderse al descubrir por sí mismo la decadente suntuosidad del interior.

–Sí que lo parece –dijo Dyar, emocionado–. ¿Cómo se entra?

–La puerta está un poco más arriba –repuso Daisy y a continuación le dijo

mirándole fijamente—: Tú te has perdido una buena cantidad de cosas, ¿no?

Lo primero que pensó Dyar fue que le estaba compadeciendo por su falta de categoría social; su orgullo se sintió herido.

—No lo creo —dijo rápidamente. Y, enseguida, preguntó—: ¿Qué clase de cosas? ¿Qué quiere decir?

Detuvo el coche junto al bordillo, tras una fila de automóviles ya aparcados. Mientras quitaba las llaves y se las metía en el monedero, dijo:

—Cosas como la amistad y el amor. He vivido en América mucho tiempo. Mi madre era de Boston, sabes, así que en parte soy americana. Sé cómo es eso. ¡Y demasiado bien, vive Dios!

Salieron del coche.

—Supongo que allí hay tanta amistad como en cualquier parte —dijo. Estaba enfadado y esperaba que su voz no lo delatara—. O amor.

—¡Amor! —exclamó ella burlándose.

Un anciano sudanés abrió la puerta enrejada. Entraron en una habitación oscura en la que había varios hombres con barba tendidos sobre esterillas en una poyata corrida a lo largo de la pared. Saludaron a Daisy solemnemente pero sin moverse. El criado abrió otra puerta y salieron a un amplio jardín en penumbra donde las únicas cosas que Dyar podía discernir con certeza eran los cipreses, altos, muy oscuros y con sus afiladas puntas dirigidas al cielo del atardecer, y las fuentes de blanquísimo mármol en las que el agua salpicaba con un sonido irregular. Pasaron en silencio por el sendero de grava entre las fragancias dulces e intensas de las flores. Más allá se oían suaves acordes de música.

—Supongo que estarán bailando con el tocadiscos —dijo Daisy—. Por aquí. —Le condujo por un camino que subía hacia la derecha hasta llegar a una escalinata de mármol—. Por la tarde reciben en el ala europea. Y al estilo europeo. Pero ellos no prueban el alcohol, por supuesto.

Por encima de la música de tango se escuchaba el murmullo de voces. Al llegar a lo alto de la escalera, un hombre de gesto grave, vestido con una chilaba blanca de seda se les acercó para darles la bienvenida.

—¡Querido Abdelmalek! —exclamó Daisy, encantada, tomándole las dos manos—. ¡Qué fiesta más colosal! Este es Mr. Dyar, de Nueva York. —

Abdelmalek estrechó afectuosamente la mano de Dyar.

–La señora marquesa ha sido muy amable al invitarle a mi casa –dijo.

Daisy estaba ya saludando a otros amigos; el señor Beidaoui, sin soltar la mano de Dyar, le condujo a una esquina próxima, donde le presentó a su hermano Hassan, caballero de gran estatura y color chocolate, vestido también con ropajes blancos. Hablaron un minuto sobre América y un criado ofreció a Dyar un whisky con soda. Cuando sus anfitriones se dieron la vuelta para atender a unos recién llegados, Dyar empezó a mirar a su alrededor. La sala era grande, confortable y oscura, iluminada únicamente por velas que descansaban sobre descomunales candelabros situados aquí y allá en el suelo. Tenía una forma irregular y la música y el baile tenían lugar en una parte que no se veía. Junto a las paredes próximas había divanes amplios y bajos ocupados exclusivamente por mujeres, todas con más de cuarenta años, y algunas de setenta por lo menos. Aparte de los Beidaoui había sólo otros dos musulmanes a la vista. Uno hablaba con Daisy a través de una ventana abierta y el otro bromeaba con un francés gordo en un rincón. Salvo por los Beidaoui, que le caían bien, se sentía asfixiado y fuera de lugar; se arrepentía de haber ido allí.

Cuando estaba a punto de ir a ver quién estaba bailando, Hassan le dio unos golpecitos en el brazo.

–Le presento a Madame Werth –dijo–. ¿Habla francés?

La mujer que le estaban presentando, de ojos oscuros y vestida de negro, sonreía.

–No –respondió Dyar, confuso.

–No importa –dijo ella–. Yo hablo un poco de inglés.

–Habla usted muy bien –dijo Dyar ofreciéndole un cigarrillo. Tenía la sensación de que había oído su nombre en boca de alguien, pero no recordaba de quién, ni qué se había dicho. Conversaron un rato, de pie, con sus bebidas en el mismo lugar donde les habían presentado y le volvía la idea de que sabía algo de ella que alcanzaba a recordar. No tenía deseos de quedarse con aquella señora toda la noche, pero por el momento no veía escapatoria. Le acababa de decir que guardaba luto por su marido; parecía bastante triste y sintió lástima por ella. De repente, vio que la cara rojiza de Eunice Goode

aparecía en la puerta.

–Encantada –le dijo a Hassan Bedaoui. Tras ella, estaba Hadija, con un aspecto muy elegante.

–Encantada –dijo con idéntica inflexión de voz que Eunice Goode. Una tercera mujer entraba con ellas, pequeña y de cara severa; apenas respondió al recibimiento que se le hacía y comenzó a escudriñar a los invitados cuidadosamente, uno por uno, como haciendo un rápido inventario de sus cualidades e importancia. Como no había suficiente luz para percibir el color de su cabello, y nadie parecía conocerla, de momento nadie reparó en ella. Dyar estaba tan sorprendido de ver a Hadija que interrumpió la conversación y se quedó mirándola. Eunice Goode la llevaba de la mano y hablaba con Hassan a gran velocidad.

–Le interesará saber que uno de mis amigos más íntimos fue el príncipe heredero Rupprecht. Acudíamos a Karlsbad juntos. Creo que fue amigo de su padre. –A medida que continuaba el torrente de palabras, el rostro de Hassan mostraba una creciente incomprensión, al final de cada parrafada retrocedía un paso diciendo «Sí, sí», pero ella avanzaba tirando de Hadija hasta que le tuvo acorralado contra la pared y Dyar no pudo escuchar ya lo que decía. Con cierta vergüenza, se volvió a acordar de que Madame Werth se hallaba a su lado.

–... Y espero que venga a hacerme una visita cuando vuelva de Marraquech –estaba diciendo.

–Gracias, me gustará mucho. –Fue entonces cuando recordó dónde había oído el nombre. La reserva cancelada del hotel que tenía que darle a Daisy era originariamente la de Madame Werth.

–¿Conoce usted Marraquech? –preguntó ella. Dyar repuso que no.

–Ah, tiene que ir. En invierno es bellissimo. Tiene que conseguir una habitación en el Mamounia; pero con vistas a las montañas; con nieve, ¡imagínese! y una terraza sobre el jardín. Me encantaría ir mañana mismo, pero el Mamounia está siempre lleno en esta época, y mi reserva es para después del día veinte.

Dyar la miró de hito en hito. Ella percibió el cambio de su expresión y se asustó un poco.



–¿Usted va al Hotel Mamounia de Marrakech el día veinte? –preguntó. Entonces, al advertir el incipiente desconcierto en la cara de la dama, miró su copa—. Casi la tiene vacía –señaló—. Le voy a conseguir otra. –Ella se lo agradeció. Dyar, disculpándose, atravesó la sala con un vaso en cada mano.

Todo encajaba perfectamente. Ahora, por lo menos, comprendía lo que Daisy le pedía y el secreto con que lo había rodeado. A Madame Werth le hubieran dicho que se produjo un malentendido sumamente lamentable que habrían achacado a la oficina de Wilcox, pero la marquesa de Valverde habría estado ya instalada en su habitación y nadie la hubiera sacado de allí. Al darse cuenta de lo cerca que había estado de hacerle el favor sintió una oleada de furia contra ella. «¡Perra!», masculló. Aquel pequeño descubrimiento era desagradable y, en cierto modo, se extendía por toda la habitación y alcanzaba a todos los que estaban en ella.

Vio a Daisy de reojo al pasar ante el diván donde estaba sentada; conversaba con un joven pálido de gafas, acompañado por una chica con una extraña mata de pelo rojo. Al verle volver a pasar, Daisy le gritó:

–¡Dyar!, ¡cuando hayas terminado el reparto ven con nosotros aquí! – Dyar alzó un poco más los vasos y sonrió.

–Un segundo –dijo. Se preguntaba si Madame Werth sería capaz de comportarse de la misma manera despiadada que Daisy; no era probable. Parecía demasiado desamparada y sin duda por eso era por lo que Daisy la había elegido como víctima propiciatoria.

–¿Conoce usted a la marquesa de Valverde? –preguntó Dyar a Madame Werth, que daba un sorbo a la bebida que le acababa de traer.

Madame Werth dio muestras de entusiasmo.

–¡Ah, qué mujer más encantadora! ¡Qué vitalidad! Y además, qué bondadosa es. La he visto recoger cachorros de la calle, los pobrecitos, tan flacos royendo huesos, y llevárselos a casa para cuidarlos. Es caritativa con el mundo entero.

Dyar se echó a reír con una brusquedad que debió de parecer algo despectiva porque Madame Werth le preguntó acusadoramente:

–¿Cree usted que la bondad no cuenta?

–Ya lo creo. Es muy importante. –En aquel momento se sentía expansivo

y un poco desconsiderado; podía ser divertido sentarse a molestar a Daisy. Desde donde ella estaba no podía ver a Dyar hablando con Madame Werth, y quería ver su reacción cuando se lo dijera. Al poco rato, se les acercó un suizo que empezó a hablar en francés con Madame Werth. Dyar se escabulló, terminó su whisky y fue a buscar otro antes de acercarse al diván donde estaba Daisy.

—Mira, dos compatriotas tuyos —dijo haciéndole sitio a su lado—. Mr. Dyar, Mrs. Holland, Mr. Richard Holland. —Los dos saludaron brevemente con algo que parecía timidez más que frialdad.

—Estábamos hablando de Nueva York —prosiguió Daisy—. Los Holland son de allí y dicen que se sienten aquí tan en casa como si estuvieran en Nueva York. ¿No estás de acuerdo?

Dyar la observó detenidamente; se volvió luego a la señora Holland, que tras tropezar con su mirada en un instante de sorpresa empezó a examinarse los zapatos. Mr. Holland le observaba con atención y aire muy serio, como un médico a punto de llegar a su diagnóstico, pensó.

—No sé si comprendo lo que quieren decir —respondió Dyar—. ¿Que Tánger se parece a Nueva York? ¿Cómo es eso?

—En su espíritu —dijo Mr. Holland impaciente—. No en su aspecto externo, naturalmente. ¿No es usted de Nueva York? Creía habérselo oído decir a la señora de Valverde. —Dyar asintió—. Entonces se dará cuenta de cómo se parecen las dos ciudades. La vida gira exclusivamente en torno a obtener dinero. Casi nadie es honrado. En Nueva York tenemos Wall Street; aquí, la Bourse; que no se parece a las *bourses* de otros sitios, sino que es el alma de la ciudad, su *raison d'être*. En Nueva York están los astutos hombres de finanzas, aquí los cambistas. Nueva York tiene estafadores. Tánger, contrabandistas. Están reunidas todas las nacionalidades y no existe orgullo cívico. Y todo el mundo está dispuesto a chuparle la sangre al prójimo. Realmente no es una comparación tan forzada, ¿no?

—No sé —dijo Dyar. Al principio creyó que estaba de acuerdo con Holland, pero luego el meollo de su argumentación se le debía haber escapado. Dio un largo trago a su whisky. En el tocadiscos sonaba «*Mamá Inez*»—. Creo que aquí hay muchísima gente de poco fiar, es cierto.

–¡De poco fiar! –exclamó Holland–. ¡La ciudad es un modelo de corrupción!

–Pero, querido –le interrumpió Daisy–, Tánger es una ciudad de segunda que resulta que tiene su propio gobierno. Y usted sabe de sobra que todo gobierno se asienta en la corrupción. Da igual el que sea... socialista, totalitario, democrático... es lo mismo. Es natural que en un lugar pequeño como éste, entremos en contacto con el gobierno constantemente. Ya se sabe, es inevitable. Así que uno es consciente siempre de la corrupción que existe. Es así de simple.

Dyar se volvió a ella.

–Acabo de hablar con Madame Werth –dijo. Daisy le miró tranquilamente durante un momento. Era imposible saber en qué estaba pensando. Luego se echó a reír.

–Siendo yo la clase de persona que soy, y tú la clase de persona que eres, creo que podemos dejar a un lado este asunto. Dígame, señora Holland, ¿ha leído *Las mil y una noches*?

–La traducción de Mardrus –repuso la señora Holland sin levantar la vista.

–¿Entera?

–Bueno, no toda. La mayor parte.

–Seguro que le entusiasmó.

–La verdad, yo lo admiro muchísimo. Pero a quien le entusiasma es a Dick. A mí me parece un poco directo; pero, supongo que la cultura tampoco tiene matices.

Dyar había terminado su whisky y pensaba de nuevo en irse a donde bailaba la gente. Permaneció inmóvil y esperó a que la conversación le presentase alguna posibilidad de retirarse airoosamente. Daisy se dirigió ahora a Mr. Holland.

–¿Se ha dado cuenta por casualidad de lo tremendamente ilógicos que son los finales de cada una de esas noches? Tengo curiosidad por saberlo.

–¿Ilógicos? –preguntó Mr. Holland–. No me lo parecen.

–¡Pero, querido! ¡Vamos! ¿No dice al final de cada noche: «Y Scheherazade, percibiendo que el alba se aproximaba, guardó discretamente

silencio»?

–Sí.

–¿Y no dice: «Y el rey y Scheherazade se fueron al lecho y quedaron entrelazados uno en los brazos del otro hasta la mañana»?

–Sí.

–¿No es bastante poco tiempo? ¿Especialmente para los árabes?

Mrs. Holland dirigió una mirada oblicua hacia Daisy y volvió a contemplarse los pies.

–Me parece que usted no interpreta bien la sucesión temporal –dijo Mr. Holland irguiéndose con un respingo, como si se preparase para una discusión. Dyar se puso rápidamente en pie. No le gustaba Mr. Holland; al parecer, este hombre encontraba simpática a la gente en la medida en que estaban dispuestos a oírle exponer sus teorías. También le desilusionaba un poco el que Daisy hubiese respondido a su reto con aquella afable complacencia. «Es que ni ha pestañeado», pensó. No había tenido nada de gracioso el hacerle la acusación. Tal vez ni siquiera lo había interpretado como tal. Pensó esto cuando llegaba a la parte de la sala donde se encontraba el tocadiscos, pero desechó la idea. Su respuesta sólo podía significar que admitía haber sido descubierta pero no le importaba. Era aún más cínica de lo que había supuesto. Por alguna razón desconocida, este hallazgo le deprimía y devolvía al desolador estado de ánimo en que se había sentido la noche de su desembarco, le envolvía en un desconocido desasosiego.

Alguna que otra pareja, hablando más que bailando, evolucionaba discretamente en el reducido espacio. Cuando Dyar contemplaba al francés gordo que oscilaba de atrás adelante tratando de bailar con una inglesa entrada en años que lucía un turbante y había bebido en exceso, Abdelmalek Beidaoui se le acercó para presentarle a una chica portuguesa muy alta, flaca como un cadáver y ligeramente estrábica. Saltaba a la vista que quería bailar y aceptó encantada la invitación. Aunque al bailar apretaba las caderas contra Dyar, el tronco lo separaba en ángulo desde la cintura para arriba, mirándole fijamente mientras le contaba chismes sobre la gente que había al otro lado de la habitación. Como separaba mucho los labios al hablar, dejaba al descubierto todas las encías. «Dios mío, tendré que irme de aquí», pensó

Dyar. Pero siguieron bailando, un disco tras otro. Al término de una samba, Dyar le preguntó jadeando con cierta exageración si estaba cansada.

–No, no –exclamó ella–. Baila usted de maravilla.

En algunos lugares se habían empezado a apagar las velas; hacía fresco y un viento húmedo penetraba por la puerta que daba al jardín. Era ese momento de la tarde en que había llegado ya todo el mundo y nadie pensaba en irse a casa todavía; se podía decir que la fiesta estaba en pleno apogeo, salvo que se notaba una extraña falta de vida que hacía difícil creer que realmente se estuviera celebrando una fiesta. Más tarde, retrospectivamente, se podría decir que había tenido lugar; pero en aquel momento en que aún no había concluido, la cosa no era tan clara.

La muchacha portuguesa le hablaba de Estoril, y afirmaba que ni Montecarlo en sus días de gloria había sido tan brillante. Si en aquel momento no le hubieran agarrado de un brazo apartándole violentamente de la joven, habría dicho alguna grosería. Al ser separado de la portuguesa se encontró de frente con Eunice Goode, que, entonces, estaba bien cargada de Martinis. Miró a la muchacha –que tenía el ceño fruncido– con una sonrisa educada.

–Me temo que se ha quedado sin pareja –dijo enderezándose con una mano en la pared–. Este señor viene conmigo a la otra habitación.

En circunstancias normales, Dyar le hubiera dicho que se equivocaba, pero en aquel preciso instante la idea de sentarse a beber una copa, incluso con Eunice Goode, parecía la mejor y menos fatigosa de dos perspectivas igualmente aburridas. Se disculpó sin mucho entusiasmo y dejó que Eunice le condujera, a través de la sala, hasta un gabinete pequeño y oscuro cuyas paredes estaban cubiertas hasta el techo de enciclopedias descoloridas, libros de consulta y novelas inglesas. En torno a una chimenea apagada había dispuestas tres butacas y una de ellas estaba ocupada por Madame Jouvenon, que miraba las cenizas que tenía delante. Al oírles entrar en la habitación no volvió la cabeza.

Durante algunos minutos Eunice dirigió la conversación con valentía; hacía preguntas sobre ellos y las contestaba ella misma. Las respuestas no eran, desde luego, las que Mme. Jouvenon o Dyar hubieran dado, pero en sus respectivos estados de confusión e indolencia, se limitaban a emitir un «ah, sí» o «exacto» cuando Eunice se aventuraba a explicar lo que el otro sentía. Dyar estaba aburrido, un poco borracho y ligeramente alarmado por la expresión de fiereza y preocupación de Madame Jouvenon; ésta, entretanto, con un deseo desesperado de suscitar su interés, buscaba enloquecida en su mente el modo más propio de plantear las cosas. A cada minuto que pasaba se hacía más insostenible la absurda situación en el frío y pequeño gabinete. Dyar se revolvía en su butaca y trataba de mirar, dándose la vuelta, la puerta de la habitación contigua; esperaba divisar a Hadija. Sonó una lastimera canción egipcia en el tocadiscos. La quejumbrosa voz de barítono lo llenaba todo.

–¿Conoce usted El Cairo? –preguntó de pronto Mme. Jouvenon.

–No. –No parecía respuesta suficiente, pero tampoco se sentía más inspirado.

–¿Le inter-r-resa también el Oriente Próximo?

–Madame Jouvenon ha pasado la mayor parte de su vida en Constantinopla, Bagdad, Damasco y en otros lugares igualmente fascinantes

–dijo Eunice.

–En Bagdad, no –puntualizó Mme. Jouvenon con firmeza–. En Bujara.

–Debe de ser muy interesante –dijo Dyar.

Quitaron el disco egipcio en mitad de su lamento y pusieron en su lugar

una canción francesa de cabaré. Luego se oyó caer uno de los pesados candelabros acompañado de pequeños gritos de consternación. Aprovechando el momento, que acaso no se volviese a presentar otra vez incluso si esperaba toda la noche, Dyar se levantó de un brinco y se lanzó a la puerta. Mme. Jouvenon se abalanzó pisándole los talones y le tiró de la manga. Había decidido hacer de tripas corazón. Si aquel joven andaba mal de fondos, como pretendía Eunice Goode, era probable que aceptase una invitación; así que sin pensarlo dos veces le propuso ir a comer con ella al día siguiente, dejando claro que invitaba ella.

–Es una idea espléndida –se apresuró a decir Eunice–. Estoy segura de que tendrán muchísimo que contarse. Mr. Dyar ha trabajado en el servicio consular durante años y, probablemente, tendrán docenas de amigos comunes.

Ni se molestó siquiera en corregirla: estaba demasiado bebida. Acababa de entrever a Hadija bailando con uno de los Beidaoui. Se volvió a Mme. Jouvenon para declinar su amable invitación, pero no fue lo bastante rápido.

–Mañana a las dos. En el Empire. Usted ya sabe dónde está. Se come bastante bien. Reser-r-rvaré una mesa al fondo del restaurante, junto a la barra. Me dará una gr-r-an satisfacción. Aquí no podemos hablar.

La entrevista quedó así concertada y Dyar escapó a la mesa de las bebidas para conseguir otra.

–Lo ha echado todo a perder –murmuró Eunice Goode.

Mme. Jouvenon la miró.

–¿Quiere decir que no vendrá?

–Yo, desde luego, en su lugar no iría. Su modo de proceder... –Al observar a Hadija bailando una rumba con Hassan Beidaoui dejó de hablar. Se sonreían con fatuidad contoneándose y dando vueltas. «La pobre idiota», pensó Eunice. Aquella escena le recordaba en exceso al Bar Lucifer. «Seguramente está hablando en árabe con él». Inquieta, se aproximó a la pista de baile y, al poco rato, tuvo la satisfacción de escuchar que Hadija exclamaba «*Oh, yes!*» en respuesta a algo que le decía Hassan.

Esta vez sin ser invitado, Dyar fue a sentarse junto a Daisy. La sala parecía inmensa y mucho más oscura. Se sentía completamente borracho; se

recostó en el asiento y estiró las piernas, echando hacia atrás la cabeza y se quedó mirando al techo: blanco, lejano y pálido. Richard Holland, sentado en un sillón frente a Daisy, seguía perorando; su mujer, acurrucada en el suelo a sus pies, apoyaba la cabeza en las rodillas. La dama inglesa del turbante estaba al otro extremo del diván, fumando un cigarrillo con una boquilla muy larga y fina. Eunice Goode se acercó al grupo, seguida de Mme. Jouvenon. Se quedó de pie detrás de Holland, bebiendo un vaso de ginebra pura, le miró a la nuca y dijo con voz suave pero inconfundiblemente agresiva:

–No sé quién es usted, pero creo que todo eso son puñeterías.

Holland se volvió, un poco violento. Para mirarla. Dedujo que estaba borracha, no la hizo caso y siguió hablando. Al cabo de un rato, Mme. Jouvenon susurró a Eunice que tenía que marcharse y ella la acompañó hasta la puerta donde se hallaba Abdelmalek. El viento agitaba su túnica blanca.

–¿Quién es esa mujer tan extraordinaria que acompaña a Miss Goode? – preguntó la inglesa—. No recuerdo haberla vista antes.

Nadie respondió.

–¿Ninguno de ustedes la conoce? – insistió irritada.

–Sí –dijo Daisy por fin. Vaciló un momento y, adoptando un tono de voz vagamente misterioso, añadió—: Sí, sé quién es.

Pero la despedida de Mme. Jouvenon había sido rápida y Eunice volvía ya arrastrando tras sí una silla que situó lo más cerca posible de Richard Holland y en la que se sentó de golpe.

De vez en cuando Dyar entornaba los ojos, pero los abría de nuevo rápidamente al sentir que la habitación se deslizaba hacia delante bajo sus pies. Cuando miraba la multitud de sombras del techo no pensaba que le afectara demasiado el alcohol. Pero el mantener los ojos abiertos mucho tiempo seguido se convirtió en una dura tarea. Oía las voces de gente discutiendo a su alrededor; parecían acaloradas y, sin embargo, no hablaban de nada. Eran fuertes, pero parecían lejanas. Al fijar la vista en un punto concreto de una enorme sombra que se extendía hasta las regiones más oscuras del techo, tuvo de pronto la sensación de estar rodeado de muertos; o, tal vez de los personajes de una película de hacía mucho tiempo. Hablaban y él oía sus voces, pero las palabras habían sido pronunciadas muchos años



antes. No debía dejarse engañar y creer que podía comunicarse con ellos. Nadie le iba a oír, si tratara de hablar. Sentía el borde helado de la copa sobre la pierna que lo sostenía; la humedad había traspasado el pantalón. Con un movimiento involuntario se sentó derecho y bebió un trago largo. Si al menos hubiera alguna persona a quien decir: «Vámonos de aquí». Pero todos estaban allí sentados en otro mundo, hablando apasionadamente de nada, dando su aprobación o protestando, cada cual fascinado por el sonido de sus propias ideas convertidas en palabras. El alcohol era como una cortina cada vez más tupida que se descorría sobre su mente, aislándola del resto de la habitación. Bloqueaba incluso su propio cuerpo que, como los rostros que le rodeaban, las llamas de las velas y la música de baile, se volvía también cada vez más remoto y ajeno.

—¡Maldita sea! —exclamó de repente. Daisy, interesada en lo que decía Richard Holland, cogió a Dyar de la mano distraídamente y se la sujetó con tal fuerza que no podía retirarla sin hacer un esfuerzo. Dyar la dejó estar; el contacto le ayudaba un poco a concentrar su atención en lo que se hablaba.

—¡Oh, no! —dijo Holland—. La especie no tiene la menor intención de destruirse a sí misma. ¡Tonterías! Está decidida a ser de una manera que, inevitablemente, acarrea su destrucción; eso es todo.

Un hombre entró por la puerta del jardín y cruzó rápidamente la sala para dirigirse a Abdelmalek que se hallaba departiendo con varios invitados. Aunque Dyar no estaba lo suficientemente despierto como para distinguir su rostro mientras atravesaba las zonas de luz del centro de la habitación, pensó que la figura le resultaba familiar.

—Dame un trago —dijo Holland, extendiendo el brazo y cogiendo el vaso a su mujer de la mano—. No hay ningún problema en el mundo, salvo que el hombre se ha convencido a sí mismo de que es un ser racional, cuando en realidad es un ser moral. Y la moral debe tener una base religiosa, no racional. De otro modo, no es más que comedia.

La dama inglesa encendió otro cigarrillo y arrojó la cerilla al suelo junto al amplio montón de cenizas que había esparcido allí.

—Todo eso está muy bien —dijo con una nota de petulancia en su voz cascada—; pero hoy en día la religión y la moralidad no se excluyen

mutuamente. No vivimos en el oscurantismo de la Edad Media.

Holland se echó a reír con insolencia; tenía una mirada maligna.

–¿Quiere usted ver cómo oscurece? –gritó–. Espere unos años. –Y se volvió a reír. Nadie dijo nada. Le devolvió el vaso a su mujer–. No creo que haya nadie que me discuta que la religión en el mundo está prácticamente muerta.

–Pues yo se lo discuto –replicó la dama inglesa con aspereza–. Pero no importa.

–Lo siento, pero hoy en día en la mayor parte del mundo, el profesar una religión no pasa de ser una mera cuestión política y no tiene casi nada que ver con la fe. Los hindúes no pierden ocasión de presumir de sus Cadillacs en vez de embadurnarse con sándalo y hacerle reverencias a Ganpati. Los musulmanes preferirían perderse antes sus oraciones vespertinas que la última película de Walt Disney. A los budistas les importa más tomar el poder en nombre de Marx y el Progreso que meditar sobre los cuatro grandes dolores. Y prefiero no hablar de la cristiandad y el judaísmo. Al menos, espero no verme obligado. Pero no cabe hacer absolutamente nada para remediarlo. No podemos decidir sin más ser irracionales. El hombre ahora es racional y el hombre racional está perdido.

–Supongo –dijo la dama inglesa con acritud– que ahora va a contarnos que ya no podemos decidir entre el bien y el mal, ¿no? Supongo que será el siguiente punto de su orden del día.

«Dios mío, qué hombre más pretencioso», estaba pensando Daisy. Cada vez más aburrida e inquieta, jugueteaba con los dedos de Dyar. Este se decía a sí mismo: «No quiero oír todas estas chorradas». Era de la opinión de que las discusiones abstractas no podían conducir a nada más que a nuevas discusiones. Sin embargo escuchaba; tal vez porque, en su profundo egocentrismo, creía que Holland estaba hablando de él.

–¡Ah! ¿Eso? –dijo Holland, intentando parecer infinitamente paciente–. El bien y el mal son como el blanco y el negro en una hoja de papel. Para distinguirlos se necesita por lo menos una luz tenue; si no, ni siquiera se ve el papel. Y lo que ocurre ahora precisamente es que hay demasiada oscuridad para ver. –Añadió con una risita–. No me hable de oscurantismo medieval.

Ahora mismo, nadie puede atreverse a asegurar que sabe dónde termina lo blanco y empieza lo negro. Intuimos que está ahí, eso es todo.

–Bueno, me alegra saber que por lo menos hasta ahí llegamos; algo es algo –dijo malhumorada la dama inglesa–. Estaba ya a punto de concluir que no quedaba absolutamente ninguna esperanza –añadió con una risita burlona.

Holland bostezó.

–Oh, no. Se resolverá solo, sin duda. Pero hasta entonces, sería mejor no estar aquí. Y si queda alguien después de todo, lo resolverán todo irracionalmente y el mundo volverá a ser feliz.

Daisy estaba examinando la palma de la mano de Dyar, pero la luz era demasiado débil. Dejó caer la mano y empezó a arreglarse el peinado preparándose para levantarse.

–*Enfin*, nada de lo que han dicho suena muy esperanzador –señaló sonriendo.

–No lo es –dijo Holland compasivo. Disfrutaba en su papel de médico que diagnostica las enfermedades de la humanidad y siempre llega a conclusiones negativas. Con un público agradecido hubiera continuado alegremente durante toda la noche.

–Discúlpenme, voy a tomar otra copa –dijo Dyar poniéndose en pie de repente. Dio algunos pasos y se volvió un poco para no parecer grosero, y sonrió a Daisy. La señora Holland abandonó su incómoda postura en el suelo y ocupó el lugar que acababa de dejar libre en el diván. Siguió caminando y se encontró que había cruzado la puerta y se hallaba de pie en el balcón recibiendo el viento húmedo de la noche. No parecía haber obstáculo que le impidiera bajar los amplios escalones, así que descendió sin ruido por la escalinata y se internó por la oscuridad del camino hasta encontrarse con un muro. Había un banco y, sentándose en aquel silencio, se quedó mirando las siluetas próximas de las ramas y las enredaderas que se agitaban ante él. Ni la música, ni las voces, ni siquiera las fuentes se oían desde allí. Había otros sonidos más próximos: el murmullo de las hojas al rozarse, el repiqueteo de los tallos y los capullos endurecidos por el invierno y, no lejos de donde él estaba, en el penacho de una palmera, el golpeteo seco de una enorme rama con forma de abanico –ocultando y descubriendo un grupo de estrellas en su

balanceo— que se asemejaba al ruido lejano de un viejo mosquitero al cerrarse. Resultaba difícil creer que un árbol agitado por el viento pudiese producir aquel ruido seco y un poco mecánico.

Durante unos momentos permaneció completamente inmóvil en la oscuridad, sin nada más en la cabeza que la percepción de los sonidos de la naturaleza que le rodeaban; ni siquiera se daba cuenta de que aceptaba con gusto aquel baño interior y dejaba que le depurase de la sensación de amarga inutilidad que le había dominado durante las últimas dos horas. Un viento frío se arremolinaba en torno a los arbustos que había al pie de la pared; se arrebujó en la chaqueta pero no quiso marcharse. Dentro de un rato tendría que levantarse y regresar a la luz, subir las escaleras y entrar en aquel salón cuyo caos resultaba aún más fácil de percibir por los educados gestos de las gentes que allí había. Pero, de momento, permaneció sentado en el frío jardín. «Aquí estoy», se dijo otra vez; mas ahora, la melodía —tan familiar que había perdido su significado— quedó ligeramente transformada por la sombra de una nueva armonía que brotaba debajo de ella; que apenas era perceptible y al mismo tiempo, por el mero hecho de existir, sugería un rumbo que era preciso tomar y convertía aquellas dos palabras no articuladas en algo más que una repetición sin sentido. Era como si hubiera dicho: «Aquí estoy y va a ocurrir algo». La promesa infinitesimal de un cambio posible le inducía a un movimiento físico: dejó de abrazarse para protegerse del frío y encendió un cigarrillo.

Mientras, en el salón Eunice Goode, que iba camino de emborracharse un poco más de lo corriente –la presencia de mucha gente a su alrededor la conducía a menudo a tales excesos– era víctima de una gran agitación. Un joven recién llegado, a quien ella no conocía y que era evidentemente musulmán a pesar de ir vestido a la europea, se había acercado a Hadija cuando estaban ellas dos junto al tocadiscos y la había saludado con familiaridad en árabe. Menos mal que Hadija había tenido la suficiente presencia de ánimo para contestarle con un «*What you sigh?*», tras lo cual le dio la espalda, pero aquello no había concluido el incidente. Un momento después, mientras Eunice estaba al otro lado de la habitación volviendo a llenarse la copa, sin saberse cómo los dos se pusieron a bailar. Cuando volvió y los vio, había sentido unas ganas terribles de meterse entre ellos dos y separarlos, pero estaba claro que no había manera de hacer una cosa semejante sin alguna excusa. «Montaría un escándalo espantoso si me lanzara», se dijo; así que se quedó merodeando por el borde de la pista de baile, apoyándose de vez en cuando en un mueble para sujetarse. Por lo menos, mientras permaneciera cerca de Hadija, sería menos probable que la muchacha hablara en árabe. Y aquel era el principal peligro.

Hadija se hallaba sumida en la tristeza. No deseaba bailar; consideraba que sus días de obligada cortesía con extraños –y, sobre todo, con musulmanes– habían llegado a su fin. Pero aquel hombre literalmente la había arrastrado. Abrazándola contra él con tal fuerza que la muchacha respiraba con dificultad, el joven se negaba a hablar en otra lengua más que el árabe, a pesar de que ella mantenía su rostro inmóvil en una máscara de

altivez e incomprensión.

–Todo el mundo sabe que eres una *tanyauía* –le decía. Pero ella reprimía el miedo que le producían sus palabras. Sólo lo sabían sus dos protectores, Eunice y el caballero americano. Varias veces intentó apartarle de un empujón y dejar de bailar, pero él la sujetaba con mayor firmeza y Hadija tuvo que rendirse a la triste evidencia de que cualquier esfuerzo violento que hiciera atraería la atención de quienes bailaban, aunque ahora sólo eran dos parejas. De vez en cuando, para tranquilizar a Eunice a quien veía mirándola desesperadamente, decía en voz alta «Okey» o «*Oh, yes*».

–*Ach-aandek?* ¿Qué te pasa? ¿Qué pretendes? –decía el hombre indignado—. ¿Te da vergüenza ser musulmana? Está muy mal lo que haces. ¿Crees que no te recuerdo del Bar Lucifer? ¡Ha! ¡*Hamqah, entina!* ¡*Hamqah!* –su aliento despedía el intenso olor del coñac que llevaba bebiendo todo el día.

Hadija de pronto se indignó.

–*Ana hamqah?* –exclamó al tiempo que advertía que se había delatado. El joven se echó a reír de buena gana, y trató de que siguiera hablando, pero ella se cerró en un silencio absoluto. Finalmente añadió en árabe–: ¡Me haces daño! –Se desasíó de su abrazo, regresó corriendo junto a Eunice y empezó a frotarse un hombro.

–Uno cabrón –le dijo entre dientes a Eunice, que había presenciado su indiscreción lingüística y comprendía que, por cuanto se refería a aquel joven, el juego no había terminado.

–¡Cállate! –ordenó cogiéndola del brazo y tirando de ella hacia un rincón sin gente.

–Quiero una Coca-Cola –objetó Hadija—. Muy caliente. Ese asqueroso tipo no bailas bien.

–Bueno, pero ¿quién es?

–Uno hombre moro que vive en Tánger.

–Ya lo sé; pero ¿quién? ¿Qué está haciendo en el Palacio Beidaoui?

–El estás completo borracho.

Eunice meditó un momento y soltó el brazo de Hadija. Adoptando todo el aire digno que pudo reunir, cruzó a grandes pasos la habitación hacia donde

estaba Hassan Beidaoui. Este, al verla venir, se dio la vuelta y consiguió parecer enfrascado en una animada conversación con Mme. Werth para cuando llegó Eunice. La maniobra naturalmente resultó del todo inútil, pues el agudo «Y digo yo...» de Eunice se oyó cuando estaba todavía a más de tres metros de distancia. Al darle unos golpecitos a Hassan en el brazo, éste se volvió a mirarla con gesto paciente, dispuesto a escuchar otra retahíla de recuerdos incomprensibles sobre el príncipe heredero Rupprecht.

–Y digo yo –le preguntó señalando a quien acababa de bailar con Hadija–, digo yo, ¿no es ese el primogénito del bajá de Fez? Estoy segura de recordarle de París.

–No –dijo Hassan tranquilamente–. Es mi hermano Thami. ¿Deseaba conocerle? –La sugerencia no estaba motivada tanto por un sentimiento de amabilidad hacia Eunice Goode, como por el desprecio que sentía hacia Thami, cuya inesperada aparición consideraban tanto Hassan como Abdelmalek una insolencia. Le habían sugerido que se marchara pero, como estaba un poco bebido, se echó a reír. Si alguno de los presentes podía acelerar su partida, pensó Hassan, era sin duda aquella extraña mujer americana.

–¿Quiere venir? –insistió tendiéndole el brazo. Eunice tomó una rápida decisión y respondió que lo haría con mucho gusto.

No le sorprendió descubrir que Thami era ni más ni menos el tipo de marroquí que más le desagradaba y solía criticar: el árabe europeizado en lo exterior, pero que en su fuero interno sabe que no logrará nunca la deseada metamorfosis y, por ello, se muestra desafiante, a la ofensiva para ocultar su derrota; irresponsable e insolente. Por su parte, Thami se comportaba de una manera especialmente desagradable. Estaba de pésimo humor al haber fracasado en su intento de obtener el dinero de sus hermanos para la lancha, y de convencerles para avenirse a la venta de la casa de Marsha. Además, aquella mujer repelente respondía a su idea de la típica turista que sólo admiraba a los de su raza en la medida en que resultaban pintorescos.

–A usted le gustaría que fuéramos un país de encantadores de serpientes y comedores de escorpiones –dijo, enfurecido, al llegar a cierto punto de la conversación, que había llevado inevitablemente por derroteros que le

permitieran lanzar sus acusaciones favoritas.

–¡Desde luego! –repuso Eunice en su tono más provocador–. Sería siempre preferible a formar una nación de vendedores de alfombras pseudo-civilizados y de décima categoría –añadió sonriendo venenosamente y eructándole en la cara.

Dyar entró en aquel momento. La luz de las velas le parecía muy brillante y tuvo que entornar los ojos. Al ver a Thami en el centro del salón se sorprendió un momento, se le acercó y le saludó calurosamente. Sin, al parecer, reparar en Eunice, le cogió del brazo y le llevó a un lado.

–Quiero saldar mi pequeña deuda contigo; lo de la otra noche.

–Oh, no se preocupe –dijo Thami mirándole expectante. Y, mientras recibía el dinero, añadió–: Ella está aquí. ¿La ha visto?

–Claro que sí.

–¿Vino con usted?

–No. Con Miss Goode; aquella de allí –Dyar la señaló con la barbilla y Thami se quedó meditando.

Desde donde estaba, Eunice les observaba, vio que Dyar ponía unos billetes en la mano de Thami y acertó al suponer que era él el amigo que le había prestado el dinero para pagar a Hadija en el Bar Lucifer. Aquello era la confirmación de sus peores temores que, en su actual estado de desequilibrio, se transformaron en una terrible pesadilla. Aquellos dos hombres tenían en sus manos toda su felicidad futura. Si alguien hubiese observado su rostro con detenimiento en aquel instante, la habría declarado demente sin vacilar y era probable que se hubiera alejado de ella con paso rápido. De repente pensó en la felicidad suprema que había sentido aquella noche en casa de los Beidaoui; por lo menos, eso le parecía ahora. Hadija le pertenecía del todo, había sido aceptada y disfrutaba incluso en aquel momento de un pequeño éxito en su papel de Miss Kumari, comunicándose mediante monosílabos con el doctor Waterman en una esquina. Pero los pies de la señorita Kumari se hallaban al borde de un precipicio y el más ligero empujón de cualquiera de aquellos dos hombres –pensó cerrando los puños– bastaría para arrojarla al vacío. Sin embargo, el americano era el más peligroso, y ya había puesto en movimiento el mecanismo que le iba a librar de él. «No puede fallar», pensó



desesperada. Pero desde luego que podía fallar. No había ninguna razón que permitiera creer que acudiera a la cita tan torpemente amañada por Mme. Jouvenon para el día siguiente, ni tampoco había razones para confiar en la capacidad de la citada señora para conseguir que las cosas fueran como es debido. Abrió la boca y, tras algún esfuerzo, volvió a eructar. La habitación se iba alejando de ella; notaba que se escurría hacia la oscuridad. Con un tremendo esfuerzo, impidió que su propio cuerpo se desplomara lateralmente y dio algunos pasos hacia adelante, tal vez con la intención de hablar con Dyar. Pero el esfuerzo resultó excesivo. La última energía que le quedaba la empleó en alcanzar una silla próxima que estuviera vacía; se dejó caer en ella y perdió el conocimiento.

Daisy se había acercado a Dyar sin prestar ninguna atención a Thami, que se marchó discretamente.

—¡Santo cielo! —exclamó, viendo desplomarse a Eunice—. ¡Qué bella estampa! Pero no tengo la menor intención de que me toque llevarla a su hotel, que será exactamente lo que ocurra a menos que me marche. —Se detuvo y pareció cambiar de idea—. ¡No! Su amiguita griega puede llamar un taxi y los criados la echarán dentro. Maldita la gana que tengo de hacer de chófer de «Tío Goode», y maldita la gana de tener que irme para evitarlo. Y Hassan, ¿no te parece encantador? —Dyar asintió—. Se ha ofrecido a mostrarme la gran sala, y esto no ocurre todos los días. Yo sólo la he visto una vez, y estoy deseando volver a verla. Así que aquí no va a haber ninguna víctima; no hay por qué convertir el coche en una ambulancia de la Cruz Roja, ni de subir la diabólica callejuela que conduce al Metropole. ¡Dios mío! —Se detuvo y luego prosiguió—. Todavía no están listos para llevarnos allí. Quieren esperar a que se haya ido más gente. Pero tengo que hablar contigo antes de que vuelvas a desaparecer. He visto cómo pasabas el tiempo, querido. Tienes que dejar de comportarte como un paria. Ven allí conmigo y siéntate. Tengo que decirte un par de cosas, las dos muy importantes, y nada agradables.

—¿Qué quiere decir?

—Deja que sea yo quien hable, y escucha. —Se sentaron en el mismo diván donde habían estado media hora antes. El aire fresco le había despejado y

había decidido no tomar más whisky. Daisy le puso la mano en el brazo; los diamantes de sus pulseras relucían a la luz de las velas.

–Tengo la seguridad casi absoluta de que Jack Wilcox está a punto de meterse en un lío. Me parece sumamente sospechoso el que te mantenga alejado de la agencia. En cuanto me lo dijiste, adiviné que estaba sucediendo algo extraño. Siempre ha sido un borrico en los negocios y ahora no lo es menos. Con lo de borrico quiero decir que es irreflexivo y estúpido. No sabes en qué clase de idiotas y sinvergüenzas ha depositado su confianza. ¡Dios mío! Bueno, todo el mundo tiene alguna debilidad que cree poder ocultar. Ya sabes, *ça va sans dire*. Todos tenemos que ganarnos la vida y aquí nadie hace preguntas. Pero Jack prácticamente anuncia sus indiscreciones comerciales. No sabe hacer un movimiento sin que se entere toda la chusma de la Zona. Lo cual estaría muy bien si existiera alguna protección, pero evidentemente esto es imposible en casos así. Así que hay que afrontar ciertos riesgos.

Dyar escuchaba pero mirando al mismo tiempo inquieto hacia el otro lado de la habitación, donde había visto a Hadija y a Thami absorbidos en una conversación aparentemente tensa e íntima.

–¿Pero de qué me está hablando? –preguntó en tono descortés volviéndose de pronto a mirar a Daisy. Ella interpretó mal la pregunta.

–Querido, ciertamente a nadie más que a un imbécil se le ocurriría intentar buscar la ayuda de la policía en esa clase de asuntos. Yo a Jack le quiero mucho, me parece un cielo. Pero pienso que debes estar sobre aviso. No te metas en ninguno de sus planes para ganar dinero fácilmente. Fracasan siempre. Hay multitud de maneras de ganarse aquí la vida, y con la misma facilidad; pero sin arriesgarse a morir acuchillado o de un tiro.

Dyar la miró de frente y se echó a reír.

–Ya sé que estoy bebida –dijo–. Pero también sé lo que me digo. Supongo que te vas a reír mucho más de lo otro que tengo que decirte. –Dyar se volvió para mirar preocupado hacia donde estaban Hadija y Thami.

La voz de Daisy se tornó de pronto un poco áspera.

–Vamos, deja de retorcerte el cuello. No se va a marchar con tu novia.

Dyar volvió la cabeza rápidamente para mirar a Daisy, con la boca entreabierta por el asombro.

–¿Cómo?

Ella se echó a reír.

–¿Por qué te sorprendes tanto? Te he dicho que aquí todo el mundo se entera de todo lo que pasa. ¿Para qué te crees que guardo unos estupendos prismáticos Zeiss en mi dormitorio, querido? ¿No sabías que los tenía? Pues los tengo, y hoy han estado de servicio. Desde un rincón de mi dormitorio se ve un pequeño trecho de costa. Pero no era eso lo que iba a decirte –ella prosiguió mientras que Dyar, tratando de imaginarse los incidentes de su excursión que podía haber visto, se sentía enrojecer. «Me gustaría abofetear a esta presumida», pensó, pero ella adivinó lo que pensaba–. Estás enfadado conmigo, querido, ¿no es cierto. –Dyar guardó silencio–. No te culpo. Ha sido un acto innoble, pero ahora voy a reparar la ofensa dándote un consejo muy valioso. –Daisy empezó a hablar más despacio y en tono más solemne–. Madame Jouvenon, esa mujercita horrible con la que estuviste en la otra habitación, es una agente soviética. Una espía, si prefieres la palabra. –Se recostó y entornó los ojos como para medir el efecto de la noticia.

Al parecer, esto le llevó a un estado de mejor humor, pues se rió entre dientes, la tomó de la mano y le acarició los dedos despacio; Daisy no hizo esfuerzo alguno por retirarla.

–Por lo menos –prosiguió–, lo he oído de dos fuentes distintas, de ninguna de las cuales tengo razones para dudar. Desde luego que es una manera perfectamente honrada de ganarse la vida, y todos tenemos por ahí a nuestros agentes. A mi parecer, no es que sea una agente demasiado eficaz, pero ahí la tienes. Así que éstas son mis dos pequeñas advertencias de esta noche, mi querido jovencito, las toma o las deja, lo que mejor le parezca. –Daisy retiró la mano para arreglarse el pelo–. En realidad, no debería habértelo dicho. Sabe Dios cómo serás de charlatán. Pero si lo vas diciendo por ahí, negaré haber dicho jamás una palabra.

–Estoy seguro de ello. Y lo mismo con la habitación de Marraquech, ¿no?

Cogió un dedo de Dyar por la punta entre el pulgar y el índice, lo apretó con fuerza y le miró seriamente durante un momento.

–Supongo que pensarás que fue algo inmoral –dijo.

Los invitados eran cada vez menos numerosos, la gente se marchaba

ahora en grupos. Abdelmalek y Hassan Beidaoui permanecían uno a cada lado de la puerta, haciendo reverencias y sonriendo. No quedaban más de diez invitados, incluyendo a los Holland, quienes habían encontrado un viejo *swing* en el montón de discos y bailaban muy serios un *jitterbug*, solos en la pista. Uno de los caballeros marroquíes les observaba de pie, con expresión satisfecha, como si por fin hubiera encontrado lo que había ido a ver.

Thami y Hadija seguían conversando, pero los puntos importantes se habían tocado y el resultado era que Thami vislumbraba ahora la posibilidad de que el dinero para comprar su lancha podría proceder de una donación de Eunice Goode. Como es natural, muchos miembros del estrato más bajo de la sociedad de Tánger sabían de sobra quién era Hadija, pero aquel mundo de ropas viejas, coñacs de cinco pesetas y patrones de café que se sentaban en una estera a fumar kif y jugar a la ronda, no tenía prácticamente ningún contacto con aquel otro mundo más inocente en el que sólo existía un paso entre desear una cosa y poseerla. Pero él conocía los dos mundos; era el punto de contacto. Aquella era una situación privilegiada y le parecía que podía sacarle mucho partido. No había dicho nada de esto a Hadija que, animada por él, había contado todos los hechos importantes. Ningún marroquí es tan tonto como para permitir ver a otro que los dos andan tras la misma pieza: al fin y al cabo, cualquier presa tiene una cantidad de carne limitada. Y aunque lo máximo que Thami pensaba obtener era el dinero que fuese a costar el bote, sabía que Hadija consideraría como su legítima propiedad cada peseta que fuese a parar a las manos de él. Como la mayoría de las muchachas de su extracción, Hadija operaba básicamente en función de mercancía entregada y pago recibido; no se le ocurría pensar que, a menudo, las sumas más elevadas van a parar a quienes se limitan a quitarse de enmedio. Lo cual no quiere decir que no fuera consciente de la posición de poder que disfrutaba Thami en aquel momento.

—¿No dirá una palabra? —susurró ella, inquieta.

—Somos amigos. Más que amigos —le aseguró Thami mirándole fijamente a los ojos—. Como hermanos. Y los dos somos *muslimín*. ¿Cómo voy a traicionar a mi hermana?

Ella quedó satisfecha. Pero él prosiguió.

–¿Y esta noche qué haces? –Hadija sabía lo que aquello significaba. Si tenía que suceder, no había modo de evitarlo y aquella noche era el momento más propicio, con Eunice en aquel estado. Hadija lanzó una mirada al enorme cuerpo repantigado sobre la butaca.

–Llama un taxi –continuó Thami–. Encárgate de que los criados la lleven dentro. Llévala al hotel y ocúpate de que se meta en la cama. Nos encontraremos junto a la pastelería Wedad, en la parte oscura que hay al pie de las escaleras que conducen al jardín. Estaré allí antes que tú para que no tengas que esperar.

–*Uaja* –aceptó ella. No iba a obtener nada a cambio, pero había que hacerlo. Para seguir siendo la señorita Kumari debía volver a ser la Hadija de la habitación rosa del Bar Lucifer. Miró a Thami con odio indisimulado. Él lo advirtió y se echó a reír; la hacía más apetecible.

–Hermanita –murmuró acercándole tanto los labios al lóbulo de la oreja que la rozaba suavemente al decirlo.

Hadija se levantó. Salvo por Eunice, se hallaban solos en la habitación. El resto de los invitados se habían marchado y eran conducidos por el patio azul, el patio de los jazmines, y el pabellón de mármol hasta el vasto y parcialmente arruinado salón de baile donde habían cenado varios sultanes. Pero Hadija estaba demasiado trastornada para fijarse en que no la habían invitado a hacer la visita con los demás.

–Llama un taxi. El teléfono está allí dentro –dijo Thami indicando el pequeño gabinete–. Yo me ocuparé de ella. –Salió al pabellón de la entrada y se ocupó de que entraran dos de los guardas para llevarse a Eunice hasta la puerta, donde la dejaron sobre una estera próxima a una de las hornacinas hasta que llegó el taxi. Thami se sentó delante con el conductor y le acompañó hasta Bu Araquía, donde se apeó. Tras decirle una palabra a Hadija por la ventanilla abierta, se alejó caminando por la oscuridad en dirección al Zoco de Fuera.

Los invitados europeos no fueron llevados de nuevo al ala europea; Abdelmalek y Hassan les condujeron directamente a la puerta de la calle, se despidieron gentilmente de ellos y se fueron tras los altos portalones que se cerraron con ruidoso movimiento de candados. Se asemejaba un poco a la

expulsión del Edén, pensó Daisy, volviéndose para sonreír a los Holland.

–¿Quiere que les acerque a su hotel? –propuso ella.

Ellos protestaron diciendo que estaba cerca, pero Daisy gruñó impaciente. Sabía que iba a acabar llevándolos y quería ponerse en marcha.

–Entren en el coche –dijo bruscamente–. Hay por lo menos una milla hasta la Pensión Acacias.

Se hicieron las últimas despedidas a medida que se marchaban los demás invitados.

–Pero no le coge de camino –objetó Richard Holland.

–¡Pero qué tontería! ¡Entrad! ¿Cómo sabéis adónde voy? Tengo que encontrarme con Luis en ese barrio.

–¡Shh! ¿Qué ha sido eso? –La señora Holland tenía levantado el dedo en señal de silencio. Desde algún punto de la oscuridad del otro lado de la calle llegaba un coro suave de maullidos agudos y penetrantes.

–¡Cielo santo! Es una familia de gatitos abandonados –se lamentó Daisy. Los moros lo hacen siempre. Cuando nacen los tiran sin más en un paquete a la calle, como basura.

–¡Los pobrecitos! –gimió Mrs. Holland empezando a cruzar la acera hacia el punto de donde venía el sonido.

–¡Vuelve aquí! –gritó su marido–. Pero, ¿adónde vas?

Ella se quedó vacilante. Daisy se había metido en el coche y estaba sentada ante el volante.

–Me temo que es caso perdido, querida –le dijo a Mrs. Holland.

–Pero vamos –gritó Holland.

Su mujer volvió de mala gana y se metió en el coche. Cuando estuvo sentada a su lado en la parte de atrás del coche, le preguntó:

–¿Pero qué ibas a hacer?

Ella parecía imprecisa.

–No sé. Pensé que podríamos llevarlos a alguna parte y darles un poco de leche.

El coche empezó a subir bordeando la pared un momento y metiéndose por un parque de grandes eucaliptos. Dyar, sentado delante con Daisy e infinitamente agradecido de estar fuera de la residencia de los Beidaoui, se

sentía relajado y a gusto. Había escuchado la pequeña discusión con cierto distanciamiento, casi como si formara parte de un programa radiofónico, y ahora esperaba escuchar una objeción de Holland basada en razones prácticas. Pero en lugar de esto le oyó decir:

–¿Por qué diablos vas a tratar de mantenerlos vivos? Se van a morir de todas maneras, tarde o temprano.

Dyar movió la cabeza hacia un lado y gritó hacia los árboles que pasaban:

–Y usted también, Holland. Pero entretanto come, ¿no?

No hubo respuesta. En la parte de atrás, sin protección del húmedo viento marino, los Holland tiritaban.

A la mañana siguiente el día estaba nublado y oscuro; el ineludible viento, un vendaval de levante, seguía soplando. Allá en el puerto, los pocos cargueros anclados cabeceaban enloquecidamente entre las cabrillas; las violentas olas rompían a todo lo largo de la playa con una confusión de rumores y espuma. Dyar se levantó pronto y se duchó. Mientras se vestía y miraba desde la ventana la agitada bahía y las grises colinas de detrás se dio cuenta con un ligero sobresalto de que, desde su llegada a Tánger, no había ido una sola vez a preguntar por su correspondencia. Parecía mentira, pero la idea ni siquiera se le había ocurrido. En su mente, la ruptura con el pasado había sido completa y definitiva.

Abajo en la recepción, tras enterarse de cómo se iba a la legación norteamericana se marchó a pie por el paseo marítimo, deteniéndose, después de luchar contra el viento durante unos diez minutos, para desayunar en un pequeño café. Al sentarse en la vacilante mesa, se percató de que tenía la ropa pegajosa y húmeda de la brisa salada.

Encontró la legación sin dificultad; estaba dentro de la ciudad antigua, adonde se entraba por un arco abierto en las viejas murallas. En la sala de espera un joven muy serio y con gafas le pidió que firmara en el registro de visitantes, tras lo cual le entregó una carta. Era de su madre. Deambuló un rato por las sinuosas calles, abriéndose paso entre grupos de chiquillos que gritaban; buscaba vagamente un lugar donde poder sentarse y leer la carta. De un laberinto de callejuelas salió a la calle principal para peatones, por la que siguió bajando. Al poco llegó a una gran terraza bordeada de asientos de cemento que dominaba los muelles. Se sentó, sin prestar atención a los



marroquíes que le miraban con su eterna e insolente curiosidad y, sumido ya en ese estado mental particularmente irreal que ocasiona a veces en un viaje la llegada de una carta del hogar, rasgó el sobre y sacó las hojas pequeñas de apretada escritura.

Querido Nelson:

Me da vergüenza lo abandonado que te tengo. Por una razón u otra he venido retrasando esta carta desde el martes, y estamos ya a sábado. ¡No sé, después de que te fuiste me quedé «desinflada» durante algunos días! Me pasaba el día sentada en cualquier lugar leyendo o cosiendo, y hacía las tareas domésticas más ligeras, para no cansarme demasiado. Además, tuve una de mis colosales jaquecas, que me dejó fuera de combate durante veinticuatro horas. Pero ahora estoy bien, y ya llevo así varios días. Debo decirte que fue un momento horrible cuando levantaron aquella escalerilla. Espero que no tuvieses ninguna experiencia desagradable con tus compañeros de camarote. A mí no me parecieron nada de fiar. Tanto tu padre como yo pensamos que te esperaba una buena, por la pinta que tenían.

Estamos planeando ir a Wilmington para el cumpleaños de tía Ida. Tu padre está muy atareado estos días y vuelve a casa cansado, así que con un viaje creo bastará para este invierno. No quiero que se vuelva a poner malo.

He pensado que te interesaría el recorte que te mando. Esa chica de los Williams no ha perdido el tiempo para encontrar otro novio, ¿eh? Bueno, parece que prácticamente todos tus viejos amigos están ya casados y establecidos.

Estuvimos con los Mott (el médico) ayer por la tarde, después de ir al cine a la primera sesión. Él está en la cama con una cosa de riñón y hemos ido varias veces a visitarles. Tu padre subió a verle un momento; le cuidan dos enfermeros y está muy grave. Louise, a la que creo que no has visto desde hace veinte años, se presentó de improviso para ver cómo andaban las cosas. Es una joven muy atractiva, tiene dos hijos ya. Está muy interesada en lo que haces. Me dijo que una tarde visitó Tánger durante un crucero por el Mediterráneo, cuando estaba en la universidad. No le pareció gran cosa. Me habló de los viejos tiempos y de lo bien que lo pasabais y me preguntó si yo seguía haciendo los macarrones al coco que solía cocinar. Dice que nunca se olvidó de ellos ni de mis galletas. Naturalmente, yo lo había olvidado.

Bueno, voy a echar la carta hoy.

Por favor, cuídate; hazlo por mí. Recuerda que si pierdes la salud lo pierdes todo. He estado leyendo cosas sobre Marruecos en la Enciclopedia y debo confesar que no

me pareció nada del otro jueves. Allí padecen prácticamente todas las enfermedades que existen. Si te coges cualquier cosa te vas a meter en un buen lío. No creo que los médicos por ahí sean demasiado buenos, y las condiciones de los hospitales deben ser muy primitivas.

Estaré con el alma en vilo hasta recibir noticias tuyas. Por favor, dale muchos recuerdos a Jack Wilcox. Espero que tenga un gran éxito en su negocio. Pero, con todas las dificultades que tienen hoy en día los viajes, tu padre y yo lo dudamos mucho. Bueno, él sabrá si está ganando dinero o no. Yo no entiendo cómo lo consigue.

May y Wesley Godfrey estuvieron en casa la otra noche, les contamos todo lo de tu aventura. Te desean mucha suerte, porque es probable que la necesites. Tu padre y yo confiamos con ellos en que todo salga como esperas.

Bueno, se termina el papel, así que aquí lo dejo.

Muchos besos.

Madre.

P. S. Al parecer fue en Argel donde estuvo Louise Mott, no en Tánger. Esta ciudad no la conoce. Me lo acaba de decir tu padre ahora al venir a comer. ¡Está indignado conmigo! ¡Dice que siempre lo confundo todo!

Muchos besos, otra vez.

Cuando terminó de leer, dobló despacio la carta y la volvió a guardar en el sobre. Levantó la cabeza y miró alrededor. Un chiquillo marroquí, con la cara estragada por una virulenta enfermedad cutánea, se hallaba de pie junto a él, estudiándole en silencio: sus zapatos, su gabardina, su cara. Un hombre, vestido con un abrigo andrajoso de mujer pasado de moda –el talle alto, los hombros puntiagudos y las mangas abombadas– subió deteniéndose al lado del niño para mirar también. En la mano llevaba una gallina viva cogida por las alas; el animal protestaba ruidosamente. Molesto por el cacareo, Dyar se levantó y volvió a la calle. La lectura de la carta le había dejado emocionalmente en una tierra de nadie. La calle resultaba disparatada con su arquitectura de bazar barato, sus carteles de Coca-Cola en alfabeto árabe, y su anárquica mezcla de gentes con ropas mojadas desparramándose de arriba a abajo. Había empezado a llover un poco. Se metió las manos en los bolsillos de la gabardina y caminó mirando al suelo y subiendo despacio la colina. Había tenido una idea, había intentado hacer algo aquella mañana, pero ahora

que había leído la carta de su madre, se hallaba sin fuerzas para detenerse a recordar lo que era. Ni tampoco estaba seguro de si cumpliría su compromiso de comer con la desagradable mujer que había conocido la noche anterior. No sentía ninguna obligación de ir. No le había dado la oportunidad de aceptar o rechazar; le había ordenado sin más que estuviera en el Empire a las dos. Iría o no, cuando llegara el momento. No creía realmente la historia fantástica de que era una agente soviética; en realidad, hubiera preferido que resultara ser algo por el estilo, algo un poco más serio que el resto de personajes disparatados que había conocido hasta el momento; y un espía del gobierno soviético lo sería sin duda alguna.

Bajo los árboles del Zoco de Fuera las hogueras de los vendedores de castañas formaban una neblina de humo denso y fuerte. De vez en cuando descendía una violenta ráfaga de viento y empujaba por los aires la capa superior hacia los árboles, donde se disipaba. Dyar miraba con aprensión los objetos que, extendidos formando dibujos y montones sobre las losas del suelo del mercado, se ofrecían a la venta. Había pequeñas cañas de bambú cortadas y llenas de *kohl*, infinitas variedades de raíces, resinas y polvos; cuernos de carnero, pieles de puercoespín llenas de púas y un impresionante surtido de garras, huesos, picos y plumas. A medida que arreciaba la lluvia, las mujeres cuyas mercancías no estaban protegidas por paraguas iban recogiénolas para irse a lugares más protegidos. Dyar se sentía aún descentrado: no era nadie, y estaba allí de pie en medio de un país inexistente. La ciudad era una falsificación: una sala de espera entre conexiones, una transición de una manera de ser a otra, algo que, de momento, no era ninguna de las dos cosas, no era nada. A su lado pasaban de prisa nativos en sus zapatos europeos recuperados que les impedían caminar de un modo natural; le empujaban, le miraban fijamente y trataban de hablarle, pero él no les prestaba atención. Los nuevos autobuses municipales entraban en la plaza, descargaban, cargaban y se marchaban hacia las afueras de la ciudad. Un poco más allá de las afueras se hallaba la frontera de la Zona Internacional y, detrás, las montañas. Dyar se vio a sí mismo como un prisionero que ha roto la primera barra de su celda, pero se encuentra todavía dentro. Y la libertad no estaba a la venta por 390 dólares.

Pensó que no pasaría nada si se detenía a ver a Wilcox. Una semana o así, había dicho, y aquel era el séptimo día. Al aproximarse a la entrada del edificio experimentaba una creciente sensación de pavor, aunque un momento antes no la había percibido en absoluto. De repente se sorprendió dentro de la pastelería, sentado ante una mesa y pidiendo un café. ¿Qué era lo que le preocupaba? No tanto el darse cuenta de que a Wilcox le molestaría que viniese sin esperar su llamada, sino que presentía que había llegado el momento de plantear el asunto del dinero. Y estaba seguro de que Wilcox también lo sabía, lo esperaba y estaba preocupado por eso. Encendió un cigarrillo para acompañar el café; el líquido caliente intensificó el sabor del humo. Cuando vació la taza se dio una palmada en la pierna y se levantó con decisión. «Ha llegado la hora de la verdad», pensó. Pero por la falta de ganas con que subía las escaleras y se aproximaba a la puerta, el *Europe-Africa Tourist Service* más le parecía la consulta de un dentista.

Llamó con los nudillos.

–Sí –gritó Wilcox. Dyar movió el picaporte; la puerta estaba cerrada–. ¿Quién es? –preguntó Wilcox con un tono de fastidio o de nerviosismo en la voz. Dyar vaciló, estaba a punto de decir: «¿Jack?» cuando la puerta se abrió de golpe.

Al mirar el semblante de Wilcox, Dyar vio en sus ojos enseguida una mirada de irritación. Pero la primera emoción que había captado era de puro y simple miedo. Involuntariamente, Wilcox hizo un sonoro chasquido de exasperación. Luego retrocedió un poco.

–Entra.

Permanecieron de pie en la antesala, cada uno a un extremo de la mesita.

–¿En qué te puedo ayudar?

–Todos los documentos que me diste me los sé ya de memoria, casi todos. Así que se me ocurrió acercarme a saludarte.

–Ya. –Wilcox se detuvo antes de seguir–. Creo que te había dicho que te llamaba yo. Pensé que lo habías entendido.

–Sí, pero como no has llamado...

–¿Te molesta mucho esperar unos días? Tengo aquí todavía un montón de cosas por resolver. Aquí no hay sitio para ti en este momento.

Dyar se echó a reír; Wilcox interrumpió sus risas, hablando en un tono de voz un poco más alto.

–No quiero que estés aquí. ¿Es que no te puedes meter eso en la cabeza? Tengo razones concretas para ello.

Dyar respiró profundamente.

–Y yo tengo razones concretas para venir aquí. Necesito algo de dinero.

Wilcox entornó los ojos.

–¿Qué ha sido de todos esos cheques de viaje que me enseñaste el otro día? Maldita sea, te he dicho que estás trabajando para mí. ¿Tengo que firmar un contrato? Te debo el sueldo de una semana, ¿de acuerdo? Bien. Había pensado pagarte mensualmente, pero si quieres, puedo pagarte dos veces al mes. Sé que andas mal de dinero. Aunque me viene muy mal, puedo hacerlo así, si quieres.

–Pero, por Dios, lo necesito ahora.

–Pues ahora no te lo puedo dar. No lo tengo.

–¿Cómo que no lo tienes? No es tanto –dijo Dyar mirándole un poco de soslayo.

–Escucha, Nelson –empezó a decir Wilcox con cara de sufrimiento. «Está fingiendo», pensó Dyar–, te estoy diciendo la verdad. No tengo para darte. Mis facturas atrasadas del Atlantide hundirían un barco. Todo lo que recibo se va directo a ellos. Si no lo hiciera, estaría en la calle. Tú mismo puedes ver todos los negocios que estoy haciendo.

Se oyeron pisadas en el descansillo. Wilcox se acercó a la puerta y comprobó que estaba cerrada; un gesto de miedo volvió a estremecer su cara. Dyar permaneció en silencio.

–Mira –prosiguió–, no quiero que pienses que me ando por las ramas o algo por el estilo. Estás trabajando para mí. Puede ser simplemente una idea absurda mía, pero creo que las cosas van a animarse muy pronto y quiero que estés enterado y preparado para cuando llegue el gran día.

–Pero si no digo que te andes por las ramas. Sólo he dicho que necesitaba dinero. Ahora, si hoy no tienes el sueldo de una semana, ¿cómo diablos esperas tener el doble la semana que viene?

–Ése es un riesgo que tenemos que correr los dos.

–¡Los dos! –Dyar miró a Wilcox con desprecio.

–A menos que seas más tonto de lo que pienso, todavía te quedan unos pocos cheques de viaje, que te llegarán por lo menos hasta la semana que viene.

–Eso no tiene nada que ver. Estoy tratando de ahorrarlos para un caso de emergencia.

–Pues ésta es la emergencia.

–Eso es lo que crees. –Dyar se dirigió a la puerta, la abrió y salió al descansillo.

–Ven aquí –dijo Wilcox apresurándose a seguirle. Se detuvo en la puerta y le tendió un billete de quinientas pesetas–. No me entiendes en absoluto. ¡Cielos santo! ¡Los hay cabezotas! Estás convencido de que te voy a estafar, ¿no? –Wilcox miraba nervioso de un lado a otro del descansillo.

–Yo no creo nada –dijo Dyar. Interiormente trataba de decidir si aceptaba el dinero o no: su primera intención había sido rechazarlo, pero le pareció un gesto petulante e infantil. Lo cogió dándole las gracias. Nada más hacerlo se enfureció consigo mismo. Su enojo no se vio calmado por las siguientes palabras de Wilcox.

–Y, ahora, por Dios santo, no aparezcas por aquí hasta que no te llame, ¿eh? ¡Por favor! –Las últimas palabras eran más una exclamación de alivio que una súplica.

Lanzó otra mirada de preocupación por el pasillo y, tras meterse en la oficina, cerró la puerta.

Dyar bajó despacio las escaleras, maldiciéndose por haber cometido aquella equivocación. Le habían entregado el dinero como si fuese un chantajista que iba a cobrar más de lo habitual. Ahora sería más difícil que nunca darle al asunto un carácter legal.

En la calle llovía a cántaros. Las aceras estaban vacías; todo el mundo se había refugiado bajo los toldos, puertas y soportales. Sólo algún que otro marroquí pasaba chapoteando, al parecer ajeno a la tormenta. La pastelería se hallaba abarrotada de gente mirando hacia la calle, la mayoría se quedaban cerca de la puerta para poder marcharse si se les acercaba una camarera. Dyar se abrió paso entre el montón de gente, se sentó de nuevo y pidió otro café.

Fue entonces cuando empezó a considerar un aspecto de la conducta de Wilcox que no le concernía a él: el hecho, mucho más interesante, de que parecía esperar una visita inminente e indeseada. «Probablemente Daisy tiene razón», pensó. Jack había provocado las iras de algún matón de la localidad y ahora temía las represalias. O bien estaba tratando de dar el esquinazo a sus acreedores. Pero ninguna de las suposiciones explicaba del todo su resistencia a que Dyar visitara la oficina.

«¡No hay dinero!», pensó, furioso. «¿Entonces por qué sigue en el Atlántide?» Pero conocía la respuesta. Aun siendo cierto que Wilcox estuviera en la ruina —lo que parecía improbable— se habría sentido obligado a seguir viviendo en el mejor hotel porque la gente estaba de acuerdo con él en que era uno de los peces gordos, uno de los que automáticamente consiguen lo mejor, tanto si pueden como si no pueden pagarlo. ¿Pero por qué? Cada día se creaba en Tánger una serie de nuevas compañías, la mayoría de ellas con la intención de burlar las leyes de tal o cual país, y cada día se arruinaban aproximadamente otras tantas. Y las razones de su ruina o éxito tenían muy poco que ver con la sagacidad comercial de quienes las formaban. Si uno realmente era un ganador, encontraba la manera de interceptar la correspondencia de los competidores, incluso sus telegramas; se convencía a los franceses de la oficina de correos para que le dejaran a uno ser el primero en echar una mirada a las cartas que interesaba ver; así era como se conseguían las listas de clientes. Alquilabas locales para meterte en los despachos de otras compañías y robarles el papel de cartas y las firmas de los directores; y, a la hora de enviar las cartas falsificadas para disculparse de no poder facilitar la mercancía se iba uno prudentemente, a Tetuán, en la Zona Española, para franquearlas desde allí; pero los vistas de aduanas no te cogían, porque no te desnudaban como a los demás ni te abrían las costuras de la ropa. Y no era preciso sobornar a nadie para que no te molestaran, pero todo el mundo conocía a un ganador a primera vista; era el ciudadano respetado de la Zona Internacional. Si no se era un ganador, se era una víctima y, al parecer, no había manera de cambiar las cosas. De nada servían las apariencias. No se trataba de tener aspecto de ganador ni de comportarse como uno de ellos —eso siempre se podía hacer, aunque nadie se lo creía—; era

una cuestión de convicción, de sentirse uno, de saber que pertenecías a la casta, de reconocer tu genio, estar seguro de él. Durante un buen rato reflexionó sobre estas cosas. Entonces pagó su consumición, se levantó y salió a la calle; la lluvia había cedido un poco.

\*\*\*

–Sabía que vendría –dijo Mme. Jouvenon. Era su manera de decir que no había estado en absoluto segura de ello.

Dyar fue más sincero.

–Pues yo no –contestó con una sonrisa forzada. Y, al decirlo, se preguntó por qué había ido realmente. En parte, por cortesía, tal vez; aunque no le hubiera gustado admitirlo. Se había encontrado a la puerta del restaurante tres veces durante la última parte de la mañana, pero era demasiado pronto para la cita. Sin embargo, había visto los luminosos escaparates de entremeses y, probablemente, esto más que otra cosa fue lo que le convenció por fin a asistir a la cita. Era el tipo de lugar adonde nunca hubiera pensado en ir a comer solo.

Mme. Jouvenon estaba mucho más calmada hoy –incluso más agradable, pensó– y, ciertamente, no era ninguna estúpida. Llevaba con firmeza las riendas de la conversación, pero la dirigía con suavidad de modo que no existía sensación de tirantez. Cuando llegaron al plato de ensalada, abordó el asunto que le interesaba a ella con toda la naturalidad del mundo; a Dyar le costó encontrar algo ofensivo en lo que dijo o en el modo de decirlo. Probablemente comprendía, empezó Mme. Jouvenon, que la mayoría de la gente en Tánger tenía que arreglárselas para vivir lo mejor posible, ejerciendo la actividad que fuese y, precisamente al haber tantos gobiernos representados en la Administración, se precisaba un sistema práctico de inspección permanente de cada potencia con respecto a las demás. Esto debió haberse solucionado oficialmente de antemano, pero no fue así, y era necesario todavía recurrir a la vieja fórmula de las comprobaciones secretas. Dyar asintió muy serio; interiormente sonreía y se preguntaba cuánto tiempo iba a tardar en hacer su oferta y de qué manera la iba a disfrazar.



Tenía noticia, dijo Mme. Jouvenon, de que casi todos los ingleses de la Zona, incluso algunos aristócratas, eran obligados por su gobierno a proporcionar toda la información que pudieran recabar; lo que, lejos de ser una ocupación vergonzosa, se consideraba una actividad perfectamente respetable.

—Más, seguramente, que la mayoría de las que se ven por aquí —dijo Dyar riéndose.

No estaba informada sobre los ingleses, prosiguió, pero conocía a muchas personas que se las arreglaban para convertir el asunto en un negocio lucrativo proporcionando datos a dos o más servicios al mismo tiempo. En aquel momento, su gobierno —no especificó cuál— no contaba con representación en la Junta de Administradores, lo que hacía mucho más necesarios los informes adecuados. Puesto que todo el mundo sabía que eran los Estados Unidos la potencia invisible que se escondía tras la Administración, eran particularmente las actividades americanas sobre las que su gobierno deseaba estar documentado. La dificultad estribaba en el hermetismo de los círculos norteamericanos de Tánger cuyos miembros no se inclinaban a relacionarse con las demás delegaciones diplomáticas. Además, los americanos eran especialmente insensibles a las ofertas económicas, simplemente porque resultaba imposible poner un precio lo bastante elevado para que les mereciera la pena a la mayoría.

«... Pero a mí me lo propone», pensó fríamente «porque sabe que no soy un pez gordo».

Y llegó la propuesta. Mme. Jouvenon estaba autorizada para ofrecerle quinientos dólares al mes, desde aquel mismo momento y con adelanto de un mes, a cambio de las pequeñas informaciones que él pudiese recoger en conversaciones con sus amigos americanos, y algún que otro dato concreto sobre el funcionamiento de La Voz de América en Sidi Kacem. Eran cosas que ni siquiera necesitaba comprender él mismo, se apresuró a asegurar, puesto que su marido era un ingeniero electrónico muy capaz y no tendría dificultades para interpretarlas.

—¡Pero no sé nada de Tánger ni conozco a nadie!

Le presentarían incluso a las personas indicadas —indirectamente, desde

luego—, explicó. Por ser americano tenía acceso a ciertos lugares —como, por ejemplo, la Voz de América— de donde estaban excluidos otros ciudadanos.

—R-r-realmente pedimos muy poco —sonrió ella—. Debe rechazar la idea r-romántica de que esto es espionaje. No hay nada que espiar en Tánger. Tánger no tiene interés para nadie. Diplomático, tal vez. Militar, no.

—¿Durante cuántos meses me necesitarían?

—¡Ah! ¿Cómo vamos a saber lo bueno que resulta para nosotros? —le preguntó maliciosamente desde el otro lado de la mesa—. Quizás la infor-r-rmación que usted nos dé no sea exacta. Entonces no podríamos continuar con usted.

—¿Y si no pudiese conseguir ninguna información en absoluto?

—Oh, eso no nos pr-r-reocupa.

De su bolso sacó un cheque doblado y se lo entregó. Era un talón del Banco Salvador Hassan e hijos y estaba ya extendido a favor de Nelson Dyar y firmado, con impecable caligrafía, por Nadia Jouvenon. Sorprendió mucho a Dyar el ver su nombre correctamente escrito en aquel papel, obra de aquella mujercita enérgica de cabello azul; era absurdo que conociera su nombre, pero realmente no le chocaba ni se atrevía a preguntarle cómo lo había averiguado.

Pidieron un café.

—Mañana por la noche cenará en nuestra casa —dijo—. A mi marido le encantará conocerle.

Se acercó un camarero y preguntó por Mme. Jouvenon, para decirle que la llamaban por teléfono. Ella se disculpó y desapareció por una puertecita, detrás de la barra. Dyar se quedó a solas jugueteando con la cucharilla del café, ahogado por una opresiva sensación de irrealidad. Se había metido el cheque en el bolsillo, pero en aquel momento sentía un imperioso deseo de sacarlo y quemarlo con una cerilla en el cenicero que tenía delante; cuando Mme. Jouvenon volviera, el papel ya no existiría. Saldrían a la calle y estaría libre de ella. Tomó un sorbo de café distraídamente y echó una mirada circular a la sala. En la mesa de al lado había cuatro personas parloteando en español: una pareja joven, una mujer de edad —evidentemente era la madre de la muchacha— y un niño pequeño, acurrucado y hundido en su silla, que hacía

pucheros y se negaba a comer. La muchacha, muy maquillada y luciendo auténticas cantidades de bisutería, no dejaba de mirar con disimulo hacia donde él estaba, lanzando siempre antes una mirada rápida a su madre y a su marido para asegurarse de que estaban ocupados. Le debía de haber estado mirando desde que el grupo familiar se había sentado, pero ahora era la primera vez que se daba cuenta. Dyar la observó durante un buen rato; no había ninguna duda: le estaba echando miraditas. Trató de ver qué aspecto tenía su marido, pero estaba vuelto hacia el otro lado. Era un tipo grueso, no podía decirse más.

Cuando Mme. Jouvenon retornó a la mesa, parecía enfadada. Pidió la cuenta y empezó a ponerse sus apretadísimos guantes de piel de cabritilla.

La llamada era de Eunice Goode que –aunque no había hablado de esto con Mme. Jouvenon– al levantarse temprano y notar la ausencia de Hadija, había sospechado inmediatamente que estaba con Dyar. Así pues, quiso saber en primer lugar si éste había atendido su compromiso, a lo que Mme. Jouvenon contestó secamente que sí, intentando concluir la conversación. Pero Eunice no quedó satisfecha; quería saber, además, si habían llegado a un acuerdo. Mme. Jouvenon respondió que agradecía su interés, pero que no se sentía con ninguna obligación de ofrecer a Mademoiselle Goode un informe sobre los resultados de la entrevista del almuerzo. Eunice levantó la voz amenazadora.

–*Ecoutez, madame!* ¡Le recomiendo que me lo diga! –protestó chillando–. *Je dois absolument savoir!*

Mme. Jouvenon repuso que no iba a dejarse intimidar por nadie, pero luego pensó que, después de todo, habiendo sido Eunice quien le había presentado a Mr. Dyar, podía interesarle mantener su buen nombre, por lo menos durante cierto tiempo. Así que se echó a reír con poco entusiasmo y le contestó que sí, que habían llegado a un acuerdo.

–¿Pero ha aceptado el dinero? –insistió Eunice.

–*Mais enfin?* –exclamó exasperada Mme. Jouvenon–. ¡Es usted increíble! ¡Sí! ¡Ha aceptado el dinero! ¡Sí! ¡Sí! ¡Ya nos veremos dentro de unos días! *Oui! C'est ga! Au revoir!*

Y, mientras colgaba el auricular, añadió unas palabras en ruso en voz

baja.

La familia de españoles se puso en pie aparatosamente, empujando con estrépito las sillas sobre las baldosas del suelo. Cuando buscaba a tientas su abrigo y su estola, la joven esposa se las arregló para lanzar a Dyar una última mirada de desesperación. «Además de ninfómana, chiflada», se dijo a sí mismo enojado; no le hubiera importado pasar con ella una hora en un hotel, de no haber sido tan manifiestamente imposible. Observó cómo cruzaban la puerta: la joven empujaba impaciente a su hijito delante de ella.

–Típicos nuevos ricos españoles –dijo Mme. Jouvenon asqueada–. La clase de gente que Fr-r-ranco ha puesto al mando del país.

Se quedaron en la puerta bajo los goterones que caían con fuerza.

–Bueno, la comida ha sido excelente –dijo Dyar. No tenía deseos de volver a encontrarse nunca con ella.

–¿Ve aquel edificio alto de allí? –preguntó Mme. Jouvenon señalando al final del tramo de la calle que tenían ante sí. Dyar divisó un edificio grande y moderno de apartamentos–. Es la siguiente puerta a la der-r-recha, un edificio pequeño, gr-r-ris, de cuatro plantas. Esa es mi casa. El último piso, en el número cuar-r-renta y cinco. Le esperaremos mañana por la noche, a las ocho. Ahor-r-ra me voy volando, no quiero mojarme demasiado. Adiós.

Se estrecharon la mano y ella cruzó corriendo la calle. Dyar la observó durante un momento alejándose rápidamente entre la fila de edificios sin terminar y una hilera de pequeñas palmeras, transplantadas, que no crecerían más. Entonces, suspirando, bajó la cuesta hacia el Boulevard; era el camino del Hotel de la Playa. No había prácticamente nadie en las húmedas calles y las tiendas estaban cerradas porque aún no eran las cuatro. Pasó por delante del banco Salvador Hassan e Hijos. Estaba abierto. Entró. En el vestíbulo sentado en un puf de cuero había un marroquí con barba que le saludó al verle pasar. La oficina era nueva, relucían el mármol y los cromados. Estaba también vacía y parecía no utilizarse nunca. Tras el mostrador había un joven de pie, escribiendo. Dyar se le acercó, le tendió el cheque y dijo:

–Quiero abrir una cuenta. –El joven echó un vistazo al cheque y, sin mirarle, le tendió una pluma estilográfica.

–Firme, por favor –dijo. Dyar lo endosó y añadió que deseaba sacar cien

dólares en efectivo.

–Siéntese, por favor –indicó el joven. Apretó un botón y un segundo después empezó a parpadear una enorme instalación fluorescente en el centro del techo. Le tardaron unos cinco minutos en rellenar todos los papeles necesarios. Entonces, el joven le llamó desde el mostrador, le entregó un talonario y cinco mil doscientas pesetas, y le enseñó una tarjeta blanca con su saldo. Dyar lo leyó en voz alta; su voz resonó en la sala amplia y desnuda.

–Trescientos noventa y nueve dólares con setenta y cinco centavos. ¿De qué son estos veinticinco centavos que faltan?

–Del talonario –dijo el joven imperturbable, sin mirarle aún.

–Gracias. –Se dirigió a la puerta y pidió al marroquí que le buscara un taxi. Ya en el coche, viendo pasar ante él las calles vacías y mojadas, pensó que se sentía mejor, pero no estaba seguro. Por lo menos estaba protegido de la lluvia.

Cuando llegó al hotel pidió en la recepción que le subieran una copa a su cuarto, pero le dijeron que hasta las seis no venía el camarero. Subió a su húmeda habitación y permaneció un momento junto a la ventana, jugando con la cortina sucia, mirando fijamente la playa, fría y despoblada, tan húmeda que reflejaba el cielo. Sacó el dinero del bolsillo y lo contó; parecía mucho, y cinco mil doscientas pesetas cundían sin duda mucho más que cien dólares. Pero aun así, no le proporcionaba la satisfacción que esperaba. La sensación de irrealidad era demasiado poderosa en él, a todo su alrededor. Punzante como un dolor de muelas, inconfundible como el olor del amoníaco, era sin embargo, impalpable, ilocalizable, como una gran mancha en mitad de la lente de su conciencia. Las percepciones borrosas que le provocaban producían una sensación de vértigo. Se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo. El sabor le mareaba; lo arrojó a un rincón y observó cómo el humo subía despacio por la pared hasta llegar a la altura del cristal de la ventana y entrar empujado por la corriente.

Aunque no estaba pensando, le venían palabras a la mente; todas formaban preguntas: ¿Qué hago yo aquí? ¿A dónde voy? ¿De qué se trata? ¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Qué ventajas tiene? ¿Qué va a suceder? La última pregunta le hizo detenerse y sin pensarlo sacó otro cigarrillo y lo dejó

un momento después, sin encender, en el brazo del sillón. «¿Qué va a ocurrir?» Seguro que iba a ocurrir algo. Era imposible que todo siguiera así. Todo aquello era demasiado improbable, estaba cargado por el peso insensato e indefinible de los objetos de un sueño; uno de esos sueños en que cada objeto aislado, cada movimiento, incluso la luz del cielo, están preñados de un significado tácito. Tenía que haber una pausa; tenía que entrar aire. Pero las cosas no ocurren sin más, se dijo. Hay que hacer que ocurran. En ese punto era donde estaba atascado. No dependía de él que sucedieran cosas, nunca había dependido. Sin embargo, al llegar a este punto, se dio cuenta de que, por el momento, aquello era el fondo de la cuestión; a partir de allí el camino se remontaba de modo imperceptible. Allí había un adarme de esperanza minúsculo y remoto. Era preciso averiguar de dónde procedía. Lo extrajo y lo examinó con aire triunfal: no era más que tenía la convicción ciega y completamente irracional de que, si llegaba el momento y no ocurría nada, alguna parte de sí mismo se encargaría de hacer que sucediese algo. Parecía una completa insensatez pensar en ello; la idea se desvanecía, se debilitaba por momentos, y, para salvarla, la volvió a dejar en las tinieblas. No podía creer en ella, pero le gustaba tenerla allí. Se levantó y empezó a deambular inquieto por la habitación. Al poco rato se echó en la cama y, quedándose inmóvil, intentó dormir. Un minuto después se quitó los zapatos y el pantalón y se cubrió con la colcha. Sus pensamientos volvían a Hadija, a su carita perfecta y su cuerpo flexible como el de una joven gata.

«Pero si fue ayer mismo», pensó incrédulo. «Dios mío, ¿hasta el domingo, nada?» Seis días de espera. Sólo había una manera de encontrarla, que incluso podía fallar. Iría al Metropole a ver a la señora gorda, a Miss Goode, a lo mejor conocía sus señas. Poco a poco se fue tranquilizando. Olas... Hadija... gaviotas. Cuando despertó había oscurecido.

Eunice Goode tenía la obsesión de que la quedaba muy poco tiempo de vida; cualesquiera que fuesen las aspiraciones de uno, más le valía realizarlas rápidamente porque, si no, sería demasiado tarde. Su concepción del segmento de eternidad que le tocaba conocer quedaba expresada, de manera un poco desconcertante, con una frase que escribió en su cuaderno poco después de llegar a Tánger: «Entre el estrépito que desgarrar el aire y el resplandor del rayo que te mata, existe una fracción de segundo, aparentemente interminable, en la que te das cuenta de que ha llegado el fin. Esa fracción de segundo es este momento». Sin embargo, el hecho de que a su mente volviera de forma constante esta idea fija –como esos maderos que flotan bajo una cascada y son atraídos una y otra vez por ella para ser sumergidos luego– más que incitarla a cualquier actividad, sólo servía por lo general para paralizar sus facultades. Quizá parte del problema se debía únicamente a su obesidad; como casi todos los cuerpos pesados, se ponía en movimiento con dificultad. Pero una vez en movimiento, cobraba impulso. Su relación con Hadija la había encarrilado en una dirección: la propiedad absoluta de la muchacha y, hasta que tuviese al menos la ilusión de haberlo logrado, seguiría adelante sin pararse a mirar a la izquierda o a la derecha.

Cuando terminó de hablar con Mme. Jouvenon, garabateó una nota para Hadija: «*Espérame aquí. Vuelvo antes de las cinco*» y la dejó doblada colgando del borde de la mesa central, pillada bajo un jarrón de crisantemos. Hadija podía pedirle a Lola, la criada, que se la leyera.

Al despertar y encontrarse sola en la habitación, no había llorado. El asunto era demasiado serio para entregarse a semejante inmoderación. Sin

duda era horrible hallar vacía la cama sin señales de que Hadija hubiera estado en la habitación durante toda la noche, pero el verdadero sufrimiento no había surgido hasta que empezó a hacer toda clase de conjeturas, sobre lo que podía haber ocurrido. A pesar de que Dyar había acudido al Empire para almorzar con Mme. Jouvenon, seguía siendo perfectamente posible que la muchacha hubiera pasado la noche con él. Casi confiaba, incluso, en que fuera ése el caso; porque significaría que el peligro estaba concentrado en un solo punto; el cual, si no se equivocaba, estaba al menos parcialmente bajo control. «El grandísimo idiota está enamorado de ella», se dijo, y se consolaba un poco pensando que era improbable que Hadija le correspondiese. Pero nunca se podía contar con las reacciones de una muchacha respecto al otro sexo. Los hombres tenían un magnetismo especial y misterioso que, con demasiada frecuencia, daba resultado. Enfurecida, fue arrojando su ropa alrededor mientras se vestía. No había desayunado, sólo había tomado alguna copa de ginebra. Se dirigió al armario más alto y bajó de la estantería medio pastel de bizcocho que llevaba allí varios días. Se lo comió entero, arrugó con violencia el envoltorio que lo cubría y apuntando a la papelera lanzó la pelota al otro lado de la habitación. Acertó; sus carnosos labios vibraron ligerísimamente a la sombra de una terrible sonrisa de fugaz satisfacción.

Era difícil saber cómo vestirse adecuadamente por la tarde. Sólo se sentía a gusto llevando dos clases de uniforme: un pantalón y una camisa o un traje de noche, lo cual estaba descartado. Finalmente se decidió por un traje de chaqueta negro con una esclavina de aspecto vagamente militar y adornada con una serie de alamares dorados. En la esperanza de parecer lo más burguesa y correcta posible, sacó una gargantilla de cuentas de oro y se la puso. Se tomó incluso la molestia de buscar un par de medias y, por último, se calzó como pudo unos zapatos de casi cinco centímetros de tacón. Mirándose al espejo con profundo desagrado, se empolvó la cara con torpeza, dejando caer los polvos en abundancia por toda la parte delantera del traje, y se aplicó una cantidad mínima de lápiz de labios transparente. El ver su cara así disfrazada le producía náuseas; se apartó del espejo y empezó a cepillarse los polvos de la esclavina de franela. Todo aquel asunto era atrocamente



enojoso y detestaba salir sola a las calles húmedas del centro de la ciudad. Pero no tenía sentido hacer las cosas a medias. Había que llevarlas a buen término. Le gustaba recordar que descendía de una familia de pioneros; su abuela usaba una expresión que siempre le encantaba oír en sus labios: «Han llegado órdenes de partir», lo que para ella significaba que, si había que hacer algo, era mejor hacerlo sin rechistar, sin pensar si a uno le gustaba o no la idea. Por fortuna, rara era la vez en su vida en que era preciso hacer algo; así que cuando surgía la ocasión, interpretaba su papel con todas sus consecuencias y le sacaba el máximo partido.

\*\*\*

Eunice salió de la legación americana hacia las cuatro. Habían sido sumamente corteses, pensó –siempre esperaba captar miradas de burla–. La habían escuchado, tomaron algunas notas y le dieron las gracias con aire grave. Ella por su parte creía que lo había hecho bastante bien: no les había dicho demasiado: justo lo necesario para estimular su interés. «Desde luego, les doy esta información por si sirve de algo», dijo con modestia. «No sé lo que hay de cierto en ella. Pero tengo la corazonada de que les merecerá la pena investigar el asunto». Cuando se hubo marchado, Mr. Doan, el vicecónsul, lanzó un exagerado suspiro y exclamó con voz monótona: «Oh, muerte, ¿dónde está tu aguijón?», y su secretaria había forzado una sonrisa adulatoria.

En la recepción del Metropole, el encargado le entregó a Eunice un sobre. Lo abrió mientras subía las escaleras. Era una nota muy breve en francés, escrita en el papel de carta del hotel por la que se le invitaba a reunirse a solas con el remitente aquella misma tarde a las siete en la sala de lecturas. Terminaba esperando que se sirviera aceptar los más distinguidos sentimientos del firmante, cuyo nombre le produjo una agradable sorpresa: «Thami Beidaoui», leyó en voz alta y con satisfacción. En aquel momento sólo recordaba a los dos hermanos que vivían en el palacio; la entrada del tercero se había producido demasiado tarde en el transcurso de la fiesta como para producir en ella una impresión duradera. En realidad, en aquel momento

ni siquiera sospechaba su existencia. Si no hubiera estado tan enteramente preocupada por Hadija se habría sentido encantada con el recado.

Al abrir la puerta de la habitación, lo primero que advirtió fue que la nota que había dejado no estaba y el jarrón de crisantemos había sido restituido al centro de la mesa. A continuación oyó un chapoteo en la bañera y la conocida voz trémula de la canción con que habitualmente Hadija acompañaba las abluciones. «Gracias a Dios», suspiró. Por lo menos, aquella parte de su suplicio había terminado. Faltaba obtener la admisión de culpa, y el escándalo. Porque estaba claro que se iba a armar: Eunice se iba a encargar de ello. Lo que ocurría era que costaba bastante organizar un escándalo con Hadija; solía recostarse como un espectador y lo observaba todo en lugar de participar.

Eunice se sentó para esperar, calmarse y tratar de preparar un plan de operaciones. Pero cuando Hadija surgió envuelta en una pequeña nube de vapor, vestida con el salto de cama de satén y visón, fue ella la que lanzó el ataque. Chillando en español, acusó a Eunice de pensar sólo en sí misma, de llevarla al palacio Beidaoui y avergonzarla delante de todo el mundo desmayándose y poniéndola no sólo en una situación tan increíblemente humillante, sino además tener que ocuparse del traslado del cuerpo postrado de Eunice como mejor pudiera. Ella no intentó replicar. Todo era perfectamente cierto, aunque hasta entonces no había pensado en ello. Sin embargo, el admitir una cosa así sería echar más leña al fuego. Sentía curiosidad por saber cómo se las había arreglado Hadija para sacarla del palacio y llevarla al hotel, pero no lo preguntó.

—¡Qué vergüenza por nosotras! —exclamó Hadija—. ¡Qué vergüenza nos mandas! ¿Cómo presentarnos ante los *señores* Beidaoui después de esto?

Pese al poder balsámico que ejercía sobre su espíritu el empleo del pronombre plural, Eunice se sintió acosada de pronto por la terrible idea de que, tal vez, la nota que acababa de recibir guardaba alguna relación con su conducta en el Palacio Beidaoui; uno de los hermanos venía a informarle discretamente de que, en lo sucesivo, no podrían disfrutar de la hospitalidad de su hogar ni ella ni su amiga, la señorita Kumari.

—¿Dónde has pasado la noche? —preguntó finalmente con voz muy débil.

–Tengo suerte de tener todavía algún amigo –dijo Hadija–. Fue a dormir con un amigo. No quería tener nada que ver con *ese lío*. –Utilizó estas últimas palabras con infinita repugnancia. Por lo tanto no había sido ella quien se había ocupado de traerla de nuevo al hotel. Pero Eunice estaba demasiado preocupada para seguir pensando en aquello; asistía a una visión de ella misma comportándose de alguna manera espectacularmente indigna: rompiendo muebles, vomitando en mitad de la pista de baile, insultando a los invitados con obscenidades.

–Pero ¿qué hice? –preguntó en tono patético.

–*¡Bastante!* –repuso la otra lanzándole una mirada significativa.

La conversación se prolongó mientras la luz del día declinaba, hasta que Hadija, presintiendo que tenía definitivamente las de ganar, encendió las velas de la chimenea y se puso delante del espejo, donde permaneció un momento admirándose a sí misma en el salto de cama.

–¿Estoy guapa con esto?

–Sí, sí –contestó Eunice cansada–. Acércame esa botella y el vaso de al lado.

Pero antes de obedecer, estaba decidida a proseguir con el tema que le preocupaba.

–¿Me quedo con él, entonces?

–¡Hadija! No me importa lo más mínimo lo que hagas con eso. ¿Por qué te molestas en preguntarme? Ya sabes lo que te dije sobre mis cosas.

Hadija se acordaba, ciertamente, pero quería volver a oírlo con referencia a aquella prenda en concreto, por si luego había algún malentendido.

–¡Ahá! –Se arrebujo todavía más, sin dejar de mirarse en el espejo por encima del hombro y cogió la botella de Gordon's Dry y el vaso.

–*I very happy* –confesó Hadija en inglés, que era la lengua de sus confidencias.

–Sí, eso me parece –dijo Eunice secamente. Decidió no cambiarse para recibir al señor Beidaoui. Las siete era aún temprano; no había necesidad de arreglarse más.

Para eliminar cualquier posibilidad de que Hadija le viera en el Metropole, Thami la había obligado a quedar con él a las siete en la entrada

del Cine Mauretania, situada a media hora larga del hotel. Al principio ella había puesto reparos pero Thami seguía llevando la voz cantante.

–Ella querrá venir también –protestó Hadija–. No me dejará venir sola.

–Es muy importante –le advirtió él–. Si haces un esfuerzo, encontrarás la manera.

Ahora tenía que comunicárselo a Eunice y le espantaba. Pero sorprendentemente, cuando anunció que iba a salir a dar un paseo antes de cenar y que volvería hacia las ocho, Eunice sólo manifestó una aparente sorpresa y dijo:

–Te espero a las ocho, pues. No te retrases.

La aquiescencia de Eunice en este punto tenía un doble origen: se sentía culpable por su conducta de la noche anterior y estaba buscando la manera de mantener alejada a Hadija de su inminente entrevista con el señor Beidaoui. No parecía prudente dar a ese hombre la oportunidad de que examinase demasiado su vida.

Escondido en un pequeño café frente a la entrada del Metropole, entre los fumadores de kif, los bebedores de té y los jugadores de cartas, Thami observó cómo Hadija salía del hotel y avanzaba por la calle camino del Zoco Chico. Un cuarto de hora después, sonó el teléfono de Eunice. Un tal M. Beidaoui deseaba ver a Mlle. Goode; la esperaba en la sala de lectura.

–*Je descends tout de suite* –dijo Eunice, nerviosa. Vacío otro vasito de ginebra y, llena de temores, bajó a encontrarse con el señor Beidaoui.

Cuando entró en la sala decorada con espurios adornos marroquíes y en penumbra, no vio a nadie más que a un joven español sentado en un rincón alejado fumando un cigarrillo. Estaba a punto de darse la vuelta y volver a la recepción cuando el individuo se levantó y acercándose a ella, dijo en inglés:

–Buenas tardes.

Antes de que nada ocupara su mente tuvo la intuición, pasajera pero desagradable, de que conocía a aquel joven y no quería hablar con él. Sin embargo, allí estaba, estrechándole la mano.

–¿Cómo está? –preguntó, y al verla cada vez más confusa, añadió–: Soy Thami Beidaoui. Ya sabe...

Sin llegar a acordarse realmente de él, comprendió de golpe, no sólo que

aquel joven era la oveja negra de los Beidaoui, sino que había tenido una desagradable escena con él en el cóctel de la noche anterior. Ciertos detalles de su cara le parecían familiares; las extrañas cejas levantadas violentamente hacia arriba y la expresión divertida y burlona de sus ojos. Era evidente, ahora que le examinaba atentamente, que ningún español podía tener una cara así. Pero no era aquella figura grave de blancas vestiduras que había esperado encontrarse. Se hallaba al mismo tiempo perpleja, aliviada e inquieta.

–Encantada –dijo fríamente–. Siéntese.

Thami no era de los que se andaban por las ramas; además, daba por sentado que había sido únicamente la penumbra lo que le había impedido reconocerle enseguida y que ahora se acordaba de todos los detalles de su intercambio de insultos y había adivinado más o menos la razón de su visita.

–¿Se divirtió anoche en casa de mis hermanos?

–Sí. Fue muy agradable –respondió ella con altivez, preguntándose qué horrores de su escandalosa conducta estaba recordando él en aquel momento.

–A mis hermanos les gusta Miss Kumari, su amiga. Creen que es una muchacha encantadora.

Ella le miró.

–Sí, lo es.

–Sí. Eso creen. –Eunice percibió el ligero énfasis que ponía en la palabra *creen*, pero no se dio cuenta de la intención. Thami prosiguió–. En la fiesta, Madame Vanderdonk me preguntó: ¿quién es esa chica? –Mme. Vanderdonk era la mujer del ministro holandés–, y me dijo que parecía una muchacha árabe. –A Eunice le dio un vuelco el corazón–. Yo le dije: claro, porque es griega.

–Chipriota –corrigió Eunice con voz opaca.

Él se la quedó mirando un momento, sin comprender. Encendió un cigarrillo y prosiguió.

–Sé quién es esa chica y usted también lo sabe. Pero mis hermanos, no. Piensan que es una muchacha encantadora. Quieren invitarlas a ustedes dos a una cena al estilo árabe la semana que viene; estará el ministro inglés, el doctor Waterman y Madame de Saint Sauveur, y muchísima más gente, pero creo que no es una buena idea.

–¿Les ha dicho eso? –preguntó Eunice conteniendo la respiración.

–¡Pues claro que no! –exclamó indignado.

«¡Todavía a salvo!», pensó ella; estaba dispuesta a llegar adonde fuese, a cualquier precio y corriendo cualquier riesgo.

–Eso no sería agradable para usted. Yo no lo haría –añadió Thami con la voz cargada de suave reprensión.

–Estoy segura de ello –repuso Eunice. Se sentía tan contenta que le hizo una sonrisa forzada.

Thami había estado en el puerto aquella tarde y había conseguido bajar el precio del bote a cinco mil setecientas pesetas. Cuando llegara el momento de pagar confiaba en poder redondear la cifra, negándose simplemente a dar más.

De la sala contigua, que era el bar, llegaron enormes carcajadas.

–¿Irá usted a la cena? –preguntó Eunice sin ningún interés especial por saberlo.

–Creo que no estaré aquí –dijo–. Quiero ir a Ceuta con la lancha, para hacer algún negocio.

–¿Negocio? ¿Tiene usted una lancha?

–No. Quiero comprarme una. Mañana. Cuesta mucho dinero. Quiero irme de aquí –añadió haciendo una horrible mueca de disgusto, típica del marroquí de clase baja; sin duda aquello no lo había aprendido en el Palacio Beidaoui–. Tánger no está nada bien. Pero la lancha cuesta mucho dinero.

Se produjo un silencio.

–¿Cuánto? –preguntó Eunice.

Thami se lo dijo.

Un poco más de cien dólares, calculó ella. No cabía duda de que era un buen precio, incluso si no se marchaba de Tánger, posibilidad que Eunice dudaba mucho.

–Me gustaría ayudarle –dijo.

–Muy amable. Pero no se lo dije por eso –repuso sonriendo.

–Lo sé, pero quiero ayudarle. Puedo hacerle un cheque. –Quería concluir el negocio y librarse de él.

En el bar alguien empezó a tocar detestablemente al piano canciones

populares. Varios marineros ingleses que estaban bebiendo allí, se asomaron a la sala de lectura uno detrás de otro, sin disimular su curiosidad, como niños.

–Le extenderé un cheque. Discúlpeme. Vuelvo enseguida. –Se levantó y desapareció por el vestíbulo. Teniendo controlado a aquel monstruoso aborígen y habiéndose quitado de en medio al idiota del americano, la vida podría empezar a ser soportable. Bajó con el talonario y le hizo el cheque en su presencia preguntándole cómo se deletreaba su nombre.

–¿Qué le parece si lo hacemos por seis mil? –preguntó ella. Nada iba a pasar si era generosa.

–Muy amable. Gracias –dijo Thami.

–De nada. Que tenga buen viaje. –Se levantó y se dirigió hacia el bar. Antes de llegar a la puerta se detuvo y le gritó–: No se vaya a ahogar.

–Buenas noches, Miss Goode –repuso él respetuoso. La impertinente ironía de Eunice no había dado en el blanco.

En el bar pidió un *gin fizz*: todo aquel asunto había sido sumamente desagradable. «¡Qué gente más infame!», se dijo disfrutando más al maldecir a la tribu entera que a un simple individuo. Cuando pidió su bebida, los marineros se apartaron un poco haciéndole sitio en la barra.

Al otro lado de la calle, Thami volvió al café para ocultarse hasta ver regresar a Hadija de su infructuosa misión en el Cine Mauretania; quería asegurarse de no encontrársela por casualidad en la calle. Con la impaciencia de un niño pequeño deseaba que llegara la mañana siguiente para ir al banco, cobrar el dinero, correr al muelle y empezar una vez más a regatear por la lancha. Cuando miraba la entrada del Metropole divisó de pronto a Dyar, el americano, a punto de entrar en el hotel. Ese sí que era un *nesrani* que le caía bien. No tenía por qué gustarle, pero así era. Con una jovialidad surgida de la emoción de la victoria, se levantó y salió a la calle llamándole.

–¡Hey! ¡Hey!

Dyar se volvió y le reconoció sin entusiasmo.

–Hola –repuso. Se estrecharon la mano pero no se dejó convencer por las carantoñas del otro para acompañarle al café–. Tengo que irme –explicó.

–¿Quiere ver a Miss Goode? –preguntó Thami tratando de adivinar sus

planes. Dyar se irritó.

–Sí –repuso lacónicamente. Thami no era el tipo de persona a quien le iba a confiar sus asuntos: tenía un recuerdo demasiado vivido de su intensa y larga conversación con Hadija en la fiesta y había llegado a la conclusión de que Thami andaba detrás de ella.

–¿Va a estar mucho tiempo en el hotel?

–No, sólo unos minutos.

–Entonces, le espero. Cuando salga viene a ese café. Ahí me verá.

–De acuerdo –repuso Dyar de mala gana. En el camino había comprado una pulsera para Hadija; el paquete se balanceaba en un dedo colgando del lacito que la vendedora había hecho en la cuerda—. Te buscaré.

Era un hotel antiguo y de aspecto absurdo, un recargado vestigio de la época en que Inglaterra era la potencia más importante de Tánger. Con todo, Dyar debía reconocer que parecía mucho más cómodo y agradable que los nuevos, como el Hotel de la Playa. En la recepción le dijeron que probablemente encontraría a Miss Goode en el bar. Era una suerte: así no tendría que verla a solas en su habitación. Podrían tomarse una copa y él seguiría su camino. Al entrar en el atiborrado bar uno de los marineros estaba aporreando el «Oh, Susana» en el piano. La sala se hallaba llena de marineros. Eunice Goode se encontraba en mitad de ellos, monumentalmente sola, sentada en un gran taburete y mirando inmóvil hacia adelante.

–Buenas noches –dijo Dyar.

Era como si le hubieran dado una bofetada. Volvió la cabeza y le miró fijamente. Primero, el moro y ahora aquél. Sentía horror; en su imaginación se lo había quitado de en medio, había desaparecido. Pero allí estaba, resucitado, sin saber siquiera que ya era un fantasma.

–¡Ah! –repuso por fin—. Hola.

«Otra vez borracha», pensó Dyar.

–¿Qué hace aquí? –preguntó ella. Bajó del taburete y se recostó contra la barra.

–Se me ocurrió acercarme a saludarla.

–¿Ah? Bien, ¿qué quiere tomar? ¿Whisky?

–¿Qué está bebiendo usted? Acompañeme, por favor.



–¡Imposible! ¡Camarero! ¡Un whisky con soda! –dijo golpeando imperiosamente la superficie de la barra–. Estaba a punto de subir a mi habitación. Sólo voy a beber esta copa –explicó. Presentía que iba a reventar si tenía que quedarse a hablar con él un minuto más.

Dyar se sentía un poco molesto.

–Bueno, puede esperar a que me tome la copa, ¿no? Quería preguntarle algo. –El camarero sirvió la bebida.

–¿De qué se trata? –preguntó Eunice con calma. Estaba segura de que guardaba alguna relación con Hadija y le miraba a la expectativa y desafiándole interiormente a que lo hiciera.

–¿Sabe dónde puedo encontrar a Hadija? ¿Cómo puedo ponerme en contacto con ella? Sé que viene por aquí de tarde en tarde a visitarla. ¿Tiene sus señas o algo por el estilo?

Aquello era excesivo. Eunice enrojeció aún más de lo normal quedando su rostro completamente inmóvil, y le repuso, sin apenas mover los labios.

–¡No lo sé! ¡Ni sé dónde vive, ni me importa lo más mínimo! ¿Por qué no la busca en el burdel donde la conoció? ¿Por qué me viene a mí disimulando, tratando de encontrarla? ¿Se cree usted que soy su patrona? Pues, no. ¡No lo soy! ¡No la alquilo por horas!

Dyar no podía dar crédito a sus oídos.

–Espere un momento –dijo sintiendo que le invadía una oleada de calor–. No tiene por qué hablar de ella de ese modo. Basta con que diga que no; que no conoce sus señas. Eso es todo lo que le he preguntado. No le he preguntado nada más. No me interesa lo que tenga que decir sobre ella. Yo ya sé que es una chica que vale una fortuna.

Eunice lanzó un gruñido.

–¡Sí, señor: una fortuna! ¡Muy apropiado! Esa putilla se acostaría con un semental si se le ofrece una buena cantidad. Es más, no me extrañaría que lo haya hecho. Un número especial para turistas. Les encanta. –Le estaba empezando a gustar aquel asunto a medida que veía cómo la ira se adueñaba del rostro de Dyar–. No tengo nada contra la ingenuidad –prosiguió–, pero cuando se lleva al extremo de... ¿No ha terminado todavía su bebida? –Dyar se había dado la vuelta.

–Acábesela usted –dijo, y se marchó.

Teniendo en cuenta la cantidad de gente que había en la calle, pensó que cabía la posibilidad de no ser visto por Thami al pasar ante el café, pero sus esperanzas fueron vanas. Cuando estaba a la altura de la puerta oyó que éste le llamaba. Entró resignado y, cruzando las piernas, se sentó en la esterilla junto a Thami, que se había fumado unas pipas de kif con amigos y se sentía muy bien. Hablaron un poco y Dyar rechazaba la pipa cuando se la pasaban. Thami no dejaba de mirar a la calle, atento a ver a Hadija. Cuando al poco rato la divisó caminando deprisa y enfadada bajo la llovizna, Thami señaló a Dyar un gran cromo que colgaba de la pared junto a él.

–¿A que no sabe lo que es eso? –preguntó. Dyar miró el cuadro y vio que representaba una ciudad coronada por alminares, cúpulas y balaustradas.

–No –repuso.

–Es la Meca.

Observó que los demás le miraban esperando su comentario.

–Muy bonito.

Por el rabillo del ojo Thami vio que Hadija desaparecía en el Metropole.

–Vámonos –dijo.

–Estupendo –repuso Dyar.

Salieron a la húmeda calle y subieron caminando hacia el Zoco Chico. A pesar del mal tiempo, las calles estaban llenas de marroquíes que se arracimaban en grupos hablando o paseaban sin rumbo de arriba para abajo.

–¿Quiere ir a ver unas chicas bonitas? –propuso Thami de repente.

–¿Vas a dejar de intentar venderme esta ciudad? –preguntó Dyar–. No quiero ir a ver nada. Estoy ya complicado del todo con una chica bonita y me basta. –Pero no añadió que daría lo que fuera por encontrarla.

–¿Qué lleva ahí dentro? –preguntó Thami señalando el paquete de la pulsera.

–Una hoja de afeitar.

–¿De qué clase?

–Hollywood– respondió Dyar, improvisando.

–Una hoja muy buena –dijo Thami aprobando, aunque no pensaba en lo que decía.

–¿Le gusta esa chica? ¿Sólo esa? ¿Hadija?

–Exacto.

–¿Sólo quiere ésa? Yo conozco otra muy simpática.

–Pues quédate con ella, muchacho.

–¿Pero qué más da una que otra?

–De acuerdo –dijo Dyar–. No lo entiendes. Pero yo sí. Y te digo que estoy satisfecho.

El problema era que Thami, con el hormigueo de los recuerdos de la noche anterior, lo entendía muy bien. Se quedó un momento pensativo. Para él tenía sentido que él mismo, un musulmán, quisiera a Hadija. Pero no tenía sentido que un nazareno, un cristiano, anduviera escogiendo. Un cristiano se contentaba con cualquier cosa –un cristiano no veía diferencia entre una chica u otra, siempre que las dos fuesen atractivas–, cogía lo que le dejaban los musulmanes; sin saberlo y sin pensar si era toda suya o no. Así eran los cristianos. Pero aquél no, aquél evidentemente no sólo quería a Hadija para él solo, sino que no le interesaba encontrar ninguna otra.

Dyar interrumpió sus reflexiones diciendo:

–¿Tú crees que estará en el sitio donde la vimos aquella noche?

Tampoco tenía por qué ocultar que le gustaría verla.

–Desde luego que no... –empezó a decir Thami, deteniéndose al caer en la cuenta de que Dyar ignoraba que Hadija vivía con Eunice Goode; no sería él quien se lo dijera.

–Es demasiado pronto –añadió.

«Tanto mejor», pensó Dyar.

–Bueno, pues vamos de todos modos allí arriba y nos tomamos una copa.

Thami estaba encantado.

–¡Estupendo!

Aquella vez Dyar estaba decidido a acordarse de las curvas y de los pasos para poder encontrar el camino él solo después de cenar. Había que cruzar una calle corta y llena de gente, meterse a la izquierda por una callecita en cuesta bordeada de puestos de comestibles, salir a una plaza triangular con un gran arco blanco y verde enfrente; seguir subiendo, meterse a la derecha por una calle oscura y sin desnivel; entonces torcer otra vez a la izquierda por la

primera, una callejuela muy estrecha que se convertía en túnel, ascendía en cuesta muy pronunciada y se abría más arriba; de nuevo a la derecha, seguir todo recto sin fijarse en los salientes y las vueltas porque no son calles, bajar hasta una plaza amplia con una gran boca de riego en el centro y cafés todo alrededor, pero que podían estar cerrados después; con el cierre echado parecerían una tienda cualquiera, cruzar la plaza, coger un callejón sin alumbrado; al final, meterse a la izquierda por una calle negra como el carbón. Empezó a sentirse confuso. Eran demasiados detalles para recordar y ahora subían en la oscuridad por una interminable escalera de piedra.

En el Bar Lucifer Mme. Papaconstante, apoyando todo su peso sobre el mostrador, se hurgaba con fricción en los dientes.

–*Hello, boys* –dijo. Se había dado «jena» en el cabello. El bar apestaba a pintura fresca. Era una noche poco animada y, por supuesto, era muy temprano. Se tomaron dos copas y pagó Dyar diciendo que se quería ir a su hotel. Thami le había hablado de la tacañería de sus hermanos, de cómo no le dejaban disponer de dinero: ni siquiera del suyo.

–¡Pero mañana me compraré esa lancha! –acabó diciendo con aire triunfal. Dyar no le preguntó dónde había conseguido el dinero. Le sorprendió un poco que hubiera nacido y se hubiera criado en el Palacio Beidaoui: no sabía si tenía mejor o peor opinión de él ahora que conocía sus orígenes. Cuando se marchaban Thami se inclinó sobre el mostrador y, atrayendo hacia sí la brillante cabeza de Mme. Papaconstante, le plantó dos besos en sus ardientes mejillas.

–*¡Ay, hombre!* –exclamó riendo de buena gana y fingiendo arreglarse el peinado.

En la calle Dyar intentó reconstruir el hilo roto del itinerario, pero debieron de bajar por otro camino, pues no reconoció ninguno de sus puntos de referencia hasta que se encontraron de repente ante el Zoco de Fuera lleno de humo.

–¿Sabe, Dare? –Dyar le corrigió–. Una noche de estas le invito a mi casa y a una cena árabe de verdad. Alcuzcuz, bastila, de todo. ¿Qué le parece?

–Sería estupendo, Thami.

–No se le olvide –le advirtió Thami, como si hubieran quedado ya en

firme.

–No lo olvidaré.

Justo al lado de la puerta principal de acceso a la plaza, Thami se detuvo y señaló un café marroquí, más grande y pretencioso que la mayoría, dentro del cual rugía una radio a todo volumen.

–Yo me quedo aquí –dijo–. Siempre que quiera verme podrá encontrarme ahí dentro. Un día de éstos nos daremos una vuelta en mi bote. Hasta luego.

Dyar se quedó solo en la bulliciosa plaza. Desde el extremo más alejado, a través de los árboles, llegaba el sonido de tambores con el ritmo complicado y sincopado de los bereberes de las montañas. En una calle que salía del Zoco encontró un pequeño restaurante italiano donde comió pasablemente. Dominando su impaciencia por callejear de nuevo en busca del Bar Lucifer, se tomó un café *espresso* y fumó dos cigarrillos antes de levantarse y marcharse. No tenía sentido llegar allí demasiado temprano.

Estuvo deambulando monte abajo hasta llegar a una calle que pensó que podía llevarle por buen camino. Las muchachas pasaban despacio en grupos, arracimadas como para protegerse, mirándole pero fingiendo no hacerlo. Era fácil distinguir a las chicas judías de las españolas, aunque tenían un aspecto semejante y vestían igual: las primeras, correteaban, retrocedían, tropezaban y se caían prácticamente por la calle, como si no tuvieran dominio de sí mismas, sin gracia alguna. Las musulmanas avanzaban como grandes montones de ropa blanca, con ojos que miraban desde lo alto. Delante de él, bajo una farola, una multitud de niños y adultos se agolpaba en torno a dos jóvenes enfurecidos que se agarraban el uno al otro por las solapas. La postura era tan forzada como la imagen congelada de una coreografía. Se miraban con odio, mascullaban insultos, gruñían y hacían gestos amenazadores con la mano libre. Dyar les observó un momento; no se intercambiaron ningún golpe. De pronto, uno se soltó de un tirón. El otro salió disparado perdiéndose de vista y, cuando todavía no se habían acallado los comentarios de los mirones, regresó de alguna parte acompañado de un policía: el procedimiento clásico. El agente de la autoridad dispersó a la multitud y, dando golpecitos muy suaves en brazos y espaldas con su porra blanca, llegó hasta donde estaba Dyar. Este se le quedó mirando: llevaba un

uniforme de soldado americano y un casco metálico pintado de blanco. En una cartuchera de cuero, también blanca, llevaba un revólver cuidadosamente envuelto en papel de seda, a modo de regalo de navidad. Como un granjero que arrea a sus caballos de tiro, el policía iba murmurando suavemente a los mirones «Eh. Eh. Eh. Eh». La gente se fue dispersando poco a poco, en tanto que los dos contendientes se habían perdido ya entre el gentío.

Dyar siguió avanzando despacio por lo que consideraba la dirección correcta. Todo lo que necesitaba era un punto de referencia y estaría en camino. Un olor dulzón a incienso surgía de las sederías hindúes; una familia entera de bereberes se agazapaba a la sombra de una montaña de naranjas, cantando mecánicamente el precio de un kilo. Y entonces, de pronto, empezaron las calles oscuras, y los pocos puestos que quedaban abiertos eran minúsculos y estaban iluminados por lámparas de carburo o velas. Detuvo a un hombre vestido a la europea y preguntó: «¿Bar Lucifer?» La posibilidad de que lo conociera era remota y, realmente, no esperaba recibir una respuesta útil. Pero el hombre gruñó señalando el camino por donde Dyar acababa de pasar. Le dio las gracias y continuó. Era bastante cómico perderse así; le daba una extraña sensación de seguridad: la de que en aquel preciso instante nadie en el mundo podía encontrarle de ninguna manera. Ni su familia, ni Wilcox, ni Daisy de Valverde, ni Thami, ni Eunice Goode, ni Mme. Jouvenon, ni —pensó finalmente— la legación americana. Al recordar los dos últimos nombres se desanimó un poco. En aquel momento se hallaba más lejos de ser libre que el día anterior a la misma hora. La idea le horrorizaba; era inaceptable. El día anterior a aquella hora salía del Palacio Beidaoui de buen humor. Se había producido el episodio de los gatos que, ahora que lo pensaba, guardaba alguna relación con ese buen humor. Resultaba disparatado, pero era cierto. Mientras caminaba, sabiendo cada vez menos dónde estaba, repasó sus recuerdos de la víspera volviendo hacia atrás, como en una película vista al revés. Cuando llegó al frío jardín con el banco de piedra donde se sentó en medio del viento, supo que había dado con el escenario. Había ocurrido estando allí. Lo que Holland dijo le había puesto en marcha para sentir, más que para pensar, pero Holland no había dicho bastante, no había llegado hasta el final. «Aquí estoy y va a ocurrir algo».

Aquello no tenía relación. A Holland le dijo: «Y usted también va a morir, pero entretanto, come». Ninguna relación en absoluto y, sin embargo, todo estaba conectado. Todo formaba parte de lo mismo.

La fría llovizna caía con olor a fresco. Luego arreció, cayendo con más brío. Llevaba la gabardina puesta. Si llovía muy fuerte se mojaría, pero daba igual. Desde hacía un rato las calles estaban casi vacías. «Estoy en los suburbios», pensó. «Los pobres se van a la cama pronto». Los lugares por los que pasaba eran como los tortuosos pasillos de los sueños. Era imposible considerarlos calles, o callejones siquiera. De vez en cuando había huecos entre los edificios, eso era todo; unos se abrían hacia otros huecos y otros no. Si encontraba la serie de conexiones correcta podía llegar de un sitio al siguiente, pero sólo atravesando los propios edificios. Y los edificios parecían haber nacido como plantas, caóticos, sin mirar a ningún lado, cargados de tejados, surgiendo unos sobre otros. A veces oía pisadas que resonaban cuando alguien atravesaba uno de aquellos túneles abovedados y a menudo el sonido desaparecía sin que la persona llegara a ser visible. Había montones de basura y desperdicios por todas partes, gatos cuyos maullidos enfurecidos arañaban el aire, y ese omnipresente olor acre de la orina. Se quedó inmóvil un momento. Desde lejos, a través de la lluvia que caía, llegaba como flotando el sonido de campanas. Era el reloj de la iglesia católica de los Siaghines que señalaba un cuarto de hora. Ante él se oía el débil rugido del mar rompiendo contra los acantilados de debajo de las murallas. Parado allí, se sorprendió a sí mismo haciéndose las mismas preguntas que se había hecho al comienzo del día; «¿Qué hago aquí? ¿Qué va a ocurrir?» Ni siquiera intentaba llegar al Bar Lucifer; aquello lo había abandonado. Estaba tratando de liberarse. Lo cual quería decir que su gran problema en aquel momento era escapar de su jaula, descubrir la salida del atrapamoscas, pulsar esa cuerda de su interior que liberaría esas cualidades capaces de transformarle en víctima o en triunfador.

—Es un mal negocio —se susurró a sí mismo. Había salido a buscar a Hadija y, en lugar de hacer todos los esfuerzos por encontrar el sitio, llevaba más de una hora dando tumbos por callejones pestilentes y oscuros como en el que estaba ahora. Si tan mal andaba, entonces había llegado el momento de

ocuparse de sí mismo. ¿Pero de qué modo? Resultaba reconfortante decir que uno se iba a ocupar de sí mismo. Ello implicaba la posibilidad de provocar un cambio por la fuerza. Pero entre decirlo y hacerlo mediaba un abismo del que no te librarían todo el conocimiento, la fuerza y la valentía que pudieras poseer. Por ejemplo, al día siguiente por la noche, sentado después de la cena en el piso de los Jouvenon, que tendrían algún pequeño plan de acción preparado para él, estaría aún más encantado. A cada momento su situación le resultaba más absurda e insostenible. No sentía deseos de hacer esa clase de trabajo ni ningún interés en ayudar a Mme. Jouvenon ni a su causa.

Sin embargo, estaba bien tener el dinero; resultaba cómodo poder tomar un taxi cuando llovía, cuando estaba uno cansado y deseaba volver a casa; era agradable ir a un restaurante y mirar primero a la parte izquierda del menú; le divertía entrar en una tienda y comprar un regalo para Hadija. (La caja con la pulsera formaba un bulto en el bolsillo de la gabardina.) Era preciso elegir. Pero la elección estaba ya hecha y sentía que no había sido él quien había elegido. Por eso le costaba considerarse moralmente implicado. Podía, desde luego, abstenerse de aparecer a cenar la noche siguiente, pero no serviría de nada. Le encontrarían, exigirían explicaciones y probablemente le amenazarán. A lo mejor podía devolver el dinero cambiando los cheques de viaje, depositando otra vez los cien dólares en la cuenta y firmándole un cheque a Mme. Jouvenon por quinientos. Todavía no era demasiado tarde para hacerlo. O tal vez sí: a ella le bastaba con negarse. El cheque estaba cobrado; era un hecho, constaba en los archivos del banco.

De repente se le ocurrió que podía hasta cierto punto compensar el daño que había hecho informando a la legación americana. Se rió en voz baja. Se metería en un lío y, además, se acabaría el dinero. Sabía que era la acción propia de una víctima. Típico: una víctima siempre se rendía si se había atrevido a cambiar de condición social. Pero, por un momento, la perspectiva le resultó atractiva.

En aquel momento quería salir de aquel montón de basura, volver a su hotel y meterse en la cama. Dirigiéndose hacia el rumor del mar se figuraba que llegaría a algún camino seguro que le conduciría por el interior de las murallas. Esto le llevaría al puerto. Aunque la cosa resultó ser más



complicada de lo que había pensado, finalmente se las arregló para bajar a las calles más anchas. Por allí había hombres charlando; estaban siempre deseando señalar el camino para salir del barrio marroquí, incluso cuando llovía a cántaros y, a menudo, sin que se lo preguntaran. Su hostilidad básica hacia los no musulmanes se manifestaba claramente en este aspecto. «Se sale por aquí», gritaban los niños en todas las lenguas que conocían. Era como una cantinela. Y, cuando te metías otra vez te decían: «por ahí no se puede ir».

Salió a la calle principal, que pasa frente a la gran mezquita. Un poco más allá, sobre las murallas, estaba encaramado el Castle Club (Abierto Toda la Noche... Los Mejores Vinos y Licores... Fabulosas Atracciones... Ernesto's Hawaiian Swing Band) a través de cuyas ventanas abiertas se desparramaba la voz de un tenor alto gimiendo por un micrófono.

A partir de allí, el camino era recto y sin protección del viento marino. Veinte minutos más tarde se hallaba lanzando maldiciones ante la puerta del Hotel de la Playa, tocando la campanilla y dando golpes a los cristales de la puerta cerrada en su intento de despertar al marroquí que dormía en una tumbona al otro lado. Cuando por fin le abrió la puerta, éste le miró con gesto de reproche diciendo «*Sí, sí, sí*». En su casillero había una nota con la llave. Se fue a su habitación, se despojó de la ropa mojada y se metió tras el tabique para darse una ducha caliente. No había agua caliente. Se frotó con la toalla y se puso el albornoz. Sentado en la cama, abrió la nota. «¿Dónde diablo estás?», decía. «Estaré ahí a las nueve mañana por la mañana. Jack».

Dejó el papel en la mesilla de noche y se metió en la cama después de cerrar la ventana. Por el sonido adivinaba que iba a llover demasiado para dejarla abierta.

3

## LA ERA DE LOS MONSTRUOS

Por la noche el viento y el tiempo cambiaron trayendo un cielo luminoso y una luna brillante. En su cama del Atlantide, Wilcox achacaba su insomnio a una indigestión. Sus sueños eran turbulentos y fragmentarios; tenía que salir de un portal a una calle atiborrada de gente que fingía no prestarle atención; pero él sabía que entre los viandantes se ocultaban los hombres que le esperaban. Arrastrándole por detrás, le empujaban a un callejón oscuro y no había nadie que le pudiera ayudar. Cada vez que despertaba se encontraba boca arriba, respirando con dificultad y el corazón latiéndole irregularmente. Por fin encendió la luz y se puso a fumar. Medio sentado en la cama y mirando la habitación, que parecía demasiado iluminada, se tranquilizó razonando que nadie había visto a Dyar en su oficina y que, por tanto, nadie podría saber, cuando saliera de la tienda de Ramlal, que llevaba el dinero. Pero para mirar la situación con claridad, se obligó a sí mismo a reconocer que la banda de Larbi disponía de medios para descubrir las cosas. Desde el momento en que supo que el temido El Kebir había regresado de su breve temporada en la cárcel de Port Lyautey –le había alcanzado a ver por la calle la misma tarde que dejó a Dyar a solas en la oficina– el miedo de que uno de ellos pudiese descubrir la relación de Dyar con él había sido su principal preocupación. Pero esta vez había sido realmente circunspecto; no creía que supieran nada. Lo único importante era hacerlo deprisa. Cada hora que pasaba, ellos tenían más probabilidades de enterarse del plan. Tal vez no había sido prudente ir en persona al Hotel de la Playa para dejar la nota; hubiera sido mejor limitarse a seguir llamando toda la noche hasta encontrar a Dyar. A lo mejor, por casualidad, los ingleses habrían empezado a tener

sospechas. Empezó a imaginar toda clase de cosas sintiendo a cada momento menos sueño. «Ese maldito *zabaglione*», pensó. «Demasiado cremoso». Se levantó para tomarse un Soda-mint. Cuando se hallaba ante el armario de medicinas sacó también una pastilla de Gardenal, pero la dejó, pensando que le podía hacer dormir demasiado, y no se fiaba de que le despertaran desde recepción. De vez en cuando se embarullaban, y al día siguiente era imprescindible levantarse a las ocho. Volvió a la cama y se puso a leer el editorial del *Herald* de París.

Fue más o menos a esta hora cuando Daisy de Valverde se despertó sintiéndose inexplicablemente nerviosa. Luis se había marchado a Casablanca por unos días en viaje de negocios y, aunque la casa estaba llena de criados, nunca dormía bien cuando estaba sola. Aguzó los oídos para ver si había sido un ruido repentino lo que le había despertado: sólo se oía el rumor interminable del mar contra las rocas, tan abajo que resultaba como una caracola que nos acercamos al oído. Abrió los ojos. La habitación estaba bañada por la brillante luz de la luna. Entraba desde poniente, pero la luminosidad del claro cielo de la noche sobre el agua alcanzaba a todas partes. Se deslizó fuera de la cama y fue a asegurarse de que la puerta del pasillo estaba cerrada. Así era; volvió a la cama y se echó encima otra manta. Le torturaba la fantasía de que había estado abierta y, al ir a comprobar, se había abierto lo justo para dejar ver al otro lado un moro gigantesco, andrajoso y con barba que le miraba malignamente por las aberturas de sus ojos. Iba a cerrar la puerta de un golpe pero descubría que el hombre había introducido su enorme pie por la abertura. Ella empujaba con todas sus fuerzas, pero...

«¿Es que nunca voy a madurar?», pensó. «¿Nunca se llegaba a una etapa en la que se tuviera dominio completo sobre uno mismo, para pensar lo que uno deseaba pensar y sentir lo que se deseaba sentir?».

Thami regresó tarde a casa. El considerable número de pipas de kif que había compartido con sus amigos en el café durante la tarde le había vuelto un poco descuidado, así que hizo bastante ruido mientras se quitaba la ropa. El niño se despertó y comenzó a gemir. El kif, en vez de conducirlo, a través de una breve región de visiones al mundo de los sueños, le había desvelado y

quitado la respiración. Durante las horas de la madrugada escuchó todas las llamadas al rezo procedentes del alminar de la cercana mezquita de Emsalah. Oyó también, cada media hora, los cánticos con que se tranquilizaba a los creyentes; cada vez que la voz, como una flecha, surcaba el aire tranquilo, se producía una explosión de cantos de gallo en torno suyo. Por fin, las aves se negaron a volver a dormir y el alboroto se convirtió en algo permanente en lo alto de los tejados de las casas. Instintivamente, al acostarse, Thami había puesto el cheque de Eunice bajo la almohada. Al amanecer consiguió dormir una hora. Cuando abrió los ojos, su mujer iba descalza de un lado para otro y el niño lloriqueaba de nuevo. Miró la hora y gritó: «¡El café!». Quería estar en el banco antes de que abrieran.

Dyar durmió irregularmente durante un rato; tenía la mente cargada de vagos pensamientos. Hacia las cuatro se levantó; se sentía muy despejado y percibía la luminosidad exterior. El aire de la habitación estaba viciado. Se acercó a la ventana, la abrió y se asomó; escudriñó los perfiles de las colinas del otro lado del puerto, iluminados por la luna: había una hilera de cipreses negros y una casa, como un minúsculo cubo blanco y luminoso, a medio camino entre la estrecha playa y el cielo, en mitad del descampado pardo en la ladera. Todo ello parecía pintado con esmero. Volvió a la cama y se metió entre las cálidas sábanas. «Esto no marcha», se dijo; si iba a seguir sintiendo aquello, era preferible seguir siendo una víctima. Por lo menos se sentiría él mismo, mientras que en aquel momento era demasiado consciente de la presión de esa presencia extraña, que clamaba por ser liberada. «No marcha. No marcha». Se sentía desgraciado, y cambió de postura. Al poco rato, el aire fresco que entraba por la ventana le hizo dormir. Cuando volvió a abrir los ojos, la habitación vibraba de luz. El sol había salido, enorme y claro en el cielo de la mañana, y su luz venía aumentada por el mar y proyectada contra el techo donde se movía como fuego. Salió de la cama de un salto, se plantó junto a la ventana, se estiró, se rascó, bostezó y sonrió. Si uno se levanta temprano, pensó, se puede uno subir a bordo del día y viajar tranquilamente; si no, el día le deja a uno atrás y es preciso irlo empujando a medida que se avanza. Pero se haga lo que se haga, uno desemboca siempre junto al día en la oscuridad, una y otra vez. Dyar se puso a hacer ejercicios gimnásticos ante

la ventana abierta. Durante años había vivido sin ser percibido, sin percibirse él mismo; acompañando los días mecánicamente, exagerando el esfuerzo y el aburrimiento de la jornada para dormir por la noche y sacando del sueño la energía necesaria para pasar al día siguiente. Por lo general no se molestaba en decirse a sí mismo: «No hay más que esto, ¿por qué merece la pena pasar por todo?» Presentía que no había manera de contestar a la pregunta. Pero en aquel momento le parecía haber encontrado una respuesta simple: por la satisfacción de ser capaz de pasarlo. Desde cierto punto de vista esa satisfacción no era nada, pero si lo considerabas de otro modo, lo era todo. Al menos, eso sentía aquella mañana y como resultaba bastante insólito, le maravillaba la solución.

La nitidez del aire y la fuerza del sol le hicieron silbar en la ducha y advertir luego mientras se afeitaba, que tenía mucho apetito. Wilcox llegó a las nueve y cinco, llamó con fuerza a la puerta y se sentó en la silla que había junto a la ventana.

–Bueno, hoy es el gran día –dijo tratando de parecer indiferente y jovial a un tiempo–. No me apetecía nada levantarme tan pronto. Pero es mejor dejar hechas estas cosas lo más rápido posible.

–¿Qué cosas? –preguntó Dyar asomando la toalla mientras se secaba la cara.

–El dinero de Ashcombe-Danvers ya está aquí. Tú lo vas a llevar desde la tienda de Ramlal hasta el Crédit Foncier. ¿Recuerdas?

–¡Oh! –una complicación más para el día. No parecía alegrarse y Wilcox lo advirtió.

–¿Qué pasa? ¿Los negocios interrumpen tu vida social?

–No, no. No pasa nada –dijo Dyar peinándose ante el espejo–. Simplemente no entiendo por qué me has cogido para chico de los recados.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Wilcox irguiéndose en el asiento–. Ha quedado entendido desde hace diez días que ibas a tomar el relevo en el negocio. Has armado un escándalo para empezar a trabajar. ¡Y ahora, para una cosa concreta que te encargo, no entiendes por qué lo hago! ¡Te he pedido que lo hagas porque me será una gran ayuda! ¡Por eso!

–De acuerdo, de acuerdo. No he puesto ningún reparo, ¿no?

Wilcox parecía más calmado.

–Por Dios, es que tienes una actitud tan extraña respecto a todo el asunto...

–¿Tú crees? –Dyar estaba iluminado por el sol, mirándole desde arriba mientras se peinaba–. Puede que todo el asunto sea un poco extraño.

Wilcox estuvo a punto de hablar. Entonces, pensándolo mejor, decidió dejarle continuar. Pero algún gesto de su rostro debió de alertar a Dyar porque, en lugar de seguir adelante y referirse a las restricciones sobre moneda inglesa como pretendía, dejó que Wilcox adivinara que con «extraño» quería decir «ilegal» –pues Wilcox parecía pensar que ignoraba por completo incluso ese detalle– y se limitó a decir:

–Bueno, no será mucho tiempo, de todos modos.

–Cinco minutos –dijo Wilcox poniéndose en pie–. ¿Has tomado un café?

Dyar respondió que no con la cabeza.

–Vámonos, entonces.

–¡Dios mío, qué sol! –exclamó Dyar cuando salían del hotel. Era la primera mañana despejada que veía, creaba un mundo nuevo a su alrededor, era como surgir a la luz del día después de una noche interminable–. ¡Respira este aire! –dijo, mientras apoyado con una mano en el tronco de una palmera, miraba a la playa y olfateaba de manera audible.

–¡Por todos los demonios, vámonos! –vociferó Wilcox insistiendo en llevar un paso lo más rápido posible. Dejaba que su impaciencia corriera con él. Dyar le alcanzó y le dirigió una mirada de curiosidad; no sabía que Wilcox fuese tan nervioso. En su empeño por dar grandes zancadas, Wilcox pisó un excremento de perro y resbaló cayendo de bruces sobre la acera. Mientras se levantaba, antes incluso de estar de pie, dijo a Dyar gruñendo–: Vamos, ¡ríete, hombre! ¡Maldita sea, ríete! –Pero Dyar parecía simplemente preocupado. No había modo de reírse en una situación así. (El ver de pronto a un ser humano privado de su dignidad no le parecía básicamente más ridículo y absurdo que el constante esfuerzo que exigía el mantenimiento de esa dignidad, o que la misma condición de ser humano en un mundo que se le antojaba innegablemente inhumano.) Pero aquella mañana, para ser agradable, sonrió mientras ayudaba a limpiarse el abrigo a Wilcox.

–¿Se me ha pegado algo? –preguntó Wilcox.

–No.

–Bueno, vamos, maldita sea.

Se detuvieron a tomar un café en el sitio donde Dyar había desayunado el día anterior, pero Wilcox no se sentó.

–No tenemos tiempo.

–¿Tenemos? ¿Adónde vas tú?

–Volveré al Atlantide en cuanto me cerciore de que vas. Realmente camino de la tienda de Ramlal, y no de la playa para tomar el sol.

–Estoy en camino. No te preocupes por mí.

Se dirigieron a la puerta.

–Te dejo, entonces –dijo Wilcox–. ¿Lo has entendido todo bien?

–No te preocupes por mí,

–Sube al hotel cuando hayas terminado. Así desayunamos.

–Estupendo.

Wilcox subió la colina extenuado. Cuando llegó al Metropole se desnudó y se metió de nuevo en la cama. Le daba tiempo a echar una cabezada antes de que llegara Dyar.

Cuando caminaba por la Avenida de España, que bordea la playa, dirigiéndose a la parte antigua de la ciudad, Dyar empezó a barajar la idea de presentarse en la legación americana y contarles a ellos toda la historia de Madame Jouvenon. Pero, ¿quiénes serían «ellos»? Sin duda un tipo de lustrosa mandíbula, hijo de una familia influyente que al principio apenas le escucharía y empezaría luego a mirarle con cara de pocos amigos y a hacerle una serie de preguntas con voz fría, tomando nota de todas las respuestas. Se imaginaba su entrada en el impecable despacho, el cordial apretón de manos al tiempo que le ofrecían una silla frente al escritorio.

–Buenos días, ¿en qué puedo servirle?

La larga vacilación.

–Bueno, es un poco difícil de explicar. No sé muy bien cómo decírselo. Creo que me he metido en un lío.

El cónsul –o vicescónsul– le miraría escrutadoramente.

–¿Cree usted? –Silencio–. Tal vez convendría que empezara por decirme



su nombre. –Tras lo cual, le daría no sólo su nombre, sino que le contaría toda la estúpida historia de lo que había ocurrido el día anterior, a mediodía, en el Empire. El hombre parecería interesado, carraspearía, pondría la mano sobre la mesa y diría:

–En primer lugar, déjeme ver el cheque.

–No lo tengo. Lo he ingresado en el banco.

–¡Muy inteligente! –Irritado—. Nos ha complicado el trabajo diez veces.

–Bueno, es que necesitaba dinero.

La voz del hombre tomaría un timbre desagradable:

–¡Ah! Así que necesitaba dinero, ¿no? ¿Abrió una cuenta para sacarlo de ella, no es eso?

–Exacto.

¿Qué diría entonces?

–Y ahora le ha entrado el miedo y quiere asegurarse de no meterse en líos.

Dyar imaginaba su rostro enrojeciendo de vergüenza.

–Bueno, el hecho de venir aquí para contárselo debería probar que quiero obrar correctamente –respondería.

–Mr. Dyar, no me haga reír.

¿Adónde le llevaría una entrevista así? Aparte de convertirle en objeto de sospechas para el resto de su estancia en la Zona Internacional, ¿qué conseguiría exactamente la legación?

Cuando empezaba a subir la cuesta que conducía a la parada de taxis del Castle Club, pasó ante un portal donde un perro y un gato adultos retozaban perezosamente al sol. Se detuvo a mirar la escena un momento junto a los muchos transeúntes que asistían a ella con la misma sonrisa medio incrédula y satisfecha. Era como si el espectáculo sirviera como prueba de que la enemistad no era ineludiblemente la ley que gobernaba la existencia, de que al menos, se podía pensar en una suspensión de hostilidades. Subió por la calle bañada en el ardiente sol de la mañana, atravesó el Zoco Chico y llegó a la tienda de Ramlal. La puerta estaba cerrada. Volvió al Zoco, entró en el Café Central y telefoneó a Wilcox, zarandeado por todos los camareros desde la barra, junto a la máquina del café.

–¡Que no ha abierto todavía! –gritó Wilcox; luego enmudeció–. Bien –dijo finalmente–, estate por ahí hasta que llegue. Es todo lo que puedes hacer. –Volvió a callar–. ¡Pero, por Dios, no te quedes parado a la puerta de la tienda! Pasa por delante cada quince o veinte minutos y echa una ojeada rápida.

–De acuerdo, de acuerdo –Dyar colgó, pagó al obeso camarero y salió a la plaza. Eran las diez menos veinte. Si Ramlal no había abierto ahora, ¿por qué iba a ser más probable que abriera a las diez y media o a las once? «¡Al diablo!», pensó, y se puso de nuevo a caminar en dirección a la tienda.

Estaba cerrada aún. Para él, aquello resolvía el problema. Bajaría a la playa un rato y se tumbaría al sol. Era Wilcox quien le había dado la idea. Todo lo que tenía que hacer era volver allí un poco antes de las once y media, hora en que cerraban el Crédit Foncier. Pero antes se detuvo a tomar un café y unas tostadas con mantequilla y mermelada de fresa.

La playa era muy llana, ancha y blanca; dibujaba un semicírculo perfecto hasta llegar al cabo. Fue paseando por la franja de arena dura que la marea había descubierto; era un húmedo espejo que favorecía al cielo, intensificando su luminosidad. Cuando hubo dejado atrás la hilera casi kilométrica de cabinas y bares cerrados, se quitó los zapatos y los calcetines y se arremangó los pantalones. La playa había estado completamente vacía, pero ahora se aproximaban de frente dos personas y un burro. Cuando se acercaron más, vio que eran dos bereberes muy ancianas; iban vestidas como si hiciese un frío polar, con prendas de lana a rayas rojas y blancas. No le prestaron atención. Como allí no había colinas junto a la costa, soplaba una brisa penetrante que helaba cualquier superficie que estuviese a la sombra. Delante de él se veían ahora una serie de barquitas de pesca, varadas una junto a otra. Se acercó. Habían sido abandonadas hacía tiempo; la madera estaba podrida y los cascotes, llenos de arena. No había rastro de seres humanos en ninguna dirección. Las dos viejas y el burro habían salido de la playa, adentrándose por las dunas hasta desaparecer. Dyar se desnudó y se metió en un bote que había medio enterrado. La arena llenaba la proa y descendía de nivel en el centro de la barca formando un lecho perfecto y orientado hacia el sol.

Fuera, el viento soplaba; dentro no se sentía más que el martilleo abrasador del sol sobre la piel. Permaneció tendido un buen rato, intensamente consciente del agradable calor y sumido en un estado de voluptuosidad autoinducida. Cuando miraba al sol sus ojos se cerraban casi del todo y veía los entramados de un fuego cristalino que cruzaban lentamente el mínimo espacio existente entre los párpados abiertos, mientras sus pestañas hacían que los vellosos haces de luz crecieran, disminuyeran, o volvieran a crecer. Llevaba mucho tiempo tendido desnudo al sol. Recordaba que si uno permanecía así el tiempo suficiente, los rayos solares acababan por absorber todos los pensamientos de la cabeza. Eso era lo que quería, cocerse hasta quedar seco y duro, sentir cómo las nebulosas preocupaciones se iban evaporando una a una, saber finalmente que todas esas pequeñas y húmedas dudas y vacilaciones que cubrían el suelo de su ser se elevaban formando espirales y muriendo en el gran horno solar. Después se olvidó de todo esto, sus músculos se relajaron y dormitó despertándose de cuando en cuando para asomar la cabeza sobre la carcomida borda y mirar a un lado y a otro de la playa. No había nadie. Finalmente abandonó incluso esta actividad. Momentos después se dio la vuelta quedando boca abajo sobre la apretada arena y sintiendo cómo la capa abrasadora del sol se depositaba sobre su espalda. El rumor de las olas, suave y regular como el de unos cimbales, parecía la lejana respiración de la mañana; este sonido, tamizado por los innumerables compartimentos de aire, llegaba a sus oídos mucho después. Cuando se volvía para mirar directamente al cielo parecía más remoto que nunca. Sin embargo, se sentía muy cerca de sí mismo; tal vez porque, para sentirse vivo, lo primero que el hombre debe hacer es dejar de pensar que va a alguna parte. Es preciso detenerse del todo, olvidar todos los objetivos. Hay una voz que dice «espera», pero normalmente no la escuchamos, porque si le hacemos caso podemos llegar tarde. Por otro lado, si nos detenemos, tal vez al ponernos en marcha de nuevo descubrimos que vamos en una dirección distinta, lo que también resulta una idea aterradora. Porque la vida no es un acercarse o alejarse de algo; ni siquiera es un movimiento del pasado hacia el futuro, ni de la juventud a la vejez, ni del nacimiento a la muerte. El total de la vida no equivale a la suma de sus partes. Equivale a cualquiera de sus

partes; pero no hay suma. El adulto no está inmerso en la vida con mayor profundidad que el recién nacido; su única ventaja es que tiene ocasión alguna vez de tomar conciencia de la sustancia de esa vida y, si no es tonto, no buscará razones ni explicaciones. La vida no precisa ser clarificada ni justificada. Desde cualquier punto que enfoquemos la cuestión, el resultado es el mismo: la vida por la vida, el hecho trascendente del individuo vivo. Entretanto comemos. Así que él, tendido al sol y sintiéndose próximo a sí mismo, sabía que estaba allí y disfrutaba al saberlo. Podía fingir, si quería ser un norteamericano llamado Nelson Dyar, con cuatro mil pesetas en el bolsillo de la chaqueta que había dejado sobre el asiento de popa del bote, pero sabía que aquello era una parcela remota e irrelevante de la verdad completa. Ante todo, era un hombre tumbado en el interior de una barca destartada y cubierta de arena, un hombre cuya mano izquierda llegaba casi hasta dos centímetros del armazón caldeado por el sol; un cuerpo que desplazaba una cantidad de aire caliente de la mañana. Nada de lo que había pensado o hecho nunca había sido pensado o hecho por él, sino por un *miembro* de una gran multitud de seres que actuaban como lo hacían, sólo porque iban a alguna parte desde el nacimiento a la muerte. Ya no era miembro: habiéndose comprometido, no podía esperar ayuda de nadie. Pero si un hombre no iba a ninguna parte, si la vida era otra cosa enteramente distinta, si la vida era una cuestión de existir, durante un instante largo y continuo que era todo uno, entonces, lo mejor que podía hacer era recostarse y existir; y, ocurriera lo que ocurriera, todavía existía. Fuese lo que fuese lo que un hombre pensara, dijera o hiciera, el hecho de existir seguía en pie inalterado. ¿Y la muerte? Presentía que algún día, si lograba anticipar bastante su futuro, descubriría que la muerte tampoco cambiaba nada.

La agradable zambullida de ideas vagas en que se había sumergido su mente no le permitía ya mantenerse completamente inactivo. Haciendo un esfuerzo, levantó la cabeza un poco y giró la muñeca para ver la hora. Eran las doce y diez. Se levantó de un salto, se vistió rápidamente sin ponerse zapatos ni calcetines, y emprendió el regreso por la playa todavía desierta. Aunque caminó tan deprisa que acabó agotado y sin aliento, cuando llegó a los primeros edificios era la una menos cuarto. El Crédit Foncier estaba

cerrado; tendría que hacer el trabajo después de comer. Salió de la playa a la altura de su hotel, subió los escalones que daban a la calle y entró descalzo al vestíbulo. El niño de la recepción le entregó un mensaje. «Jack habrá estado telefoneando: debe andar como loco», pensó mientras miraba la nota. Pero decía «*Sr. Doan, 25-16. Inmediatamente*». Imaginando todavía que se la había enviado Wilcox en un intento frenético de dar con él, desde la oficina, desde su hotel, o desde otro lugar, dio el número al niño y permaneció junto al mostrador tamborileando con los dedos hasta que le pasaron la conexión.

Al coger el teléfono escuchó una voz masculina.

–Legación americana, dígame...

Colgó despacio y, sin dar explicación alguna al niño, fue a sentarse a un rincón donde se puso los calcetines y los zapatos. Después de anudar cuidadosamente la segunda lazada se recostó en la butaca y cerró los ojos. Bajo los dedos de cada mano sentía la madera suave y biselada del brazo del sillón. Pasó un camión despacio, petardeando. El vestíbulo olía ligeramente a cloruro de cal. Durante los primeros minutos no se sintió tranquilo ni preocupado; estaba paralizado. Luego, abrió los ojos y pensó triunfalmente: «Así que es esto». Y, acto seguido, por segunda vez aquel día, sintió que tenía muchísima hambre. No había trazado un plan de acción; quería comer, liquidar el asunto de Ramlal y decirle a Wilcox que estaba despachado. Después, si se sentía con ánimos, llamaría al señor Doan de la legación para averiguar qué quería. Le consolaba pensar que era seguro que la llamada estuviese relacionada con las tonterías de Mme. Jouvenon; de hecho, había momentos en que tenía la certeza casi total de que no tenía nada que ver. En cuanto a la cena en el apartamento de Mme. Jouvenon...

Se levantó de un salto y llamó a gritos al niño, oculto tras el mostrador.

–¡Un taxi! –gritó señalando al teléfono. Se dirigió a la puerta y se quedó mirando al fondo de la avenida; trató de tranquilizarse pensando que si hubieran tenido la intención de llevar el asunto con rigor, no hubieran empezado por telefonearle. Pero entonces recordó algo que Daisy le había dicho: la Zona era tan pequeña que la policía sabía echarle el guante a cualquiera en unas pocas horas. Los de la legación podían permitirse el lujo de esperar tranquilamente y ser educados, hasta ver por lo menos cómo iba a

reaccionar.

El taxi se acercó deslizándose por la calle lateral, procedente de la ciudad, y se detuvo junto a la entrada. Dyar se apresuró a entrar en él e inclinándose sobre el asiento de delante le hizo dirigirse por la Avenida de España hasta el pie de la Medina.

El día avanzaba; la ciudad yacía acariciada por el aire caluroso y limpio. Era más o menos mediodía y en la colina, en la rosaleda de Villa Hespérides, Daisy de Valverde se dedicaba un poco a quitar hierbas. Cuando el esfuerzo le resultó excesivo hizo que le llevaran junto a la piscina un colchón de goma y allí se tumbó en bañador. Había muy pocos días como aquél en Tánger durante el invierno. Cuando Luis volviera de Casablanca hablaría con él de nuevo seriamente sobre Egipto. Todos los años, desde que terminó la guerra, habían pasado parte del invierno en El Cairo, Luxor o Wadi Halfa, pero éste, entre unas cosas y otras, no habían tenido la energía necesaria para ponerse en marcha. Ella, entonces, había intentado en el último momento conseguir una habitación en el Mamounia de Marrakech y, al resultar imposible, se le había ocurrido apropiarse de la reserva de Mme. Werth, razonando que en cualquier caso, era probable que aquella dama enfermiza no estuviera en condiciones de utilizarla cuando llegase el momento. Aquel pequeño proyecto se había visto, naturalmente, frustrado por el exasperante comportamiento de Jack Wilcox.

«Es un verdadero encanto», se dijo; no pensaba en Wilcox, sino en Dyar. Se levantó, entró en la casa y tocó el timbre para que acudiese Mario.

–Llama por teléfono al Hotel de la Playa –dijo.

Wilcox había vuelto al Atlantide, se había desnudado y metido en la cama. Allí, a pesar de la ansiedad que le producía la transferencia de esterlinas para Ashcombe-Danvers, se había sumido en un profundo sueño, agotado finalmente por la noche en vela que había pasado. Se despertó a la una y veinticinco (justo en el momento en que Dyar entraba en la tienda de Ramlal), miró la hora y, enfurecido, llamó abajo para averiguar lo que había sucedido. Cuando algo marchaba mal solía ser culpa de uno de los empleados de recepción.

–¿He recibido alguna llamada? –preguntó. El joven no sabía; acababa de

empezar el turno a la una—. ¡Pues mire en el casillero! —Vociferó Wilcox. El joven, desconcertado, empezó a leerle los recados que había para la habitación de abajo—. ¡Dios bendito y todopoderoso! —gritó Wilcox; se vistió y bajó a la recepción para comprobarlo por sí mismo. El casillero estaba vacío. No había nada que hacer, así que le echó un rapapolvo al botones y fue al bar a sentarse con cara melancólica ante un whisky. De vez en cuando emitía un gruñido en respuesta a la intermitente charla del barman, mientras pensaba en la posibilidad de que Dyar hubiera venido, y le hubieran dicho en recepción que Mr. Wilcox se había ausentado.

Sudando un poco tras su rápida escalada desde el puerto, Dyar pasó del amarillo resplandor de la calle a la oscuridad de la tienda. El joven Ramlal estaba leyendo un periódico; las piernas le colgaban desde la gran mesa que constituía la única pieza de mobiliario de la minúscula habitación. Cuando levantó la cabeza, los rasgos de su terso semblante no expresaron de manera alguna que le hubiera reconocido, pero saltando al suelo le dijo:

–Buenos días. Le esperaba antes.

–Pues he venido dos veces, pero estaba cerrado.

–Ah, era demasiado pronto. ¿Quiere un cigarrillo?

–Gracias.

Al tiempo que lanzaba el encendedor sobre la mesa, el hindú prosiguió.

–Le he estado esperando. Comprenderá que no puedo dejar el paquete aquí, y no quería llevarlo conmigo para ir a comer. Si no hubiera venido usted habría seguido esperando. Así que ya se puede imaginar que me alegro de verle. –Sonrió.

–¡Ah! –exclamó Dyar–. Siento haberle tenido esperando.

–No tiene importancia, no tiene importancia. –Ramlal, satisfecho de haber conseguido que se disculpara, sacó una llave de su bolsillo del pantalón y abrió un cajón de la mesa. De él extrajo una gran caja de cartón donde se leía: «Cónsul. Veinte latas de cincuenta. Una Combinación de los Mejores Tabacos Madurados en Virginia».

–Yo no le recomendaría que lo contara aquí –dijo–. Pero aquí está.

Abrió la caja y Dyar vio los tacos de papel blanco y fino. Entonces la cerró rápidamente como si un segundo más de exposición a la atmósfera y a



la luz pudiera echar a perder su delicado contenido. Dejando su delgada y oscura mano extendida protectoramente sobre la caja, Ramlal prosiguió:

—Por supuesto que han sido contados por mi padre en Gibraltar y de nuevo por mí, anoche. Por lo tanto le aseguro que hay exactamente mil ochocientos billetes de cinco libras en la caja. Si desea contarlos ahora, me parece muy bien, pero... —Volvió a sonreír moviendo los brazos expresivamente hacia el gentío que pasaba por la calle a muy pocos metros—. Nunca se sabe, ¿comprende?

—¡Qué diablos! No importa —dijo Dyar tratando de parecer amigable—. Confío en su palabra. Y, si hay algún error ya sabemos dónde encontrarle, supongo.

El otro, ligeramente ofendido al oír la última frase, se volvió para sacar un gran pliego de papel de envolver satinado, azul y blanco, con las palabras «Galleries Lafayette» impresas transversalmente a intervalos regulares. Con destreza de profesional hizo un estupendo paquete y lo ató con un trozo de cuerda blanca e impoluta.

—Aquí tiene —dijo, retrocediendo y haciendo una ligera reverencia—. Y cuando escriba a Mr. Ashcombe-Danvers, por favor, no deje de transmitirle los saludos de mi padre y presénteles mis respetos.

Dyar le dio las gracias y salió a la calle sujetando con fuerza el paquete. Bueno. Ya está hecha la mitad, pensó. Cuando hubiera terminado de tomar algo, el Crédit Foncier estaría abierto. Subió atravesando el Zoco de Fuera para dirigirse al restaurante italiano donde había cenado la noche anterior. Los fajos de billetes, grandes, blancos y sobados no tenían la menor apariencia de dinero; el color del dinero era el verde, y los billetes de verdad, pequeños y prácticos. No era una sensación nueva llevar en sus manos una gran suma de billetes que no le pertenecía, así que la idea de su responsabilidad no le provocó un excesivo nerviosismo. En el restaurante, dejó el paquete en el suelo, cerca de los pies y lo miraba de vez en cuando durante la comida. Aquel día más que ninguno, pensó, le hubiera gustado ser libre, alquilar un pequeño descapotable, tal vez, y salir al campo con Hadija; o, todavía mejor, subirse en un tren y viajar sin detenerse hasta el interior de África, hasta el final de la línea. ¿Y desde allí? África era un lugar grande y

presentaría sus propias seducciones. Incluso se habría contentado con otra peregrinación a la playa, pero esta vez se habría metido en el agua y habría hecho un poco de ejercicio. Pero en vez de esto, tendría ocupada la mejor parte de la tarde con visitas al Crédit Foncier y al Hotel Atlantide; y, en cuanto Wilcox supiera que el dinero estaba seguro en el banco, le echaría en cara algo y le gritaría. Decidió decirle que había ido a la tienda y la había encontrado cerrada tres veces, en lugar de dos.

Pocos minutos después de las dos se levantó, cogió el paquete y pagó la cuenta a una voluminosa *patronne* que había detrás de la barra y junto a la puerta. Al salir a la brillante luz del sol se compadeció de sí mismo un poco por las obligaciones que tenía en una tarde así. En el Crédit Foncier, las puertas se encontraban abiertas. Dyar entró en la triste penumbra de la sala abierta al público. Tras el enrejado de acero de las ventanillas, se veía a los contables sentados en altos taburetes ante sus caóticas mesas de trabajo. Empezó a subir la desportillada escalinata de mármol, pero un marroquí uniformado le hizo bajar.

–El señor Benzekri –dijo Dyar. El empleado le dejó seguir, pero siguió mirándole con recelo.

Las paredes amarillentas del pequeño despacho estaban desfiguradas por manchas de óxido que se extendían monstruosamente desde el techo hasta el suelo. El señor Benzekri se hallaba sentado en un enorme sillón negro y tenía un aspecto aún más triste que cuando se lo presentaron en el Café España. Mientras habría la caja agitaba la cabeza muy despacio de arriba a abajo, como diciendo: «Y ahora, esto. Más papeles que contar y que ocuparse de ellos». Pero al ver los fajos cuidadosamente atados, levantó la cabeza con brusquedad para mirar a Dyar.

–¿Billetes de cinco libras? No podemos aceptarlos.

–¿Qué? –El tono elevado de su propia voz sorprendió a Dyar–. ¿Qué no puede aceptarlos? –Se veía a sí mismo embarcado en una serie interminable de viajes entre el irascible Wilcox y el sonriente Ramlal. Sin embargo, Benzekri parecía muy sosegado.

–Los billetes de cinco libras, como sabrá, son ilegales aquí. –Dyar estuvo a punto de interrumpirle, de alegar su ignorancia, pero Benzekri estaba

envolviendo ya la caja en su papel azul y blanco y proseguía—: Chocron se lo cambiará. Él le dará pesetas, y nosotros le daremos libras a cambio. Porque indudablemente, Mr. Ashcombe-Danvers quiere libras en su cuenta. Perderá el doble en el cambio, pero lo siento. Este valor es ilegal en Tánger.

Dyar no había salido de su perplejidad.

—Pero, ¿qué le hace pensar que este hombre...? —se quedó dudando.

—¿Chocron?

—... ¿Qué le hace pensar que va a comprar billetes ilegales?

Una suave y fugaz sonrisa, rozó los melancólicos labios de Benzekri.

—Los aceptará —repuso tranquilamente, y se recostó en la silla mirando hacia adelante como si Dyar se hubiera marchado ya. Pero, entonces, cuando Dyar recogía el bien envuelto paquete, añadió—: Espere —y se inclinó para garabatear unas palabras en un cuaderno, arrancó la hoja y se la entregó—. Dele esto a Chocron. Vuelva antes de las cuatro. Cerramos a esa hora. La dirección está en la parte superior de papel. —«De mucho me va a servir», pensó Dyar. Dio las gracias al señor Benzekri, bajó las escaleras y salió al Zoco Chico. Estaban bajando el toldo a rayas de la terraza del Café Central para proteger a los clientes del sol de la tarde. Se aproximó a un policía marroquí que había apostado majestuosamente en el centro de la plaza y le preguntó cómo llegar a la calle Sinagoga. Por lo que pudo deducir de los gestos del agente, estaba cerca: subiendo por la calle principal y luego a la izquierda. Toda esperanza de ir a la playa se había desvanecido. El siguiente día soleado como aquél podía venir al cabo de dos semanas; era imposible saberlo. Maldijo en silencio a Ramlal, a Wilcox y a Ashcombe-Danvers.

La oficina de Chocron se hallaba al final de un tramo de escaleras, en un cuchitril desordenado que sobresalía sobre la estrecha calle. Chocron, anciano de barba cana y aspecto distinguido y luciendo una larga túnica negra y el gorro con que se tocaban los judíos más provecos de la comunidad, sonrió al leer la nota de Benzekri. Sus conocimientos de inglés, sin embargo, eran prácticamente nulos.

—Enseñar —ordenó señalando el paquete. Dyar lo abrió.

—Sentarse —sugirió Chocron, mientras sacaba los fajos de la caja y empezaba a contar billetes rápidamente humedeciéndose el dedo de vez en

cuando con la punta de la lengua. «Este y Benzekri estarán compinchados», pensó Dyar preocupado. De todos modos, el valor de la libra en pesetas estaba señalado en numerosos tablones a cada paso a lo largo de la calle: el tipo de cambio no podía ser muy distinto. O tal vez sí, siendo las libras ilegales. Incluso si los billetes hubieran tenido curso legal en Tánger, su mera presencia allí se debía a una violación de la ley. No existía la posibilidad de recurrir a ninguna autoridad, fuese cual fuese el cambio que Chocron y Benzekri optaran por aplicar. Abajo, en la calle, los gritos sostenidos de un vendedor de caramelos que pasaba por delante, sonaban como cánticos religiosos. Los expertos dedos del señor Chocron seguían repasando los bordes de los billetes. De vez en cuando levantaba uno, lo ponía contra la luz que entraba por la ventana y lo observaba entornando los ojos. Cuando terminaba con un manojo, lo volvía a atar meticulosamente. No miraba nunca a Dyar. Por fin, metió de nuevo todos los fajos en la caja y, dando la vuelta al papel que Benzekri le había mandado, escribió: «138 pesetas». Empujó la hojita sobre la mesa hacia Dyar y le miró. Aquello era un poco más de la cotización de la calle, que oscilaba entre las 133 y 136 pesetas por libra. Desconfiando y haciendo muecas y gestos, Dyar le preguntó:

—¿Qué hace usted con este dinero? —Al parecer, Chocron comprendía más inglés del que hablaba—. Palestina —repuso lacónicamente señalando a la ventana. Dyar se puso a multiplicar ciento treinta y ocho por nueve mil, nada más que por entretenerse. Después, escribió las cifras uno-cuatro-dos y devolvió el papel a Chocron para ver su reacción. Este se lanzó a hablar en español dejando claro que no tenía la intención de llegar tan alto. Entre el torrente de palabras Dyar entendió el nombre de Benzekri; eso, y la idea de que ciento cuarenta y dos pesetas era demasiado por una libra fue todo lo que comprendió del monólogo. Sin embargo, el juego le estaba animando. Si se quedaba sentado tranquilamente, pensó, Chocron subiría su oferta. Tardó un rato. Chocron sacó un cuaderno de un cajón y empezó a hacer una serie de complicados ejercicios aritméticos. Al cabo de un rato, extrajo una cajita de plata e inhaló una pizca de rapé por cada ventanilla de la nariz. La volvió a guardar con parsimonia y continuó su trabajo. Dyar esperaba dando golpecitos con la punta del pie derecho en el suelo de baldosín rojo a un ritmo

marcial. Allí se podía cambiar el precio de cualquier cosa, había insistido Wilcox, si se sabe cómo; y las principales virtudes del asunto eran el ser paciente y un aire de indiferencia. (Recordó la anécdota de Wilcox sobre el campesino marroquí que se había pasado cinco minutos regateando en una oficina de correos para conseguir un sello de setenta y cinco céntimos a sesenta, marchándose muy ofendido al ver que el funcionario se negaba a ello.) En aquel caso la indiferencia era más que fingida; no tenía ningún interés por ahorrarle a Ashcombe-Danvers unos cientos de pesetas. Era un juego, nada más. Trató de imaginar lo que sentiría en aquel momento si el dinero fuese suyo. Probablemente no tendría valor para atreverse a regatear en absoluto. Existía una diferencia entre jugar con dinero que no era real y dinero que sí lo era. Pero en aquel punto nada era real. Aquel cuartucho atiborrado de muebles viejos, el hombre con barba y vestido de negro que tenía ante él haciendo números mecánicamente en el cuaderno, la luz dorada de la tarde que se iba, los sonidos íntimos de la calle al otro lado de la ventana; todo aquello se hallaba bañado por una inexplicable provisionalidad que lo despojaba de la familiar sensación tranquilizadora contenida en la idea de realidad. Sobre todo, era consciente de lo absurdo de su propia situación. Ya no le cabía la menor duda de que la llamada de la legación americana estaba relacionada con un posible interrogatorio acerca de Mme. Jouvenon. Si hacía caso omiso de la llamada y de la invitación a cenar, al día siguiente le estarían buscando de los dos lados.

Cada día que pasaba, Dyar se había ido sintiendo más apartado del mundo; era inevitable que en algún momento hiciera un esfuerzo voluntario para meterse de lleno otra vez en él. Para poder creer plenamente en la realidad de las circunstancias con las que un hombre se encuentra, tiene que sentir que guardan alguna relación, por lejana que sea, con otras situaciones conocidas. Si no puede descubrir esta conexión, se halla aislado del exterior. Pero, puesto que su sentido interior de la orientación depende para su exactitud del funcionamiento correcto –al menos a su juicio–, del mundo exterior, hará cualquier reajuste, conscientemente o como sea, para restablecer el equilibrio. El hombre es un instrumento que pugna por adaptarse a una nueva realidad exterior y tiene que volver a enfocar más o

menos esos contornos familiares. Ahora, lo exterior estaba muy lejos: tan lejos que la pata de la mesa de Chocron podía ser un objeto visto por telescopio desde un observatorio. Tenía la sensación de que si hacía un esfuerzo terrible podría provocar un cambio: o bien desaparecía la pata de la mesa o, si permanecía, él sería capaz de comprender lo que su presencia significaba. Contuvo la respiración. A través de la consiguiente sensación de mareo, escuchó la voz de Chocron diciendo algo que no tenía sentido.

–*Ciento cuarenta. Mire.*

Le estaba enseñando un papel. Con la sensación de estar levantando un peso tremendo, Dyar levantó la vista y vio unos números escritos al tiempo que percibía dentro de sí que se estaba produciendo una vasta e irresistible agitación.

–¿Cómo? –preguntó. Chocron había escrito «140».

–De acuerdo.

–Un minuto –dijo Chocron; se levantó, cogió la caja del dinero, se metió en otra habitación y cerró la puerta.

Dyar permaneció inmóvil. A través de la ventana miraba la pared del edificio de enfrente. El temblor se estaba deteniendo; los principales estratos habían cambiado de posición, y su nuevo asentamiento parecía más confortable. Era como si de su ángulo visual hubieran retirado algo, un algo que había sido un obstáculo para descubrir cómo cambiar la escena externa. Pero desconfiaba de toda aquella serie de experiencias íntimas que se había adueñado desde su llegada allí. Estaba acostumbrado a largos períodos de intolerable aburrimiento jalonados por pequeñas crisis de irritación; aquellas violentas perturbaciones dentro de él no parecían parte de su vida. Más bien formaban parte de aquel lugar absurdo en que se encontraba. Sin embargo, si el entorno podía afectarle de aquel modo, más valía que se acostumbrase a los efectos y aprendiese a enfrentarse con ellos.

Cuando volvió, Chocron traía la caja, pero ahora, los billetes que contenía eran más pequeños, de un verde parduzco y violeta, y había menos. Depositó la caja sobre la mesa y, sin sentarse, escribió en su cuaderno para que Dyar los viera: «1.260 de 1.000 pesetas».

–Contar –dijo.

Tardó un buen rato, aunque la mayoría de los billetes estaban nuevos y crujían.

Bueno, muy bien, pensó al terminar. Veinticinco mil doscientos dólares, más o menos, y nadie que te detenga. Te pueden marchar sin más. Miró a Chocron un instante con curiosidad. Nadie más que Wilcox. Era cierto. Pero Wilcox solo; sin la policía. Dios mío, qué situación, pensó. Casi merece la pena jugar, simplemente por la gracia de hacerlo.

No prestó mucha atención al apretón de manos de Chocron ni a la empinada escalera por la que descendió a la calle. Caminaba despacio, recibiendo empujones de aguadores y ancianas judías de chales a rayas; tenía la vista fijada en la acera, no pensaba. Pero sentía el papel glaseado que envolvía la caja y sabía que Chocron la había envuelto cuidadosamente, que de nuevo era un paquete de las Galeries Lafayette. Pasó por un gran arco bajo el que unos marroquíes pregonaban la venta de plátanos y toscas cristalerías; a la izquierda reconoció el café de Thami.

Cuando se asomó por la puerta, la radio no sonaba. El café se hallaba a oscuras y tuvo la impresión de que estaba prácticamente vacío.

—*¿Quiere algo?* —preguntó el *qahuayi*.

—No, no. —En el aire flotaba el aroma del humo del kif. Una mano le sujetó por el brazo presionando suavemente. Se dio la vuelta.

—Hola —dijo Thami.

—¡Qué tal! —Era casi como ver a un viejo amigo, no sabía por qué; tal vez se debía a que había estado solo durante todo aquel día que le parecía interminable—. No pensé que estarías aquí.

—Ya le dije que estoy aquí siempre.

—¿Y para qué tienes una casa?

Thami torció el gesto y escupió.

—Para ir a dormir cuando no hay otro sitio.

—¿Y una mujer? ¿Para qué tienes una esposa?

—Para lo mismo. Siéntese. Tome un vaso de té del bueno.

—No puedo. Tengo que irme. —Miró la hora: eran las cuatro menos cuarto—. Tengo que irme rápidamente. —Hasta el Crédit Foncier no tardaría más que tres o cuatro minutos, pero quería estar seguro y llegar antes de que

cerraran la verja de hierro.

–¿Va para arriba o para abajo?

–Al Zoco Chico.

–Le acompañaré.

–De acuerdo. –No quería que Thami fuese con él, pero no había manera de evitarlo y, de todos modos, podrían tomarse algo después.

Mientras caminaban, Thami se miró con desprecio los pantalones que estaban muy arrugados y manchados de grasa.

–Mi ropa vieja –indicó, señalándose–. Muy vieja. Para trabajar en la lancha.

–¡Ah! ¿Compraste el bote ese?

–Claro que sí. Le dije que lo iba a hacer –dijo sonriendo–. Ahora ya lo tengo. Mister Thami Beidaoui, *propietario* de una lancha vieja. Una lancha muy vieja, pero rápida.

–¿Rápida? –repitió Dyar sin prestar atención.

–No sé lo rápida que es, pero corre más que las barcas de pesca que hay allí abajo. Bueno, ya sabe, es una lancha vieja. No puede correr como una nueva.

–No. Desde luego.

Pasaron ante la tienda de Ramlal. Estaba cerrada. Ramlal había añadido seis pilas para transistor a la colección de plumas estilográficas, juguetes de celuloide y relojes de pulsera. Pasaron el Gran París, con un caos de gabardinas en el escaparate. Era siempre difícil navegar por el Zoco Chico; había siempre grupos de personas hablando inmóviles como rocas marinas en torno a las cuales la gente surgía en todas direcciones. Cuando llegaron a lo que Dyar creía la entrada del Crédit Foncier, situada en lo alto de unas escaleras y entre dos cafés, comprobó que incluso la entrada al patio exterior estaba franqueada por dos grandes puertas cerradas.

–No es aquí –dijo mirando inquieto de arriba a abajo de la plaza.

–¿Qué busca? –preguntó Thami, tal vez ligeramente enfadado de que Dyar no le hubiera dicho con precisión adónde iba y qué encargo tenía. Dyar no respondió; le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de que aquello era el Crédit Foncier y que estaba cerrado. Corrió escaleras arriba y zarandó la



verja, la golpeó; no sabía si le oirían entre el vasto murmullo de voces que entraba flotando desde el zoco.

Thami subió despacio las escaleras con aire de desaprobación.

–¿Por qué quiere entrar? ¿Quiere ir al banco?

–Ni siquiera son las cuatro menos cinco. No puede estar cerrado.

Thami le sonrió compasivamente.

–¡Ah! ¿Usted se cree que esto es América? ¿Que la gente anda mirando la hora todo el tiempo para ver si son exactamente las cuatro, o exactamente las diez? Hoy pueden abrir hasta las cuatro y veinte, mañana pueden cerrar la puerta a las cuatro menos diez. Como les viene mejor, ya sabe usted. Hay días que se tiene mucho trabajo. Otros no mucho.

–¡Maldita sea, tengo que entrar! –Dyar siguió golpeando en la verja y gritando—. ¡Eh!

Thami estaba acostumbrado a estas urgencias por parte de los extranjeros. Sonrió.

–Puede venir mañana por la mañana.

–¡Al diablo mañana! Tengo que entrar ahora.

Thami bostezó y estiró los brazos.

–Bueno, aunque me gustaría ayudarle, no puedo hacer nada.

Golpear la puerta y gritar parecía bastante inútil. Pero Dyar siguió haciendo las dos cosas hasta que un marroquí muy delgado con una escoba en la mano surgió de una esquina del patio y se le quedó mirando entre las rejas.

–*¡Ili firmí!* –dijo indignado.

–¡El señor Benzekri! ¡Tengo que verle!

–*Ili firmí, m'sió* –repitió y, dirigiéndose a Thami–: *Qul-la rhadda fi Sabah.*

Pero Thami no se dignó contestar al barrendero; volvió al zoco bajando la escalera y gritó a Dyar:

–¡Vamos! –Al ver que éste permanecía en la verja tratando de discutir con el hombre, se sentó en una silla próxima de la acera para esperar a que terminara. Al poco rato, Dyar bajó a unírsele murmurando entre dientes:

–El muy hijo puta ni siquiera quiere ir a llamar a Benzekri de mi parte.

Thami se echó a reír.

–Siéntese. Tómese una copa. Le invito. –Se les había acercado un camarero.

Dyar se dejó caer en una silla.

–Tráigame un White Horse. Sin agua –dijo.

Thami pidió las bebidas. Miró a Dyar y se volvió a reír. Alargó el brazo y le dio una palmada en la rodilla.

–No se ponga tan serio. Nadie se va a morir porque no vaya al banco hoy en lugar de mañana. Puede ir mañana.

–Sí –dijo Dyar. Incluso mientras lo decía, estaba pensando: legalmente, el dinero pertenece a quien lo tenga. Y lo tengo yo.

–¿Necesita dinero? –preguntó Thami de improviso–. ¿Cuánto? Yo le doy algo de dinero. ¿Cuánto quiere?

–No, gracias, Thami. Te lo agradezco. Eres un buen tipo. Pero déjame pensar. Únicamente necesito meditar un minuto.

Thami guardó silencio hasta que trajeron el whisky. Entonces volvió a hablar sobre un inglés que había conocido. El inglés le había invitado a ir a Xauen, pero por alguna razón, se habían producido dificultades en la frontera. Nunca muy receptivo, Thami no se daba cuenta de que Dyar seguía encerrado en sí mismo planteando y rechazando posibilidades.

–*A votre santé, monsieur* –dijo Thami levantando el vaso y aguardando.

–Sí –dijo Dyar–, sí. –Y, levantando la mirada de pronto, añadió–: Muy bien. *Prosit*. –Vació el vaso. Interiormente pensaba: «Si Ramlal hubiera recibido el dinero ayer por la mañana en vez de anoche, yo estaría fuera de peligro. Ninguna legación andaría preocupada por mi llamada. Ni habría Mme. Jouvenon. ¡Maldita Mme. Jouvenon!» No se daba cuenta de lo ilógico que era su razonamiento en este punto, lo inextricablemente unido que estaba su compromiso con esa mujer y la decisión que acababa de tomar.

–Vámonos de aquí –Dyar se puso en pie. Lo repentino de la frase y el tono en que la pronunció hizo que Thami levantase la vista hacia él, perplejo.

En la calle, mientras bajaban hacia el puerto, Dyar empezó a hablarle en secreto, pegando la boca al oído de Thami.

–¿Sabes llevar esa lancha?

–Bueno...

–No sabes. De acuerdo. ¿Conoces a alguien que pueda llevarla? ¿El tipo de quien la compraste? Él sabe llevarla, ¿no? ¿Dónde se le puede encontrar ahora?

–¿Que dónde se le puede encontrar ahora?

–Sí. Ahora mismo.

–Vive en Dradeb.

–¿Dónde está eso?

–Bueno, ya sabe –dijo Thami, complaciente–. Se va por el Zoco de Fuera hasta Bu Araquía. Pasado el cementerio musulmán, se llega a Cuatro Caminos...

–¿Podemos ir allí en taxi?

–¿En taxi? No necesitamos un taxi. Podemos ir andando. En taxi cuesta quince pesetas.

–Pero podemos ir en taxi, ¿no?

Thami, cada vez más sorprendido, dijo que sí.

–¡Vamos! –gritó Dyar corriendo hacia la parada de taxis situada al pie de las murallas. Thami le seguía, riendo y protestando. Por fin el americano se estaba comportando como un americano. Llegaron al pie de la colina. Dyar miró la hora. Las cuatro y diez. Me alegro de haber pensado en ello, se dijo Dyar.

–Hotel de la Playa –dijo al conductor.

Si resultaba que Wilcox estaba esperándole en el hotel, todavía tendría una coartada. Chocron le había retenido tanto que cuando llegó al Crédito Foncier, se hallaba cerrado, así que tuvo que regresar enseguida para guardar el dinero hasta el día siguiente. Wilcox podría llevárselo o dejarlo, como prefiriera. Pero si volvía al hotel más tarde, y se encontraba por casualidad a Wilcox, no habría manera de justificar el tiempo que había transcurrido entre las cuatro y la hora en que llegaran allí. «Si te limitas a hacer cada cosa según viene y mantienes la calma, conseguirás hacerlo. Si te pones nervioso la has fastidiado del todo», se decía.

El sol se había ocultado tras los altos edificios de la colina, pero iluminaba todavía los cargueros anclados en el puerto, cuya pintura blanca se tornaba anaranjada con la luz. Tras ellos, sobre un acantilado, se veía la torre

encalada del faro de Malabata.

Al llegar al hotel, dejó a Thami esperando en el taxi. Con el paquete bajo el brazo, saltó del coche y entró en el vestíbulo. No había señales de Wilcox. Estupendo; pero el momento más peligroso sería cuando Dyar bajara de la habitación. Incluso entonces, podría decir que se le había ocurrido guardarlo en una de las maletas, y luego decidió dárselo al recepcionista para que lo metiera en la caja fuerte del hotel. El muchacho le dio la llave y un aviso de llamada que guardó en el bolsillo sin leerlo. Subió corriendo por la escalera. El aire de la habitación estaba cargado y varios grados más frío que el del exterior. Puso un maletín sobre la cama y metió en él rápidamente la maquinilla de afeitar, la crema, las hojas, el cepillo de dientes, la pasta, el peine y cuatro pañuelos. A continuación, abrió la caja y colocó los fajos de billetes entre los artículos de aseo. Quedaba espacio todavía para un par de calzoncillos. La puerta estaba cerrada; si Wilcox llamaba en aquel momento, le quedaría tiempo para sacar el dinero y lanzar el maletín dentro del armario. Se metió la mano en el bolsillo para comprobar si llevaba el pasaporte, la cartera y los cheques de viaje. Metió una bufanda de lana y un par de guantes en el bolsillo del abrigo y se lo colgó del brazo; cerró el maletín, giró la cerradura Sesamee hasta dejarla en triple cero y volvió a mirar en torno a la habitación. Entonces, con una cautela que le parecía absurda incluso en aquel mismo momento, quitó el pestillo a la puerta y la abrió. El pasillo estaba vacío. Por la ventana que había al final veía las lejanas dunas de detrás de la playa; sus sombras se extendían hacia el puerto sobre la superficie de arena. En la radio del piso de arriba sonaba música flamenca, pero en el vestíbulo y en la escalera no se oía nada.

–Nos vamos –susurró, y bajó las escaleras deprisa. Wilcox no estaba en la recepción. El taxi no se había movido. Le dio la llave al botones y salió del hotel—. Adiós, Hotel Playa –dijo en voz baja.

–Ahora, dile la dirección al taxista.

–¿Del *yilali*? –Thami estaba desconcertado, pero como sabía que estaba sucediendo algo, tenía toda la intención de seguir el juego hasta satisfacer su curiosidad, tanto por lo que Dyar se traía entre manos, como por la posibilidad de sacar tajada de lo que fuera. Se inclinó hacia el chófer y le dio

las complicadas instrucciones.

–¡Venga! ¡Vámonos ya! –gritó Dyar mirando nervioso por la avenida de España–. Eso lo puedes decir por el camino.

El taxi reculó y se metió por la calle que subía hacia la colina. Ahora, el sol poniente les daba directamente sobre la cara; Dyar se puso unas gafas negras y se volvió a Thami.

–¿Cuánto pagaste por la lancha?

Thami tragó saliva sin saber qué decir.

–¿Quién, yo? –preguntó, como hubiera hecho cualquier marroquí en circunstancias similares; luego, recordando que aquella actitud era la más idónea para irritar a cualquier americano, le dijo rápidamente el único precio que se le ocurrió, que fue el verdadero.

–A ver qué te parece esto –dijo Dyar–: me alquilas la barca esta noche por dos mil quinientas pesetas y yo te doy otro tanto para que vengas conmigo y te encargues de que yo llegue a donde quiero ir. Seguirás teniendo la lancha y, además, cinco mil pesetas.

Las emociones que suscitaba en Thami la insólita situación le empujaban aún más a abandonar sus modos de pensar europeos. La buena suerte, como la mala, desciende directamente desde Alá hasta quien la recibe; el intermediario no tiene importancia más que como palanca que contribuye a obtener la máxima bendición.

–No tengo dinero para *gasolina* –objetó Thami.

Para cuando hubieron llegado a la bulliciosa calle principal del suburbio de Dradeb, habían logrado un acuerdo sobre los principales puntos financieros: el *yilali* seguía siendo un factor incierto, pero Thami era optimista.

–Le diré que setecientas cincuenta; subiremos hasta mil si es necesario –dijo contando con darle sólo el cincuenta por ciento. Pero no sería tan fácil de conseguir pues, con sus cinco mil pesetas, pensó, el *yilali* no sentía una necesidad perentoria de dinero.

El taxi se acercó a la acera deteniéndose ante una tienda de comestibles. Thami saltó del coche, desapareció por uno de los tenebrosos callejones, regresó para hacer pesquisas en la tienda y subió corriendo por la calle

principal. El chófer salió también y se fue en la otra dirección. A solas en el taxi, sin prestar atención a las miradas inquisitivas de los transeúntes, Dyar se puso a sus anchas saboreando las primeras, aunque pequeñas, delicias del triunfo. Resultaba ya de por sí bastante agradable el tener a Thami correteando por ahí fuera, desviviéndose por ayudarlo.

Entonces se acordó del mensaje que le había dado el chico del hotel. Lo sacó del bolsillo y encendió la luz interior del coche. «*Llame Vd. al 28-01*», decía; era el número de Daisy de Valverde. Con el maletín en la mano, salió del coche y se metió en la tienda de comestibles. Ahora la calle estaba bastante oscura y dentro sólo había una vela, aparte de la débil luz azulada que todavía entraba por la puerta. Había un susi sentado plácidamente tras el mostrador, con los ojos casi cerrados. Dyar vio el teléfono sobre una caja de cartón, detrás de una nevera rota de Coca-Cola. Era un teléfono de disco: menos mal. Tuvo que encender una cerilla para ver los números.

Sorprendentemente, fue la propia Daisy quien lo cogió.

—¡Ah, malvado! —dijo ella—. ¿Te dieron mi recado? Llamé hace horas. ¿Puedes venir a cenar? Una cena sin cumplidos, muy íntima, diría yo incluso. Luis está en Casablanca. Yo, en la cama. Pero no estoy realmente enferma. Sólo es la ciática. Estaremos tú y yo solos; me encantaría que pudieras venir. ¿Hacia las siete? Y así charlamos. Será maravilloso verte, querido.

Dejó el dinero de la llamada en el mostrador; el *susi* sacudió la cabeza hacia delante una vez. Cuando Dyar entró en el taxi, el conductor estaba de nuevo al volante, abriendo un paquete de cigarrillos. Lo de Daisy parecía una solución perfecta para el problema de la cena; le mantendría completamente alejado de las calles, fuera de la ciudad.

Al poco rato vio que Thami se acercaba al taxi. Venía alguien con él. Abrió la puerta y se asomó dentro.

—Le he encontrado —anunció, satisfecho del arreglo económico que había concluido viniendo de la casa del *yilali*.

—Estupendo. Ahora, vamos a tu casa —dijo Dyar—. Métele delante y vámonos.

El *yilali* se llamaba Zaki, era un hombre desaliñado de treinta y cinco años —es decir, aparentaba cincuenta—, que necesitaba urgentemente un

afeitado; a Dyar su aspecto le recordaba el de un extra de una película de piratas.

–¿Entiende algo de inglés? –preguntó a Thami.

–¿Este hombre? ¡Ja! ¡Ni siquiera entiende español! –respondió Thami con aire triunfal–. ¿Verdad, amigo? –preguntó al *yilali*.

–¿*Chnu*? –preguntó éste sin volverse.

La calle donde Thami vivía se iba llenando progresivamente de baches y de charcos cuya profundidad era imposible de calcular; de pronto el taxista se detuvo y anunció que no avanzaba más. A esto siguió una discusión que llevaba trazas de prolongarse. Dyar salió del coche y exploró la calle con disgusto. Las casas estaban destartadas, algunas con el segundo piso todavía en construcción, y sus puertas principales daban directamente sobre el barro de la calzada, donde no había sitio para las aceras. Dyar llamó a Thami con impaciencia.

–Mira, dile que espere aquí. ¡Corre! –Sin embargo, el taxista, tras cerrar el coche con llave, insistió en acompañarle.

–Dice que le debemos ya sesenta y cinco pesetas –confió Thami. Dyar respondió con un gruñido.

Thami entró el primero para quitar de enmedio a su mujer mientras que los demás esperaban fuera en la oscuridad.

–Usted, quédese aquí –dijo Dyar al taxista, que parecía satisfecho en cuanto hubo visto en qué casa iban a entrar.

Thami volvió a la puerta enseguida y les hizo señas de que entraran; luego les condujo por un patio que estaba a oscuras hasta una habitación estrecha donde había una radio encendida. El colchón que había pegado a la pared estaba cubierto por un pobre brocado verde y amarillo; sobre él colgaba un grupo de grandes fotografías con marcos dorados de hombres en *gandura* y fez. Había tres despertadores –todos funcionando– sobre un armario colgado de la pared en un extremo de la habitación, pero cada uno marcaba una hora distinta. Debajo, sobre una repisa, había una hilera de vasos de papel, polvorientos pero sin usar, colocados con esmero para que alternaran con una serie de figuritas de escayola que representaban a Papa Noel; más abajo, la pared estaba empapelada a los dos lados con varias docenas de

prospectos en color, todos iguales, cada uno con la fotografía de un enorme cepillo de dientes con mango plástico azul brillante. «*DENTOLINE, LA BROSSE A DENTS PAR EXCELLENCE*», decía una y otra vez. La radio, puesta al máximo volumen estaba en el suelo junto a un rincón. Un Kulzúm lanzaba un torturado lamento y, tras su voz, la orquesta balbuceaba quejumbrosa.

–¡Siéntese! –gritó Thami a Dyar, y se arrodilló para bajar un poco el volumen de la música. Al acercarse al colchón, Dyar se dio en la frente con la bombilla que pendía al extremo de un largo cable desde el centro del techo.

–Lo siento –dijo mientras la bombilla se balanceaba locamente de un lado a otro. El *yilalí* se había quitado los zapatos en la puerta y estaba ya sentado en un extremo del colchón, con las piernas recogidas bajo él y oscilando un poco de un lado para otro al compás de la música.

Dyar gritó a Thami por encima del *yilalí*.

–¡Eh! ¡Deja ya el funeral! ¿Quieres? Tenemos mucho que hablar, y no hay demasiado tiempo.

Del silencio que siguió surgió el grito de un niño en la habitación contigua. Dyar empezó a hablar.



¿Qué significaba –se preguntó Daisy– ser lo que sus amigos llamaban una mujer enérgica? Aunque pretendían que lo pareciese no conseguían que sonase a epíteto halagador; ella lo sabía. Era una crítica negativa. Si se dice de una mujer que es enérgica, se quiere decir que obtiene lo que quiere de un modo demasiado directo, que no es bastante mujer, que es obstinada, poco delicada. Resultaba casi tan insultante como decir de un hombre que tiene un carácter débil. Pero sus amigos íntimos habían tomado la costumbre de utilizar la palabra abiertamente para describirla. «Me lo dicen a la cara», pensó con una mezcla de resentimiento y satisfacción. Era como si, aceptando esa mentira contemporánea de que las mujeres deben tener los mismos objetivos y capacidades que los hombres, supusieran que todas las cualidades que significaban una virtud en el hombre eran igualmente deseables en una mujer. Pero cuando escuchaba la palabra «enérgica», utilizada en relación con ella, aun sabiendo que era perfectamente cierto y que carecía de intención de menosprecio, se sentía inmediatamente como una especie de poco agraciada bestia depredadora, y la sensación no le gustaba. Había algunas desventajas muy concretas que se ligaban al hecho de ser así clasificada: en cualquier situación en que sería natural esperar un gesto de inquietud por su bienestar procedente de los varones del grupo, eran siempre las demás mujeres quienes recibían la atención. La opinión general, a veces manifestada en alta voz, era que Daisy sabía cuidarse de sí misma. ¿Y cuántos maridos se marchaban dejando solas a sus mujeres durante cinco o seis días en la casa con los criados? Y no era que le molestara estar a solas; por el contrario, era más bien un descanso para ella, ya que nunca recibía

gente cuando Luis no estaba. Pero el hecho de que diera por sentado que a ella no le importaría... por alguna razón, esto le irritaba, aunque no podría encontrar una explicación lógica para su enojo. «Probablemente no se pueden tener las dos cosas a la vez», se decía, por lo menos una vez, durante cada una de sus ausencias. Cuando una mujer se pasa la niñez a lomos de un caballo, cabalgando con sus cuatro hermanos por una *estancia* de veinte mil hectáreas, es natural que se convierta en la clase de mujer en que se había convertido ella, y difícilmente se puede esperar que los hombres se sientan protectores con una. De hecho, a menudo ocurría más bien lo contrario; a veces descubría que sus amigos varones buscaban en ella apoyo moral, y ella siempre lo brindaba sin vacilar, aun sabiendo que, al hacerlo, se alejaba cada vez más de la posición privilegiada que se espera de una mujer moderna respecto a sus amistades del sexo opuesto.

La mayoría de los amigos de Daisy eran hombres: hombres como ella; y ella se enorgullecía de saber cómo manejarlos. Sus dos primeros maridos habían muerto, el primero le dejó una hija, y el segundo, una fortuna considerable. A la pequeña la había abandonado más o menos al cuidado de la familia de su padre, en Buenos Aires; la fortuna la había conservado. Sin nada que hacer en Londres, y a falta de nada mejor, decidió recorrer el mundo sin ninguna prisa. El viaje duró tres años y terminó en otoño de 1938, en el sur de Francia, donde se instaló en una casita en Saint-Paul du Var, plenamente consciente de su soledad y con la sensación de que, a pesar de todo, su vida no había comenzado aún.

Fue en el «Palm Beach» de Cannes donde conoció a Luis, un español delgado e increíblemente moreno que lucía una capa de ópera y la manejaba con la misma arrogancia que un torero su muleta; que era maleducado con todo el mundo sin llegar a ser realmente ofensivo; que empleaba un lenguaje increíblemente obsceno y, con todo, conseguía en gran medida seguir siendo un caballero. Poseía una serie de fincas enormes en Andalucía que tenía muy pocas esperanzas de recuperar, incluso en el caso de que Franco fuese capaz de poner fin a la resistencia republicana.

—¡Son todos idiotas! —bramaba dirigiéndose al casino en pleno—. ¡Los españoles son capaces de comer mierda! —Poco a poco, Daisy se sorprendió

pensando con admiración en este hombre extraño que se jactaba de no haber leído jamás un libro y era incapaz de escribir una palabra, aparte de su firma. Domaba caballos con la misma destreza que el gaucho más experimentado, era un buen tirador, como ella, y en su carácter no existía rastro de sentimentalismo ni condescendencia. Era seco, duro e impersonal como una roca; en cierta ocasión ella le dijo que le recordaba ciertos paisajes de Andalucía. Pero seguramente no estaba preparada para su reacción, que fue inmediata y de una contundencia asombrosa. Volviéndose a mirarla con la violencia de quien acaba de ser insultado le gritó:

–¡Eso es una declaración de amor! –La cogió entre sus brazos y empezó a hacerle el amor con tal brutalidad que Daisy lanzó un grito y le dio una bofetada. El incidente había tenido lugar en el bar del Carlton, ante numerosas personas, y, tras unos momentos de vergüenza y furia en el tocador de señoras –donde se refugió cuando él quiso soltarla– volvió con él y se disculpó por su comportamiento. Esperaba, naturalmente, que él hiciera lo mismo. Pero Luis se echó a reír, pagó al camarero y se marchó.

Después, cada vez que se encontraban –lo que era inevitable en Cannes– le preguntaba si seguía admirando el paisaje de Andalucía tanto como de costumbre. Hubiera sido una violación de su código el hacer otra cosa que admitirlo. Sus respuestas le producían una inmensa satisfacción.

–¡Aaah! –exclamaba con deleite–. *Ya ves* –pues se habían acostumbrado a hablar en español entre ellos. El poseía una pequeña mansión en Le Cannet, atiborrada de muebles y cuadros que había conseguido sacar de España, y Daisy se acercaba a veces en el coche a última hora de la tarde para hacerle una visita. Como era cosa sabida que vendía un cuadro de vez en cuando para seguir viviendo, el día en que ella vio un Goya que le causó especial admiración, no dudó en preguntarle el precio. El marqués de Valverde se dejó llevar por una extraña cólera.

–¡Andalucía no está a la venta! –vociferó.

–No seas absurdo –dijo Daisy–. Te daré un buen precio por él. Necesitas el dinero.

Pero su anfitrión continuó lanzando denuestos y diciendo que preferiría romper el Goya a patadas antes que dárselo, por elevada que fuese la suma

que estuviese dispuesta a pagar. Adivinando que toda aquella vehemencia, aunque del todo sincera, no era más que parte de ese orgullo anormalmente desarrollado que gobierna la conducta del campesino o el aristócrata español, Daisy le hizo una audaz sugerencia.

–Me gusta el cuadro –dijo–, si no me lo vendes tendrás que regalármelo.  
–El marqués sonrió complacido.

–Todo lo que hay en mi casa es tuyo, sólo con que lo pidas –repuso él. Su amistad comenzó en ese momento. Aquel hombre era magnífico, concluyó Daisy, y no fue una sorpresa que de amigos inseparables se convirtiesen pronto en apasionados amantes. Ella tenía poco más de treinta años y su rostro irradiaba una belleza saludable y áspera que armonizaba perfectamente con su escultórica figura. Era inevitable que un hombre como Luis se enamorase de ella, que al hacerlo encontrase en su carácter mucho más de lo que había imaginado y que, por tanto, decidiese casarse con ella para poseerla por completo. También era inevitable que en cuanto la hubo añadido a su lista de posesiones dejara de amarla; pero Daisy contaba con ello y no le importaba, porque sabía al mismo tiempo que hiciese lo que hiciese, nunca dejaría de admirarle, y estaba segura de retenerle, lo que para ella –mujer eminentemente práctica– era al fin y al cabo su principal preocupación.

A Daisy, pues, no le cogieron de sorpresa las primeras infidelidades de Luis. Tras una boda muy sencilla en la iglesia de Saint Paul du Var, cerraron sus respectivas casas y siguiendo el consejo del banquero de Daisy, enviaron las propiedades más valiosas de Luis a Río. «Los banqueros judíos saben siempre dónde va a haber una guerra», argumentó Daisy. «Puedes confiar plenamente en ellos». Se fueron a Brasil, vino la guerra y permanecieron allí hasta que terminó. Luis empezó con una bailarina de cabaret, continuó con varias camareras, una tal *Senhora* de Cunha... y Daisy nunca dijo una palabra que indicase que lo sabía. Luis era lo suficiente perspicaz como para darse cuenta de que ella no podía evitar descubrir sus indiscreciones pero, le importase o no, él iba a seguir con ellas y los dos lo sabían; así que el asunto quedó siempre sin mencionar, como por un acuerdo mutuo. Durante algún tiempo cuando fueron a Tánger acabada la guerra por vez primera, no hubo ninguna más. Daisy sabía que aquello no era más que un intervalo de

tranquilidad y que terminaría pronto. Cuando comenzaron sus viajes de negocios a Casablanca, lo comprendió. Ni siquiera ahora tenía la menor idea de quien era, ni –se repetía continuamente– le importaba demasiado. Sin embargo, siempre se sorprendía a sí misma haciendo un esfuerzo por descubrir quién era la mujer y, en lo posible, conocerla, porque cada vez pensaba que ello le daba la llave de otra cámara de la misteriosa personalidad de Luis. Cuanto más supiera sobre sus amantes, más sabría sobre él. Educada en un mundo de latinos, Daisy consideraba que la promiscuidad era tan correcta en el hombre como incorrecta en la mujer. El plantearse siquiera la posibilidad de tener ella un amante le hubiera parecido escandaloso. Para una mujer decente no había más alternativa que su marido, y, puesto que estaba tan firmemente decidida en este punto, se permitía una conducta que a otras mujeres de carácter menos resolutivo les parecía a menudo sumamente cuestionable. Su reputación entre los miembros femeninos de la colonia inglesa no era todo lo buena que podía ser, precisamente porque sabía dónde estaba y se podía permitir libertades que hubieran resultado desastrosas para la mayoría de las mujeres. Como se conocía a sí misma, se respetaba, y, como conocía a los demás, no les tenía ningún respeto; de este modo, daba poca importancia a lo que murmurasen sobre ella. ¿Qué pensarían –se preguntaba– sino lo peor, de enterarse que había invitado a aquel joven americano a Villa Hespérides en ausencia de Luis? Y, allí en la cama, mientras intentaba metódicamente desenterrar sus motivos, sintió un minúsculo escalofrío de aprensión. ¿Se hallaba por completo a salvo de sí misma con respecto a aquel joven? Dyar era bastante inofensivo; sonrió al recordar su ingenuidad, su aparente inocencia del mundo y la impresión que le causaba de completo desamparo ante ello. Sin embargo, incluso el elemento más inocuo en sí mismo, podía resultar peligroso al encontrarse con otro diferente. Al pensar en esto le surgieron algunas pequeñas dudas al respecto. «¿O es que tengo realmente esperanzas de que ocurra algo y con esto lo único que hago es tratar de castigarme?» Era difícil saberlo. Alcanzó el botón del timbre, que se hallaba sobre la mesa, entre un caos de frascos de perfume y de medicinas, y lo pulsó. Una criada llamó a la puerta.

–Dile a Hugo que suba.

–Ah, Hugo –dijo cuando éste apareció–. Si suena el teléfono esta noche mientras está aquí Mr. Dyar, diga que he salido a cenar y que no sabe dónde estoy, ni a qué hora volveré.

Cuando el criado cerró la puerta, Daisy salió de la cama con un ligero gesto de dolor –más bien porque lo preveía que porque lo sintiera– y cruzó la habitación hasta el ventanal. Eran poco antes de las seis, y casi de noche. Allá abajo, el mar se veía negro y picado; el cielo, que perdía color por momentos le daba un aspecto frío. España había desaparecido, sólo se veían las rocas y el mar y pronto habría aún menos: sólo quedaría el rugido de las olas en la oscuridad. Corrió las cortinas cuidadosamente por todo el ventanal y encendió una estufa eléctrica que tenía junto a su tocador. Aparecieron las lucecitas del espejo. Se sentó ante él y se puso a trabajar en su rostro. Aquella noche tardaría menos que de costumbre porque sabía exactamente la luz que habría durante la velada. Mientras hacía su obra se sorprendió a sí misma preguntándose lo que pensaría de ella aquel extraño Mr. Dyar. «Una ninfómana entrada en años, lo más probable», concluyó decidida a ser consigo misma lo más realista e implacable posible. Entonces, ¿por qué era tan violento? Sólo podía haber una razón: eliminar cualquier esperanza que pudiera rondarle por dentro: la esperanza de que, a pesar de todo, la encontrase atractiva. «Pero eso es absurdo», objetó. «¿Qué es lo que quiero yo con un hombre tan inmaduro e insulso como éste?» Es un verdadero aburrimiento. Sin embargo, no podía convencerse a sí misma. No le aburría. Era como un acertijo sin resolver, como un cuadro visto en penumbra cuyo tema sólo se adivinaba; podía resultar ser algo completamente distinto si se contemplaba a plena luz. Tras recordarse a sí misma la imposibilidad de que resultara ser una persona digna de trato o interesante, aunque consiguiera comprenderle, el hecho de que había un misterio en él prevaleció y esto era para Daisy lo decisivo. ¿Pero por qué encontraba ella misterio en una persona así? De nuevo experimentó una sensación de recelo, un pequeño y grato escalofrío de miedo.

–A él puedo conminarle –dijo al rostro medio maquillado que se reflejaba en el espejo cegador–, pero ¿y a ti?

Los sonidos distantes y múltiples de los quehaceres domésticos

atravesaban los gruesos muros de la casa; más que ruidos realmente distinguibles era una serie de golpes secos, amortiguados y apenas audibles. Ella, sin embargo, había aprendido a lo largo de los años a interpretarlos. La puerta de la despensa que se cerraba, el recorrido vespertino de Mario por el piso inferior, asegurando las contraventanas y corriendo las cortinas, Inez subiendo por la escalera, Paco saliendo a las perreras con la cena para los canes; sabía sin lugar a dudas en qué momento ocurría cada cosa, como el acomodador de un teatro que, por el diálogo, sabe siempre exactamente el aspecto del escenario sin necesidad de mirarlo. Por encima de estos sonidos sordos, surgía ahora otro que entraba por la ventana: era un automóvil que, subiendo por la calle, giraba para meterse en el jardín y se detenía en algún punto entre la verja exterior y la casa. De manera inconsciente esperó oírle seguir, escuchar los golpes de las portezuelas, el ligero zumbido del timbre en la cocina y el ajeteo de Hugo acudiendo a la entrada principal. Pero no ocurrió nada de esto. El silencio que se produjo duró tanto tiempo que Daisy empezó a dudar de haber oído realmente un coche en el camino del jardín; debía haber seguido subiendo por el monte.

Cuando hubo terminado, apagó las luces, se puso un nuevo salto de cama blanco y negro que Balenciaga le había hecho en Madrid, recompuso las almohadas y se metió de nuevo en la cama pensando que, después de todo, quizás había sido una mala idea invitar a Mr. Dyar a solas para cenar. Era fácil que se sintiera incómodo por la ausencia de otros invitados y, concretamente, por el hecho de que Luis no estuviera presente. «Y si es un tímido, ¿de qué diablos voy a hablar con él?», pensó. Con suficientes bebidas él se sentiría más a sus anchas, pero existía el peligro, más grave, de que bebiera demasiado. Lanzada en su nerviosismo a hacer negras conjeturas, empezó a desear no haberse precipitado a invitarle tan impulsivamente. Pero llegaría ya en cualquier momento. Cerró los ojos y trató de relajarse recordando las enseñanzas del yogui de Benarés. Lo consiguió sólo en parte, pero intentándolo pasaba el tiempo.

De repente, se escuchó un golpecito en la puerta y entró Hugo anunciando a Mr. Dyar.

Daisy se incorporó con esfuerzo, un poco resentida de haber sido cogida de improviso. Dyar portaba un maletín y parecía más despabilado de lo que ella recordaba. Se preguntó de pasada por qué Hugo no se había ocupado del maletín y del abrigo y, en un pensamiento aún más fugaz, se preguntó por qué no había oído llegar el taxi; pero Dyar se acercaba a la cama y Hugo salía y cerraba la puerta.

–¡Hola! –dijo el recién llegado estrechándole la mano vigorosamente–. Espero que esté más enferma de lo que parece, porque tiene un aspecto estupendo. –Se inclinó y dejó el maletín bajo la mesita que había junto a la cama.

–En realidad, no estoy enferma en absoluto. No es más que un acceso de ciática que me viene de vez en cuando. Nada de nada, querido. Pero soy una quejica tan terrible, y me molesta tanto el dolor, que me encanta mimarme. Y aquí estoy. Siéntate –dijo señalando el pie de la cama.

Dyar obedeció y ella le miró con atención. Le parecía que sus ojos poseían un brillo desacostumbrado, que toda su cara relucía con un inusitado resplandor físico. Al mismo tiempo parecía nervioso y preocupado. Nada de aquello encajaba con lo que recordaba de él; en la fiesta de los Beidaoui se había mostrado agitado, pero era una agitación que provenía del aburrimiento o la apatía, en tanto que, en aquel momento, parecía incómodo, apasionado, casi inquieto. Hablaron un poco; sus observaciones no eran las que hubiera esperado de él; no es que fueran ni más inteligentes ni más estúpidas, pero daba la impresión que procedían de una persona distinta. «Sin embargo, ¿acaso yo sé cómo es? Apenas le conozco», reflexionó.



–Da gusto entrar aquí que hace calor –dijo él–. Hace fresco fuera.

–Deduzco que el taxi no tenía calefacción. A menos que el coche hubiera llegado a Tánger la semana pasada, la calefacción estaría ya rota. Los marroquíes tienen un genio especial para romper las cosas. Si quieres librarte de algo, déjaselo a un marroquí y estará hecho trizas cuando te lo devuelva. ¡Son fantásticos! ¡Qué gente tan destructiva, Dios mío! Las bebidas llegarán en cualquier momento. Entretanto, háblame de ti. –Se recostó con fuerza en el montón de almohadas que tenía detrás y le miró fijamente con la expresión de quien va a escuchar una larga historia.

Dyar le lanzó una mirada penetrante.

–¿Sobre mí? –dijo volviendo a apartar la mirada–. No hay mucho que decir. Sigo con lo mismo. Creo que ya sabe la mayor parte.

Ahora que estaba todo organizado, con Thami esperando entre las mimosas en la parte baja del jardín y el *yilali* enviado para recoger la lancha y traerla a la playa de Ued al Yihud, al pie de los acantilados, Dyar estaba deseando marcharse, preocupado por si algún suceso imprevisto echaba a perder sus planes. La llegada de Wilcox, por ejemplo, para hacer una inesperada visita después de la cena... aquella era una idea cuyas infinitas posibilidades de calamidad le paralizaban; se obligó a sí mismo a pensar en otra cosa.

–¿Has visto al bobo de Jack desde anteanoche? –preguntó Daisy de pronto, como si estuviera leyendo la mente de Dyar. Este sintió una inquietud tan grande que hubo de hacer un gran esfuerzo para volver la cabeza despacio y mirar a Daisy con una expresión cuidadosamente fingida de preocupación que se convertía en interés educado.

–Me tiene preocupada –proseguía ella–. Y ciertamente, la pequeña descripción que me hiciste de su conducta no me tranquilizó.

Pero él pensaba: «¿Anteanoche? ¿Por qué anteanoche? ¿Qué pasó entonces?» En su mente, la fiesta del palacio de Beidaoui había tenido lugar hacía semanas; no se le ocurrió que se refería a ella.

–No, no le he visto –dijo olvidando incluso que había desayunado con él aquella misma mañana. Entró Hugo empujando un carrito repleto de botellas y vasos.

–En la vida he aprendido una cosa, tal vez la única –dijo Daisy–. Y es que resulta completamente inútil dar consejos a nadie. De otro modo, le diría a Luis que hablara con él. A lo mejor él podía sacarle algo. Porque yo tengo la sensación clara de que se trae algo entre manos y, sea lo que sea, no se saldrá con la suya. Me apostaría diez libras a que no. ¡Diez libras! ¿Por qué has traído tan poco hielo? Trae un cubo entero –dijo gritando a Hugo que cerraba la puerta para salir.

–No sé –dijo Dyar. «Que no sé, ¿qué?», pensó, dominando el cosquilleo de echarse a reír abiertamente–. Jack se anda con cuidado. No es ningún tonto, ya sabe. No sé, no rae lo imagino metido en problemas graves. –Era preciso poner fin a aquella conversación si no quería que le trajera mala suerte. El mero hecho de estar en situación de hablar del asunto como quien no quiere la cosa (aunque su desenvoltura era obligada) parecía presagiar un probable desastre. «El orgullo que precede a la caída», pensó. Era el momento de la humildad, el momento de tocar madera. La expresión «salirse con la suya» le molestaba–. No sé.

–¡Diez libras me apuesto! –insistió Daisy dándole un whisky con soda. Dyar lo fue bebiendo a pequeños sorbos pensando que, bajo ningún concepto debía emborracharse. Al cabo de unos diez minutos, ella se dio cuenta de que Dyar no bebía.

–¡Le pasa algo a tu whisky? –exclamó ella–. ¿Qué he hecho? Dámelo. ¿Qué le falta? –extendió el brazo para cogerlo.

–¡No, no, no! –protestó él, sin dárselo–. Está estupendo. Pero es que no me apetece beber. No sé por qué.

–¡Ajá! –exclamó ella como si hubiera hecho un gran descubrimiento–. ¡Ya entiendo! Tu sistema es hiperácido, querido. Este es precisamente el momento de tomar un poco de *mayún*. A mí tampoco me apetece demasiado el whisky esta noche. –Hizo sitio para encontrar su vaso entre los frascos y tubos que había sobre la mesilla de noche, abrió el cajón, sacó un estuche de plata y se lo ofreció.

–Coge un trozo –dijo–. Pero no hables a nadie de esto. Toda esta gentecilla de Tánger se escandalizaría; todos menos los marroquíes, desde luego. Ellos lo toman continuamente. Es lo único que les está permitido a los

pobrecitos. De alcohol, nada, claro. ¿Pero un europeo? ¿Un nazareno? ¡Vergonzoso! ¡Imperdonable! ¡El colmo de la depravación! Tánger, sumidero de iniquidad, como dicen los periodistas de tu país. «El corresponsal ha sabido en fuentes fidedignas que ciertos miembros de la colonia británica inician la cena con un plato de *mayún*, también conocido como hachís». ¡Santo cielo!

Dyar miraba con interés las seis porciones rectangulares de bombón negro verdoso que encajaban perfectamente en el estuche.

–¿Qué es esto?

–*Mayún*, querido, es *mayún* –acercó la mano, cogió uno y lo mordió por la mitad–. Coge uno. No es muy bueno, pero es el mejor de Tánger. Mi querido Alí, que es encantador, me lo consigue. –Tocó el timbre.

El bombón era terroso y su sabor una mezcla de higos, jengibre, canela y regaliz; había también un sabor fuerte a hierbas que no podía identificar.

–¿Teóricamente qué efectos tiene? –preguntó con curiosidad.

Dejó la cajita de nuevo en su repisa.

–Los criados se quedarían horrorizados. ¿No es espantoso vivir asustada por la propia servidumbre? Pero nunca he conocido un sitio tan estupendo como Tánger para darle a la lengua. ¡Dios mío! Este sitio es increíble. –Se detuvo y le miró–. ¿Que qué efectos tiene? –preguntó ella–. Es milagroso. Es lo que hemos estado esperando durante todos estos años. Si nunca lo has probado, no podrás comprenderlo. Pero para mí es la llave a una manera de pensar prohibida. –Se inclinó hacia adelante y le dio unos golpecitos con el brazo–. No me estoy poniendo mística contigo, encanto, aunque me podría dejar llevar. *J'ai de quoi*, Dios lo sabe. Pero el *mayún* no tiene nada de místico. Es algo muy mundano y real. –Una doncella llamó a la puerta. Daisy le dijo unas palabras en español–. He pedido té –explicó mientras la muchacha empujaba el carrito con las bebidas.

–¡Té!

Daisy se rió muy divertida.

–Es absolutamente esencial.

Para Dyar, que se había remangado el puño de la camisa a fin de mirar la hora disimuladamente de vez en cuando, el tiempo transcurría con una

increíble lentitud. Daisy hablaba de magia negra, de unas exhibiciones de *hatha-yoga* que había presenciado en Travancore, de la imposibilidad de comprender los procedimientos legales del Islam sin dar por sentado el uso diario de sortilegios y encantamientos. Finalmente trajeron el té y se tomaron tres tazas cada uno. Dyar escuchaba apáticamente; todo aquello le recordaba esas decoraciones –pequineses, pebeteros de incienso y mantones españoles– con que ciertas mujeres frívolas llenaban sus apartamentos en Nueva York. La dejó hablar un rato y luego preguntó:

–¿Pero qué es lo que pasa con estos bombones? ¿Qué son? Cierta clase de droga, ¿no? Creo que te han engañado. No siento nada.

Ella sonrió.

–Sí, ya lo sé. Todo el mundo dice lo mismo. Pero es algo muy sutil. Es preciso saber adónde hay que mirar en busca del efecto. Si esperas sentirte borracho, estás mirando en una dirección equivocada, tarda el doble de tiempo y te pierdes la mitad del gusto.

–¿Pero en qué consiste ese gusto? ¿Sientes algo, ahora mismo?

Daisy cerró los ojos y permaneció en silencio un momento; una expresión ligeramente beatífica se adueñó de su rostro levantado hacia arriba.

–Sí –respondió finalmente–. Sin ninguna duda.

–¿Sientes algo? –La incredulidad de su voz le hizo abrir los ojos y mirarle un instante con gesto de reproche.

–¿No me crees? No me estoy inventando historias. Pero lo he probado antes y sé exactamente qué debo esperar. Querido, no estás cómodo ahí al borde de la cama. Acerca ese sillón grande y relájate.

Cuando estuvo hundido en la butaca ante la cama, Dyar dijo:

–Bien, supongamos que tratas de explicarme lo que se siente. Es posible que obtenga algún beneficio de este asunto, incluso si me viene de segunda mano.

–Oh..., en este momento no es demasiado excitante. No es más que un ligero zumbido en los oídos y el pulso acelerado.

–Vaya. Parece divertido –se burló Dyar. Durante unos minutos se había olvidado de que lo fundamental aquella noche era que el tiempo pasara. Giró un poco el brazo para ver la esfera del reloj; eran las ocho y veinte. La

reunión con Thami no había quedado fijada a ninguna hora definida –no sabía exactamente cuándo podría escapar–, pero le aseguró que iría antes de medianoche.

Habían encargado al *yilali* que volviera al puerto y trajera la lancha hasta una cala situada al oeste de Ued al Yihud, también antes de las doce. Entretanto, Thami tenía que sentarse a esperar, un poco más abajo, junto a la parte más alejada del jardín, para, cuando Dyar saliera de la casa, llevarle por la ladera de la montaña directamente hasta la playa. Thami había insistido en que no se aburriría de esperar tanto tiempo: tenía su cena y su pipa de kif.

–Sí –decía Daisy–. Si dejas pasar demasiado tiempo, no seré capaz de contarte nada en absoluto. Llega un punto en que uno se vuelve fantásticamente inexpresivo. No siempre es así, pero puede ocurrir. Uno piensa que lo que dice tiene sentido, y lo tiene, a mi parecer, pero en un mundo mental completamente distinto.

A Dyar le pareció que afuera el viento soplaba más intensamente o que, si no, se había abierto una ventana un minuto antes para que entrara el sonido. Volvió la cabeza; las cortinas, que estaban echadas, no se movían.

–¿Qué estás buscando? –preguntó ella. Él no contestó. Al mismo tiempo, sentía un deseo absurdo de volver la cabeza en la otra dirección y mirar a la otra pared; pensaba haber visto un ligero movimiento en aquella parte del dormitorio. En lugar de hacerlo sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno.

–No, gracias, encanto. No podría. Tienes una casa. ¿Entiendes?

–¿Cómo? –Dyar la miró fijamente.

–Te estoy explicando una cosa, querido, o por lo menos intento hacerlo. Tienes una casa. En el centro de un modesto terreno por el que estás acostumbrado a pasar. –Daisy se detuvo, al parecer para asegurarse de que él seguía su razonamiento. Como no dijo nada, prosiguió–. Siempre puedes ver la casa. Por lo menos desde la mayor parte de los puntos de la propiedad, pero en cualquier caso sabes que está allí. Es el centro de tu dominio. Llámalo tu idea objetiva sobre ti mismo.

Dyar jugaba con el paquete de cigarrillos; sacó uno y lo encendió frunciendo las cejas.

–Digamos que es la idea de ti mismo por la que mides lo real. Tienes que mantenerla firme en tu mente, mantenerla en funcionamiento. Como una brújula.

Dyar hacía un esfuerzo por seguir el hilo de lo que ella le decía, pero todo lo que podía seguir eran las palabras.

–Como una brújula –repitió como si ello pudiera ayudarle a comprender.

–Y entonces. Conoces todos los caminos, todas las plantas, todas las piedras del suelo. Pero un día que has salido a pasear, te encuentras de pronto algo semejante a un camino, en un punto donde nunca habías advertido, ni siquiera sospechado, que lo había. –Poco a poco su voz iba asumiendo un fervor dramático–. La entrada está tal vez medio oculta por un arbusto. Te acercas y descubres que, efectivamente, allí hay un camino. Apartas a un lado el arbusto, das unos pasos por el sendero y descubres ante tus ojos una arboleda cuya existencia ignorabas hasta entonces. ¡Estás pasmado! Te internas en la arboleda, tocando los troncos de los árboles para asegurarte de que realmente existen, no puedes creerlo...

Esta vez Dyar volvió rápidamente la cabeza hacia la izquierda para descubrir lo que había allí, junto a las ventanas, y se quedó mirando con incredulidad la extensión vacía de cortinajes blancos e inmóviles. «Tranquilo» se dijo volviéndose para comprobar si Daisy le había visto; parecía que no. «Tranquilo, ten cuidado. Ten cuidado». ¿Por qué añadía la segunda admonición? Lo ignoraba. Pero tenía conciencia de una abrumadora sensación de inquietud; era como si hubiera una figura gigantesca y hostil cerniéndose sobre él, inclinándose desde atrás. Estaba convencido de que la única manera de combatir la sensación era permanecer completamente calmado, para poder controlar sus movimientos.

–... Entonces, entre los árboles, ves que el sendero conduce a un monte. «¡Pero si no hay ningún monte!», exclamas ahora tal vez en voz alta; estás emocionado y confuso. Entonces corres, subes el monte, que es bastante elevado, y, cuando llegas a la cima, ves el campo, que te resulta perfectamente conocido en todos sus detalles. Puedes identificar cada uno de ellos. Y, allí abajo, está tu casa, exactamente donde debería estar. No hay nada equivocado. No es un sueño, ni te has vuelto loco. Si no hubieras visto

la casa, pensarías desde luego que te has vuelto loco. Pero está allí. Todo en su sitio. –Suspiró profundamente, como aliviada–. Es preocupante descubrir la arboleda y el extraño monte en mitad de tus propiedades, porque no pueden estar ahí, pero están. Y tienes la obligación de aceptarlo. Y eso que piensas en cuanto has aceptado esto, es lo que yo llamo el modo de conocimiento prohibido. Prohibido, claro, por tu propia mente hasta que aceptas la existencia del monte. Eso es el *mayún*. En tu interior encuentras lugares nuevos del todo, lugares que simplemente piensas que no pueden formar parte de ti mismo, pero lo son. ¿Entiendes algo de todo lo que te cuento o estoy desbarrando como una loca?

–Oh, no. Nada de eso. –Dyar concentró todos sus esfuerzos en imprimirle un tono sincero a sus palabras. Luego se produjo un intenso silencio, del que él se sintió también culpable por haber pronunciado las últimas palabras. Duró un espacio interminable de tiempo, como hilos telegráficos sobre millas y millas de tierra baldía. Un poste, otro poste, otro, otro..., los cables pasando de uno a otro y el horizonte plano fuera del alcance de nuestra vista. Entonces alguien repitió.

–Nada de eso –y era él quien lo había dicho.

«¿Qué demonios es esto?», se preguntó, enfurecido de repente. Había hecho la promesa de no emborracharse; era lo que no debía olvidar en ningún caso aquella noche en Villa Hespérides. «No estoy borracho», pensó con ánimo triunfal... y se encontró a sí mismo de pie, estirándose.

–Está cargado el ambiente –señaló; tal vez Daisy considerase aquello una grosería.

Ella se echó a reír.

–Vamos, Dyar, querido. Reconoce de una vez que estás sintiendo el *mayún*.

–¿Por qué? ¿Porque digo que está cargado el ambiente? No. Que me cuelguen si siento algo. –No lo dijo por terquedad, sino porque había olvidado ya la pequeña escapada que su mente había hecho un momento antes. Ahora que estaba en pie el aire de la habitación no parecía viciado. Se acercó a una ventana, apartó la pesada cortina y se quedó mirando la oscuridad exterior.

–¿No te importa quedarte sola aquí por la noche? –preguntó.

–A veces –repuso Daisy vagamente, temiendo si a esta pregunta seguirían otras. «Deja de pensar de ese modo» se dijo, irritada.

Dyar permaneció junto a la ventana.

–Hay bastante altura desde aquí.

–Unos doscientos metros.

–¿Has estado alguna vez allí abajo?

–¿Allí en esas rocas? ¡No, por Dios! ¿Me has tomado por una cabra?

Dyar se puso a deambular despacio por la habitación con las manos detrás; pasaba de una piel de cebra a la siguiente, como si fueran las rocas de un riachuelo. No cabía duda de que se sentía raro, pero no del modo que esperaba sentirse, así que lo atribuyó a su propia inquietud. La noche prometía ser larga y agotadora. «Me gustaría despedirme ahora mismo», pensó. Todo lo que se molestaba en mirar con detenimiento parecía cargado de un sentido profundo e indescifrable: el semblante de Daisy con su aureola de blancos almohadones, la luz que se desparramaba sobre la colección de frascos de la mesa, el suelo negro y reluciente, las rayas irregulares, blancas y negras de las pieles que pisaba, las zonas más oscuras y lejanas de la habitación, junto a las ventanas, donde las inmóviles cortinas casi tocaban el suelo. Cada objeto transmitía un mensaje mudo pero vital, una clave, un símbolo; pero no había esperanza de llegar a él ni de comprenderlo. Dentro de sí mismo –ahora que tomaba conciencia de ello–, en el pecho sobre todo, sentía una presión tremenda y estremecedora; era como si estuviera a punto de explotar. Probó a respirar de distintas maneras para ver si podía alterar su estado, pero entonces se dio cuenta de que era el corazón, que le latía muy deprisa.

–¡Maldita sea! –dijo en voz alta; sintiendo miedo de repente.

–Ven aquí y siéntate, Dyar. ¿Qué te ocurre? Estás inquieto como un gato. ¿Tienes hambre? ¿O es que te sientes dominado por el *mayún*?

–No –repuso él secamente–. No me siento dominado por nada. –Pensó que aquello sonaría absurdo. «Si voy allí y me siento, me volveré a levantar, y ella sabrá que pasa algo raro». Era preciso impedir por todos los medios que Daisy adivinara lo que sucedía en su interior. Los objetos de la



habitación, sus paredes y muebles, el aire que había alrededor de su cabeza, la idea de encontrarse allí, de estar a punto de cenar, de los acantilados y el mar allí abajo, todas aquellas cosas interpretando una música desmesurada, pero inaudible, que aumentaba de volumen a cada segundo, aproximándose a un clímax que se presentía insoportable. «Esto va a empeorar».

Tragó saliva con dificultad. «Dentro de un minuto tiene que suceder algo. Tiene que suceder algo». Se acercó al sillón y permaneció en pie detrás con las manos sobre el respaldo. Daisy le miraba distraída. «¿Por qué nunca me he atrevido a hablarle a Luis del *mayún*?», estaba pensando. Sabía que lo desaprobaba, aunque sólo fuera por ser una invención de los nativos. Pero no estaba ahí la razón de su silencio. Nunca le había hablado a nadie de ello; el tomarlo constituía un ritual sumamente privado. Se trataba de una experiencia tan personal que no deseaba compartirla con nadie. Pero allí estaba, probándolo con alguien a quien apenas conocía. Se le ocurrió decírselo a Dyar para que supiera que había sido el primer invitado a aquel rincón oculto de su vida. En vez de hacerlo respiró profundamente y dijo en tono petulante:

–Por Dios, siéntate. Pareces un párroco calvinista hablando del infierno a su rebaño.

Dyar se rió y se sentó en la silla. Bajo la mesa, en la sombra, veía el maletín. Su sensación de estremecimiento interior se tornó de improviso un gran júbilo; era la misma sensación, pero había cambiado de color. Aliviado, se echó a reír de nuevo.

–¡Vamos! –exclamó Daisy–. Podías reconocer que estás sintiendo el *mayún*. Porque yo tengo la certeza absoluta. Al menos, reconócelo ante ti mismo. Lo disfrutarás mejor. Has estado luchando con él durante los últimos diez minutos. Esa no es manera de tratarlo. Venga, ponte cómodo y deja que él elija su curso. Está dentro de ti y no puedes librarte de él; con que más vale que lo disfrutes.

–¿Y tú? –Dyar se negaba a admitirlo.

–Te he dicho hace tiempo que lo estaba sintiendo. En este momento estoy a punto de despegar en vuelo directo hacia Arcturus.

–¿De veras? –dijo con antipatía–. Personalmente, creo que esta sustancia es un camelo. No digo que no posea ningún efecto en absoluto, pero a mí no

me parece que el sentirse nervioso y que el corazón palpita dos veces más rápido, vamos, a mí no me parece nada gracioso.

Ella se rio compadeciéndole.

–Deberías haberte bebido tu whisky, cariño. Te hubieras sentido más en tu ambiente. *Mais, enfin...* –Se enderezó y tocó el timbre–. Imagino que en la cocina estarán alborotadísimos con lo que estamos tardando en tomar el té.

Durante toda la cena Daisy habló sin parar; a menudo Dyar se sorprendía respondiendo con monosílabos, pero no por falta de interés, aunque a veces tenía muy poca idea de lo que ella estaba diciendo, sino porque la mitad de las veces se hallaba ausente en un mundo propio. No sabía en qué pensaba, pero su cerebro estaba atiborrado de proyectos, de pensamientos que se enlazaban con proyectos de otros pensamientos. El atender a todo aquello ocupaba toda su atención; y aun cuando no hubiera sido incomunicable, tampoco habría sentido deseos de contárselo a Daisy. Era como si su mente se hubiese retirado a un rincón remoto y oscuro de su ser. Entonces regresaba otra vez a la luz, y él se encontraba efectivamente creyendo que estaba sentado cenando sobre una mesita en una tranquila habitación, en la que había también una mujer en una cama próxima comiendo la misma cena en una bandeja.

–Eres horriblemente incomunicativo –dijo Daisy por fin–. Nunca te hubiera ofrecido el *mayún* si hubiera sabido que iba a convertirte en una estatua de piedra.

Sus palabras le incomodaron.

–¡Oh! –exclamó. Y, al cabo de un momento que le pareció muy largo, añadió–: Estoy bien.

–Sí, eso me parece. Pero eres un acompañante rematadamente poco satisfactorio.

Ahora Dyar se sintió por completo presente y empezó a balbucear disculpas más floridas de lo que la ocasión requería.

–Me siento peor –acabó diciendo– que si te hubiera dado un puntapié. No

sé lo que me pasa. Debe ser el producto ese, que me ha hecho un efecto raro.

–Todo ha sido culpa mía. No lo pienses más, pobrecito.

Pero Dyar no quería dejar las cosas así.

–No, no, no –dijo–. No tengo disculpas. –Y, en un acceso de contrición, se levantó y fue a sentarse pesadamente en la cama junto a Daisy. La bandeja se inclinó peligrosamente.

–¡Ten cuidado, querido! –exclamó Daisy–. Acabaré cubierta de guisantes y de vino dentro de un momento. –Pero él le había tomado ya la mano y la cubría de apresurados besos. Dyar flotaba en el aire, empujado por un viento caluroso y seco que le envolvía y le acariciaba voluptuosamente. Entre dos aspiraciones Daisy permaneció callada y Dyar escuchó su propia respiración que se confundía con el rumor de aquel viento que le empujaba sobre el vasto y desnudo valle iluminado por el sol. La piel del brazo de ella era suave, la carne blanda. Dyar atrajo a Daisy más hacia sí sobre la inestable bandeja.

–¡Ten cuidado! –volvió a gritar, alarmada al ver que la bandeja se inclinaba hacia él–. ¡No, no!

Primero se volcó el vaso de vino; la mancha heladora en el muslo le hizo dar un respingo. Después –muy despacio, le pareció a Dyar–, los platos resbalaron volcándose hacia él y la bandeja quedó al revés enterrando la parte inferior de su cuerpo en una confusión de porcelana, vasos y comida caliente. «¡Oh!», exclamó ella. Pero él la apretó más un brazo, mientras barría hacia el suelo la bandeja y algunos platos con el otro. Luego se subió a la cama y se tumbó entero a su lado de modo que entre ellos sólo quedó una ligera capa de ropa húmeda, un tenedor y una cuchara; finalmente, tras una breve lucha por despojarse de las prendas que se quedaban pegadas no quedó más que algún que otro champiñón a la crema.

«¡Por Dios bendito! ¡Así no!», estuvo a punto de exclamar, pero sintiendo la debilidad del impulso que movía a Dyar, pensó: «En este momento confías desesperadamente en que no suceda nada que detenga esto; luego deseabas que sucediera. ¿Por qué no lo reconocías? ¿Por qué no puedes ser sincera? Lo deseabas; deja que ocurra, incluso de este modo». Así que no dijo nada y alargando el brazo, apagó la luz de junto a la cama. Una palabra, pensaba Daisy, habría roto el hilo en que Dyar estaba suspendido del cielo; el joven

habría caído con estrépito en la habitación, furiosamente avergonzado, sin ninguna manera de excusar su comportamiento, ni de escapar de su embarazosa situación, sin alivio para su orgullo herido. «Es muy dulce. Pero está un poco loco. Es muy reservado. No se parece nada a Luis. ¿Podría yo realmente amar a un hombre al que no respeto? Porque no le respeto en absoluto. ¿Y cómo se puede respetar algo impersonal? Apenas es un ser humano. De mí no es consciente como persona. Tal vez me considera otra fuerza de la naturaleza, sí. Pero no basta. Nunca le podría amar. Aunque es encantador. Ya lo creo; encantador».

La tierra, suave e interminable, se extendía a sus pies, con el fulgor de la luz del sol, intocada por el tiempo, deshabitada, perteneciéndole del todo. No podía decir a qué distancia se hallaba, él se deslizaba flotando en silencio por aquel aire puro y luminoso que negaba la posibilidad de distancias o dimensiones. Sin embargo, percibía sus contornos suaves y resistentes, aspiraba el aroma del sol y saboreaba incluso la sal que en sus poros había dejado el mar en alguna época olvidada. En cuanto a aquel vuelo..., sabía desde siempre que iba a hacerse, y que lo haría él. Era un pliegue de la existencia que él sabía que estaba allí, pero que hasta aquel momento no había sido capaz de alcanzar; ahora, habiéndolo descubierto, sabía también que podría encontrar el camino para volver otra vez. Algo se estaba completando; quedaría menos lugar para el miedo. El pensamiento le llenaba de una felicidad inefable.

–Oh, Dios mío –murmuró en voz alta sin darse cuenta.

Más allá de las ventanas, el viento soplaba entre los cipreses, trayendo consigo a veces desde abajo el sonido más grave del mar. Las blancas cortinas de un lado de la habitación se iluminaban regularmente cuando el haz de luz del faro relampagueaba sobre ellas. Daisy carraspeó.

«Eres una ramera», se dijo. «¿Cómo has permitido que ocurriera esto? ¡Es espantoso! La puerta no está cerrada. Uno de los criados puede llamar en cualquier momento. Recupera el dominio de la situación, haz algo. ¡Haz algo!».

Volvió a carraspear.

–Querido, esto es horrible –susurró sonriendo en la oscuridad y tratando

de que su voz no dejara traslucir un tono de reproche. Dyar no respondió: parecía muerto.

–Querido –repitió titubeando.

Siguió sin dar señales de haberla oído. Por un momento, Daisy se volvió a dejar llevar por sus pensamientos. Sería maravilloso poder abandonarse, aunque fuera por unos segundos; dejar de preocuparnos de todo, pero de todo. Aunque, probablemente eso sería morir. Vivir significa preocuparse, es una larga lucha por evitar venirse abajo. Si te entregas a disfrutar de veras, tu salud se viene abajo: y si tu salud se desmorona, se viene abajo tu belleza. Y lo terrible del caso es que al final, hagas lo que hagas, por más cuidado que hayas tenido, todo se viene abajo. La desintegración simplemente vendrá antes o después, depende de ti. El desmoronamiento es inevitable, cuando estás hecha pedazos ni siquiera te queda algo que presentar. «¿Pero por qué este pensamiento resulta deprimente? Es el más obvio y fundamental que existe. *Mann muss nur sterben*. Pero eso se refiere a otra cosa completamente distinta. Significa que en teoría poseemos libre albedrío...»

A lo lejos, sobre el Atlántico, Daisy escuchó el suave zumbido de un avión que en su radio sonoro abarcó por un instante el oscuro monte y Villa Hespérides. Si iba hacia el norte, Lisboa; si iba hacia el sur, Casablanca. Una hora después Luis podría escuchar el mismo motor volando en círculo sobre el aeropuerto.

–Por favor, querido, ¡por favor! –dijo haciendo un pequeño esfuerzo por desembarazarse de él. Como estaba todavía abrazada por él, tuvo que retorcerse y consiguió sentarse, bañada en sudor, vino y grasa. De repente, el aire de la habitación se había vuelto helador. Daisy se palpó el estómago y retiró la mano asqueada. Saltó enseguida de la cama, cerró con llave la puerta del pasillo, se puso una bata y desapareció en el cuarto de baño sin encender ninguna luz.

Permaneció en la ducha bastante más tiempo de lo necesario, confiando en que, al volver, Dyar estaría levantado, vestido y tal vez habría recogido en parte el estropicio que había junto a la cama. Entonces, podría tocar el timbre, y decir a los criados que había ocurrido un pequeño percance y pedir que les sirvieran el café. Cuando abrió la puerta del baño, la habitación seguía a

oscuras. Se acercó a la mesilla de noche y encendió la luz. Dyar estaba dormido y parcialmente cubierto por la sábana.

«¡Pero esto es el colmo!», pensó y, con cierto grado de irritación dijo en voz alta:

–Querido, lo siento. Es absolutamente necesario que te vistas inmediatamente. –Dyar no se movió; Daisy le cogió de un hombro y le sacudió con impaciencia–. ¡Vamos! ¡Arriba, hombre! Esta pequeña orgía se está alargando demasiado...

Dyar oyó sus palabras con una claridad total y comprendió lo que significaban, pero eran como un dibujo pintado en una pared, no guardaban la menor relación con él. Siguió tumbado. Lo más importante del mundo era prolongar aquel momento de vacío sedante en el que se hallaba inmerso.

Cogiendo la sábana, Daisy la retiró de un tirón hacia los pies de la cama. Luego se agachó y le gritó al oído:

–¡Estás en cueros vivos!

Dyar se sentó de un salto y empezó a buscar a tientas la sábana sin conseguirlo. Ella se dio la vuelta y regresó al baño.

–Vístete inmediatamente, querido –le gritó por encima del hombro. Mientras se miraba al espejo y se arreglaba el pelo, se preguntó a sí misma: «Bueno, ¿estás satisfecha de este episodio o no?», pero se sintió incapaz de responder, y se acordó en cambio de lo milagroso que había sido que Hugo no les hubiera sorprendido; la posibilidad de que lo hubiera hecho parecía más horrible a cada minuto que pasaba. «He debido perder el juicio por completo». Cerró los ojos un instante y se estremeció.

Dyar se había vestido mecánicamente sin saber del todo lo que estaba haciendo. Sin embargo, cuando empezó a ponerse la corbata, la mente le funcionaba. También él se miró en un espejo y sonrió, con cierto aire triunfal mientras hacía sus gestos entrecortados con aquella cinta de seda. Después de peinarse se agachó junto a la cama para empezar a recoger restos de comida del suelo y ponerlos en la bandeja. Daisy salió del baño.

–¡Eres un ángel! –exclamó–. Estaba a punto de preguntarte si te importaría intentar poner un poco de orden en este caos. –Se dejó caer en una tumbona que había en el centro de la habitación, se envolvió en un

cubrecama de piel y estuvo a punto de decir: «Siento que no puedas ducharte también», pero se contuvo. «Ante todo, no debo avergonzarle», pensó, y decidió no hacer referencia a lo que había ocurrido.

–Anda, sé bueno y llama al timbre para que tomemos un café. Estoy agotada.

Pero, al parecer, no se encontraba incómodo en absoluto; hizo lo que se le sugirió y a continuación fue a sentarse con las piernas cruzadas en el suelo, al lado de ella. «Tengo que ponerme en marcha», se dijo sin molestarse siquiera en pensar cómo abordaría el asunto de su partida; después del café se levantaría sin más, se despediría y se marcharía. Había sido una aventura, pero Daisy, aparte de ser el factor detonante, había tenido muy poco que ver en ella; prácticamente todo había tenido lugar dentro de él. Sin embargo, puesto que la había utilizado a su antojo, estaba obligado a conducirse de una manera un poco más íntima, un punto más condescendiente.

–¿Tienes bastante calor? –le preguntó tocándole el brazo.

–No. Hace un frío glacial en esta habitación. Glacial. ¡Dios mío! No sé cómo no mandé que pusieran una chimenea aquí cuando construyeron la casa.

Hugo llamó a la puerta. Durante unos diez minutos la habitación estuvo llena de actividad: Inez y otra muchacha cambiaban las sábanas, Mario limpió la comida del suelo, Paco quitaba las manchas de grasa de la alfombrilla que había junto a la cama, Hugo sirvió el café. Daisy, sentada y dando sorbos a su café, estudiaba el rostro de Dyar y advirtió con un ligero resentimiento que, lejos de estar avergonzado, daba señales de sentirse menos incómodo con ella que al comienzo de la velada. «¿Pero qué esperabas?», pensó y tuvo que admitir que le hubiera gustado verle un poco más impresionado por lo que había sucedido entre ellos. Había salido intacto y Daisy tenía la desagradable impresión de que la pasión de Dyar no había tenido objeto, que había sido automática.

–¿En qué piensas? –preguntó él cuando todos los criados hubieron salido y la habitación volvió a quedar en calma.

Incluso esto la irritó. La pregunta era insolente. Presuponía una intimidad que debía haber existido entre ellos pero que, por alguna razón, no existía.



«¿Y por qué no?», se preguntó, mirando detenidamente su expresión satisfecha y seria. La respuesta surgió ya elaborada y absurda desde su subconsciente; sonaba a cantinela trillada. «No existe porque no existe». Era ridículo, cierto, pero tenía una resonancia próxima a la verdad. «Irreal. ¿Qué significa en una persona ser irreal? ¿Y por qué tengo la sensación de que él es irreal?» Entonces se echó a reír y dijo:

–¡Dios mío! ¡Claro! ¡Quieres sentir que estás vivo!

Dyar dejó sobre el suelo su taza en el plato y preguntó:

–¿Eh?

–¿No fue eso lo que me dijiste la primera noche que viniste aquí cuando te pregunté lo que más deseabas en la vida?

–¿Sí?

–Casi seguro que sí. Dijiste esas mismas palabras. Y, desde luego, tienes toda la razón. Porque no estás realmente vivo, en cierto modo estás muerto. – Con las dos últimas palabras le pareció que su propia voz se volvía un tono más amarga.

Dyar le lanzó una mirada fugaz; ella pensó que parecía dolido.

«¿Por qué me estoy metiendo con este pobre hombre? No me ha hecho ningún daño». Era algo irracional, estúpido, pero el deseo estaba ahí y era muy fuerte.

–¿Por qué muerto? –preguntó él con voz tranquila; ella pensó que su inflexión era hostil.

–Oh, no. ¡Muerto, no! –repuso ella impaciente–. Pero tampoco vivo. Realmente, no. Bueno, hoy en día estamos todos igual; supongo. Quizá no lo estamos de una manera tan patente como tú, pero de todos modos...

–¡Ah! –Interiormente pensaba: «Tengo que largarme de aquí. Tengo que ponerme en marcha».

–Todos somos monstruos –dijo Daisy con entusiasmo–. Es la era de los monstruos. ¿Por qué es tan terrible esa historia de la mujer y los lobos? Ya la conoces, una mujer que lleva un trineo lleno de niños, a través de la tundra, los lobos la persiguen y va lanzando los niños uno tras otro para aplacarlos. A todo el mundo le parecía espantosa hace cien años. Hoy en día es aún más terrible. Aún más. Porque entonces era algo remoto e improbable y ahora ha

entrado en el reino de lo posible. Es una historia atroz, pero no porque la mujer sea un monstruo. Nada de eso. Sino porque lo que hizo para salvarse no es ni más ni menos que lo que haríamos todos. Es terrible por ser desesperadamente cierto. Lo haría yo, lo harías tú, toda la gente que conocemos lo harían. ¿No es así?

Más allá de las zonas brillantes del suelo, en el fondo de un pozo de luz amarilla, Dyar veía su maletín esperándole. El verlo allí reforzaba su vivo deseo de marcharse. Pero era imprescindible irse de una manera natural. Si lo dejaba caer ahora, al cabo de otros cinco minutos podría actuar sobre esta indicación. Para entonces serían las once y media.

–Bueno –empezó a decir, respirando profundamente y estirándose, como para levantarse.

–¿Sabes de alguien que no lo hiciera? –Dyar se dio cuenta de repente que ella se planteaba en serio cualquier cosa que decía. Había algo que no marchaba en ella. En lugar de permanecer echada allí y satisfecha, cogiéndole tal vez de la mano, revolviéndole el pelo y diciendo alguna que otra palabra suave de vez en cuando, se mostraba tensa e inquieta y le hablaba con desasosiego de lobos y de monstruos, con la intención de meterle o sacarle algo en la cabeza; no sabía muy bien cuál de las dos cosas.

–¿Sabes de alguien? –insistió en un desafío desesperante. Era como si, de haber podido él responder que sí, el sonido de la palabra le hubiera traído la paz. Podía haber dicho «Sí, conozco a una persona», o al menos «Sí, esa persona existe», y tal vez se hubiera sentido aliviada. El mundo, ese lugar distante, se habría vuelto habitable y posible una vez más. Pero no dijo nada. Ella le cogió de la mano y agachando la cabeza le miró con coquetería.

–Hablando de monstruos, y rememorando la primera noche que estuviste aquí, ¡cielos! Tú eres el monstruo más grande de todos. ¡Ya lo creo! Con ese enorme vacío en tus manos. ¡Pero, por Dios! ¿No te acuerdas? ¿No recuerdas lo que te dije?

–No muy bien –dijo irritado viendo que se le escapaba la posibilidad de marcharse–. Además, esas cosas me dejan frío, sabes.

–¡Te dejan frío! –gruñó ella–. Todo el mundo sabe que es algo perfectamente cierto y por completo científico. Pero, en cualquier caso, te

dejen frío o no –¡menuda expresión!–, recuérdalo, puedes hacer lo que desees. ¡Si sabes lo que desees! –añadió, con cierta aspereza–. Tu mano está vacía, y los vacíos tienen la tendencia a llenarse. Ten cuidado con lo que ocurre en tu vida.

–Tendré cuidado –dijo levantándose–. Bueno, me temo que debo marcharme. Se está haciendo tarde.

–No es tarde, querido –replicó ella, aunque sin hacer ningún esfuerzo para convencerle de que se quedara. Y añadió señalando el teléfono–: Llama un taxi. Es el 24-80.

Dyar no había pensado en esta complicación.

–Volveré andando –dijo–. Necesito hacer ejercicio.

–¡Qué tontería! Son ocho kilómetros. No puedes.

–Claro que puedo –dijo sonriendo.

–Te perderás. Estás loco –estaba pensando: «Probablemente quiere ahorrarse el dinero. ¿Le digo que lo ponga a nuestra cuenta?» Decidió no hacerlo.

–Haz lo que quieras –añadió encogiéndose de hombros. Y, mientras Dyar cogía el maletín, prosiguió–: Te acompañaré a la puerta.

A pesar de sus protestas, Daisy bajó las escaleras con él guiándole hasta el vestíbulo, donde aún ardían algunas velas. La casa se hallaba muy silenciosa.

–Los criados estarán ya todos en la cama... –dijo Dyar.

–¡Nada de eso! Todavía no he dicho a Hugo que se retire –repuso mientras abría la puerta. El viento entró en el recibidor rizando el salto de cama de Daisy.

–Mejor será que te vuelvas a acostar. Te vas a resfriar –dijo estrechando la mano que ella le tendía–. Ha sido una noche maravillosa.

–Luis regresará dentro de unos días. Tienes que venir a cenar entonces. Te llamaré, querido.

–Muy bien –repuso Dyar retrocediendo unos pasos por el camino de gravilla.

–Métete por la izquierda allí junto al macizo de bambús. La puerta está abierta.

–Buenas noches.

–Buenas noches.

Se metió detrás del macizo de bambús y se detuvo hasta oírle cerrar la puerta. Pero en lugar del portazo oyó decir a Daisy:

–Ah, Hugo. ¡Estás ahí! Cierra la verja cuando salga Mr. Dyar.

«Tengo que hacer algo», pensó él. Caminó rápidamente hacia la derecha y rodeó un lado de la casa hasta que llegó a una terraza. En las negras aguas de la piscina se reflejaban las estrellas. Daisy estaría probablemente tratando de verle salir por la puerta, pero era un riesgo que había que correr. Podría pensar que había salido en el momento en que no miraba; de otro modo estaría perdido. La idea del alcance que podía tener aquello le invadió con toda su fuerza cuando titubeaba ante la piscina, y mientras bajaba a toda prisa las escaleras del jardín inferior, comprendió que había cometido un importante error táctico. «Pero si no, me habría quedado encerrado en el jardín, maldita sea. No podía hacer otra cosa».

Ahora que ya no estaba a la sombra de la casa, quedaba expuesto a la claridad de la luna. Ante él, una forma que parecía ser parte de la vegetación del camino se levantó despacio y empezó a andar hacia él.

–Cállate –murmuró Dyar, furioso. En aquel momento estaban totalmente a la vista de la casa.

Y mientras ella se esforzaba por identificar a aquella segunda persona – llegando incluso a abrir una de las puertas para salir en silencio a la terraza y mirar a través de la luz deformante de la luna– los dos hombres se alejaron por el camino que conducía a lo alto del acantilado y quedaron muy pronto fuera del alcance de su vista.

4

OTRA CLASE DE SILENCIO

Dyar estaba recostado boca arriba en el asiento de proa de la embarcación; con las manos bajo la cabeza, miraba las estrellas deseando vagamente haber aprendido un poco de astronomía en algún momento de su vida. El chinchorro que remolcaban para subir a bordo y llegar a la orilla correteaba sobre las oscuras olas a muy poca distancia de ellos, iba sujeto a un cabo deshilachado de remolcar que resultaba demasiado corto. Se había puesto a discutir con ellos por causa de la cuerda, en Ued al Yihud, cuando daban vueltas y se bamboleaban a unos treinta metros del acantilado, tratando de sujetar una embarcación a la otra; pero luego decidió ahorrar saliva para otras cosas más importantes. Además, el *yilali*, ahora que estaba lejos de tierra y, juzgando sin duda que era el dueño de la situación, hacía caso omiso de lo que le decían y se permitió rechazar en general las sugerencias de dos marineros de agua dulce tan manifiestos como Thami y aquel cristiano loco que le acompañaba. El momento de mayor peligro de encuentro con la policía fue cuando el *yilali* dio la vuelta al rompeolas, antes de que los otros hubieran subido a la lancha. Ahora estaban a más de una milla y media de la costa; había muy pocas probabilidades de que les vieran.

De vez en cuando la lancha atravesaba aguas más agitadas donde la cálida corriente del Mediterráneo se encontraba con el oleaje procedente del Atlántico. A los lados rompían y siseaban las olas en la oscuridad; la lancha, encaramada en una de ellas, permanecía inmóvil un momento, trepidaba entera al quedar la hélice fuera del agua y descendía luego de proa como un alegre delfín. A la derecha, cortadas por una cuchilla de afeitar, las negras montañas de África se alzaban contra un cielo brillante. «Esta porquería de

motor todavía nos va a dar problemas», pensó Dyar: el olor a gasolina era demasiado fuerte. Una hora antes, el principal problema era subir a bordo; ahora, llegar a tierra. Suponía que cuando estuviera pisando tierra en la Zona Española sabría improvisar su próximo paso; no tenía sentido planificar sin conocer las posibilidades existentes. Relajó su cuerpo cuanto pudo sin arriesgarse a ser lanzado al suelo.

–¿Fuma? –preguntó Thami.

–¡Te he dicho que no! –vociferó Dyar irguiéndose enfurecido y gesticulando—. Nada de cigarrillos, ni de cerillas en la barca. ¿Qué te pasa?

–Él quiere uno –explicó Thami. El *yilali*, al mando del timón, encendía una cerilla y trataba de proteger la llama del viento. El intento resultó infructuoso y Thami se las arregló para disuadirle de encender otra.

–Dile que es tonto de remate –gritó Dyar. Esperaba ganarse a Thami para su bando. Pero no dijo nada y permaneció encorvado en el suelo junto al motor.

No había ninguna posibilidad de dormir; estaba demasiado despierto pero, allí tendido en un estado de inactividad obligatoria y sin pensar en nada, se sorprendió entrando en una región de su memoria que, vista ahora, parecía haber estado perdida para siempre. Empezaba con una canción, traída tal vez a su recuerdo por el movimiento de la barca; era la única canción que le hubiera hecho realmente feliz alguna vez. «Vamos. A dormir. El negrito chiquito. Y si no mamá te pega. Arrorró. Ea, ea, ea. El negrito de mamita. El negrito de Alabama de mamá». Aquella no podía haber sido la letra, pero eran las palabras que recordaba ahora. Le arropaban con una colcha de retales de colores –que remetían por los lados de la cama–, con los dedos podía sentir el punto cruzado donde juntaban los trozos; su cabeza reposaba en la almohada de plumas que su abuela le había hecho, la más suave que había tenido nunca. Y su madre se extendía sobre él como el cielo, Dyar no miraba su cara, porque no quería ver sus ojos en aquellos momentos y ella no era más que una persona como otra cualquiera; cerraba bien los ojos para que se convirtiera en algo mucho más poderoso. Si los abría, encontraría otros ojos mirándole, y eso le aterrorizaba. Si no miraba, no existía nada más que la cama y su presencia. La voz de mamá estaba sobre él y mamá lo ocupaba

todo; así no había ningún peligro posible en el mundo.

«¿A cuento de qué se me ocurre pensar en esto?», se preguntó incorporándose y volviendo la vista atrás para comprobar si las luces de Tánger habían quedado ocultas ya por el cabo Malabata. Allí estaban todavía, pero unas rocas negras y accidentadas se iban interponiendo lentamente, cubriendo las luces con la sombra de la costa desierta. En lo alto del acantilado el faro destellaba una y otra vez, hasta que llegó a ser una luz que dejó de advertir. Dyar se restregaba los dedos con irritación: en algún sitio se había pringado de resina y no se la podía quitar.

A medida que la lancha se adentraba más en una zona oscura y segura, alejándose de las luces y de la posibilidad de ser descubierto, Dyar se puso a pensar en el agua como lugar de soledad. La lancha parecía hacer ahora menos ruido. Luego Dyar empezó a preguntarse qué clase de persona era aquel hombre que callaba sentado junto a él en el suelo. Había hablado con Thami, había bebido con él, pero en ningún momento de los que habían pasado juntos se le ocurrió tratar de adivinar los pensamientos que se producían tras aquellos inexpresivos rasgos. Miró a Thami: tenía los brazos apretados en torno a las rodillas y la cabeza echada hacia atrás, recostada sobre la borda. Parecía mirar el cielo, pero Dyar estaba seguro de que tenía los ojos cerrados. Podía hallarse incluso dormido. «¿Por qué no?», pensó, con cierta amargura. «No tiene nada que perder. No se está arriesgando a nada». Para él es un dinero fácil: probablemente el más fácil que conseguirá nunca con su lanchita. «No le importa un comino si llegamos o no. Desde luego que puede dormir. Debería haber venido yo solo». Así bufaba en silencio, sin comprender que si le molestaba su hipotético sueño era únicamente porque no tendría nadie con quien hablar y allí fuera, bajo el cielo infernal, se sentiría más solo.

El *yilali*, de pie en la proa, empezó a cantar una melodía ridícula que a los oídos de Dyar no era más que un gemido prolongado y estridente. El sonido que emitía no guardaba relación con nada: ni con la noche, ni con el barco, ni con el estado de ánimo de Dyar. De pronto, tuvo una visión lamentablemente lúcida de lo insólita que era toda la situación y lanzó una risita ahogada y nerviosa. Estar cabeceando entre las olas en una lancha vieja y destartada, a



las tres de la madrugada en el estrecho de Gibraltar, con una pareja de bárbaros idiotas, camino de Dios sabe dónde y con un maletín repleto de dinero: no tenía sentido. Es decir, no encontraba el modo de creerlo. Y como no podía creerlo, no tomaba parte realmente en ello; así que no le cabía sentir una preocupación profunda por ninguno de los resultados que pudiese traer la situación. Era la misma sensación de siempre, de no sentirse implicado en ello, de quedar al margen, de estar junto a la realidad pero no en ella. Se puso en pie y estuvo a punto de caer al suelo de la lancha.

—¡Cállese! —le gritó al *yilali*; éste dejó de cantar y exclamó algo en tono interrogante. Luego siguió con su canción. Pero, al sentarse, Dyar advirtió que el momento de peligro había pasado: la visión de la insensatez de su predicamento se había desvanecido y no podía recordar exactamente por qué le había parecido absurdo. «Esto lo he decidido yo», se dijo. Había sido una elección suya. Era responsable de estar donde estaba en aquel momento y no podía estar en otra parte. Se podía experimentar incluso un placer rabioso al pensar que no podía hacer otra cosa que seguir adelante y permanecer a la expectativa, y que aquella imposibilidad de hallar otra salida era un resultado directo de su propia decisión. Olfateó el aire húmedo y se dijo que, al menos, estaba viviendo; que, cualquiera que fuese la razón de sus dudas un momento antes, el arrebato que le había sacudido no era más que un regreso pasajero al antiguo estado mental de cuando era un ser anónimo, una víctima. Se dijo, aunque no con tantas palabras, que su nueva y genuina condición le permitiría creer fácilmente en la realidad de las cosas percibidas por sus sentidos, es decir, participar en su existencia, puesto que creer es participar. Y ahora, esperaba dirigir la procesión de su vida como la locomotora que encabeza el tren, no ya como un objeto inútil y secundario en mitad de la cadena de acontecimientos, llevado de un lado hacia otro, sin la posibilidad — o aun la necesidad— de saber en qué dirección se halla.

Estas decisiones sobre las que cavilaba explican el que más o menos una hora después, cuando ya no podía soportar la idea de que Thami no se hubiera movido una sola vez de postura, Dyar se pusiera en pie, se le acercara tambaleándose y le diera una suave patada en el costado. Thami dio un gruñido y murmuró algo en árabe.

–¿A qué viene esto? Puedes dormir más tarde.

Thami volvió a gruñir.

–¿Qué quiere? –dijo pero sus palabras quedaron veladas por el continuo torrente de explosiones que producía el motor. Dyar se agachó para gritarle.

–¡Va a amanecer pronto, maldita sea! Siéntate y ten los ojos abiertos. ¿Dónde diablos estamos?

Thami señaló perezosamente al *yilali*.

–Él lo sabe. No se preocupe. –Pero se levantó y fue a sentarse a la proa. Dyar se quedó en cuclillas entre el motor y la borda, más o menos donde antes estaba Thami. Allí hacía más calor y uno estaba protegido del viento, pero el olor a gasolina era demasiado fuerte. Sintió un vacío agudo en el estómago; no supo si era hambre o náuseas, porque vacilaba entre las dos sensaciones. Después de unos minutos se levantó y se fue con paso inseguro a donde estaba Thami. El *yilali* les hizo gestos a los dos para que se fueran a sentar a la popa. Cuando Dyar objetó que soplaba el fresco allí junto al timón, Thami le dijo: «Es demasiado peso. Así no puede ir deprisa», y volvieron tambaleándose a popa para sentarse juntos detrás, en las húmedas colchonetas de lona. Hacía tiempo que la luna se había ocultado por poniente tras un grupo de nubarrones. Encima se veían las estrellas y, a proa, el cielo asumía ahora un aspecto incoloro y el mar se fundía como humo, elevándose para fundirse momentáneamente con el pálido aire. La cabeza con turbante del *yilali* cobró forma y se tornó angulosa y negra contra las primeras luces de levante.

–¿Estás seguro de a dónde vamos? –preguntó por fin Dyar.

Thami se echó a reír.

–Sí, estoy seguro.

–A lo mejor me apetece quedarme allí una buena temporada, ya sabes. – Thami calló unos instantes.

–Puede quedarse toda su vida, si lo desea –dijo sombríamente, dejando claro que no le entusiasmaba en absoluto la idea de quedarse.

–¿Y tú? ¿Qué te parece a ti?

–¿Yo? ¿Qué me parece qué?

–Quedarte.

–Tengo que volver a Tánger con él –repuso señalando al *yilali*.

Dyar, enfurecido, se volvió para mirarle.

–¡Al infierno es adonde vas a volver! Tú te quedas conmigo. ¿Cómo diablo te crees que voy a comer yo solo allí arriba?

No había aún luz suficiente para ver los contornos de la cara de Thami, pero Dyar tuvo la impresión de que estaba auténticamente sorprendido.

–¿Quedarme con usted? –repitió despacio–. Pero, ¿cuánto tiempo? ¿Quedarme allí arriba? –Y, luego, con mayor aplomo–: No puedo hacer eso. Tengo que trabajar. Perderé dinero. Usted me está pagando por la barca y porque le acompañe y le enseñe la casa, eso es todo.

«Sabe que tengo dinero aquí», pensó Dyar fuera de sí. «Maldito gusano».

–¿Crees que no te doy bastante? –Dyar sintió que le temblaba la voz.

Thami se obstinaba.

–Usted dijo solamente la lancha. Si no trabajo, pierdo dinero –y añadió alegremente–: ¿Por qué se cree que compré esta lancha? ¿Para no ganar dinero? Si me quedo con usted en Agla, no gano nada. Él se lleva el barco a Tánger, todo está en Tánger. Mi lancha, mi casa, mi familia. Y yo, sentado en Agla hablando con usted. Está muy bien, pero no gano dinero.

Dyar pensó: «¿Por qué no me pregunta por qué quiero quedarme allí arriba? Porque lo sabe. Puro y simple chantaje. Guerra de nervios. Pero lo último que haré será ceder ante él». Aun así, incluso mientras formaba las palabras en su mente, sabía que la argumentación de Thami tenía su lógica.

–¿Entonces qué esperas que haga? –preguntó despacio, procediendo con cautela–. ¿Que te pague lo mismo cada día para que te quedes allí arriba?

Thami se encogió de hombros.

–No tiene sentido quedarse en Agla. De nada sirve estar allí. ¿Qué es lo que se le ha perdido a usted en ese lugar? Hace frío y hay barro por todas partes. Yo tengo que volver.

«Así que tengo que hacerte una oferta», pensó Dyar enconadamente. «¿Por qué no me preguntas cuánto llevo aquí en el maletín?»

–Bueno, al menos te podrás quedar unos días –dijo en voz alta–. Yo me encargaré de que no pierdas dinero con ello. –Thami pareció satisfecho. Pero Dyar se sentía a disgusto. Era imposible decir hasta dónde sabía, ni siquiera

cuánto le interesaba saber, o formarse una idea sobre lo que pensaba de todo el asunto. Si al menos hiciera una pregunta explícita, la manera de enunciarla podría ayudar a determinar lo que sabía, y él respondería en consecuencia. Como no decía nada, continuaba siendo un misterio. Al poco rato, tras un silencio de algunos minutos, Dyar preguntó de repente:

–¿En qué estás pensando? –y a la clara luz del alba su terso rostro se volvió de una inocencia infantil al tiempo que contestaba: –¿Yo? ¿Pensar? ¿Por qué iba a pensar? Estoy contento. No necesito pensar. –Sin embargo, a Dyar la respuesta le pareció evasiva y falsa. «Este bastardo está planeando algo».

Con la llegada de la luz del día el vendaval y el agua se habían calmado un poco. En aguas españolas del estrecho vieron un gran carguero, hierático, imperturbable, que se desplazaba despacio hacia el oeste. El avance de la lancha era tan ruidoso y agitado que a Dyar le pareció que el carguero se deslizaba en completo silencio. Miraba en todas direcciones, preocupado, explorando la costa africana con especial atención. Las montañas descendían abruptamente sobre el mar bordeado de espuma, pero en algún que otro lugar le parecía ver la pequeña franja arenosa de alguna cala.

–¿Cómo es la Zona Española? –preguntó al poco rato.

Thami bostezó.

–Como cualquier sitio. Como América.

–¿Qué quieres decir con eso de «como América»? –insistió Dyar impaciente–. ¿Tienen luz eléctrica las casas? ¿Tienen teléfono?

–Algunas.

–¿De verdad? –Dyar estaba incrédulo. En Tánger había oído más o menos que la Zona Española era un lugar primitivo, y se lo imaginaba como una especie de desierto cuyos escasos habitantes vivían en cavernas y hablaban con gruñidos o por medio de gestos.

–Pero en el campo –continuó Dyar– no tienen teléfono, ¿no?

Thami le miró como con cierta sorpresa ante su insistencia por continuar una conversación tan pueril.

–Pues claro que sí. ¿Qué se cree? ¿Cómo van a gobernar el país sin teléfono? ¿Se cree usted que esto es el Senegal? –Senegal era la idea de

Thami de país realmente incivilizado.

–No dices más que estupideces –repuso Dyar secamente. No le creía. A pesar de todo, examinó la costa más próxima con mayor ansiedad, repitiéndose al hacerlo que era ridículo preocuparse. Las llamadas telefónicas puede que comenzaran durante la jornada, pero sin duda no habían empezado aún. ¿Quién había para dar la alarma? Wilcox no; por lo menos, con ayuda policial. En cuanto a la legación americana, era probable que esperasen unos días antes de lanzarse a su búsqueda; si es que llegaban a hacer algo. Tan pronto como sospecharan que había abandonado la Zona Internacional, los de la legación archivarían probablemente todo el asunto Jouvenon, a la espera de un posible regreso; incluso suponiendo que aquél era el motivo por el que le telefonaron. ¿Por quién había entonces que preocuparse? Sólo por Wilcox evidentemente; pero un Wilcox obstaculizado por su imposibilidad de contar con apoyo oficial. Aliviada su mente de momento, echó una mirada furtiva a Thami, que le observaba con la atención de quien ve una película; era como si hubiera seguido todo el panorama de los pensamientos de Dyar a medida que iban desfilando por su mente. «Ni siquiera puedo pensar cuando está delante», se dijo. Él era quien debía ser vigilado, no Wilcox, ni nadie que Wilcox pudiese contratar. Dyar le repuso con una mirada desafiante. «Eres tú, el único enemigo», dijo con los ojos; era como un reto. «Estoy detrás de ti. Te lo advierto». Pero Thami le devolvió una mirada afable, parpadeó como un gato, levantó la vista al cielo gris y dijo:

–Hoy no va a llover.

Estaba equivocado: antes de que transcurriera una hora, se desató un viento desde detrás de un cabo de la costa del Mediterráneo, que, azotando las laderas rocosas de Yebel Musa, trajo consigo una llovizna fría.

Dyar se puso la gabardina y se sujetó el maletín al regazo para guarecerlo de la lluvia. Thami fue a acurrucarse a proa junto al *yilalí*, que se había cubierto la cabeza con la capucha de la chilaba. La embarcación empezó a dibujar una amplia curva sobre las olas, quedando al poco rato casi en dirección contraria a la que traía. Se hallaban a barlovento ante un largo promontorio rocoso que se adentraba en el mar desde la base de la montaña. Los abruptos acantilados se elevaban sobre sus cabezas hasta perderse en un

grupo de nubes bajas. No había rastro de otras embarcaciones, aunque, a través de la cortina de lluvia, resultaba imposible ver muy lejos. Dyar se irguió en el banco. El ruido del motor parecía más fuerte que nunca; cualquiera a menos de dos millas lo podría oír con seguridad. Ojalá hubiera alguna manera de apagarlo y llegar remando a la costa. Thami y el *yilali* hablaban animadamente en el timón. Llovía con más intensidad y, de vez en cuando, el viento racheaba el aire con furia. Dyar, sentado, se miraba la gabardina y observaba los arroyuelos que discurrían por los valles que formaba el tejido. Poco después, la embarcación descansaba en aguas más tranquilas. Probablemente habían entrado en una ensenada o algo semejante, pero al levantar la cabeza, Dyar seguía sin divisar nada más que el promontorio de la derecha. Ahora que estaban más cerca y podía ver las oscuras aguas que lo barrían y formaban remolinos en torno a él, le desagradó comprobar su gran tamaño y lo afilado de sus perfiles. «Cuanto antes pasemos, mejor», pensó, alegrándose de no haber llamado al *yilali* para organizarle un escándalo por haber apagado el motor. Cuando se volvía atrás para mirar le daba la impresión de que en cualquier momento emergería otro barco de aquella zona gris sorprendiéndoles en silencio. Lo que ocurriese a continuación no le preocupaba; era simplemente la idea de ser seguidos y alcanzados en plena escapada lo que le molestaba. Sentado allí, esforzándose por ver más allá de lo posible, se percató de que el monótono estrépito del motor era como una cuerda finísima que le podía arrastrar a salvo. Pero podía romperse en cualquier momento, y sólo quedaría el suave sonido de las olas acariciando la lancha. Sintió una fría gota de agua que le resbalaba por el cuello y no supo si era lluvia o sudor. «¿A qué viene tanta agitación?», se preguntó indignado.

El *yilali* se acercó corriendo al motor y lo apagó; la máquina dejó de funcionar con un estornudo ahogado, como si no fuera a arrancar nunca más. Luego regresó al timón, que Thami sujetaba.

La lancha seguía avanzando suavemente. Dyar se puso en pie.

—¿Hemos llegado?

Ninguno de los dos le contestó. El *yilali* entonces se acercó de nuevo al centro de la embarcación y empezó a empujar desesperado el pesado disco

negro del volante. A cada tirón se producía otro estornudo, pero el motor no arrancaba. Rabiando en su interior, Dyar volvió a sentarse. El *yilali* estuvo cinco minutos enteros intentándolo mientras la lancha derivaba perezosamente hacia los escollos. El motor respondió por fin, el *yilali* lo bajó a media velocidad y la lancha siguió avanzando despacio entre la lluvia.

En la cala había una playita en pendiente y rodeada por grandes peñascos medio erosionados. Las paredes de la montaña surgían justo detrás, se elevaban y desaparecían en el acuoso cielo. Saltaron del bote de remos y se quedaron en pie un momento en la desierta franja de arena sin hablar. La lancha bailaba cerca en las profundas aguas.

–Vamos –ordenó Dyar. Aquél era también un momento peligroso–. Dile que le escribirás para que venga a recogerte.

Thami y el *yilali* entablaron una larga conversación que enseguida degeneró en abierta disputa. Dyar, que esperaba y no veía que llegaran a un acuerdo, se impacientó.

–Dile que se marche, ¿quieres? –gritó–. ¿Tienes su dirección?

–Un momentito –dijo Thami, y reanudó la discusión. Pero recordando la excentricidad más destacada de Dyar –su especial incapacidad para esperar a que las cosas siguieran su curso natural– al poco rato se volvió y le dijo: Quiere dinero –lo cual, siendo cierto, no era en absoluto el principal tema de la conversación. En realidad, Thami se mostraba reacio a ver que su lancha, ya pagada, regresara a Tánger tripulada por su anterior propietario y trataba por todos los medios de concebir alguna garantía de protección que le permitiera hallarse razonablemente seguro de que no desaparecerían ni el *yilali* ni la lancha.

–¿Cuánto? –preguntó Dyar sujetando el maletín entre las piernas mientras rebuscaba en el bolsillo por debajo del gabán. Tenía el cuello de la camisa empapado; el agua le resbalaba por la espalda.

Thami había acordado con el *yilali* un precio de cuatrocientas pesetas por



los servicios; pretendía haberle dicho a Dyar que eran ochocientas pesetas y, con esa cantidad, pagarle al *yilali*. Ahora, viendo que las cosas se volvían contra él desde todos los ángulos, exclamó:

–¡Pide demasiado! En Dradeb eran setecientas cincuenta. Ahora son mil.  
–Entonces, al ver que Dyar sacaba un billete del bolsillo se dio cuenta de que había cometido un lamentable error.

–¡No se las dé a él! –gritó, suplicante, extendiendo una mano como para que no se viera el billete–. ¡Es un ladrón! ¡No se lo dé!

Dyar le apartó sin contemplaciones.

–No te metas en esto –repuso dándole el billete de mil pesetas al expectante *yilali*–. ¿Crees que voy a estarme aquí todo el día? –exclamó, y, volviéndose al *yilali* que permanecía con el billete en la mano, con aspecto confuso, le preguntó–: ¿Satisfecho?

Decidido a no dejar escapar ninguna oportunidad Thami tradujo inmediatamente esto último al árabe como una petición de cambio. El *yilali* movió la cabeza despacio y, respondiendo que no tenía, le tendió el billete a Dyar para que lo cogiera.

–Dice que no es bastante –mintió Thami.

Pero Dyar no reaccionó como él esperaba.

–Sabe de sobra que es suficiente –murmuró apartando la vista–. ¿Tienes sus señas? –Thami se quedó inmóvil, torturado por la indecisión. Entonces hizo lo que no debía. Alargó el brazo y trató de quitarle el billete al *yilali* de las manos. Este, habiendo llegado a la conclusión de que el caballero cristiano era excepcionalmente generoso, reaccionó como era natural, echándose a correr hacia el chinchorro, poniéndolo a flote y metiéndose en él. Thami se quedó brincando enfurecido al borde del agua en tanto que el otro se escapaba remando entre risas.

–¡Mi lancha! –gritaba Thami volviendo su rostro implorante hacia Dyar–. ¡Ya ve lo ladrón que es! ¡Se está llevando mi barco!

Dyar le miró con antipatía. «¿Durante cuántos días tendré que soportar esto?», pensaba. «Este tipo es peor que tonto». El *yilali* seguía remando hacia la lancha. Luego lanzó varios gritos para que se tranquilizara y agitó los brazos despidiéndose. Thami le amenazó con el puño y le contestó

profiriendo amenazas y maldiciones con voz entrecortada al ver que se subía a bordo, ataba el bote a la popa y conseguía finalmente arrancar el motor. Entonces, desconsolado, se volvió a Dyar.

–Se ha ido. Me he quedado sin lancha. Sin nada.

–Cállate –dijo Dyar sin mirarle. Se sentía físicamente asqueado y quería salir de la playa lo antes posible; especialmente ahora que el ruido del motor se había empezado a oír de nuevo.

Decaído, Thami se echó a andar por la playa hacia su extremo occidental donde pasaron entre las rocas más altas plantadas verticalmente. Bordeando la base de la montaña, tomaron un sendero casi invisible que subía por un gran terraplén de barro rojizo donde de vez en cuando se veía alguna peña. La pendiente se fue haciendo progresivamente más empinada. La lluvia caía con más fuerza, y las gotas eran mayores. No había árboles, ni matorrales, ni plantas, siquiera pequeñas. Ahora se elevaban riscos a ambos lados del sendero, que se convertía en un barranco con un regato de aguas ferruginosas que corría en dirección contraria. Dyar resbaló y cayó de espaldas en el lodo. Cuando Thami le ayudó a salir se escuchó un ruido de succión; Dyar no le dio las gracias. Los dos resoplaban y no estaban de humor para hablar. De todos modos, ninguno de los dos esperaba que el otro dijera nada. Se trataba de mirar dónde ponía uno el pie mientras escalaba, nada más. Las paredes de roca que tenían a cada lado eran como anteojeras, e impedían que la vista se extraviara; y ante ellos había más piedras, más barro, y más charcas y arroyos de agua marrón rojiza. A medida que avanzaba la mañana, el cielo se iba oscureciendo. Dyar miraba la hora de vez en cuando. «A las nueve y media me voy a sentar, estemos donde estemos». Sin embargo, cuando llegó esa hora, tuvo que esperar un rato hasta encontrar una piedra cómoda para sentarse y encender un cigarrillo que, a pesar de sus precauciones, la lluvia consiguió extinguir después de unas chupadas. Thami fingía no haberle visto y siguió avanzando pesadamente. Dyar le dejó que caminara; no le gritó para que aguardase. Sólo quedaba medio paquete de cigarrillos y se había olvidado de comprar. «Ya no tengo tabaco. ¿Hasta cuándo?» El paisaje no le sorprendía; era exactamente lo que había supuesto, pero por alguna razón no había pensado que podía llover, y lo veía siempre en su imaginación como un

lugar azotado por el viento y recocado bajo un sol abrasador. Las prendas que no estaban mojadas de lluvia, estaban empapadas de sudor, pues la continua escalada era ardua y Dyar tenía calor. Y no se quería quitar el gabán, porque bajo el brazo, cubierto por aquél, se hallaba el maletín y había decidido llevarlo allí; lo más protegido posible de la lluvia.

Seguía pensando que cuando Thami hubiese llegado a una distancia que le pareciese digna, se detendría a esperarle, pero había equivocado la causa de la depresión de su compañero: Dyar imaginaba que se trataba en gran medida de un mal humor relacionado con su derrota ante el *yilali*, pero Thami creía sinceramente que todo estaba perdido, que en aquel momento su alma se hallaba en las tinieblas y sin la bendición de Alá. Esto significaba que todo lo relacionado con el viaje se encontraba de antemano condenado a resultar malo para él. No estaba enfadado con Dyar –le consideraba un mero enviado de la mala suerte–, su emoción era más general, era desaliento.

Thami no se detuvo; prosiguió su camino hasta que un ligero cambio de dirección del desfiladero le apartó de la vista de Dyar.

–¡Maldito hijo de perra! –gritó Dyar poniéndose en pie de un salto y lanzándose a correr cañón arriba sin soltar el cigarrillo empapado. Al llegar a donde el camino se desviaba, divisó a Thami; seguía hallándose lejos y avanzaba lenta y mecánicamente, con la cabeza caída. «Quiere que le pida a gritos que me espere», pensó Dyar. «Antes me muero».

Transcurrió otra media hora hasta que llegó a una distancia mínima de Thami para poder hablarle, pero no dijo nada y se contentó con caminar detrás de él aunque a su paso. Por lo que se veía, Thami no había advertido en ningún momento su breve desaparición. Thami escalaba, nada más.

Así continuaron el camino. A mediodía se hallaban tierra adentro lejos del ruido y del olor del mar. Sin embargo, a pesar de los kilómetros de aire lluvioso que habían recorrido, Dyar tenía la impresión de que el mar se hallaba en algún punto allí abajo, todavía visible. El cielo seguía gris y encapotado, continuaba lloviendo, el viento soplaba aún del este y ellos subían aún lentamente, cruzando un vasto terreno de rocas, aguas y barro. «Un bocadillo de jamón», pensó Dyar sin darse cuenta. Podía haber comprado todo lo que hubiera querido el día anterior mientras que esperaba a

que Ramlal abriera. Pero en vez de hacerlo se había marchado a tumbarse a la playa. Aquella hora de sol abrasador parecía ahora remota e imposible; la visión fugaz de un sueño, o el recuerdo de una época en que era otra persona. Pero hasta que no se le ocurrió que no era posible haber comprado comida para aquel viaje –puesto que no tenía la menor sospecha de que iba a hacerlo– no comprendió lo verdaderamente remoto que era el día anterior y lo mucho que había cambiado el mundo desde que entró en la viciada oficinita de Chocron y empezó a mirar cómo contaba el dinero.

Surgiendo de pronto entre la lluvia, se dibujó una figura que bajaba hacia ellos por el barranco. Era un burrillo gris que avanzaba lentamente con las alforjas vacías y el pelaje cubierto de gotas de lluvia en las patas y las orejas. Thami con la sorpresa pintada en el rostro, se hizo a un lado para dejar paso al animal.

–Debemos estar acercándonos –dijo Dyar.

Hubiera querido guardar silencio, dejar que Thami hablara primero, pero lo hizo sin pensar.

–Un poco más –dijo Thami impasible. Por un recodo del camino apareció un viejo vestido con unos andrajos de lana; llevaba una vara y de vez en cuando lanzaba un sonido gutural dirigido al burro que iba delante. «Un poco más», repitió Dyar mentalmente, empezando a sentirse un poco mareado.

–¿Pero cuánto? –preguntó. Sin embargo, Thami con la imprecisa noción sobre el espacio y el tiempo común a sus compatriotas no pudo decirlo. La pregunta no significaba nada para él.

–No mucho –respondió.

El camino se volvió sensiblemente más empinado; les exigía toda su atención y esfuerzo para continuar, para no resbalar hacia atrás en las piedras sueltas. El viento arreciaba lanzando en su camino una especie de voluta densa e interminable de nubes desde los riscos de más arriba. Al poco rato se encontraron sumergidos en ella. El mundo se oscureció. «Esto no tiene ninguna gracia», pensó Dyar riéndose porque resultaba absurdo que una repentina alteración de luz afectara tanto a su estado de ánimo. «La falta de comida», se dijo. De vez en cuando tropezaba con Thami a propósito en la escalada. Si se separaban demasiado podía ocurrir que dejaran de verse.

–Espero que haya algo de comer en esa cabaña tuya –dijo.

–No se preocupe. –La voz de Thami indicaba cierto desagrado–. Esta noche comerá. Le conseguiré comida. Se la llevaré. No se preocupe.

–¿Quieres decir que no hay comida en la casa? ¿Dónde diablos vas a conseguirla?

–No tienen nada de comer en la casa porque nadie vive allí desde hace mucho tiempo. Pero no muy lejos está la casa de la familia de mi mujer. Allí le conseguiré todo lo que quiera. No hablarán. Son buena gente.

«Se cree que me va a tener enjaulado», se dijo Dyar. «Algo está tramando». Y luego, mientras seguían subiendo en silencio pensó: «Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué quiere tenerme escondido?» Y la pregunta se redujo una vez más a su forma elemental: «¿Qué es lo que sabe?» Decidió preguntárselo aquella misma noche, a quemarropa, cuando se hallaran sentados cara a cara y pudiese observar cualquier cambio que se produjese en la expresión de Thami: «¿Qué quisiste decir con eso de que la familia de tu mujer no hablaría?»

A medida que la pendiente se hacía más pronunciada, la escalada se convirtió en una lucha agotadora por no resbalar hacia atrás. La densa niebla era como humo empujado por el viento; sólo a intervalos de algunos segundos lograban verse el uno del otro e incluso vislumbraban una pared lateral al fondo. Luego cambiaba de golpe la sustancia del aire, se tornaba blanco y visible y envolvía sus caras y sus cuerpos borrándolo todo. Siguieron escalando más y más. Atardecía; Dyar tenía la impresión de que llevaba atardeciendo desde siempre. De pronto, al llegar un poco más arriba, Thami lanzó un gruñido de satisfacción y un largo «Aaah». Se había sentado. Dyar siguió subiendo con dificultad un poco más y le vio. Había sacado su pipa de kif, que extraía de un largo *matuí* de cuero que tenía desenrollado sobre sus rodillas.

–Lo que queda es fácil –dijo haciéndole sitio a Dyar en la roca–. Ahora hay que bajar. El pueblo está allí. –Señalaba un poco hacia abajo y a la izquierda. Dyar se sentó aceptando la pipa. Entre chupada y chupada olfateaba el aire, que había cobrado vida y olía ligeramente a pinos y a corrales. Cuando terminó la pipa se la devolvió. El kif era fuerte;

experimentaba una agradable sensación de mareo. Thami volvió a llenar la pipa mirándola con cariño. El fuste estaba cubierto de minúsculos dibujos policromos de peces, jarrones, pájaros y espadas.

–Esta *sebsi* la compré hace tres años. En Marraquech –dijo.

Estaban a solas en medio de aquella blancura. Dyar aguardó a que el otro se fumase su pipa; el kif ardió en tres bocanadas. Thami sacudió el rescoldo de la cazoletita, cerró el *matul* con las correas de cuero y, con aire grave, se metió los dos objetos en el bolsillo.

Se levantaron y reanudaron la marcha. El camino continuó llano durante un momento y, casi enseguida, empezó a descender bruscamente. Habían estado sentados en el punto más alto. Tras varias horas de respirar un aire que no olía más que a lluvia, resultaba agradable y perturbador distinguir indicios de vida animal y vegetal en la bruma que ascendía desde el invisible valle. Ahora avanzaban con más rapidez; saltaban de una peña a otra con ademanes inseguros de borracho y aterrizaban a veces con más fuerza de lo que resultaba cómodo. Había dejado de llover; Dyar se había sacado el maletín de debajo del gabán y lo llevaba en la mano izquierda, utilizando el otro brazo para mantener el equilibrio y protegerse cuando resultaba factible.

Al poco rato se hallaban por debajo del nivel de las nubes y, en aquella luz triste y mortecina, Dyar se detuvo un momento para contemplar el panorama gris de montañas, nubes y sombrías hondonadas. Casi al mismo tiempo quedaron a resguardo del viento. El único sonido que subía desde el valle era el rumor suave y monótono que producía un río al seguir su curso entre numerosas rocas. Pero no había rastro de vida humana.

–¿Dónde está la casa? –preguntó Dyar con aspereza. Aquél era el punto más importante.

–Vamos –replicó Thami. Continuaron el pronunciado descenso y, poco, después, llegaron a una bifurcación en el camino.

–Por aquí –dijo Thami y escogió un sendero que bordeaba la ladera, dejando a la derecha una pared cortada a pico y a la izquierda una serie de riscos y despeñaderos llenos de piedras arrastradas por los desprendimientos.

Entonces Thami se quedó inmóvil, con una ceja enarcada y la mano en la oreja. Cogió a Dyar de la muñeca, le llevó a rastras hasta una enorme roca

que sobresalía en el camino, le empujó para que se agachara detrás de ella e hizo lo mismo mirando alrededor cada pocos segundos.

–Mire –dijo. Por la senda se acercaban medio centenar de cabras de color pardo y gris produciendo un rumor desordenado con las pezuñas sobre las piedras. Las primeras se detuvieron cerca de la roca con ojos ambarinos e interrogantes. Luego, el ímpetu de las que iban detrás las empujó y pasaron por delante en tropel, impulsando de una roca a otra las piedras que desprendían a su paso con un extraño sonido metálico. Un joven, que enarbolaba un cayado y llevaba únicamente un capote de lana sobre los hombros, seguía al rebaño. Cuando hubo pasado, Thami susurró:

–Ay amigo, si te ve, será muy malo. Todo Agla lo sabrá mañana.

–¿Y qué importa? –preguntó Dyar, no tanto porque creyese que no importaba, sino porque sentía curiosidad por saber exactamente cuál era su situación allí arriba.

–¡Los españoles, vendrían a la casa!

–Bueno, pues que vengan. ¿Qué más daría? –Estaba decidido a llegar hasta el final y era una buena oportunidad–. No he hecho nada. ¿Por qué se iban a molestar en venir a buscarme? –Miró la cara de Thami con detenimiento.

–Tal vez cuando les enseñara un pasaporte americano no le hicieran nada –Thami hablaba en voz alta ahora–. Pero yo iría a la cárcel inmediatamente. Para venir aquí hay que tener visado, amigo. Y, entonces, dirían: «¿Cómo ha entrado?» No se preocupe. Averiguarían que ha venido en mi lancha. Y luego dirían: «¿dónde está la barca? ¿y de quién es la barca?» Y, peor aún: «¿por qué vino usted en lancha? ¿Por qué no ha venido por la *frontera* como todo el mundo?» Entonces llamarían por teléfono a la policía de Tánger para averiguar por qué... –Se detuvo mirando inquisitivamente a Dyar.

–¿Y qué? –repuso él, estudiando todavía atento la mirada de Thami.

–¿Y qué? –preguntó débilmente Thami, sonriendo–. ¿Cómo voy a saber «y qué»? Yo lo que sé es que me dijo que me daría cinco mil pesetas para que le trajera aquí y entonces yo lo hago porque sé que los americanos tienen palabra. Y usted tiene muchas ganas de venir aquí. ¿Y yo qué sé por qué? –Volvió a sonreír, con una sonrisa que sin duda tenía una intención

conciliadora pero que, para el modo de pensar de Dyar, representaba la esencia misma de la falsedad y la astucia orientales.

Dyar dio un gruñido y se puso en pie. «A partir de ahora voy a vigilar cada movimiento que hagas». Mientras se levantaba, Thami seguía hablando de la policía española y de su empeño por conseguir toda la información posible sobre los extranjeros que visitaban el protectorado. Entre sus palabras había una advertencia de que no saliera nunca de la casa durante el día, ni menos aún –esto se daba por descontado– pisara el pueblo a ninguna hora del día o de la noche. A medida que proseguían, fue adornando el relato con las posibles secuelas que traería consigo el que Dyar fuera visto siquiera por una sola persona; todo aquello sonaba tan absurdamente peligroso que su interlocutor no sentía miedo de lo que Thami decía, ya que no creyó ni por un momento las diferentes posibilidades de catástrofe, sino porque se preguntaba: «¿Por qué está contándome todo esto? ¿Por qué le inquieta tanto que nadie me vea?» Y la respuesta había que buscarla, sin duda, en la propia infamia de Thami. Se trataba simplemente de saber hasta dónde era capaz de llegar aquel hombre, o más bien, puesto que era un marroquí, hasta dónde podía llegar. Y, en aquel punto, la respuesta para Dyar era: irá hasta donde yo le deje ir. Así que no le daré ninguna oportunidad. Vigilarle era bastante simple; lo difícil era disimularlo. El otro no debía sospechar que él recelaba. Thami estaba ya haciéndose el tonto; también él se fingiría cándido, animaría a Thami a creerse el más listo para que actuara con menos cautela y sus decisiones fueran menos ocultas. Una excelente medida preventiva, pensó, sería ir al pueblo y luego decírselo. Ello le haría ver que no temía ser visto y le privaría de una ventaja que creía tener sobre él. «Se lo pensará dos veces antes de atreverse a actuar sin escrúpulos si sabe que la gente está enterada de que vivo aquí arriba con él», razonó.

–Bueno –dijo de mala gana–. Pues lo voy a pasar muy bien aquí arriba. Me lo estoy imaginando. Tú ahí en el pueblo todos los días, y yo aquí en la montaña, con el culo pegado a la silla.

–¿Cómo todos los días? ¿Cuánto tiempo quiere quedarse? Yo tengo que ir a Tánger. Mi lancha. El *yilali* no es buena persona. Lo conozco. Se la va a vender a otro. Pero a usted le da igual. No es su lancha...



–No empieces otra vez –dijo Dyar. Pero Thami se lanzó a un prolongado monólogo que terminó donde estaba previsto: ¿qué cantidad de dinero iba a pagarle Dyar por su presencia en Agla?

«Tal vez me interese tenerle aquí y tal vez no», pensó. Dependería de lo que encontrase y averiguase en el pueblo. Los planes había que prepararlos con cuidado y era probable que necesitara que Thami le fuera a recoger a otro punto. «Pero, cuanto antes me pueda librar de él, mejor». Esto era seguro.

¿Y no sería todo este regateo, bastante sincero en apariencia, simplemente una parte del juego de Thami, destinado a tranquilizar cualquier sospecha que tuviera, sustituyéndola por una sensación de seguridad que le haría ser imprudente? No lo sabía, pero creía que sí. En todo caso, era preciso fingir tomarlo muy en serio.

–¿Tú te crees que soy de oro? –le preguntó con disimulado mal humor, pero en un tono por el que Thami pudiera adivinar que iba a recibir el dinero. El otro no respondió.

Antes de llegar a la casa les quedaba todavía un olivar en la pronunciada ladera, un impetuoso arroyo y una ligera elevación que superar. La cabaña estaba construida sobre un saliente rocoso cuya base se iba curvando hacia abajo para descansar contra la ladera de la montaña sorprendentemente mucho más abajo.

–Ahí está la casa.

«Es un fortín», pensó Dyar, viendo la pequeña construcción agazapada en lo alto de su absurda columna. Sus gruesas paredes de adobe habían estado encaladas en un tiempo, y la empinada techumbre, cubierta de paja formando terrazas, parecía una falda de volantes. El camino subía, daba la vuelta y desembocaba en el promontorio, pelado casi por completo salvo por algunos arbustos demasiado crecidos. No había ventanas, pero sí una puerta, hecha a retazos con un cerrojo casero para el cual Thami sacaba ahora del bolsillo una pesada llave de un palmo de larga.

–Esto sí que es el fin del mundo –dijo Dyar subiendo hasta el borde del barranco y mirando hacia abajo. El valle se había preparado para la noche. Tenía la impresión de que ninguna luz podía atravesar las profundas tinieblas en que se hallaba sumergido el fondo de la ladera, que ningún sonido podía

cambiar el murmullo distante e impasible de las aguas que, aunque apenas audible, conseguía llenar de algún modo todo el aire. Tras forcejear unos momentos con el cerrojo, Thami consiguió abrir la puerta. Mientras caminaba hacia la casa, Dyar advirtió las profundas zanjás que había horadado en la tierra la lluvia de los aleros; todavía goteaba aquí y allá; era un sonido íntimo en mitad de la soledad que lo abarcaba todo: casi con una insinuación de bienvenida, como si la mera existencia de la casa ofreciera una posibilidad de alivio para el vasto y melancólico gris del mortecino atardecer.

Por lo menos, pensó al entrar en la oscura habitación que olía a henil, esto me permitirá recuperar el aliento. Podía ser un día o dos, pero era un lugar donde dormir.

Thami abrió una puerta al otro lado de la habitación y, desde un minúsculo patio, lleno de cajas rotas y desechos, entró la luz del día.

—Aquí hay otro cuarto —dijo con aire de satisfacción—. Y también cocina.

Sorprendentemente, el suelo de tierra estaba seco. No había muebles, pero casi la mitad de la superficie se hallaba cubierta por una limpia estera. Dyar se tumbó en el suelo apoyando la cabeza en la pared.

—No me hables de cocina a menos que tengas algo en ella. ¿Cuándo vamos a comer? Eso es lo único que me interesa.

Thami rió.

—¿Quiere dormir? Yo voy a casa de la familia de mi mujer para conseguir velas y comida. Usted duerma.

—¡Al diablo las velas! Consigue la comida, muchacho.

Thami pareció escandalizarse un poco.

—Oh, no —dijo con mucha seriedad y un aire de ligera reprensión—. No se puede comer sin velas. No está bien.

—Trae lo que te dé la gana —Dyar sintió que le vencía el sueño incluso mientras decía esto—. Pero trae también comida. —Deslizó los dedos por el mango del maletín y se lo puso sobre el pecho. Thami salió de la casa y cerró la puerta con llave. Se oyó el ruido de sus pisadas; luego, nada más que alguna gota de agua que caía del tejado. Después, el silencio.

Aunque tenía plena conciencia de que Thami había regresado y trajinaba por la habitación haciendo bastante ruido, aunque percibía una vela encendida cuya luz sentía en la cara, su despertar parecía incompleto. Se levantó de la estera.

–¡Hola! –dijo y se estiró; pero la pesadez del sueño le abrumaba. Ni siquiera recordaba que tenía hambre; aunque aquel vacío estaba allí, en él, más patente que antes de dormir, y parecía haberse transformado en una simple incapacidad para pensar o sentir. Dio unos pasos hasta el centro de la habitación gruñendo y bostezando violentamente pero enseguida sintió deseos de volver a echarse. Con la sensación de estar agonizando se puso a deambular de un lado a otro de la habitación dando traspiés y tropezando con una gran manta que Thami debía haber traído de la otra casa y de donde estaba sacando comida y platos. Volvió a la estera y se sentó. Thami agitaba en alto, triunfante, una tetera llena de abolladuras.

–He conseguido de todo –anunció–. Incluso hierbabuena para el té. ¿Quiere volver a dormir? Vamos. Duerma.

Desde el patinillo llegaban crujidos y el chisporroteo del carbón de leña que empezaba a arder en el brasero. Dyar siguió sin decir nada; le habría exigido un esfuerzo demasiado grande.

Al ver cómo Thami se afanaba con los preparativos, sintió que la situación tenía algo de absurdo. Tal vez si hubiera estado Hadija preparándole la cena lo habría encontrado más natural. Debía ofrecerse a ayudar. Pero se dijo: «Para eso le pago a este bastardo»; no se movió y siguió con la vista las idas y venidas de Thami mientras en su interior sentía únicamente el vacío

que le consumía y que, ahora que se iba despabilando poco a poco, se convertía en una inequívoca sensación de hambre.

–¡Por Dios, comamos de una vez! –exclamó por fin.

Thami se echó a reír.

–Espere, espere –dijo–. Todavía tiene que esperar un buen rato. –Sacó la pipa de kif, la llenó, la encendió y se la ofreció a Dyar, que aspiró con fuerza llenándose los pulmones con el humo ardiente, como si así pudiese ingerir al menos un poco de alimento que tan imperiosamente deseaba en aquellos momentos. Al terminar la segunda pipa le zumbaban los oídos, sentía vértigo y se había adueñado de él una idea insólita: la certeza de que en alguna parte y sutilmente mezclado en aquella comida, Thami le había puesto un veneno. Se veía a sí mismo despertando en la oscuridad de la noche, con un dolor cada vez mayor que invadía todo su cuerpo; veía a Thami encendiendo una cerilla, luego una vela, y su cara y sus labios expresaban lástima y consternación; se vio a sí mismo arrastrándose hacia la puerta y abriéndola, enfrentado a la imposibilidad absoluta de llegar a conseguir ayuda, pero saliendo a pesar de todo para escapar de la casa. La nitidez y el detalle de las visiones, su momentánea fuerza, le electrizaron; sintió una enorme necesidad de comunicarlas enseguida. En lugar de hacerlo le devolvió la pipa a Thami con gestos un poco vacilantes y, cerrando los ojos, se recostó contra la pared. Esta posición no la abandonó hasta que Thami le dio unas pataditas en la suela del zapato.

–¿Quiere comer? –preguntó.

Cenó en abundancia: no sólo la sopa de fideos y la ensalada de tomate y cebolla, sino también la carne picada y los huevos fritos que flotaban en un verde mar de aceite de oliva hirviendo y que, imitando a Thami, mojó con trozos de pan. Luego cada uno se bebió dos vasos de té con hierbabuena.

–Bueno, se acabó lo que se daba –dijo al terminar y volvió a recostarse–. Thami, ante esta comida hay que quitarse el sombrero.

–¿El sombrero?

–El sombrero que no tengo –Dyar se sentía expansivo en aquel momento. Thami, educadamente confuso, le ofreció la pipa que acababa de encender, pero Dyar la rechazó.

–Yo me retiro –dijo. Dentro de lo posible, quería preservar su sensación momentánea de bienestar para dormirse con ella y que le acompañara en su sueño durante toda la noche. Otra pipa de kif y seguro de que tendría pesadillas.

Lanzó una mirada con disimulo al maletín, que estaba en la estera cerca de él en un rincón. Aunque siempre que llovía lo había llevado bajo el gabán llamando la atención de Thami, seguramente podría achacarse a que era nuevo; el marroquí comprendería que él quisiera evitar que se estropeará el cuero de color claro y las relucientes cerraduras y hebillas de níquel. Decidió, pues, no prestar atención al maletín a partir de aquel momento y dejarlo por allí descuidadamente en cuanto hubiera guardado el cepillo de dientes; pero lo bastante cerca para poder alcanzarlo con el brazo si quería. Poniéndoselo bajo la cabeza o en la mano despertaría sin duda la curiosidad de Thami. Tan pronto como apagaran la luz, alargaría la mano y se lo acercaría a su estera.

De la manta en que había traído la comida, Thami sacó una vieja chilaba, se la puso y le dio la manta a Dyar. Luego trajo a rastras otra estera medio deshecha de la habitación que había al otro lado del patio y la extendió a lo largo de la otra pared. Se tumbó en ella y siguió fumando su pipa. Dyar dormía a ratos pero, como sabía que el otro estaba allí despierto y tenía la vela encendida, el despertador que llevaba dentro le volvía en sí y abría los ojos de repente encontrándose con el techo de juncos en penumbra y las miríadas de telas de araña que allí se agitaban suavemente. Por fin volvió la cabeza y miró al otro lado de la habitación. Thami había dejado la pipa en el suelo y era evidente que estaba dormido. La vela se había consumido mucho; en otros cinco minutos estaría apagada. Se quedó mirando la llama durante un momento que le pareció media hora. En el tejado se oían a veces salpicaduras de lluvia, y, cuando pasaba una ráfaga de viento, la puerta golpeteaba ligeramente, pero de una manera perentoria, como si alguien intentara irrumpir en la casa. Aun así, no llegó a ver consumirse a la vela y cuando abrió los ojos la habitación estaba completamente a oscuras; le pareció que llevaba así mucho tiempo. Permaneció inmóvil, molesto al advertir de pronto que no tenía el menor sueño. La confusa voz del agua provenía de abajo, de un lugar imposiblemente remoto. Con el caprichoso viento la puerta batía

discretamente al principio y, luego, con ruidosa impaciencia. La maldijo en silencio y decidió asegurarla para la noche siguiente. Aunque completamente despierto, se dejó llevar por un sueño en el que caminaba –o conducía un coche, no sabía muy bien– por una angosta carretera de montaña con una pendiente cortada a pico a la derecha. La tierra estaba tan lejos que cuando se asomaba por el precipicio, sólo se veía el cielo. La carretera se estrechó aún más. «Tengo que seguir», pensó. Por supuesto, pero no bastaba simplemente con seguir. La carretera podría seguir, el tiempo podía seguir, pero él no era ni el tiempo ni la carretera. Él era un elemento accesorio entre los dos, su precaria existencia le importaba sólo a él, la conocía sólo él, pero era más importante que cualquier cosa. El problema estribaba en mantenerse allí, que su conciencia captara con firmeza la estructura entera de la realidad que le rodeaba y se las ingeniara para avanzar. La estructura y la conciencia se encontraban allí, y también el conocimiento de lo que tenía que hacer. Pero no hallaba la fuerza necesaria para superar el abismo que separaba el saber del hacer. «Sujétate. Sujétate», se decía sintiendo que se le contraían los músculos en mitad del sueño. La puerta, entonces, le despertó un poco y sonrió en la oscuridad ante su propia tontería. La carretera de montaña ya la había pasado, se dijo, insistiendo en interpretar literalmente su fantasía; aquella había terminado y ahora estaba allí en la casa. Aquella era la realidad total en aquel momento y era todo lo que precisaba considerar. Alargó el brazo hacia el centro de la oscura habitación y sintió la mano de Thami, caliente y tranquila, exactamente encima del maletín.

Si hubiera tocado las peludas articulaciones de una tarántula, no habría retirado los dedos con mayor precipitación; ni se habrían abierto más sus ojos en la oscuridad. «Le he pillado in fraganti», pensó con una satisfacción desesperada, sintiendo que su cuerpo entero se ponía en tensión como si, por propia iniciativa, se preparase para una lucha en la que todavía no había pensado. Entonces se acordó del tacto de la mano: probablemente Thami se había dado la vuelta en sueños y la mano había caído allí, eso era todo. Pero Dyar no estaba seguro. ¡Muchas vueltas tenía que haber dado!, y tal vez era mucha casualidad que el maletín resultara estar justo debajo de donde dejó caer la mano. La cuestión ahora era si debía hacer algo o no. Se quedó

inmóvil un momento en las tinieblas, percibiendo el fuerte olor a paja húmeda de la habitación, y concluyó que, a menos que tomara la iniciativa e hiciese cambiar la situación, no conseguiría volverse a dormir; tenía que sacar la maleta de debajo de la mano de Thami. Tosió, fingió sorberse la nariz un poco, tanteó un momento a su alrededor como si buscara un pañuelo, extendió el brazo y tiró del maletín por el asa. Medio sentado, encendió una cerilla para buscar la combinación de la cerradura, y antes de que se apagara la llama, echó una ojeada hacia el centro del cuarto. Thami estaba tendido sobre su estera, pero en algún momento de la noche la había apartado de la pared; la mano estaba boca arriba y tenía los dedos doblados en la impotencia de tocar propia del sueño. Dyar apagó la cerilla, sacó un pañuelo del maletín y se sopló la nariz con fuerza. A continuación, tanteó en su interior: los billetes seguían allí. Fue sacando los fajos uno a uno y se los escondió debajo de la camiseta. Sin el gabán podría parecer un poco más grueso en la cintura, pero dudaba de que Thami fuese tan observador. Se tumbó otra vez y escuchó el juego caprichoso del viento con la puerta; odiaba cada sonido, no porque le impidiera dormir sino más bien porque su mente identificaba la puerta que sonaba con una puerta abierta. Un trocito de madera, un martillo y un clavo lo arreglarían todo: la barrera entre él y el mundo exterior sería mucho más efectiva. Durmió mal.

Cuando empezaba a clarear, Thami se levantó para hacer un fuego de carbón vegetal en el brasero.

–Voy a casa de la familia de mi mujer –informó a Dyar, que le contemplaba pestañeando desde su estera. Había té y quedaba algo de pan, pero eso era todo. Mientras bebía el té verde y ardiente que le trajo a su estera, Dyar se dio cuenta de que Thami había vuelto a dejar la suya junto a la pared, donde había estado al comienzo de la noche.

«Bueno, pues se acabó», pensó. «No hay explicaciones. Nada».

–Volveré luego –dijo Thami cogiendo la manta de los pies de Dyar–. Tengo que llevármela para traer cosas. Usted, quédese en la casa. No salga. Recuérdelo.

–Sí, sí –dijo Dyar, enfadado por quedarse solo, por no haber dormido bien, porque le quitaban la manta impidiéndole intentar dormir ahora y, sobre

todo, por la situación de completa dependencia en que se encontraba en aquel momento respecto a Thami.

Cuando se hubo marchado, la sensación de soledad que sustituyó a su presencia en la casa, contra lo que preveía, resultó agradable. Primero se levantó y miró la puerta. Por lo que podía ver, un trocito de madera clavado en la jamba resolvería el asunto. Cuando cerraran la puerta, bastaría con bajar apretando la madera, como un cerrojo. Luego emprendió una incursión de búsqueda por la casa para conseguir un martillo y un clavo. La expedición fue breve porque la casa estaba vacía. No había nada, ni siquiera el típico cabo de vela, la lata de sardinas vacía o los periódicos viejos que dejaban los vagabundos en las casas abandonadas de Norteamérica. Allí había que comprarlo todo, recordó; no se tiraba nada, lo que quería decir que no quedaba nada. Una lata vacía, una taza rota, un frasco de pastillas vacío, eran mercancías que se ponían a la venta. Recordó su paso por la Joteya de Tánger, en el que pudo contemplar millares de objetos expuestos, artículos completamente inútiles para los que, sin embargo, la gente había conseguido encontrar un uso. En un rincón entre la estera de Thami y la puerta que daba al patio fue donde hizo su único descubrimiento interesante; tras un montón de paja revuelta y parcialmente destruida por la putrefacción, descubrió una pequeña chimenea, un vestigio de los tiempos en que aquella casa había sido habitada por alguien. «¡Maldita sea, esta noche tendremos un buen fuego!», pensó. Después regresó a la puerta principal, la abrió y se dejó acariciar por el aire fresco y la sensación de libertad que reinaba en el vasto espacio que se habría ante sí. Entonces se dio cuenta de que el cielo estaba despejado y azul. El sol no se había elevado lo suficiente tras las montañas para tocar el valle, pero el día bailaba con la luz. De pronto le invadió una extraordinaria alegría. Como si una parte de sí hubiera sospechado ya el advenimiento de la idea que se le iba a ocurrir convirtiendo aquel día en una jornada tan larga, al ver el azul del cielo, se dijo: «Gracias a Dios». Mucho más abajo, sobre una estribación, en un barranco, se movía una figura diminuta vestida con ropajes de un tono rosáceo como la misma tierra. En aquella tremenda quietud incluso creyó oír de vez en cuando el sonido suave y frágil de una voz humana, llamando desde un punto a otro muy remoto; pero era como la



llamada de insectos minúsculos, y el confuso telón de fondo del agua al caer difuminaba las finas líneas del sonido hasta hacerle pensar que le engañaba el oído.

Se sentó en el umbral. Era un disparate depender de un idiota; y de un idiota que, además, había dado señales de no ser de confianza. Por ejemplo, había dicho que iba a casa de sus parientes. Pero ¿qué le impediría ir al pueblo y ponerse de acuerdo con una banda de asesinos para que subieran allí al anochecer? O de día, incluso, para el caso. Lo que Thami no se atreviera a hacer por sí mismo, podía encargárselo a otros; luego representaría su papel, pondría cara de terror o de indignación, se dejaría golpear una o dos veces y maniatar. Las escenas que Dyar imaginaba contenían absurdas reminiscencias de todas las películas del oeste que había visto en su niñez. Era consciente de la probable tergiversación pero, espoleado por un imperioso deseo de poseer una imagen definida de lo que ahora era equívoco —en otras palabras, de asumir un dominio completo de sí mismo—, dejaba que su imaginación jugara libremente inventando exageradas variantes de lo que podía deparar la jornada. «¿Por qué le he dejado perderse de vista?», pensó, pero sabía perfectamente que era inevitable. Su temporada allí arriba estaba condicionada a que Thami realizara frecuentes viajes, si no al pueblo, por lo menos, a la vivienda de sus parientes. «Como una rata en un cepo», se dijo mirando con nostalgia los montes más lejanos que el sol bañaba ahora con sus tempranas luces. Pero ya no iba a ser así, porque iba a salir del cepo. Aquella mañana, el aire mismo, al respirarlo, daba vida; y había un sendero, con las piedras todavía limpias y sin sombra, porque estaba dentro de la sombra más grande de los elevados riscos. No tenía más que levantarse y ponerse a andar. No había ningún problema, a menos que se preguntase adónde ir, pero él se ocuparía de que esta cuestión no cruzara su mente; deseaba creer que era preciso no vacilar. Y, a fin de asegurarse de actuar y de no pensar, entró en la casa para coger dos bolsitas de cuero de donde Thami las había dejado, una con las piezas de la pipa, y la otra con el kif. Cogió las dos cosas y se las metió en el bolsillo. Desde que había decidido abandonar la casa, le resultaba un lugar hostil, un lugar del que era preciso marcharse rápido. Así que cogiendo el maletín y aspirando con disgusto una última

bocanada de aire cargado de la habitación, salió al aire libre.

Ya en otra ocasión, había sentido aquella embriaguez al surgir a un mundo de sol y de aire. Pero hoy el aire era aún más extraño. Al llenarse los pulmones con él tuvo la impresión de que volar sería fácil, que simplemente se trataba de una cuestión de técnica. Dos días antes se había visto impulsado a tocar los troncos de las palmeras al salir del Hotel de la Playa, a levantar la cabeza como un perro para aspirar la brisa que cruzaba el puerto, a alegrarse de estar vivo en una mañana espléndida. Pero en aquel entonces, recordó, se hallaba todavía en una jaula de causas y efectos, una jaula cuyas llaves poseían otros. Wilcox estaba allí, metiéndole prisa, interponiéndose entre él y el sol del cielo. Ahora no había nadie. Tal vez estaba aún en la jaula –no podía saberlo–, pero al menos nadie tenía las llaves. Si había alguien que las tuviera era él. La cuestión era empezar a caminar y seguir caminando. A su paso fue cambiando poco a poco el perfil de los valles. Aunque no se fijaba en el sendero que seguía, advirtió que no era el mismo por el que habían subido la víspera. No tropezó con nadie, con nada. Después de una hora más o menos, se sentó para fumar dos pipas de kif. El sol aún no estaba lo bastante alto como para alcanzar aquel lado de la montaña, pero un poco más abajo había zonas elevadas que recibían ya sus rayos. Los lechos de los valles de allí abajo eran como verdes culebras de vegetación tendidas al calor del brillante sol de la mañana que dirigían sus cabezas hacia abajo, hacia el campo abierto, mientras sus colas serpenteaban por entre los profundos recovecos de las peñas.

Prosiguió su marcha con menos energía, el fumar le había quitado fondo en cierto modo y los latidos del corazón se le habían acelerado un poco. Sin embargo, en contrapartida, sentía una creciente y constante sensación de bienestar. Enseguida dejó de sentir que le faltaba el aliento. El caminar se convirtió en una serie de movimientos armónicos maravillosamente concebida, y cuya ejecución estaba en perfecto acuerdo con la enorme y fascinante máquina de la que formaban parte el aire y las montañas. Cuando el sol hubo alcanzado un punto del cielo donde era visible, Dyar ya había dejado de ser consciente de estar caminando: el paisaje simplemente se iba desgranando en silencio ante sus ojos. Una y otra vez le venía a la cabeza la

idea triunfal de que había escapado de nuevo de convertirse en víctima. Finalmente, sin saber cómo, se encontró en una nueva variedad de paisaje. En algún punto había superado una pequeña prominencia empezando a descender de modo imperceptible, y ahora se hallaba en aquella llanura un poco ascendente y tan distinta de la región que había abandonado. Hacía tiempo que había dejado de fijarse adónde iba. El sol le daba de lleno sobre la cabeza; hacía tanto calor que se quitó el gabán. Lo dobló y se sentó encima. El reloj le decía que eran las doce y media. «Tengo hambre», se permitió pensar, pero sólo una vez. Con gesto decidido, extrajo las piezas de la pipa, la montó y hundió la pequeña cazoleta de terracota en la masa fragante y húmeda de kif que llenaba el *matuí*. Aspiró con violencia el humo y lo mantuvo dentro de los pulmones hasta que la cabeza le empezó a dar vueltas y no pudo apartar los ojos de la contemplación de un pequeño y retorcido arbusto que crecía ante él.

–Con esto no necesitas comida –dijo.

Al poco rato había olvidado que tenía hambre y sólo veía los múltiples detalles del luminoso paisaje que le rodeaba. Los estudió con atención; era como si cada colina, piedra, hondonada o árbol guardara un secreto particular que él tenía que descubrir. Más aún: la configuración del terreno parecía querer expresar un drama oculto cuyo enigma era forzoso descifrar. Se asemejaba a la fotografía de una escena teatral en que las actitudes y semblantes de los actores, aunque normales a primera vista, resultan equívocas un momento después. Y cuanto más meditaba sobre el misterioso conjunto, más indescifrable le parecía su significado total. Siguió fumando y mirando. «Tengo que poner esto en claro», pensó. Si pudiera captar el significado de lo que veía en aquel momento, habría comprendido mucho más de lo que indicaban aquellos pocos arbustos y piedras. Su mente estaba despejada; sin embargo, se sentía incómodo de un modo extraño. Era el antiguo miedo a no hallarse seguro de estar allí del todo. Cogió una piedra y sin levantarse la lanzó lo más lejos posible. «De acuerdo», se dijo, «estás aquí y no estás aquí. Me importa un maldito comino. Olvídate de ello. No importa. Sigue alejándote. ¿Y dónde acabas?» Se levantó de pronto, cogió la gabardina y se echó a andar. Tal vez el secreto estaba en seguir moviéndose. Era cierto,

los elementos de la naturaleza que le rodeaban siguieron interpretando la silenciosa pantomima, planteando su ominoso acertijo; se percataba de ello al caminar. Pero, pensó, si se sentía extraño e irreal en aquel instante tenía una buena razón: se había atiborrado de kif. «Estoy colgado como una lámpara», pensó riéndose. Aquello era un consuelo y, si no bastaba, existía además la posibilidad de que tuviera razón, de que resultara carecer de toda importancia el estar allí o no. ¿Pero para quién carecía de importancia? Empezó a silbar mientras caminaba, y, absorto en los sonidos que producía, abandonó la baraja de su solitario mental.

Poco a poco, el incierto camino fue descendiendo a través de zonas de accidentados pastos y pedregosas tierras baldías. Le asombró ver en una ladera un grupo de vacas paciando. A lo largo de la mañana se había habituado a considerarse la única criatura viva bajo aquel cielo especial. Si se iba acercando a un pueblo, tanto peor; pasaría de largo. Su apetito, que había alcanzado ya proporciones descomunales, había dejado de manifestarse como tal y ahora era más bien una sensación de voracidad nerviosa y general que, a su modo de ver, sólo podía aliviarse con más kif. Así que se sentó y siguió fumando; la garganta se le iba volviendo –un poco más, e inevitablemente– de hierro. Aunque las vacas le habían sorprendido no sintió lo mismo al ver a una docena o más de nativos trabajando en un campo remoto. Sólo le asombró su pequeñez; el paisaje era muchísimo más grande de lo que parecía. Se sentó sobre una piedra y miró el cielo. Había alcanzado el estado máximo de brillantez. Nunca había pensado que uno pudiera maravillarse de tal modo ante la pura luminosidad. Era un placer dejar vagar simplemente la mirada por las nítidas profundidades del cielo, y lo estuvo haciendo hasta que el exceso de luz le obligó a apartar la vista.

El terreno era como un escalonamiento de desnudos valles de un gris rojizo que descendía suavemente de un elevado horizonte. Los grupos de palmitos espinosos, verdes los más próximos, se ennegrecían a lo lejos. Resultaba difícil saber a qué distancia estaban las cosas en aquel engañoso paisaje. Lo que semejaba próximo estaba lejano; los minúsculos puntitos de aquellas vacas que había en primer término eran prueba de ello; y si su mirada seguía los perfiles de la tierra hasta lo más lejano, la formación del

terreno parecía allí tan cruda y sus proporciones tan grandes que podía hallarse sólo al alcance de una piedra.

Dejó caer la cabeza, sentía el calor del sol en la nuca; observó un pequeño escarabajo negro que avanzaba dificultosamente entre los guijarros. Una hormiga que correteaba en dirección contraria se topó con él; al parecer, el encuentro no fue del agrado de la hormiga, pues cambió de rumbo y huyó enloquecida aún más deprisa. «Ver el infinito en un grano de arena». La frase le llegó a través de los años vacíos desde un aula. Afuera anochecía, era invierno y los solares vacíos estaban cubiertos de nieve sucia: más allá, circulaba el tráfico. Y, en la asfixiante aula, con la calefacción al máximo, todos esperaban que sonara la campana, para escapar precisamente de la premonición del infinito que flotaba inquietante en aquella atmósfera. La sensación que asociaba con la palabra «infinito» era de terror físico. Si al menos la existencia pudiera detenerse en esa punta de alfiler del aquí y el ahora, sin ecos que reverberasen del pasado, sin el hormigueo de la esperanza de una época por venir... Fijó más la vista al suelo, hasta desenfocarla y ver únicamente una imagen borrosa y brillante. Pero, entonces en aquel momento, el abrir y cerrar los ojos, ¿no estarían también, como el grano de arena, lastrados de una manera imponderable por el mismo elemento paralizador? Todo formaba parte de lo mismo. No había nada en él que no viniese de la tierra, nada que no fuese a volver a ella. Él era una prolongación animada de la propia tierra cocida por el sol. Pero esto no era del todo cierto. Levantó la cabeza, rebuscó en el bolsillo y encendió otra pipa. Había una diferencia, se dijo mientras lanzaba una blanca columna de humo que se rompió y desvaneció enseguida. Era una diferencia pequeña, evidente y absurda; pero al ser la única que se le ocurría en aquel momento, se convertía también en la única indicación del significado de vivir que podía encontrar. La tierra no conocía su propia existencia, simplemente «era». Por consiguiente, vivir significaba ante todo saber que se estaba vivo, y vivir sin esa certidumbre equivalía a no vivir. Y era por eso seguramente por lo que no dejaba de preguntarse si estaba realmente allí. Era muy natural que deseara tranquilizarse con esa confirmación, que lo necesitara desesperadamente. La piedra de toque de toda vida era el poder contestar en cualquier momento:

«Sí». No podía haber jamás el menor asomo de duda. Una vida tenía que poseer todas las cualidades de la tierra de la que surge, y además, conciencia de poseerlas. Esto lo veía con perfecta claridad mediante un razonamiento mudo; con una serie de ideas que se desgranaban en su mente con la facilidad de la música, con la precisión de la geometría. Desde alguna remota cámara interior de sí mismo estaba observando su vida por el lado equivocado de un telescopio, viéndola en sus íntimos detalles, lejana pero con una claridad terrible y, al hacerlo, ahora le parecía que cada circunstancia se veía en su perspectiva final. Hasta entonces había creído que, aunque la niñez había quedado muy lejos, llegaría algún día en que tendría la oportunidad de terminarla en pleno disfrute de sus propias y angustiosas delicias. Un día, al despertar, había descubierto que la infancia se había terminado: había llegado a su fin cuando él estaba distraído y sus elementos permanecían todavía indefinibles; su figura era nebulosa, todas sus armonías quedaban sin resolver. Y, sin embargo, sintiéndose conectado aún con cada momento de ella por medio de diez millares de hilos invisibles, pensó que podía hacerla volver y cambiarla con sólo tocar aquellas ocultas fibras del recuerdo.

La luz del sol se filtraba por sus párpados cerrados creando un mundo ciego de una calidez anaranjada y ardiente; con ella llegaba también un rayo de comprensión que, como un foco proyectado de pronto desde un lugar inesperado, bañaba el conocido panorama con un fulgor de irrevocabilidad que lo transformaba. Los años que había pasado en el banco, de pie ante la ventanilla de la caja, habían sido reales, después de todo; no podía llamarlos un accidente o un sustituto. Habían transcurrido y terminado, y ahora los veía como una parte inalterable del esquema. Ahora, todas aquellas lejanas indecisiones, los aplazamientos y las cuestiones sin resolver estaban más allá de su alcance. Era demasiado tarde, pero hasta ahora no lo había sabido. Su vida no había sido aquel ensayo para otra vida que creía haber vivido: había sido la única posible, la única concebible.

De este modo, resultó que todo estaba ya consumado, su forma decidida e irreversible. En su interior cundió una sensación de profunda dicha. La sucesión de ideas se desvaneció, dejándole sólo con el calor del bienestar que acompañaba a su paso. Buscó el escarabajo entre los guijarros; había

desaparecido por el sendero. Pero ahora oía voces, estaban cerca. Un grupo de bereberes con turbante pasaron ante él mirándole sin sorprenderse ni dejar de conversar. Su aparición le hizo volver del lugar interior donde se encontraba. Desmontó la pipa y se la guardó. Sintiéndose borracho y mareado, se levantó para seguirles a una distancia prudente. El camino que tomaron ascendía por una colina, descendía y luego por un desierto de cactus, cruzaba sombríos olivares –cuyos troncos podridos no eran a menudo más que grandes caracolas nudosas– pasaba ante cascadas de pulidas rocas, atravesaba praderas salpicadas de arbustos de adelfas y se convertía finalmente en una angosta senda flanqueada por grandes acebos. Allí formaba tantos recodos que Dyar perdió varias veces de vista a quienes le guiaban hasta que acabaron por desaparecer del todo. Casi en el mismo momento en que advertía su ausencia, se encontró de pronto en un mirador erizado de piedras que daba directamente sobre los tejados, terrazas y alminares del pueblo.

A veces, los viernes por la mañana, Hadj Mohammed Beidaoui enviaba a uno de los hijos mayores a que fuera a recoger al jardín, donde estaba jugando, a Thami, el benjamín de la familia, que solía venir revolviéndose en los brazos de su hermano para librarse de los ruidosos besos que le daba durante el trayecto. Entonces, le dejaban en las rodillas de su padre y su carita quedaba momentáneamente hundida en la hirsuta barba blanca; el niño contenía la respiración hasta que el rostro de su padre volvía a elevarse, y el anciano comenzaba a pellizcar los mofletes de su hijo y a alisarle el cabello. Recordaba claramente la piel ebúrnea de su padre y lo bello y majestuoso que le parecía su rostro, anciano pero terso, enmarcado por su chilaba blanca de seda. Ahora, cuando pensaba en ello, tal vez estaba rescatando el recuerdo de una mañana concreta –un día radiante como lo son sólo los días de primavera de nuestra niñez–, en que su padre, tras rociarle de azahar hasta dejarle completamente húmedo y casi empalagado por la fragancia, le había cogido de la mano y llevado por las calles y parques llenas de sol y flores hasta la mezquita de Marshan; por el centro de la calle para que toda la gente que se encontraran, tanto los hombres que besaban el extremo de la manga de Hadj Mohammed como los que no, viesan que Thami era hijo suyo. ¡Y Abdelftah y Abdelmalek y Hassan y Abdallah se habían quedado en casa! Aquello era lo más importante. La campaña intencionada para tratar de obtener un mayor favor de su padre del que le correspondía se inició aquella mañana; y la había librado sin cuartel desde entonces hasta el día en que murió el anciano. Entonces, por supuesto, se terminó todo. Los demás eran mayores y, para entonces, Thami se había granjeado su antipatía, sentimiento que él también



experimentaba hacia ellos. Empezó a sobornar a los criados para que le dejaran salir de casa; esto acarreó problemas a muchos de ellos con Abdelftah –entonces jefe de la casa–, quien tenía mal genio y montaba en cólera cada vez que se enteraba de que Thami había escapado. Pero era la calle, con sus placeres prohibidos, lo que más tentaba a aquel niño, para quien el mundo había dejado de ser un lugar donde el máximo goce consistía en sentarse en el regazo de su padre y escuchar aquel torrente de leyendas, proverbios, canciones y poemas deseando que no tuvieran fin. Había una canción que todavía recordaba entera. Decía: *Ya uled al harrata, Al mallem Buzekri...* Su padre le había contado que todos los niños de Fez corrían por las calles cantándola cuando se quería invocar la lluvia. Y había también un proverbio –que él asociaba íntimamente con el rostro de su padre y la sensación de ser abrazado por él, rodeado por montañas de cojines cubiertos de brocados, con los enormes faroles y los tapices colgados a gran altura– que siempre que lo escuchaba, aunque fuera muchas las veces que su padre accediera a repetirlo, sonaba a nuevo con una verdad misteriosa y mágica.

–Cuéntame lo del día.

–¿El día? –preguntaba el viejo Hadj Mohammed con gesto deliberada y astutamente vago tensado el labio inferior y poniendo los ojos en blanco con expresión ausente–. ¿El día? ¿Qué día?

–El día –insistía Thami.

–¡Aaah! –y el anciano empezaba a hablar comenzando al mismo tiempo el balanceo que acompañaba a cualquier narración que no fuese improvisada–. La mañana es un niño pequeño. –Abría los ojos como platos–. El mediodía es un hombre. –Se sentaba muy derecho y ponía aspecto fiero–. El atardecer es un viejo. –Se relajaba y miraba a Thami con ternura–. ¿Y qué hago yo? –Thami lo sabía, pero guardaba silencio, y esperaba sin aliento, hechizado por el instante en que tomaría parte en el ritual, con los ojos completamente fijos en la cara de marfil.

–Sonrío al primero. Admiro al segundo. Venero al tercero. –Y cuando terminaba de decir estas palabras, Thami cogía la frágil y blanca mano entre las suyas, agachaba la cabeza y pegaba los labios con fuerza al dorso de los dedos. Entonces, con renovado amor en sus ojos, el viejo se recostaba en su

asiento y miraba a su hijo.

Abdallah, el hermano más próximo a Thami por la edad –sólo tenía un año más que él– había espiado en cierta ocasión este juego, y más tarde, cuando estuvo a solas con Thami, le sometió a una serie de torturas que el niño soportó en silencio y sin apenas defenderse. Le parecía un precio poco elevado para pagar el favor de su padre.

–Y si se lo dices a papá, yo se lo digo a Abdelftah –advirtió Abdallah. Aquél idearía entonces algo infinitamente peor –de eso estaban seguros los dos–, pero Thami se rió con desprecio entre sus lágrimas. No tenía intención de chivarse; al hacer notar a su padre que los demás podrían sentirse celosos de aquel juego sagrado, se habría arriesgado a perder el privilegio de practicarlo.

Después vino la vida de la calle, los cafés escondidos de Sidi Buknadel que cerraban sus puertas dejando que los niños, sentados en esteras, jugaran a la ronda, fumaran kif y bebieran coñac hasta la madrugada; vino la playa donde jugaban al fútbol y se hacía un fondo común para alquilar durante la temporada una caseta en la que celebraban concursos de bebidas y pequeñas orgías cuyas normas exigían que los más jóvenes se pusieran a entera disposición de los mayores. Y, ante todo, estaban los burdeles. Cuando Thami cumplió los dieciocho años, había conocido a las chicas de todas las casas públicas y muchas más de la calle. Se habituó a pasar temporadas fuera de su casa y, al regresar, lo hacía en tal estado de desaliño que enfurecía a sus hermanos. Después de ser arrestado seis veces por embriaguez, Abdelmalek, que era el jefe de la familia desde la marcha de Abdelftah a Casablanca, dio orden a los guardas de la casa para que le negaran la entrada a Thami a menos que estuviera completamente sereno y correctamente vestido. Pero esto significaba ante todo que ya no recibiría su dinero para gastos diarios. «Esto le hará cambiar», le confió a Hassan. «Notarás la diferencia muy pronto». Pero Thami era más terco y tenía más recursos de lo que sospechaban. Encontró medios de vida –nunca supieron cuáles– sin necesidad de volver a casa ni tener que renunciar a la independencia que le parecía tan necesaria. Y, desde entonces, nunca regresó, salvo alguna que otra vez para conversar un momento con sus hermanos a la puerta de la casa y, por lo general, para pedir

un favor que rara vez le concedían. No había básicamente nada de antisocial en Thami; la hostilidad le era extraña. Lo que sucedía era que había agotado en su padre casi toda su capacidad de respeto y devoción a fin de que no les brindara la cantidad que les correspondía a ninguno de sus hermanos. Al mismo tiempo, no se avenía a fingir. No les respetaba y había mantenido demasiado contacto con la cultura europea para creer que cometía un pecado al negarse a fingir un respeto que exigía la costumbre, pero él no sentía.

Fue en el *mussem* anual de Muley Abdelslam, al que la gente formal acude para bien de sus almas, donde Thami conoció a Kinza, entre las tiendas, los asnos y los fanáticos peregrinos. La tradición musulmana se halla totalmente incapacitada para asimilar una situación así. Muchachos y muchachas no pueden conocerse y, si por alguna desgraciada suerte, ocurre que se las arreglan para verse a solas durante un minuto, la idea resulta tan vergonzosa que todo el mundo prefiere olvidarlo cuanto antes. Pero sería difícil concebir una conducta más escandalosa que insistir en hacerlo, volver a ver a la chica, y plantear la idea de casarse con ella. Thami hizo todo esto. Volvió a Agla al mismo tiempo que ella, llegó a conocer a la familia –que quedó, naturalmente, muy impresionada por sus modales de ciudad y su erudición– y escribió a Abdelmalek diciéndole que estaba a punto de casarse y creía que era hora de recibir su herencia. Su hermano respondió con un telegrama en que le instaba a volver a Tánger enseguida para discutir el asunto. Fue entonces cuando se produjo un serio enfrentamiento: Abdelmalek se negó de plano a dejarle tocar ni su dinero ni su propiedad. «Iré al cadí», amenazó Thami. Abdelmalek se limitó a reír. «Ve si crees que queda alguna cosa que no sepa de ti», repuso. Al final, tras prolongadas conversaciones con Hassan –que opinaba que el matrimonio, aunque fuese con una vergonzante campesina, podría ser un medio de cambiar las costumbres de Thami–, Abdelmalek le dio algunos miles de pesetas. Se trajo a toda la familia de ella desde Agla y celebraron la boda en Emsalah, el barrio más humilde de Tánger; todo lo cual le pareció magnífico a Kinza y a su cabila. Con el tiempo, menos la novia, todos fueron regresando a la granja. Esta se hallaba situada sobre Agla, en la montaña –y allí vivían, trabajando el campo, recolectando fruta y enviando a los hijos a apacentar las cabras en las

cumbres.

Para ellos, Thami era un tipo fascinante, un personaje, y la noche anterior se habían puesto como locos al oír llamar a la puerta y encontrarse con él. Sin embargo, no les gustó saber que tenía un «nazareno» viviendo con él arriba en la otra casa y, aunque la víspera se las había arreglado para hablar de otras cosas, escurrir el bulto y marcharse de repente, era evidente que su suegro no había terminado de expresar sus opiniones sobre la cuestión.

Al llegar allí le dijeron que los hombres se hallaban abajo, en la huerta. Siguió la alta empalizada de cactus y llegó a un portón de hojalata. Produjo un gran estrépito al llamar y esperó a que fuera a abrirle con un ligero temor. Lo hizo uno de los hijos. El huerto estaba atravesado por una acequia, que formaba parte del sistema de riego del valle entero que aprovechaba el agua de los manantiales que nacían en los montes que dominaban el pueblo. El padre de Kinza estaba regando los rosales. Corría afanoso de un lado para otro, con unos pantalones muy anchos arremangados sobre la rodilla; se agachaba al borde de la acequia para llenar una vieja lata de aceite que vertía el agua por los cuatro costados y la transportaba a toda prisa tratando de llegar antes de que se le vaciara. Cuando vio a Thami dejó su trabajo y se fueron a sentar con él a la sombra de una enorme higuera. Casi enseguida sacó a colación el asunto del nazareno. El tenerle en casa, vaticinó, traería problemas. Nunca se había visto que un español viviera bajo el mismo techo que un musulmán y, además, ¿a cuento de qué? ¿A qué venía una cosa así?

—¿Por qué no se va a la fonda de Agla como los demás? —preguntó.

Thami trató de explicarlo.

—No es español —empezó a decir, pero enseguida previo lo difícil que sería hacérselo comprender—. Es americano.

—¿*Melikano*? —preguntó el padre de Kinza—. ¿Y dónde está *Mélika*? ¿Dónde? ¡En España! ¡Ah! ¿Lo ves? —El hijo mayor sugirió que, tal vez, el nazareno era francés. Y los franceses no eran españoles.

—¿Que no son españoles? —exclamó su padre—. ¿Y dónde te piensas que está Francia, sino en España? Llámalo *melikano*, llámalo francés, llámalo inglés, llámalo como te dé la gana. Seguirá siendo español, seguirá siendo un nazareno, y es malo tenerlo en casa.

–Tienes razón –dijo Thami, decidiendo que la aquiescencia era la mejor manera de salir de la conversación, ya que su único argumento válido en aquel punto hubiera sido decirles que Dyar le estaba pagando por el privilegio de vivir en su casa, y aquel era un detalle que no quería que conociesen. El anciano parecía apaciguado, pero insistió.

–¿Por qué no vive en la fonda? Explícame eso –preguntó receloso.

Thami se encogió de hombros y dijo que no sabía.

–¡Ah! ¿Lo ves? –gritó el viejo triunfalmente–. Hay una razón, y es una mala razón. Y no pueden ocurrir más que malas cosas cuando se juntan nazarenos y musulmanes.

Tenía un hijo medio tonto que estaba sentado con ellos y, abrumado por la sabiduría de las palabras de su padre, no paraba de mover la cabeza afirmativamente. Los demás hijos miraban a Thami ligeramente incómodos al oír tales opiniones, imaginando que él debía considerarlas ridículamente anticuadas. Hablaron después de otras cosas y, finalmente, el anciano volvió a la tarea de regar las flores. Thami y los chicos se retiraron a una parte aislada de la huerta donde el viejo no podía verles y estuvieron fumando; Thami pensó que, en aquellas circunstancias, no podía ofender a la familia regresando a la casa de la montaña exclusivamente para llevarle comida al cristiano. Pasaron el día comiendo, durmiendo y jugando a las cartas. Anocheceía ya cuando emprendió la marcha; no se había atrevido a sugerir que le volvieran a dar comida, ni había podido reunir el valor necesario para pedirles la manta. Pero no podía regresar a la casa sin comida, porque Dyar estaría hambriento, así que tendría que ir a Agla y comprar provisiones para la cena.

–*Ya latif, ya latif* –murmuraba entre dientes mientras descendía por el camino que iba al pueblo.

\*\*\*

A medida que avanzaba con paso inseguro por la carretera adoquinada que terminaba por la puerta del pueblo, Dyar tenía menos dudas de que el lugar era Agla. Simplemente, había bajado haciendo un gran rodeo, dando la vuelta

a la parte de atrás de la montaña y volviendo luego de nuevo al lado más pronunciado. Existía pues una posibilidad real de toparse con Thami quien, pensó, creería sin duda que se había escapado para librarse de pagar lo que le debía. Pero no, nada de eso. Si Thami iba a por todas, un detalle así carecería, naturalmente, de importancia. En tal caso, el encuentro llevaría las cosas enseguida a su punto decisivo. Los hombres que habría escogido para ayudarlo estarían por allí cerca: mientras caminaban juntos por la calle, con algún gesto disimulado, ante los ojos de toda la chusma, daría la señal. O tal vez vendrían ya con él. La única esperanza de salvarse sería defender el maletín como si llevara dentro su propia vida. Luego, cuando lo abrieran y lo encontraran vacío, él estaría ya lo bastante lejos para escapar.

Las minúsculas calles y casas, cubiertas de cal, parecían relucir como si durante todo el día hubieran estado absorbiendo la luz del sol y ahora, al anochecer, la fueran emitiendo despacio en el aire mortecino. Todo aquello parecía la obra de un pastelero, pero probablemente su apreciación se debía a que, en aquel momento, con un poco de imaginación cualquier cosa le parecía comestible. Con infalible intuición fue eligiendo las calles que conducían al centro del pueblo; allí vio un pequeño restaurante marroquí donde preparaban la comida a la puerta. El cocinero levantó las tapas de los diversos calderos de cobre para que viera su contenido; Dyar miró y pidió sopa, garbanzos cocidos con carne de cordero y pinchos de hígado. Detrás de la cocina había un cuartito oscuro con dos mesas, y más allá, una hornacina elevada y cubierta de esteras donde había sentados varios campesinos con enormes barras de pan que iban despedazando y echando en la sopa. Para Dyar, el acto de saciar su apetito se convirtió en un hecho voluptuoso; y lo prolongó de modo interminable. Lo que había encargado en un principio resultó ser completamente inadecuado. Thami le había dicho que las ganas de comer que se sentían después de fumar kif no se parecían a ningún otro apetito. Suspiró, aprensivo. ¡Thami y su kif! ¿Qué pensaría cuando se diera cuenta de que su prisionero había escapado llevándose incluso la pipa y el *matuí*? Tal vez aquello se consideraba una ofensa terrible, un acto imperdonable. No tenía la menor idea; no sabía nada sobre aquel país, salvo que todos sus habitantes se comportaban como dementes. Tal vez no era

Thami en sí de quien temía las reacciones, pensó; podía ser simplemente que Thami formase parte del lugar y, por tanto, lo llevara a sus espaldas, por así decirlo. Thami en Nueva York –casi se echó a reír ante la imagen que evocaba la idea–, sería una de esas personas a las que nadie se molestaría siquiera en mirar cuando pidiera diez centavos. Esta era otra cuestión. Thami era el portavoz del lugar; como Anteo, toda la fuerza que poseía procedía de la tierra, y tenía los pies plantados de lleno en ella. «Así que le tienes miedo», se dijo a sí mismo irritado. A través de la iluminada cocina miró a la oscura calle que se veía detrás. «Miedo de que pueda entrar por esa puerta». Se quedó perfectamente inmóvil, esperando tal vez que la idea conjurase la realidad. Pero en la puerta apareció un berebere gigantesco que llevaba la chilaba colgada con descuido sobre un hombro, y pidió un vaso de té. Mientras esperaba esos cinco minutos que se tarda siempre en prepararlo –ya que el agua, aunque esté caliente, nunca está hirviendo, y las hojas de hierbabuena hay que arrancarlas de una en una– se quedó mirando a Dyar de una manera que le pareció al principio turbadora, después preocupante y por último, cuando empezó a preguntarse la razón de su insolente mirada, abiertamente aterradora. «¿Por qué me cierra el paso de ese modo?», pensó, sintiendo que el corazón le empezaba a latir demasiado deprisa y abrumado por una oleada de hipótesis desesperadas. De momento no se le ocurría más que una respuesta: era uno de los compinches de Thami que estaba allí para hacer guardia e impedir su huida. Probablemente se hallaban apostados en todos los cafés y fondas del pueblo. Por primera vez se le ocurrió que podían hacer su trabajo en ausencia de Thami, mientras él se hallaba cómodamente sentado en una casa respetable, riendo, bebiendo té y rasgueando el *ud*. Y esta posibilidad en cierto modo parecía peor; quizás porque nunca se había imaginado a Thami en el papel de torturador brutal y había convenido en su propia imaginación que las cosas se harían con relativa suavidad, sin dolor. Al levantar de nuevo la vista para mirar aquella cabeza de Neanderthal –profundos surcos en la abultada frente, y cejas formadas por una línea irregular que le cruzaba la cara– supo que, para un hombre así, no había soluciones intermedias. Pero tampoco podía percibir vileza alguna en su rostro, ni siquiera una astucia particular; simplemente una ceguera primitiva,

ancestral; la melancolía inefable y borrosa de los grandes simios cuando miran entre los barrotes de la jaula.

«No quiero saber nada de esto», se dijo. A un ser así no se le puede tratar de burlar; simplemente se quita uno de enmedio, si puede. Se levantó y se aproximó a la cocina.

–¿Cuánto? –preguntó en inglés. El hombre le comprendió, levantó las dos manos con los dedos extendidos y luego mostró sólo el dedo índice. Dando la espalda al gigante, para ocultar lo mejor posible el manojito de billetes que sacaba del bolsillo. Dyar entregó al cocinero uno de cien pesetas. El hombre, sorprendido, indicó con gestos que no tenía cambio. Dyar se rebuscó en los bolsillos y encontró veinticinco pesetas. El cocinero las aceptó inseguro y, dando un empujón al berebere, salió a la calle para intentar conseguir cambio. «¡Dios mío!», pensó Dyar viendo que se abría un nuevo horizonte erizado de dificultades. ¡No tenían cambio de cien pesetas! Así que de un billete de mil pesetas sería exactamente diez veces más difícil librarse. Moviéndose un poco la espalda y, en torno a la cintura, sintió los mil doscientos sesenta billetes de mil pesetas contra la piel. Percibiendo la mirada del enorme berebere pero sin responder a ella ni un instante, se quedó allí hasta que regresó el cocinero y le dio las catorce pesetas. Al salir a la calle, se metió a la derecha por donde parecía haber más gente, y se alejó a paso rápido; volvió la cabeza sólo una vez, justo antes de meterse a empujones en un grupo de transeúntes, y no le sorprendió en absoluto observar que el berebere salía del restaurante y echaba a caminar despacio en su misma dirección. Pero Dyar iba rápido y la siguiente vez que se volvió a mirar, se alegró de comprobar que le había despistado.

La calle, con adoquines y encalada, estaba llena de paseantes en chilaba que caminaban en las dos direcciones; los grupos se saludaban constantemente al cruzarse. Dyar se iba colando entre ellos con toda la discreción de un hombre que tiene prisa. A veces la calle se convertía en un tramo largo y ancho de escaleras –en cuyos escalones había unas tiendecitas tan pequeñas como casetas– que él bajaba con paso ligero, calculando con cuidado las distancias para asegurarse de no chocar con un grupo de viandantes, y sin atreverse a levantar la vista para encontrar el efecto que su



paso causaba en aquellas gentes. Salió a un espacio abierto, a uno de los lados se alineaba una serie de edificios europeos de una sola planta. Dyar se detuvo en seco, vacilando entre seguir adelante o volverse. Más allá había un café con mesas y sillas dispuestas a lo largo de una estrecha franja de la acera y en ellas se veía a varios españoles sentados, algunos con el uniforme blanco de oficial del ejército marroquí. Instintivamente se sentía empujado a permanecer en la sombra, a regresar al barrio marroquí. La cuestión era: ¿dónde estaría más seguro? No cabía duda de que el mayor peligro estribaba en la posibilidad de ser detenido e interrogado por los españoles. Pero, aun así, no sentía miedo de ellos, sino de lo que podía ocurrir en las calles que acababa de dejar. Y ahora que estaba allí, asiendo con fuerza el maletín y zarandeado por los transeúntes desde los dos lados, con la mente todavía embotada por el kif, le aterrorizó el darse cuenta de que se hallaba sumido en una completa confusión. Había imaginado que aquel pueblo sería otra cosa, que habría algún lugar donde poder ir a pedir información; contaba con el pueblo como un hombre preocupado cuenta con un amigo para que le aconseje, sabiendo de antemano que seguirá cualquier consejo que reciba, porque lo importante es hacer algo, moverse en alguna dirección, salir del callejón sin salida. En cuanto fuese a Agla, pensaba, sabría más cosas acerca de su situación. Pero hasta ahora no había comprendido en qué gran medida contaba con ello, en parte tal vez porque se había pasado todo el día preocupado por escapar de Thami. Sin embargo, en aquel momento era consciente de que los puntales que habían sostenido su futuro estaban viniéndose abajo: hasta el momento no tenía ningún plan de acción, y ahora no podía imaginarse qué era lo que había pretendido «descubrir» allí en el pueblo, qué clase de gente pensaba poder ver para informarse, ni siquiera qué clase de información pretendía obtener. Por un instante levantó la vista al cielo. Las estrellas estaban allí; pero no le dijeron qué podía hacer. Dio la vuelta, empezó a caminar, atravesó de nuevo la puerta de entrada a la ciudad y se internó por la tortuosa calle, pero le temblaban las piernas y sólo tenía una conciencia confusa de lo que ocurría a su alrededor. Esta vez, puesto que parte del mecanismo que daba cohesión a su ser parecía haber dejado de funcionar, se vio apartado de la empinada cuesta de la calle principal y dejó

que sus piernas le llevaran por otra calle más pequeña y llana, con menos alumbrado, menos gente y ninguna tienda.

A veces se oía el goteo del agua en las fuentes, a veces sólo el sonido del agua de la montaña que discurría veloz bajo las piedras, tras los muros. De cuando en cuando, un gran pájaro nocturno se lanzaba hacia el suelo cerca de alguna farola y proyectaba fugazmente una sombra disparatada sobre las blancas paredes; Dyar, asustado, daba un respingo cada vez que esto ocurría y se maldecía en silencio por no conseguir quitarse el miedo de encima. Ahora iba muy despacio, sin adelantar a nadie. A cierta distancia, cuando la calle era lo suficientemente recta, entreveía a una pareja de hombres con ropas oscuras que caminaban cogidos de la mano. Iban cantando una canción con un estribillo corto y enérgico que se repetía a breves intervalos; entre ellos se escuchaba una variante lenta del estribillo que parecía una respuesta débil y vacilante a lo anterior. Dyar no se hubiera fijado en ello de no ser porque, cada vez que comenzaba la parte sinuosa de la canción, y sólo en las primeras notas, distinguía claramente que el sonido procedía de algún punto situado tras él. Cuando se detuvo para escuchar (y su interés no lo motivaba la música, sino su propio miedo) los dos que caminaban delante habían empezado otra vez. Entonces, para asegurarse de una vez, permaneció completamente inmóvil escuchando varios estribillos, hasta que poco a poco las voces de los que iban delante se fueron debilitando. Ya no le cabía ninguna duda: alguien, con quejumbrosa voz de falsete venía cantando la misma canción detrás de él. Ahora la oía con más claridad, como un eco burlón de lo que cantaban los de delante. Pero, por los silencios calculados que quedaban en el esquema melódico y rítmico que llevaban los dos hombres dejando que la voz de atrás los llenara, Dyar concluyó enseguida

que se daban cuenta de la participación del otro en la canción. Se metió, entre dos casas, en un hueco en el que había una pequeña cisterna cuadrada donde caía agua y esperó a que pasara el autor de aquellas voces. Desde allí dentro no oía nada más que el sonido hueco del agua al caer en el depósito que tenía al lado, así que aguzó el oído para comprobar si el otro, al advertir su desaparición, dejaba de cantar, cambiaba el timbre de su voz o hacía de algún modo una señal a los que iban delante. Si hubiera tenido una buena linterna o una llave inglesa, pensó Dyar, podría golpearle en la nuca cuando pasara, arrastrarle allí a la oscuridad y marcharse rápidamente por donde había venido. Pero cuando apareció el vocalista, resultó venir acompañado de un amigo. Los dos eran jóvenes de menos de veinte años y avanzaban tropezando con gesto de no tener nada en la cabeza aparte del deseo de no perder el hilo de la canción que flotaba en la calle. Esperó a que pasaran, contó hasta veinte y se asomó desde la esquina: seguían avanzando con el mismo andar descuidado e inseguro. Cuando desaparecieron, Dyar se dio la vuelta y regresó por donde había venido, con el convencimiento absoluto de que, tan pronto como notaran su ausencia, se apresurarían a conferenciar con la otra pareja y emprenderían su búsqueda con ellos.

Puesto que el miedo no guarda ninguna relación efectiva con la realidad, cada vez que salía de un tramo iluminado de la calle y entraba en una zona oscura, temía encontrarse con los que cantaban y sus amigos que habiendo tomado un atajo para llegar antes que él, se hallarían en algún lugar aguardándole. Desde un portal invisible saldría un brazo de hierro que le arrastraría hacia dentro antes de que supiera lo que estaba ocurriendo, un golpe terrible le haría caer desplomado, y, luego, recobraría el conocimiento en algún callejón vacío, sobre un montón de basura, sin dinero, sin pasaporte, sin reloj ni ropas, sin nadie que le ayudara; ni en Tánger ni en ninguna otra parte. No habría nadie que cubriera su desnudez ni que le proporcionara siquiera la comida del día siguiente. Desde el calabozo donde le metieran llamarían a la legación norteamericana y, enseguida, volvería a Tánger, mil veces más víctima que nunca.

Cada vez que pasaba ante una bocacalle o un pasaje, abría bien los ojos y miraba fijamente, como si ello pudiera ayudarle a ver en la oscuridad.

Cuando estuvo de nuevo en la calle principal, subiendo las amplias escaleras en que la luz de los puestos se desparramaba por los escalones, se sintió un poco mejor; pero sentía las piernas como huecas y parecían no querer encaminarse a donde él trataba de dirigir las. Experimentaba un cierto alivio al hallarse de nuevo rodeado de gente; allí todo lo que tenía que hacer era caminar con la cabeza baja y sin mirarles a la cara. Cuando hubo llegado de nuevo casi al lugar donde había comido, escuchó unos tambores que ejecutaban un ritmo extraño y jadeante. Allí la calle daba varias vueltas bruscas convirtiéndose en una serie de pasajes que se perdían entre los edificios. Levantó la vista y en la ventana de un segundo piso que dominaba la entrada de uno de aquellos túneles, vio, tras una reja de hierro, una serie de cabezas con turbante vueltas de espalda. En el mismo momento, oyó tras él en la calle una voz apremiante.

—*¡Hola, señor! ¡Oiga!*

Volvió la cabeza enseguida y se encontró que, a unos quince metros, había un nativo vestido con algo semejante al uniforme y casco de un policía; no cabía duda de que trataba de llamar su atención. Dyar se echó a correr hacia la oscuridad, dobló la primera esquina de la calle y, al advertir una puerta entreabierta a su derecha, la empujó para entrar.

La luz procedía de arriba. Había una empinada escalera. Los tambores sonaban allí, y se oía también una música suave y resollante. Se quedó al pie de las escaleras tras la puerta, pero sin cerrarla más de lo que estaba. Aguardó, pero no sucedió nada. Entonces apareció un hombre en lo alto de la escalera que parecía que iba a bajar, pero al verle hizo gestos a otro que asomó también al poco rato. Los dos le invitaron a subir con señas.

—*Tlak. Tlak. Ayi* —decían.

Como sus rostros eran sin ninguna duda amigables, Dyar empezó a subir despacio las escaleras.

Era un café pequeño, y muy concurrido y con bancos a lo largo de las paredes. La débil luz procedía de una bombilla que colgaba sobre un samovar de cobre situado sobre una repisa en un rincón. Todos los hombres, tocados con turbantes blancos, levantaron la vista con interés al ver entrar a Dyar y le hicieron sitio al final de un banco, junto a los que tocaban los tambores, que

se hallaban en el suelo formando un círculo en el extremo más alejado de la habitación. Allí la luz era realmente escasa, pero Dyar tuvo la impresión de que en el suelo, casi a sus pies, estaba sucediendo algo inexplicable. Los hombres miraban hacia abajo, entre el humo, hacia una masa informe que graznaba, se convulsionaba y palpitaba; y, aunque la habitación se estremecía con el batir de los tambores, era como si en el aire flotara otra clase de silencio, un silencio imperioso que surgía de los ojos de los hombres que observaban aquel objeto que se movía a sus pies. Al habituarse a la confusa luz, Dyar vio que se trataba de un hombre con las manos sujetas fuertemente en la espalda, como si estuviera encadenado. Hasta aquel momento se había retorcido y revolcado por el suelo, pero ahora se iba levantando despacio hasta quedar de rodillas, y volvía la cara de un lado a otro con un gesto desesperado y de angustia en su torturado rostro. Incluso cuando cinco minutos más tarde llegó a levantarse del todo, mantuvo la postura de las manos; y, aquellos espasmos que tiraban de un lado u otro del cuerpo en perfecta sincronización, con la creciente histeria de los tambores y la voz baja y cascada de la flauta, parecían generarse en algún centro secreto y muy profundo de sí. Dyar observaba impasible. Quedaba oculto del todo por las filas de hombres que miraban el espectáculo junto a él y por los que seguían llegando; desde la puerta no se le veía, y el saberlo le proporcionó un alivio momentáneo. Alguien le pasó un vaso de té desde el otro extremo de la larga mesa. Cuando se lo acercó a la nariz, la penetrante vaharada de menta verde caliente le aclaró la cabeza; entonces se dio cuenta de que había otro olor en el aire, un aroma picante y resinoso que provenía de un brasero situado tras uno de los músicos; una pesada nube de humo dulzón se elevaba constantemente. El hombre había empezado a gritar, en un tono débil al principio y luego salvaje; sus gritos eran coreados por las llamadas rítmicas a «¡Al-lah!» de los que batían los tambores. Dyar miró con disimulo a las caras de los espectadores. La expresión que vio era la misma en todas: completa concentración en el baile, casi adoración del hombre que lo ejecutaba. Le pusieron delante una pipa de kif encendida. La cogió y fumó sin mirar quién se la había ofrecido. El corazón, que le latía violentamente cuando entró, había dejado de palpar; se sentía más calmado.

Tras un día dedicado sobre todo a la contemplación de ese lugar remoto e inverosímil que era el interior de sí mismo, no resultaba difícil rechazar ahora de plano la realidad de lo que estaba viendo. Se limitaba a estar sentado y observar, satisfecho en su convicción de que lo que contemplaba no tenía lugar en un mundo que realmente existiera. Aquello se hallaba demasiado lejos de los límites de lo posible. Le pasaron varias pipas de kif, y el humo, subiéndosele a la cabeza, le ayudaba a seguir allí sentado y contemplar algo en lo que no creía.

Según lo que Dyar veía, el hombre se separó por fin las manos, las metió en sus ropas y sacó un gran cuchillo que empezó esgrimir con grandes movimientos. El arma lanzaba un destello débil con la luz mortecina. Uno de los que tocaban el tambor lanzó algo hacia atrás sin volverse para mirar y siguió tocando recuperando el complejo ritmo perfectamente: el humo ascendía ahora en nubes más densas desde el incensario. Las partes cantadas semejaban ahora antífonas y el «*¡Al-lah!*» era lanzado como una piedra al rojo vivo de un lado a otro del círculo. Al mismo tiempo, era como si el sonido se hubiera convertido en dos grandes paredes entre las que el bailarín saltaba y giraba rápidamente, estrellando la cabeza contra las invisibles superficies en un vano esfuerzo por atravesarlas.

El hombre levantó un brazo desnudo. La hoja lanzó un destello y, en un redoble descendente de ritmo de tambores, se hundió en él. Lo hizo otra vez. Y otra, y otra, hasta que el brazo y la mano quedaron negros y relucientes. Luego empezó a acuchillar el otro; el compás se aceleraba mientras los cuerpos de los músicos se agachaban más hacia adelante, hacia el centro del círculo. Con el repentino resplandor de una cerilla próxima, Dyar vio cómo el color negro reluciente de los brazos y de las manos se tornaba rojo por un momento, como si el bailarín hubiera sumergido los brazos en pintura roja brillante; también vio su cara extática cuando el hombre se llevó un brazo a la boca y empezó a lamer con gestos rápidos y rítmicos la sangre. Al acertarse las frases, la música se había convertido en un enorme jadeo. Manteniendo todos los detalles de la síncopa intactos, incluso a su presente velocidad, había logrado así eliminar en los asistentes la noción de tiempo, obligándoles a que sus mentes aceptaran aquel otro tiempo arbitrario que se imponía en su

lugar. Este artificio hipnótico había concedido a los tambores un dominio absoluto. Pero, en cuanto al que bailaba, era difícil decir si eran ellos los que mandaban o él quien les dirigía. El bailarín se agachó y, con amplios movimientos del brazo, empezó a darse una serie de cortes en las piernas; el volumen de la música creció acompañándole.

Dyar estaba allí, apenas sin aliento. No se podía decir que ahora mirase, porque en su mente, había pasado de la contemplación a una especie de participación. A cada gesto del bailarín Dyar sentía un deseo solidario de lanzar un grito de triunfo. La mutilación tenía lugar por él, para él; era su propia sangre la que salpicaba en los tambores y hacía resbaladizo el suelo. En un mundo que no estaba todavía enfangado por el descubrimiento del pensar, existía aquella certeza, tan sólida como una roca, tan real como el latido de su corazón: aquel hombre bailaba para purificar a todos quienes le contemplaban. Cuando el hombre se lanzaba al suelo con un grito desesperado, Dyar supo que en realidad era un grito de victoria, que el espíritu había triunfado; las expresiones de satisfacción en los rostros que le rodeaban así lo confirmaban. Los músicos vacilaron un momento pero, a una señal de los hombres que se agachaban solícitos sobre el cuerpo crispado del bailarín, continuaron tocando la misma música, pero despacio, como al principio. Dyar siguió sentado, inmóvil por completo, sin pensar en nada y saboreando las insólitas sensaciones liberadas dentro de él. La conversación se había reanudado; como nadie le pasaba una pipa, sacó la de Thami y fumó en ella. Al poco rato, el bailarín se levantó, se puso de pie con paso vacilante y dirigiéndose a cada uno de los que tocaban, fue tomándole la cabeza entre las manos –que todavía goteaban sangre– y les daba un solemne beso en la frente. Luego, se abrió paso entre la gente pagó el té y se marchó.

Dyar se quedó aún unos minutos y, tras beber lo que quedaba de su té, que estaba frío desde hacía tiempo, dio al *qahuayi* una peseta y bajó despacio por las escaleras. Antes de salir titubeó un momento, estaba tomando una grave decisión de aventurarse a salir de nuevo a la calle. Pero fuese lo que fuese lo que le esperaba fuera, había que arrostrarlo –se dijo– y lo mismo daba que sucediese ahora que unos minutos o unas horas después. Abrió la puerta. El pasaje estaba desierto y oscuro, pero detrás del arco más lejano,



que daba paso a un espacio abierto, paredes y adoquines resplandecían con la luz de la luna que caía sobre ellos. Salió a una amplia plaza dominada por un gran alminar, y sintió una profunda sorpresa al descubrir que no sentía ya nada de su miedo. Había sido libertado durante la hora anterior en el café; nunca lo entendería cómo, ni le importaba. Pero ahora, cualquiera que fuese la eventualidad que se le presentara, encontraría una manera de afrontarla. La confianza en su estado de ánimo se veía aumentada por las sucesivas pipas de kif que se estaba fumando sentado al borde de la fuente que había en el centro de la plaza.

A unos treinta metros de allí, en un café que daba a la misma plaza, Thami se lamentaba de haber olvidado la pipa y el *matuí* en la casa. Tuvo que aceptar la generosidad del *qahuayi* y le resultaba violento. Con todos los paquetes que tenía, eran comprensibles las pocas ganas que tenía de ponerse en camino hacia la montaña; además, acababa de comer en abundancia. Le hubiera encantado comprar una buena botella de coñac Terry para bebería aquella noche, pero el dinero que tenía había resultado insuficiente para semejante lujo. En vez de ello compró una gran masa de *mayún*, y, al mismo tiempo, tomó la firme resolución de exigir sus cinco mil pesetas en cuanto volviera a la casa. La otra cantidad que Dyar le había prometido podía esperar, pero el pago inicial, no. Dyar no iba a estar de humor para dárselo, lo sabía, pero después de todo él tenía las de ganar: le amenazaría con marcharse al día siguiente. Eso le convencería.

Mirando cómo la intensa luz de la luna inundaba la superficie blanca de la plaza Dyar dejaba que su mente se endureciese y volviera lúcida como los objetos y las sombras que le rodeaban. (A mediodía, el kif le había producido un efecto disgregador, ablandando y derritiendo su pensamiento, difundíéndolo detrás de él, pero ahora le ponía en tensión; se sentía despierto y en pleno contacto con el mundo.) Dado que la situación era peor de lo que había imaginado –por la imposibilidad patente de cambiar los billetes en ningún lugar de Agla– lo único que podía hacer era gastar algo de dinero para mejorar la situación. Esto significaría tener que confiar en Thami, pero era sencillo, y si le metía en la cabeza la idea de que una persona que acepta ser cómplice se hace tan culpable como su compañero, el riesgo no sería

demasiado grande. El hecho de haber rechazado –por considerarlo pueril y neurótico– el miedo que le había impulsado a salir de la casa y huir por la montaña durante todo el día, no le parecía sospechoso ni merecedor de un examen más profundo. Lo importante, pensaba, era cruzar la frontera de la zona francesa, pues era varias veces mayor que la española, llamaría menos la atención (por francés se le podía tomar, pero nunca pasaría por ser español) y la policía no estaba tanto al acecho de extranjeros. Pero antes de eso tendría que conseguir cambio para los billetes. Sintiendo la necesidad de pasear mientras hacía sus planes, se levantó encaminándose hacia la parte oscura de la plaza, donde se alineaban unos arbolitos junto al paseo. Sin fijarse adónde se dirigía se metió por una calle lateral.

Durante la semana siguiente enviaría a Thami todos los días a Agla a por provisiones y cada vez le daría un billete de mil pesetas para comprarlas. Thami podría conseguir cambio. Así, al cabo de una semana tendría por lo menos lo suficiente para marcharse hacia el sur. Además le daría quinientas pesetas diarias hasta que estuvieran al otro lado de la frontera, prometiéndole una gratificación de otras cinco mil cuando se hallaran en territorio francés, y cien pesetas por cada billete de mil que le cambiase en francos una vez que se encontraran allí. Suponiendo que consiguiese cambiarlo todo, este proyecto le habría costado más de dos mil dólares, pero era poco dinero por hallarse a salvo.

Desde el fondo de la calle llegaba un vocerío de personas discutiendo acaloradamente. Aunque la plaza se hallaba vacía, el pueblo no estaba en absoluto dormido. Dobló una esquina y fue a dar a una placita oscurecida por un emparrado que la cubría. Había un grupo de gente muy excitada en torno a dos niños que, al parecer, habían estado peleándose; los hombres al principio no eran más que mirones pero, luego, inevitablemente se habían enzarzado en la riña con toda la pasión de los participantes originales. En el suelo se veían rectángulos de luz amarilla proyectados por la luz de las tiendas que había abiertas; en contraste, las zonas iluminadas por la luna en las esquinas eran azules. Dyar no se detuvo a contemplar la discusión: el caminar por la blanca calle a la precisa luz de la luna le ayudaba a elaborar sus planes. El alboroto era tal que nadie se dio cuenta de que cruzaba la oscura plaza. Las tiendas,

que parecían pertenecer más que nada a sastres y carpinteros, abandonadas a la primera señal de diversión en la calle, se hallaban vacías en aquel momento. La calle formaba un ligero recodo y allí había otro puesto abierto; más allá, sólo la luz de la luna. Era una carpintería donde el artesano había estado trabajando a la puerta, construyendo un gran cofre de madera con forma de baúl de barco. El martillo se hallaba donde lo había dejado. Dyar lo vio sin fijarse; luego se quedó mirándolo con atención y buscó involuntariamente los clavos. Allí estaban, un poco largos, pero rectos y nuevos, sobre un pequeño taburete cuadrado que había cerca. Hasta que no hubo pasado de nuevo ante el grupo de gente que gritaba, dejando atrás, tan lejos que ya no se oían los roncós gritos, y sintiendo el martillo y un gran clavo en el bolsillo de la chaqueta, no se dio cuenta de que, a pesar de su gran claridad mental cuando estaba sentado en la fuente y fumando kif había sido increíblemente estúpido. ¿Para qué quería el martillo y el clavo? Para sujetar la puerta. ¿Qué puerta? La de la casa, la puerta que chocaba y le impedía dormir. Muy bien. ¿Y dónde estaba la casa? ¿Cómo iba a llegar a ella?

Se quedó inmóvil, horrorizado más por la revelación de este increíble error en su proceso mental, que por el hecho mismo de no poder ir a la casa, de no tener donde dormir. Este kif es traicionero, pensó, empezando a caminar despacio.

Cuando se halló de nuevo en la plaza vacía se volvió a sentar al borde de la fuente y sacó la pipa. Traicionero o no, como el alcohol, por lo menos hacía soportable el momento presente. Mientras fumaba vio que del lado oscuro de la plaza surgía de las sombras una figura que se le aproximaba caminando despacio. Cuando todavía estaba lejos, pero lo bastante cerca para distinguir que se trataba de un hombre con una gran cesta, la figura dijo:

–*Salam.*

Dyar gruñó.

–*¿Andek es sebsi?*

Dyar levantó la vista incrédulo. Era imposible. El kif era traicionero, así que no se movió, esperó.

El hombre se acercó y lanzó una exclamación. Entonces Dyar se levantó de un salto.

–¡Maldito hijo de perra! –exclamó riéndose de buena gana y dando palmaditas a Thami en la espalda.

Thami estaba encantado también: Dyar había comido, estaba de buen humor. Ya no había que temer el regreso a la casa con los furiosos reproches. Podía abordar el asunto del dinero. Y allí estaba su pipa de kif que tanto había echado en falta, allí, en la mano de Dyar. Pero se sentía incómodo en medio de la plaza.

–Aquí va a tener problemas –advirtió–. Es muy peligroso. Le dije que no viniera. Si le ve el *almocadén*: «*Oiga, señor, venga a la comisaría, tengo que mirar sus papeles, amigo*». Hay que irse.

La luna brillaba con fuerza cuando dejaron el pueblo atrás y se encontraron entre los olivos. Se sentaron a medio camino de la montaña, entre las rocas desiguales. Thami sacó el *mayún*.

–¿Sabe lo que es esto?

–Claro que sí. Ya lo he probado.

–Esto no le pondrá borracho hasta dentro de una hora. O más. Cuando lleguemos a casa prepararé un té. Entonces verá qué borrachos estamos.

–Lo sé. Te he dicho que ya lo he probado.

Thami le miró incrédulo, dividió el pastel en dos partes desiguales y le dio la más grande a Dyar.

–Es blando –indicó Dyar con cierta sorpresa–. El que yo probé era duro.

–Es igual –dijo Thami, indiferente–. Este es mejor.

Dyar se sintió inclinado a darle la razón en lo que al sabor se refería. Lo comieron con calma y sabiendo, cada cual a su modo, que al ingerir aquella sustancia mágica se entregaban irrevocablemente a invisibles fuerzas que tomarían a su cargo su vida durante las horas siguientes.

No hablaron; permanecieron sentados escuchando el agua que descendía en aquel abismo de claros y sombras de luna que se abría a sus pies.

–¡De nuevo en casa! –dijo Dyar jovialmente al entrar en la habitación, sintiendo el olor a humedad del que se había despedido hacía tanto tiempo–. Hagamos ese fuego antes de que nos estalle la cabeza. –Tiró el maletín a un rincón, alegre de librarse de él.

Thami cerró la puerta, echó el cerrojo y le miró fijamente sin comprender.

–Está usted *m-hashish* –dijo–. Lo sé cuando le miro. ¿De qué habla?

–El fuego. El fuego. Trae algo de leña. ¡Rápido!

–Hay muchísima leña –dijo Thami imperturbable señalando al patio con las cajas. Dyar salió y empezó a echarlas a lo loco en el centro de la habitación.

–¡Rómpelas! –gritó–. ¡Destrózalas! Va a hacer un frío de mil demonios aquí ahora que no tenemos mantas. Debemos mantener el fuego encendido todo el tiempo que podamos.

Thami obedeció mientras meditaba sobre las sorprendentes transformaciones que el pequeño *mayún* podía operar en un cristiano. Nunca había visto a Dyar de buen humor. Cuando hubo apilado un enorme montón de tablillas, lo empujó a un lado y extendió las dos esteras, una encima de otra, delante de la chimenea. Entonces se fue a la cocina y se preocupó de hacer fuego con carbón vegetal en el brasero para preparar el té.

–¡Ah! –oyó que exclamaba Dyar triunfal desde el patio–. ¡Justo lo que necesitamos! –Había desenterrado varios troncos pequeños de un rincón y los había llevado junto a la chimenea amontonándolos allí. Luego fue a buscar a Thami a la cocina–. Dame una cerilla –dijo–. Mi vela se ha apagado. –Thami estaba en cuclillas ante el brasero y levantó la mirada sonriendo.

–¿Cómo se siente ahora?

–Me siento de maravilla. ¿Por qué? ¿Cómo te sientes tú?

Thami le dio la caja de cerillas.

–Me siento bien –repuso. No sabía muy bien cómo debía empezar. Tal vez fuera mejor que esperara a estar tumbados en el fuego, pero entonces Dyar podía haber cambiado de humor.

–Quise comprar una gran botella de coñac, ¿sabe? –dijo; luego permaneció en silencio.

–Bueno, ¿y por qué no lo hiciste? No me importaría tomarme una copa ahora mismo.

Thami hizo un gesto expresivo frotando el dedo índice contra el pulgar.

–¡Ah! –dijo Dyar con calma–. Ya.

Volvió a la otra habitación, metió un poco de papel en la chimenea, puso algo de madera de las cajas encima y lo prendió. Luego se fue al rincón más oscuro de la habitación y, sin dejar de mirar la puerta del patio, sacó cinco billetes de debajo de la camisa. «Esto le demostrará que estoy jugando limpio con él», se dijo. Volvió a la cocina y le dio el dinero a Thami.

–Aquí tienes –dijo.

–Gracias –repuso Thami. Se levantó y le dio tres palmaditas en la espalda.

–Cuando vengas hablaremos del resto del dinero. –Salió al patio y se quedó mirando el enorme globo de la luna llena; nunca la había visto tan cerca y tan enorme. Sobre él se escuchó el graznido de un pájaro nocturno: era un sonido peculiar, frío; no se parecía a nada que hubiera oído antes. Se quedó parado, escuchando el sonido una y otra vez en la cabeza, como una larga cadena de ecos interiores que trazaban una escalera invisible en el negro cielo. El chisporroteo del fuego dentro le hizo despertar. Entró y echó un tronco a la chimenea. Se puso en cuclillas mirando el fuego y siguió las formas de las llamas con los ojos. La chimenea tiraba bien; no entraba humo en la habitación.

Ponían los pies con cuidado en las losas rectangulares y grises que cruzaban el jardín a través del césped, pero tuvieron que salirse de ellas al llegar a cierto punto y pisar la húmeda hierba para evitar la manguera y el

aparato de aspersión. Daba vueltas y vueltas, de manera desigual. La señora Shields había bajado todas las persianas de la sala grande; decía que entraba el sol y decoloraba los «tapices». Una vez que estuvieran cerradas las ventanas, ya podía venir la tormenta; había estado amenazando con hacerlo toda la tarde. Al otro lado del río había mucha oscuridad. Probablemente allí llovía ya, pero el estrépito de los truenos era más distante. En lo alto del valle, cerca del desfiladero se oía como un gruñido. Era una zona salvaje aquella de arriba, y la gente no poseía la misma afabilidad que allí abajo donde la tierra era buena. La señora Shields se había manchado con la manguera. Qué lástima, pensó, mirando fijamente las flores de cachemir del estampado.

No quería estar en la casa cuando se marcharan. Volver a las habitaciones vacías donde el aire todavía se movía en corrientes provocadas por las prisas del último minuto, sintiendo el asiento de una silla en la que se había sentado uno de ellos, porque estaba un poco más caliente que las demás, pero el calor era todavía palpable después de que se hubieran ido; ver la cuerda de una persiana oscilando de manera casi imperceptible, no podía soportar ninguna de estas cosas. Era mejor quedarse en el jardín, decirles adiós allí y no entrar hasta que la casa estuviera completamente sin vida. Y la tormenta, o bien estallaría, o rugiría por el campo hasta el anochecer. Las uvas están madurando, dijo ella cuando pasaban bajo el emparrado. Y todos los veleros pondrían rumbo al puerto. Se quedó de pie junto al cerezo, mirando muy de cerca cómo las hormigas subían y bajaban por la corteza áspera y parda del tronco. Aquel verano se desarrollaba en una región perdida, y todas las carreteras que conducían allí habían sido cortadas.

Entró Thami portando el brasero ardiente. Lo depositó en mitad de la habitación, se fue y trajo la tetera y los vasos. Mientras esperaba a que hirviera el agua y soplaba de vez en cuando las brasas, Dyar le contó sus planes. Pero cuando llegó al momento de hablar de la suma que tenía, se dio cuenta de que no podía decirlo. Thami escuchó y cuando Dyar hubo terminado, meneó la cabeza con escepticismo.

—Las pesetas no son cosa buena en la zona francesa —dijo—. No se pueden cambiar. Tendría que llevárselas a los judíos.

—Bueno, pues, se las llevaremos a los judíos. ¿Por qué no?

Thami le miró con lástima.

–¿Los judíos? –exclamó–. No le darán nada por ellas. Le darán cinco francos por peseta. Tal vez seis. –Dyar sabía que el cambio vigente estaba por encima de ocho. Suspiró.

–No sé. Tendremos que esperar y ver qué pasa. –Pero en su interior estaba decidido a hacerlo de aquel modo, incluso si sólo le daban cinco.

Thami sirvió el té muy caliente en los vasos.

–Esta vez sin hierbabuena –dijo.

–No importa. Es el calor lo que cuenta.

–Sí. –Apagó la vela y permanecieron sentados a la luz de las llamas. Dyar se recostó en la pared, pero inmediatamente Thami le previno.

–Va usted a enfermar –explicó–. La pared está muy húmeda. Anoche separé mi cama de ahí, estaba muy húmedo.

–¡Ah! –Dyar se puso derecho, metió las piernas debajo y siguió bebiendo su té ¿Quedaba explicada para siempre la mano de encima del maletín? ¿Por qué no?, se preguntó. El creer o el dudar es una cuestión de querer hacerlo; en aquel momento le apetecía creer porque armonizaba con su estado de ánimo.

–Entonces, ¿estás conmigo? –preguntó.

–¿Qué?

–Nos quedamos una semana y tú vas al pueblo todos los días y cambias mil pesetas, ¿de acuerdo?

–Lo que usted diga –respondió Thami alcanzando su vaso para servirse más té.

La habitación empezaba a resultar tensa y opresiva a su alrededor; Dyar recordaba la sensación de la noche que cenó en Villa Hespérides. Pero ahora no era lo mismo; él mismo se sentía muy diferente. El pájaro de afuera volvió a cantar. Thami parecía sorprendido.

–No sé cómo se llama ese pájaro en inglés. Nosotros lo llamamos *yuca*.

Dyar cerró los ojos. En la parte posterior de la cabeza empezó a sentir la terrible palpitación de un motor. No le dolía; le asustaba. Con los ojos cerrados tenía la impresión de estar tendido boca arriba, y que si los abría se encontraría con el techo. Mas no era necesario abrirlos: podía verlo, porque los párpados se habían vuelto transparentes. Eran como una pantalla



gigantesca en la que comenzaban a proyectarse una serie de imágenes; minúsculos enjambres de bolitas coloreadas de cristal que se ordenaban complacientes en dibujos, flotaban en grupos y se separaban; y componían mosaicos que se disolvían tan pronto como se formaban. Plumas, cristales de nieve, encajes y vidrieras, proyectados por una luz cada vez más fuerte, se agolpaban sucesivamente en la pantalla. Pronto sus bordes empezarían a arder y Dyar sentiría el fuego en las sienas.

–¡Dios mío!, esto va a dejarme ciego –dijo de repente; al abrir los ojos se dio cuenta de que no había llegado a hablar.

–¿Sabe qué aspecto tienen? –preguntó Thami.

–¿Qué aspecto tiene qué?

–Los *yucas*.

–No sé qué aspecto tiene nada. ¡No sé de qué estás hablando!

Thami parecía ligeramente ofendido.

–Estás *m-hashish*, amigo. ¡*M-hashish bzef!*

Cada vez que Thami le hablaba, Dyar levantaba la cabeza y la sacudía un poco; abría los ojos y daba una respuesta sin sentido. Thami empezó a cantar con una voz débil y lejana. Era un sonido en el que se podía caminar, una suave alfombra que se abría ante sí a través del desierto llano y cegador. *Ijbed selja men rasú...* Pero se encontró con los muros pétreos de una casa vacía y situada junto a una montaña. Detrás se veía un incendio flameando con silenciosa violencia; la puerta se hallaba abierta y el interior estaba a oscuras. De las paredes colgaban telarañas; los soldados habían estado allí y se veía ropa interior de seda desperdigada por las habitaciones vacías. Sabía que un día, en un momento dado, la casa se vendría abajo y no quedaría más que polvo y escombros, indistinguibles del talud de grava que se extendía bajo los despeñaderos. La casa se derrumbaría sin hacer el menor ruido, como cuando se estropea el sonido de una película y sigue proyectándose. *Bache idauí sebbatú...* La alfombra se había prendido también. Le echarían la culpa.

–Pues no pienso pagarla –dijo. Las horas fijas, siempre los superiores dándote órdenes, ninguna seguridad, ninguna libertad, ninguna libertad.

–*Hak*. Tómese su té –dijo Thami.

Nadando contra la corriente, Dyar extendió el brazo para coger el vaso

que le ofrecían brillando con el reflejo del fuego.

–Ya lo tengo. *Muchas gracias, amigo.* –Se detuvo como si hubiera escuchado algo; luego, con exagerado cuidado depositó el vaso en la estera, a su lado—. Lo pongo aquí porque está caliente, ¿comprendes?

Pero Thami no le prestaba atención; estaba de nuevo en su pabellón de placer desde donde se dominaban kilómetros de verdes jardines y el agua corría clara por canales de color azul esmalte. *¡Chta! ¡Chta! ¡Sebbatú aand al cadí!*

–Thami, estoy en otro mundo. ¿Comprendes? ¿Me oyes?

Este con los ojos cerrados y el cuerpo oscilando despacio de atrás adelante mientras cantaba, no respondió. La perspectiva desde su torre se hizo más amplia, el agua surgía entre burbujas de la tierra por todas partes. Él había encargado que todo fuese así muchos años antes. (La noche es una mujer vestida con un manto de ardientes estrellas.) *Ya, Laila, Lia.*

–Te veo ahí sentado –insistió Dyar–, pero estoy en otro mundo. –Rompió a reír suavemente regocijado.

–No sé –añadió reflexionando–. A veces pienso lo contrario. Me parece... –Hablabas más despacio–. Deberíamos... mejor... me parece... si uno puede pasar al otro lado... si se puede pasar al otro lado... ¿Por qué nadie puede? – Su tono de voz se volvió tan fuerte y áspero que Thami abrió los ojos y dejó de cantar.

–¿*Chkun entina?* –preguntó–. Amigo, estoy tan *m-hashish* como tú.

–¡Llegas allí, te alejas flotando; llegas a ese lugar tan absurdo! ¡Oh, Dios mío! –Hablabas muy deprisa y sus palabras desembocaron en un pequeño ataque de risa; luego se dominó–. No tengo por qué reírme. No tiene gracia – dijo, y, lanzando un grito, se empezó a revolcar por el suelo entregándose a un largo acceso de risa. Thami le escuchaba sin moverse.

Después de un buen rato, la risa terminó con la misma brusquedad con que había empezado; Dyar estaba echado y por completo inmóvil. La vocecita del otro surgió de nuevo hormigueante. –*Ijbed selja min rasú...* –y siguió repitiéndose una y otra vez. De cuando en cuando, el fuego se agitaba al cambiar de posición un madero. Hasta los sonidos más pequeños eran penetrantes como cuchillas, pero dentro había un silencio denso. Trataba de

no respirar, quería permanecer del todo quieto porque el aire que le moldeaba perfectamente era una sustancia gelatinosa concebida para encajar con infinita exactitud en cada ángulo de su persona. Por muy poco que se moviera, se sentiría aprisionado, y aquello resultaría insoportable. La monstruosa hinchazón y desinflamamiento que padecía cada vez que respiraba era un peligro real. Pero aquella ola se rompía, retrocedía y él quedó paralizado un momento en un paisaje de luz líquida y cristalina, dorada, verdosa y titilante. Bruñida, magnífica y untuosa, se tornaba luego rápida como el agua abrasadora. ¡Mírala! ¡Mírala! Bébela con los ojos. Es la única agua que verás nunca. Pronto subiría otra oleada; ahora venían más a menudo.

*Ya, Laila, Lia...* Por un momento estuvo del todo en su sano juicio. Se hallaba tumbado cómodamente allí, escuchaba la larga y melancólica melodía de la canción y pensaba: «¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me he reído?» Tal vez había transcurrido la noche entera y el efecto se había disipado ya.

–¿Thami? –dijo. Se dio cuenta de que le había resultado casi imposible emitir la palabra porque tenía la boca de cartón. Suspiró trémulamente y pensó en moverse. (Debo acordarme de pensar en mover la mano izquierda para poder así apoyarme en el codo. Hay que moverla más hacia atrás antes de empezar a levantar las rodillas. Pero yo no quiero mover las rodillas. Sólo la mano. Para poder apoyarme en el codo. Si muevo las rodillas, puedo sentarme...)

Estaba sentado.

(Estoy sentado.) «¿Era esto lo que quería? ¿Por qué quería sentarme?»

Aguardó.

(No. No quería. Sólo quería apoyarme en el codo.) «¿Por qué?» (Quería estar echado mirando al otro lado. Así estaría más cómodo.) Se había tumbado boca abajo.

(... desde el abismo del infinito, Alá observa con ojos de oro...) *¡Alflailat u laila, ya laila, lía!*

Antes de que hubiera llegado el viento, lo había oído llegar agitándose sigilosamente allí arriba por entre las rocosas cumbres, rodando hacia las

quebradas, susurrando a su paso por la superficie de los despeñaderos hasta enroscarse en torno a la casa. Estuvo tendido durante un año, muerto, escuchándolo venir.

Se produjo un estallido en la habitación. Thami había echado otro tronco al fuego. «He visto dibujos. Rojo, violeta...», dijo Dyar sin hablar, volviendo a incorporarse. El cuarto era una caverna roja, un teatro, un espacioso establo con una terraza que colgaba sobre las sombras. Allí arriba había una ciudad de habitaciones diminutas, una ciudad en el bolsillo de las tinieblas; pero las paredes tenían ventanas que no podían verse y, tras ellas, el sol brillaba sobre una ciudad exterior edificada en hielo.

–¡Dios mío, Thami, agua! –gritó con voz opaca. Thami, en pie, se elevaba sobre él.

–Adiós –dijo. Se sentó pesadamente, y se desplomó hacia un lado; ya no cantó más.

–Agua –trató de decir otra vez con voz muy débil e hizo temblando un supremo esfuerzo por ponerse en pie–. Dios mío, tengo que conseguir agua –susurró; resultaba más fácil susurrar. Como sus pies estaban a una distancia de tres mil metros, tenía que caminar con un cuidado exquisito, pero logró pasar por encima de Thami y llegar hasta el cubo que había en el patio. Jadeando por el esfuerzo de arrodillarse, metió la cabeza en el fuego de agua fría y la absorbió por la garganta.

Cuando hubo terminado, se puso en pie, levantó la cabeza y miró la luna. El viento había llegado, pero ya había estado allí antes. Ahora era necesario volver a la habitación, recorrer todo el trayecto desde la habitación hasta la puerta. Pero no debía respirar tan fuerte. Abrir la puerta y salir. Allí fuera el viento estaría frío pero tenía que ir allí de todos modos.

La expedición por la mágica habitación era peligrosa. Había un frágil silencio que no podía romperse. El fuego, que derramaba su color rojo sobre el rostro guiñolesco de Thami, no debía advertir su sigiloso paso. Con cada pisada Dyar levantaba los pies exageradamente, como quien camina por un campo de hierba crecida y húmeda. Veía la puerta más adelante, pero, de pronto, ante él se interpuso un tortuoso pasillo hecho de puro tiempo. Tardaría horas interminables en llegar hasta el final. Y había una multitud de

personas invisibles alineadas a lo largo de las paredes –pero al otro lado–, aguardando en silencio a que pasara: era un coro impasible, callado e implacable. «Están esperándome», pensó. Las paredes de su mente, indistinguibles de las del pasillo, estaban cubiertas de mensajes en caracteres árabes. Pero siempre, justo delante de sus ojos se hallaba la puerta sin pomo enviándole su fatídico mensaje. No era segura, no podía uno fiarse. Si se abría ella sola sin él quererlo, todo el horror de la existencia podía arremolinarse sobre él. Extendió la mano y tocó la llave grande y fría. La llave justificaba aquel peso que sentía en el bolsillo del gabán. Metió la mano izquierda en él, tocó el martillo y, luego, la cabeza y la punta del clavo. Había que hacerlo, pero después, cuando volviera. Hizo girar la llave, empujó la puerta y sintió la caricia del sorprendido viento en su rostro.

–No acercarse al barranco –susurró al salir. A su alrededor se extendía la sonrisa informe de la noche. Ahora la luna se elevaba a lo lejos sobre los vacíos parajes. Mientras orinaba contra la pared de la casa, escuchaba el viento de las cumbres que trataba de acallar la larga nota sostenida del agua que descendía por el valle. Dentro, junto al fuego, el tiempo se disolvía lentamente; se desmoronaba. Pero, incluso al final de la noche, quedaría un rescoldo de tiempo, de un sabor sutil y amargo, suave al tacto, reluciendo desde su hornacina de cenizas, antes de empalidecer y morir, antes de que el corazón de la noche antigua dejara de palpitar.

Se volvió hacia la puerta con pasos cortos y vacilantes, como los de un viejo. Iba a exigir un tremendo esfuerzo volver a la esterilla, pero como la única cosa que podía concebir en aquel instante era dejarse caer en ella y tenderse a todo lo largo junto al fuego, estaba seguro de poder realizar el esfuerzo. Al cerrar la puerta, le murmuró:

–Sabes que estoy aquí, ¿no? –La idea le resultaba odiosa, pero podía hacer algo para remediarlo. No recordaba exactamente qué, mas sabía que la situación no era desesperada; podría remediarla más tarde.

Thami no se había movido. Al mirar desde su remota altura al cuerpo relajado, una inquietud familiar se adueñó de él aunque no podía relacionarla con ninguna causa. En parte sabía que lo que tenía ante él era Thami, su cabeza, tronco, brazos y piernas. Pero en parte sabía que lo que había en el

suelo era un objeto inidentificable, inconmesurablemente pesado en su propia sinrazón, un peso enorme e imponderable que nada podía aligerar. Mientras contemplaba de pie el objeto, el viento empujó la puerta suavemente, produciendo un suave golpeteo. ¿Pero no había nada que lo aligerase? Si se dejaba entrar aire, el peso podía escapar por propia iniciativa, entre las sombras de la habitación y la oscuridad de la noche. Miró despacio detrás de él. La puerta estaba en silencio, observante, siniestra. «Sabes muy bien que estoy aquí, lo sabes», pensó, «pero no por mucho tiempo». Había obligado a vivir al martillo y al clavo, y ambos estaban en su bolsillo. Al pensar en su peso, sintió que el cuerpo se le inclinaba hacia un lado. Había cambiado la postura del pie para mantener el equilibrio, para evitar ser arrastrado por su peso. El traqueteo volvió a oírse, era una serie de ligeros golpes, cómplices e insinuantes. Pero ¿no venían ahora de la esterilla que había en el suelo? «Si se abre...», pensó mirando a la masa sólida e inerte que había ante la luz mortecina del fuego; los ojos de Dyar miraban fijamente mientras el miedo se agolpaba en su interior. «Si se abre...» Había una cosa que hacer, que era preciso hacer, y sabía lo que era, pero no podía pensar en lo que era.

Una masa de palabras empezó a fermentar dentro de él, y ahora salían a borbotones. «*Many Mabel damn. Molly Daddy lamb. Lolly dibble up-man. Dolly little Dan*» susurró y se echó a reír. Tenía el martillo en la mano derecha y el clavo en la izquierda. Se puso en cuclillas, se inclinó y dejó caer las rodillas pesadamente en la estera junto a la puerta yacente. No se movía. El viento de la montaña le entró por la cabeza; su cabeza que era una caracola llena de cavernas; sus infinitamente suaves paredes rosa, delicadas, finas como el papel, captaban la luz de las brasas a medida que él se movía por las galerías.

–*Melly diddle din* –dijo en voz muy alta poniendo la punta del clavo lo más profunda que pudo en la oreja de Thami. Alzó la mano derecha y golpeó la cabeza del clavo con todas sus fuerzas. El objeto se distendió imperceptiblemente, como si alguien le hubiese dicho: «No pasa nada». Dejó el martillo en el suelo y tocó la cabeza del clavo: estaba al mismo nivel que el suave lóbulo de la oreja. Tenía dos estrías; frotó el dedo pulgar por las imperfecciones del acero. El clavo estaba firmemente encajado, como si se

hallara incrustado en un coco. «*Merry Mabel dune*». Los niños armarían ruido cuando salieran a la hora del recreo. El fuego crepitaba, la misma música insistente que no podía acallarse, los mismos cohetes que no se apresurarían a estallar. Y el suelo había caído sobre él. «Tengo que recordar que existo», se dijo; aquello estaba claro, como una gran roca que surge del mar que le rodea. «Tengo que recordar que estoy vivo».

No sabía si estaba inmóvil o si las manos y los pies le temblaban penosamente por el esfuerzo de creer que estaba allí y querer mover la mano. Sabía que su piel era tan tierna como la de una ciruela demasiado madura; por más suavemente que la tocara, se rompería manchándole con la sustancia pegajosa que tenía debajo. Alguien había cerrado el cajón del escritorio donde él estaba tendido y se había marchado, olvidándole. Una gran languidez. Una gran lentitud. La noche tenía partes llenas de reposo y había lugares que visitar en el tiempo, caras que olvidar, palabras que comprender, silencios por estudiar.

El fuego se apagó; la inhumana noche había invadido la habitación. Otra vez quiso beber agua. «He vuelto», pensó; la boca, la garganta, el estómago los sentía dolorosamente secos. «Thami ha quedado atrás. Soy el único superviviente. Esto es lo que yo deseaba». Aquel criadero de ideas, cálido, húmedo y peligroso había sido destruido. «Gracias a Dios no ha vuelto conmigo», se dijo. «Nunca quise que supiera que estoy vivo». Desapareció de nuevo; el agua estaba demasiado lejos.

Una luz enloquecida había descendido sobre la habitación y brincaba de un lado para otro. Se sentó y frunció las cejas. La oreja en la cabeza que había junto a él. El pequeño remate de metal con estrías irregulares. Sabía que iba a estar ahí. Suspiró, se deslizó a cuatro patas pasando junto a los extremos de las piernas inmóviles, llegó al patio frío y cegador y sumergió la cabeza en el cubo. Él no era real, pero sabía que estaba vivo. Levantó la cabeza, la dejó caer otra vez contra la pared y se quedó allí un buen rato, con la luz matinal de la montaña presionándole brutalmente en los párpados.

Más tarde se levantó, entró en la habitación, sacó a Thami de allí arrastrándole de los pies por el patio, le metió en la cocina y cerró la puerta. Vencido por la debilidad, se tendió en la estera y, temblando todavía, se

hundió en un sueño sin fondo. A medida que avanzaba el día, el viento cobraba fuerza; el cielo azul se tornó blanco y luego gris. La puerta repiqueteaba sin cesar, pero él no oyó nada.



El golpeteo de la puerta llevaba mucho tiempo oyéndose; al darse cuenta de ello, Dyar empezó a trepar por las laderas resbaladizas de la hondonada de sueño en que se encontraba en un intento frenético por escapar, por regresar a la consciencia. Cuando abrió por fin los ojos, se hallaba de nuevo en la habitación y persistía una extraña languidez; era como si descansara sobre un almohadón grande y suave y no quería moverse. Pero aquellos nudillos seguían golpeando la puerta con insistencia, deteniéndose de vez en cuando para redoblar su intensidad tras el silencio.

Tenía almohadas por debajo y por encima; no se movió.

–¿Quién es? –gritó varias veces, consiguiendo imprimir un poco más de fuerza en su indisciplinada voz. Cesó el golpeteo. Entonces sintió una ligera curiosidad por averiguar quién había fuera. Se incorporó, se puso en pie, se dirigió a la puerta y, acercando la boca a la madera, repitió:

–¿Quién es? –Afuera sólo se oía el ruido del goteo irregular de los aleros sobre la tierra desnuda. «Así que ha estado lloviendo otra vez», pensó con una furia irracional. ¿Quién es? –preguntó en voz más alta y sorprendido al tocarse el rostro y sentir una barba de tres días.

Descorrió el cerrojo a la puerta, la abrió y miró fuera. Era un día oscuro y, como había imaginado, no había nadie a la vista. Pero tampoco él sentía nada más que un vago interés por saber quién había estado llamando. No era indiferencia, sabía que le concernía de una manera vital, sabía que le debía importar mucho quién se hallaba a la puerta un momento antes. Pero ahora ya no quedaba nada de él que sintiera con fuerza acerca de nada; lo había agotado todo la noche anterior. Hoy era como una película vieja y gastada,

que se sale del rollo: oscura, a tirones, parpadeante, llena de cortes y con un argumento para él incomprensible. Le resultaba difícil prestar atención.

Cuando ya se daba la vuelta para entrar en la casa de nuevo –pues le apetecía volver a dormir–, oyó una voz procedente del arroyo que le saludó a gritos.

–¡Hola!

Y, aunque le costaba fijar la vista (el valle era una masa confusa, gris y lóbrega) vio que un hombre, que un segundo antes volvía la cabeza inmóvil para mirar la casa, se daba la vuelta del todo y echaba a andar hacia él. Dyar no se movió; observaba. De vez en cuando sentía en la cabeza las gotas frías que caían de una en una, sin prisa, del cielo.

El hombre iba vestido como un berebere. A medida que se aproximaba a la casa empezó a aminorar el paso y a volver la cabeza hacia atrás para mirar el camino. Al poco rato, esperando sin duda a alguien que venía detrás, se detuvo. De entre los peñascos surgieron entonces dos figuras que escalaban salvando el regato y tomando la curva del camino. Dyar, todavía a la puerta, observaba aquella inesperada visita con el convencimiento de que significaba algo muy importante para él; pero se sentía incapaz de reunir la energía necesaria para hacer conjeturas y se limitó a observar. Cuando las dos figuras hubieron alcanzado al que les esperaba, se detuvieron a conferenciar con él; éste agitó el brazo hacia la casa y a continuación se sentó mientras los otros dos continuaban sendero arriba. Pero Dyar ahora había empezado a mirar fijamente, pues uno de los hombres llevaba uniforme con pantalones de equitación y botas, en tanto que el otro, que parecía necesitar su ayuda para subir, lucía un impermeable y un turbante púrpura brillante. Cuando la pareja estuvo a medio camino entre la casa y el berebere que había sentado más abajo, Dyar se sobresaltó al darse cuenta de que la segunda persona era una mujer con pantalones. Y un instante después abrió la boca ligeramente al reconocer a Daisy.

–¡Dios santo! –dijo en voz baja.

Al acercarse más y verle mirándola con atención, Daisy saludó con los brazos pero sin decir nada. Dyar, como un niño pequeño, se quedó mirando cómo se aproximaba pero sin contestar a su saludo.

–¡Oh! –suspiró ella jadeando un poco al llegar a la plataforma donde se asentaba la casa. Caminó hacia la puerta y le alargó la mano. Dyar la estrechó, incrédulo, sin dejar de mirar a Daisy.

–Hola –repuso él.

–Mira. Por favor, no te pienses que soy una entrometida. ¿Cómo estás? –Dejó de apretarle la mano y dirigió a la casa una mirada penetrante; Dyar se puso la mano en la barbilla sin pensar–. ¿Todo bien? –insistió y, sin esperar una respuesta se volvió al hombre con uniforme de chófer–. *Me puedes esperar ahí abajo* –dijo señalando al nativo que aguardaba más allá. El hombre saludó con indiferencia y descendió alejándose.

–¡Oh! –volvió a exclamar Daisy que buscaba un sitio donde sentarse y no veía nada más que la tierra húmeda–Quisiera sentarme. ¿Te parece que entremos ahí, que estará seco?

–Sí, claro. –Dyar pareció resucitar–. Es que estoy sorprendido de verte. Pasa dentro.

Daisy atravesó la habitación y se sentó en una esterilla frente a la chimenea apagada.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Dyar con voz inexpresiva.

Tenía las rodillas juntas hacia un lado y había doblado las manos sobre ellas.

–Es evidente que he venido para verte. –Levantó el rostro para mirarle–. Pero tú quieres saber por qué, claro... Si eres paciente y esperas a que recupere el aliento te lo explicaré. –Se detuvo y suspiró–. Yo te expongo el caso y tú haces lo que te parezca. –Levantó el brazo y le cogió a Dyar del suyo.

–Querido –continuó. El sonido de su voz había cambiado, se había vuelto más intenso–, tienes que volver. Siéntate. No, aquí, junto a mí. Tienes que volver a Tánger. Por eso es por lo que estoy aquí. Para ayudarte a regresar.

Daisy sintió cómo el cuerpo de él se crispaba al volverse rápidamente a mirarle.

–No hables –dijo Daisy–. Déjame que te cuente mi pequeña historia. Es tarde, va a llover y tenemos que salir de Agla de día. Hay veintisiete kilómetros de pista hasta llegar a la *carretera*. Tú no sabes nada de las

carreteras porque no viniste por tierra.

–¿Por qué sabes cómo he venido?

–Tú crees que soy tonta de remate, ¿no es cierto? –le ofreció un cigarrillo de la pitillera y fumaron un momento en silencio—. La otra noche presencié aquel asuntillo en el jardín y me pareció reconocer al hermano borracho de los Beidaoui. Y, bueno, no tenía razones para dudar de la palabra de su mujer. Según ella te había traído aquí. Así que no hay más. Pero todo eso no tiene importancia.

Dyar pensaba: «¿Cómo puedo descubrir lo que sabe?» Lo mejor parecía preguntarlo sin más, así que la interrumpió:

–¿Qué te han contado? –inquirió.

–¿Quién? –replicó ella secamente—. ¿Jack Wilcox y Ronny Ashcombe-Danvers?

Dyar no repuso nada.

–Si te refieres a ellos –prosiguió Daisy–, me lo han contado todo, desde luego. Sois todos una partida de tontos de la puñeta, los tres; pero tú eres el tonto más grande de ellos. ¿Qué diablos te creías que ibas a conseguir? Por supuesto que lo primero que no entiendo es en qué estaba pensando Jack al dejarte que recogieras el dinero de Ronny, pero él es tan reservado que no pude sacar nada en limpio de su ridícula historia. Hasta que no me encontré ayer a Ronny en el aeropuerto no conseguí enterarme de nada que pareciera mínimamente lógico. Ronny es un viejo amigo mío, y te puedo asegurar que está fuera de quicio con todo este asunto; y no le falta razón.

–Sí –repuso Dyar sin ocurrírsele nada más que decir.

–He discutido con él hasta quedarme ronca para convencerle de que me deje venir aquí. El, claro, estaba decidido a venir con una banda de hampones del puerto para arriesgarse a recuperar el dinero por la fuerza. Porque, evidentemente, por medios legales no puede hacerlo. Pero creo que ha comprendido que es una idea pueril. Le hice ver que sería mucho mejor intentar convencerte de volver por tu propio acuerdo.

Así que Ashcombe-Danvers es un viejo amigo suyo, pensó Dyar. Le ha prometido un tanto por ciento de todo lo que ella consiga recuperar. Y se acordó de la reserva de Mme. Werth en el hotel de Marraquech; era como si

Daisy le hubiera dicho: «Anda, regresa y vuelve a ser una víctima, hazlo por mí».

–Eso está descartado –contestó Dyar secamente.

–¿Ah, sí? –exclamó ella, echando fuego por los ojos–. Porque lo dice el señorito Dyar, ¿no?

Dyar enrojeció.

–Ni más ni menos.

Daisy se agachó sobre él.

–¿Por qué crees que he venido hasta aquí? Maldito, maldito tonto, vanidoso idiota. ¡Dios mío!

–No lo sé. Yo mismo me lo pregunto –repuso arrojando el cigarrillo a la chimenea.

–He venido –se detuvo–. Porque yo soy la más tonta de todos, porque, por algún defecto horrible de mi personalidad... porque no sé cómo... me he permitido encariñarme contigo. ¡Dios sabe por qué! ¡Sólo Dios sabe por qué! ¿Pero tú crees que yo me vendría hasta aquí solamente para ayudar a Ronny a recuperar el dinero? –«Sí, sí lo harías», pensó él–. Él está mejor preparado que yo para una cacería humana, con su banda de asesinos del Marsa. –«No cree ni una palabra de lo que está diciendo. Piensa que ella puede hacer mejor el trabajo», se dijo Dyar–. Estoy aquí porque Ronny es un amigo mío, sí, y porque me gustaría ayudarle a recuperar lo que le pertenece: lo que le has robado. –La voz le tembló un poco al decir esta última palabra–. Sí, claro que sí. Por todo eso. Y estoy aquí también porque lo que le ayudará a él resulta ser lo único que te ayudará a ti.

–Salvarme el alma. Ya lo sé. Y luego volver allí y descargar mi conciencia.

–¿El alma? –preguntó ella con brusquedad–. ¡Que le den por saco a tu alma! He hablado de ayudarte a ti. Estás en un lío. Sabes muy bien el lío en que estás metido. Y no vas a poder salir de él sin un poco de ayuda. Yo tengo muchísimas ganas de verte fuera de ello. Y, si hay que ser sinceros, no creo que nadie más pueda o quiera.

–Ya, ya lo sé –dijo Dyar–. Pero no espero que nadie haga una colecta por mí. Nadie puede ayudarme. Muy bien. ¿Y tú cómo puedes hacerlo?

–¿No te parece que Luis conoce a bastante gente en Tánger? Sólo se trata de conseguir que tú y el dinero crucéis la frontera. En cualquier caso, he tomado prestado un coche diplomático. Con las matrículas del CD se pasa la frontera sin detenerse, por lo general. Incluso si nos detienen está todo previsto. No corres ningún riesgo.

–¡Ningún riesgo! –repitió él con una breve risotada–. ¿Y en Tánger?

–¿Ronny, dices? ¿Qué puede hacerte? Te aseguro que estará tan encantado de ver su dinero que...

–No es por eso –le interrumpió Dyar–. Eso no me preocupa. Estaba pensando en otra cosa.

Daisy tuvo un instante de perplejidad.

–¿No te referirás al cheque que aceptaste de aquella repelente rusa, no?

–Dios mío –gimió Dyar–. ¿Es que hay algo que no sepas?

–En lo que hace a cotilleos de Tánger, no, querido. Pero todo el mundo conoce ese asunto. Le han ordenado que abandonase la Zona Internacional Anteayer. Es probable que se haya marchado ya. La única cosa útil que ha hecho «Tío Goode» desde que llegó a Tánger. No sé cuál será la actitud oficial de los americanos respecto a tu ligeramente estúpido comportamiento. Pero es un riesgo que tienes que correr. Bueno, me parece que ya hemos hablado bastante, ¿no crees?

–Supongo que sí –repuso él. Era una solución, pensó, pero no la más acertada, porque desbarataría todo lo que había hecho. Tenía que salirse con la suya, se dijo. Ya sabía lo que ocurriría en caso contrario.

–¿Te parece que tomemos un té antes de marcharnos? –preguntó Daisy de pronto–. Vendría bien. –«No lo entiende», pensó Dyar.

–Yo no me marcho –dijo.

–Oh, querido, no te pongas difícil. –Nunca había visto los ojos de ella tan grandes y tan serios–. Es tarde. Sabes perfectísimamente que vas a venir conmigo. No te queda otra alternativa. El problema es que no te decides a enfrentarte con Jack y Ronny. Pero tienes que hacerlo, y no hay más.

–Te digo que no me voy.

–¡Falso! ¡Qué tontería! Venga. No quiero sentirme asqueada de tu miedo. No hay nada más repugnante que un hombre asustado.

Dyar soltó una risa desagradable.

–Venga, vámonos ya –dijo Daisy con voz tranquila, como si cada frase que había pronunciado hasta entonces le hubiera conseguido convencer un poco–. Prepara un té bien caliente, nos tomamos una taza cada uno, y luego nos vamos. Es así de sencillo. –Se acordó de algo y miró en torno a la habitación por primera vez–. ¿Dónde está el chico de los Beidaoui? Bueno, no podemos llevarle, tendrá que volver por sí mismo, pero no creo que ello plantee ningún problema.

Como lo que había estado sucediendo durante la última media hora había tenido lugar en un mundo tan absolutamente extraño a aquel en que vivía (en el que el viento de la montaña hacía sonar la puerta) el mundo de allí arriba había retrocedido como si fuese algo de su propia invención, se había vuelto improbable y, momentáneamente, se había eclipsado. Dyar perdió el aliento, no dijo nada. Al mismo tiempo lanzó una mirada por encima del hombro hacia la puerta de la cocina y sintió que el corazón le hacía un movimiento brusco y doloroso dentro del pecho. Por un instante sus ojos se abrieron como platos. Entonces miró fijamente a Daisy frunciendo las cejas y sin dejar que los párpados recobraran su posición habitual demasiado deprisa.

–No sé –dijo, esperando que su expresión no indicara mayor preocupación de la que correspondía. Con el viento, la puerta se había abierto un poco y se veía una mano inerte por la abertura–. No le he visto en todo el día. Ya se había marchado cuando me levanté.

Ahora el corazón latía violentamente y el interior de su cabeza presionaba contra el cráneo como queriendo romper la frágil pared. Dyar trató de jugar el viejo juego consigo mismo. «No es verdad. No está ahí tendido». No funcionaba. Lo sabía positivamente, incluso sin volver a mirar; los juegos habían terminado. Estaba sentado en la habitación, era el centro de una situación de todos cuyos detalles era consciente; la misma presencia de la mano le daba la certidumbre inamovible, la convicción de que su existencia, junto con todo lo que llevaba consigo, era real, sólida e innegable. Más tarde sería capaz de afrontar este conocimiento sin una angustia tan insoportable y devastadora; pero ahora, al comienzo, estar sentado junto a Daisy en aquella habitación donde había nacido el conocimiento, resultaba excesivo. Se

levantó de un salto.

–¿Té? –exclamó alocadamente–. Sí, claro. Por supuesto. –Salió a la puerta principal y miró fuera: el chófer y el guía estaban todavía sentados allí abajo, en la creciente penumbra, cada uno a un lado del camino.

–No sé dónde está –añadió–. Ha estado fuera durante todo el día. –Lloviznaba aún, pero al poco rato arreciaría. Una espesa nube descendía vagamente desde los invisibles picos de arriba. En el crepúsculo húmedo y gris todo carecía de color. Escuchó un sonido detrás de él, se dio la vuelta y se detuvo, paralizado al ver que Daisy se levantaba lenta y decidida, y caminaba hacia el patio, con la vista clavada en un punto de la cocina próximo a la puerta. La abrió del todo y se agachó dando la espalda a Dyar. No estaba seguro, pero un segundo más tarde creyó oír un gemido suave, casi inaudible. Se quedó allí agachada mucho tiempo. Poco a poco, el sonido sordo y seco de la lluvia que caía se extendió y se hizo más fuerte. Dyar se dirigió al patio cruzando la habitación; pensaba «Este es el momento de demostrarle que no tengo miedo. Que no tengo miedo de lo que piensa». Debido al repiqueteo de la lluvia de los aleros en el patio, Daisy no le oyó hasta que estuvo casi en la puerta. Entonces levantó la cabeza de golpe; había lágrimas en sus ojos y, al verlo, Dyar sintió un agudo dolor en las entrañas.

Se quedó inmóvil.

–¿Has...? –Daisy no se molestó en terminar la pregunta. Dyar sabía el porqué: le había mirado a la cara y no necesitaba hacerlo. Ahora permaneció sólo un segundo delante de él, pero en ese instante fugaz debieron cruzar su mente muchas cosas, porque mientras que Dyar la miraba a los ojos tuvo conciencia de que se levantaba instantáneamente una gran barrera que no había estado allí un momento antes y que ahora de repente estaba allí, impenetrable e inexorable. Pasó con rapidez ante él, cruzó la habitación y salió por la puerta exterior. Cuando estuvo fuera, bajo la lluvia, se volvió a mirarle y le dijo con voz ahogada:

–Le diré a Ronny que no he podido encontrarte –y desapareció de la vista. En su lugar sólo quedó un rectángulo grisáceo.

Dyar permaneció allí en el patio un momento; la fría lluvia le iba mojando. (Un puesto en el mundo, una posición social definida, una relación



precisa con el resto de los hombres. Aun cuando tuviera que ser de abierta hostilidad, era suya, creada por él.) Entonces, cerró la puerta de la cocina con un empujón y entró al cuarto. Estaba cansado, quería sentarse pero había sólo una estera, así que permaneció de pie en medio de la habitación. Enseguida oscurecería; clavado en el suelo se hallaba el pequeño cabo de vela que el otro había apagado la noche anterior cuando hicieron el fuego. No sabía si en la cocina habría otra vela, ni iría a mirarlo. Más por hacer algo que por necesitar luz, se agachó para prender el cabo; se palpó en un bolsillo y luego en los demás buscando una cerilla. No encontrando ninguna, se volvió a levantar y se dirigió hacia la puerta. Afuera en la oscuridad no había valle, no había montañas. La lluvia caía con fuerza y el viento había empezado a soplar de nuevo. Se sentó en la puerta y se puso a esperar. Todavía no había oscurecido del todo.

*Amrah, Tánger*

# Índice

## *Treinta años después*

1. Zona internacional
2. Carne fresca y rosas
3. La era de los monstruos
4. Otra clase de silencio